

CUADERNOS DEL INSTITUTO RAVIGNANI

7

**MEMORIAS DE LA
PAMPA GRINGA**

**RECUERDOS DE PRIMO RIVOLTA, LUIS
BELLINI Y CAMILA CUGINO DE PRIAMO**

Recopilados por **Luis Priamo**



**Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**

Decano

Dr. Luis A. Yanes

Vicedecano

Dr. José E. Burucúa

Secretario Académico

Lic. Ricardo P. Graziano

Secretario de Investigación y Posgrado

Dr. Félix Schuster

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil

Prof. Gladys Palau

Secretario de Supervisión Administrativa

Dr. Antonio M. Scodellaro

Consejo Editor

Berta Braslavsky

Francisco Bertelloni

Susana Romanos de Tiratel

Fernando Rodríguez

Adrián Vila

Prosecretaria de Publicaciones

Prof. Gladys Palau

Coordinador Técnico de Publicaciones

Lic. Mauro Dobruskin

Coordinadora Editorial de Publicaciones

Lic. Sara I. Pérez

**INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA
Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"**

Director

Prof. José Carlos Chiaramonte

Serie CUADERNOS DEL INSTITUTO RAVIGNANI

Consejo Editorial

Prof. José Carlos Chiaramonte

Dra. Noemí Goldman

Prof. Oscar Terán

Producción editorial

Prof. Fernando J. Boro

Prof. Juan José Santos

Número 7, Buenos Aires, 1995

© Facultad de Filosofía y Letras - UBA - 1995

Puan 480, Buenos Aires, República Argentina

I.S.S.N.: 0524-9767

Palabras preliminares

Recordar ha sido siempre una de las tareas principales de los historiadores, aún en aquellas épocas en que ese papel quedaba oscurecido por el de crear o justificar misionarismos y teleologías. Ciertamente, aquellos hechos que había que recordar para que no quedaran en el olvido, eran los protagonizados por grandes personajes o por entidades colectivas abstractas nacionales o sociales cuyo papel en la historia había que exaltar o simplemente conservar. Las sociedades complejas e idealmente democráticas ayudaron a crear un interés por el hombre común, sea como personaje literario o como personaje histórico. Con todo, otros investigadores sociales antes que los historiadores descubrieron toda la potencialidad que podía extraerse de un estudio de las personas corrientes en su cotidianidad y desde ellos mismos. Fueron quizás los etnógrafos de Chicago quienes en forma sistemática introdujeron a nuevos y curiosos habitantes en una investigación social: los vagabundos, las bailarinas pagas de los salones, los emigrantes de las aldeas de Europa en las ciudades americanas... W. Thomas y F. Znaniecki, en su precursor trabajo sobre el campesino polaco en Europa y América valorizaron no sólo toda la potencialidad de un tema sino todas las posibilidades que para estudiarlo podían obtenerse de los testimonios creados por los mismos protagonistas. Esa tradición no devino sin embargo en dominante; obras como la de William Foote White, que recuperaba desde adentro la estrategia cotidiana de los jóvenes emigrantes italianos en un *slum*, fueron la excepción. Una sociología abstracta y cuantitativa licuó a los protagonistas dentro de categorías genéricas como funcionalidad, marginalidad, anomia en categorías sociales, ocupacionales o aún étnicas definidas a priori; en series agregadas en las cuales aquellos protagonistas devenían simples ilustraciones de tesis generales. Lo hacían de un

modo no diferente al de los historiadores que operaban con categorías sociales impersonales, fueran ellas "inmigrante" u "obrero".

El retorno del actor o del sujeto —y prefiero estos términos con todas sus implicancias metodológicas antes que aquella otra noción más concesiva y transaccional de agente— ha traído nuevamente a escena a aquellos anónimos protagonistas en las últimas dos décadas. Ahora sí los historiadores en primera línea, y entre ellos los estudiosos de las migraciones, comenzaron a buscar cartas, autobiografías, a construir ellos mismos el documento a través de entrevistas. No podemos menos pues que estar agradecidos a Luis Priamo por haber llevado a cabo esta tarea. Ciertamente él no la hizo para nosotros —los miembros de una corporación profesional— sino para conservar un recuerdo de una propia tradición cultural en la cual se reconoce. Ello la hace aún más valiosa ya que, en primer lugar, esta destinada y encontrará —confío— un público más amplio que el de los miembros de la tribu de los historiadores. En segundo lugar porque ello evitó que Priamo convirtiera un fragmento de memoria en una fuente histórica; es decir, evitó que un monumento —de *monere*, recordar— fuera convertido en un documento —de *docere*, enseñar, demostrar—. Al hacerlo así evitó destruir o manipular aquel recuerdo para convertirlo en un instrumento al uso de los historiadores, pero que nos informaría menos sobre aquellos habitantes de la pampa gringa que sobre el historiador que lo hizo o sobre la historia que él quiso narrarnos. Y no se trata sólo de que Priamo no sea un historiador. Leyendo el prólogo y las entrevistas, recordé rápidamente una obra que en tantos aspectos puede acercarse a ésta: la que Nuto Revelli realizó en aquellas emotivas entrevistas a campesinos piamonteses —en los cuales el fenómeno de la migración era un elemento significativo de su experiencia vital— y que recopiló en "Il mondo dei vinti". Sin embargo, Revelli, el autodidacta coman-

dante partisano, estaba dominado por esa pasión cívica de la generación de la resistencia y su obra es menos una memoria que un testimonio apasionado.

Priamo nos dice además que no se trata de un trabajo con "rigor científico" apoyado sobre "la técnica adecuada". Después de leer una vasta historiografía sobre la historia oral no sé si debemos lamentarlo tanto, sobre todo cuando ello está tan admirablemente compensado por esos instrumentos formidables —y a veces inhallables— que son el sentido común y como dice el compilador, el conocimiento directo de la "cultura regional gringa". Podemos entonces acercarnos a las entrevistas a Primo Rivolta, a Luis Bellini y a la madre de Priamo —o a las magníficas fotografías que acompañan a los relatos— y contemplarlas, buscar en ellas los ecos de historias que pueden ser análogas a otras, o aún utilizarlas como fuente para indagar el proceso de conformación de aquella cultura. El historiador de las migraciones se siente inmediatamente tentado a seguir esta alternativa y a llevar agua para su molino remarcando las implicancias de tantas observaciones que acerca de las continuidades culturales o acerca de las relaciones inmigrantes/nativos surgen de estas páginas. No intentaré con todo violentar la obra de Priamo prefiriendo dejar al lector la posibilidad de encontrar sus itinerarios de lectura sin guías oficiosos. Sólo quisiera llamar la atención sobre dos aspectos que engloban al conjunto de los tres entrevistados —y que lo acercan a aquella autoentrevista de un

hombre de la pampa gringa que son los recuerdos de Luis Rebuffo, "Un inmigrante piemontés en la Argentina"—: ellos no son emigrantes sino nietos —o nietos por una vía e hijos por la otra— de inmigrantes; sus itinerarios familiares o personales parecen tener algunos elementos de excepción técnicos o culturales. El primer punto me parece más significativo que el segundo —finalmente sostener la excepcionalidad de los entrevistados parece presuponer un tipo ideal inmigrante anónimo que es un absurdo potencial o una ilusión estadística—; en cambio, plantear el problema de las relaciones entre distintas generaciones, las tradiciones y la memoria histórica me parece un problema central y largamente ignorado en la reflexión historiográfica. El siempre perceptivo Marc Bloch se había hecho ya aquella pregunta de las relaciones identitarias y culturales entre padres-hijos-nietos al igual que un sociólogo estudioso de las migraciones como Marcus Lee Hansen. El lector puede encontrar también en los relatos incluidos en este libro. elementos para discutir esta cuestión.

Gracias de nuevo entonces a Luis Priamo, fotógrafo, memorialista e "historiador de domingo", por habernos permitido leer como científicos sociales o más aún como parte —o en parte— también de esa Argentina gringa, estos recuerdos que felizmente el Instituto Ravignani ha decidido publicar.

Fernando J. Devoto

Al recuerdo de la nona
Josefa Bianciotti de Cugino

A la presencia menorable de
Liliana Obrusky
Olga Sánchez
Jorge Ferrario
Franklin Goyzueta
Mariano Martínez,
amigos y compañeros del
Instituto de Cinematografía de la
Universidad Nacional del Litoral,
que fueron llevados a la muerte y
detenidos-desaparecidos por la
dictadura militar del Proceso

A lo largo de los años acumulamos recuerdos como si fueran bienes preciosos. Cuando el cofre está colmado, cuando llega la muerte, tiramos la llave al mar, y nadie sabrá qué fuimos. Por mágico modo, el cofre se vacía en ese mismo instante.

Carlos Mastronardi

CUADERNOS DE VIVIR Y PENSAR

Introducción

Los tres testimonios recogidos en este libro fueron grabados en épocas diferentes y sin el propósito de agruparlos posteriormente en un texto. El primero, realizado con don Primo Rivolta a fines de 1979, fue un trabajo piloto para un proyecto de rescate sistemático de la memoria oral en las colonias agrícolas santafesinas, que no se materializó. No obstante, la experiencia estimuló su reiteración y en 1981 grabé con mi madre, Camila Cugino de Priamo. El último testimonio data de 1988, y fue recogido de un modo impremeditado durante una investigación ajena a las evocaciones que don Luis Bellini entregó al grabador.

Estos antecedentes pretenden advertir al lector que no está frente a un trabajo emprendido con rigor científico, ni apoyado en conocimientos efectivos sobre la técnica adecuada para recoger y ordenar historias de vida. No soy historiador ni sociólogo, y el interés por los temas que procuré indagar con los entrevistados no tuvo otra fuente que el sentido común, el conocimiento directo de la cultura regional gringa y una intensa curiosidad por lo que estas personas podían descubrirme sobre el mundo donde reconozco mis propios orígenes. Incluso en el caso de mi madre, cuyos recuerdos me fueron familiares desde siempre por habérselos oído relatar en innumerables ocasiones, la experiencia de la grabación me reveló aspectos del pasado que yo no había registrado hasta entonces.

Esa práctica recurrente de grabar recuerdos de los viejos tiempos con propósitos inmediatos inciertos o indefinidos, fue asimismo alentada por el convencimiento —ciertamente angustioso— de que una fuente invaluable de nuestro pasado común desaparecería con la generación de mis padres. Esta conciencia y la certeza de que no

abundan iniciativas similares, científicas o ingenuas, suscitó una suerte de obligación apremiante respecto de la memoria oral de mi región natal, que abordé con gusto y sin recelar de mis limitaciones. Lamentablemente, el tiempo confirmó que la inquietud era legítima: mi madre y don Primo Rivolta fallecieron pocos años después de grabar lo que aquí se publica.

Además de narradores excelentes, los tres entrevistados son personas de palabra responsable. El amplio y notorio respeto que Rivolta y Bellini acreditaron en María Juana y San Carlos Centro, donde siempre vivieron, es un aval de primer orden. Asimismo, el cuidado de ambos por aclarar las dudas e incertidumbres que iban encontrando al paso de sus recuerdos, me parece una prueba convincente de probidad intelectual, más allá de los errores que puedan encontrarse en sus afirmaciones. De ambas evidencias fui testigo. Respecto de mi madre, repito que conozco la mayor parte de los relatos que aquí narra desde que tengo recuerdos, y los vuelvo a encontrar inalterados —excepto modificaciones menores que su desmemoria justifica—, como si ella, con los años, hubiera decantado lo esencial de su niñez y juventud en un monólogo regular y nada extenso. Por lo demás, nunca escuché a nadie, en nuestra familia, que la corrigiera o recusara.

La grabación con don Primo Rivolta fue realizada en diciembre de 1979, durante ocho días, en siete horas netas de registro. Llegué a María Juana sin haber hecho ningún contacto previo y con esos pocos días como único espacio de tiempo disponible. En compensación, tengo allí primos y tíos que nacieron y se criaron en el pueblo, o en todo caso en la zona, y me indicaron y presentaron a las personas que podrían colaborar —los narradores memoriosos que todo el mundo conoce en

las comunidades pequeñas—, allanando de este modo los pasos iniciales del trabajo, problemáticos y muchas veces prolongados si no hay una relación o amistad anterior con los entrevistados.

Grabamos con cuatro personas. El testimonio de don Primo fue el más prolongado e interesante. Además de ser un observador minucioso y reflexivo, de contar con una excelente memoria y una sólida capacidad para comunicar ideas y opiniones, era nieto de un inmigrante colonizador de María Juana. Asimismo, don Primo tenía una experiencia de vida más amplia que la mayoría de los hombres de su generación en la zona. Se había criado en el campo y conocía perfectamente el trabajo agrícola, vivió y trabajó en la ciudad de Santa Fe como empleado bancario, y fue maestro de escuela rural a su regreso a María Juana, además de atender su chacra. Por último, don Primo fue uno de los fundadores de la filial de la Federación Agraria Argentina en su pueblo. Todo esto explica por qué, a lo largo de la entrevista, nuestro trabajo se redujo poco menos que a vigilar el funcionamiento correcto del grabador y completar, día por día, los temas que don Primo iba desarrollando.

El material obtenido fue reelaborado después de su transcripción, tratando de mantener la sintaxis coloquial y los modos expresivos del lenguaje hablado. Nuestra mayor ingerencia estuvo en la reagrupación de los temas que don Primo fue tocando una vez y otra, en diferentes momentos de la grabación, procurando que los puntos medulares de su exposición no fueran velados o asfixiados por digresiones o cortes, propios del discurso libre. De todos modos, tratamos de conservar la mayor fidelidad posible, como ya dijimos, al ritmo, tono y formas expresivas propias de don Primo, de modo que la escritura reflejara, al menos pálidamente, la rica densidad de matices y el color de su voz. El mismo procedimiento fue utilizado para la transcripción de las tres entrevistas.

La grabación con don Luis Bellini fue realizada en el curso de una investigación sobre fotografía antigua en la provincia de Santa Fe. Trabajando en San Carlos Centro, tuvimos acceso a negativos de vidrio bastante antiguos (algunos de los cuales se reproducen en el libro) que según nos dijeron, habían sido tomados por Juan Bautista Bellini, abuelo de don Luis y fundador del taller metalúrgico familiar, notorio en la zona por ser la única fábrica de campanas del país. Para obtener información sobre aquel fotógrafo aficionado, pedimos

a Bellini una entrevista grabada. Lo interrogamos sobre el abuelo y empezó a hablar. Sólo después de un largo rato nos enteramos que el fotógrafo no había sido el abuelo, sino su padre, pero para ese entonces lo que había contado sobre el abuelo era tan interesante que decidimos profundizar sus recuerdos. La originalidad del testimonio de Bellini reside en el hecho de que reconstruye con mucha lucidez un proyecto industrial de la zona agraria santafecina —aspecto del pasado regional bastante descuidado por nuestra literatura histórica—, emprendido hace cien años y continuado hasta hoy. Seguramente la entrevista habría sido más fructífera si Bellini, en lugar de tener enfrente a un mero receptor de palabras, hubiera contado con un interlocutor, es decir alguien con conocimientos del tema que él domina. No fue así, y esta circunstancia, junto al escaso tiempo que disponíamos, limitó las posibilidades y resultado de este trabajo.

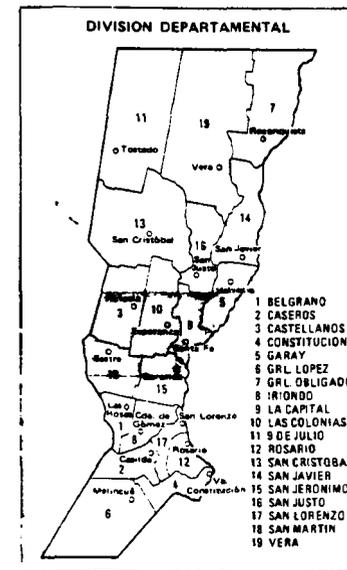
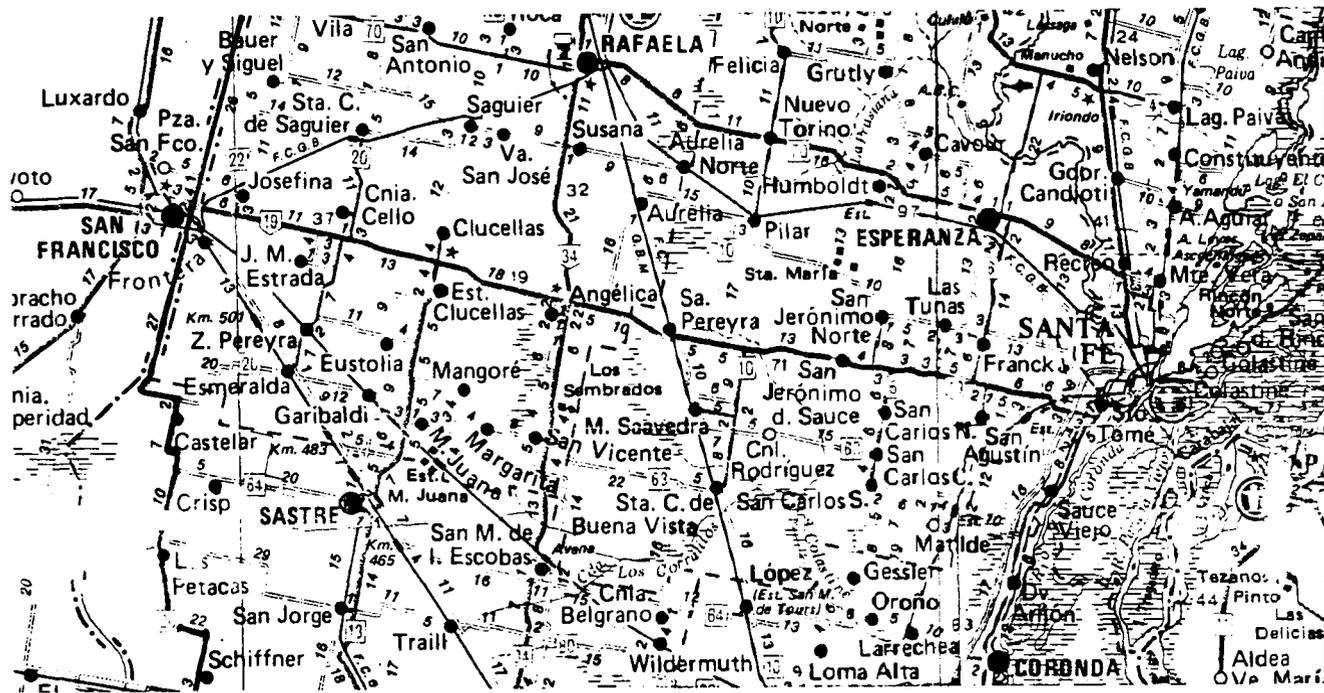
Para la grabación con mi madre aproveché un viaje que hizo a Buenos Aires en 1981. Durante la estadía en María Juana, dos años antes, habíamos tratado de encontrar alguna mujer anciana, descendiente de colonos, para entrevistarla. La idea era obtener un punto de vista complementario del que nos daba don Primo Rivolta. Entendíamos que la mirada femenina sobre la cotidianeidad del pasado era imprescindible para completar el primer acercamiento a la memoria oral de la Pampa Gringa que habíamos emprendido. Sin embargo, la falta de tiempo impidió encontrar la persona adecuada, de modo que volvimos a Buenos Aires sin ese testimonio. Fue allí que pensé en mi madre, de manera que aproveché su visita y grabamos durante cuatro horas.

Los resultados de estas primeras sesiones no fueron satisfactorios. Fue evidente que la frescura del relato, narrado a conciencia de que el interlocutor conocía los detalles de cada episodio, quedó afectada. Como mi madre debía regresar, interrumpimos el trabajo, pero pensé que mi sobrino, Sergio Priamo —que en aquel entonces tenía veinte años—, podría terminarlo en Santa Fe. Seguramente le resultaría interesante escuchar a su abuela contándole historias de su niñez y juventud, de modo que hice una lista de los temas que me faltaba desarrollar y se la envié. Fue una decisión afortunada. La presencia del nuevo entrevistador —y posiblemente el hecho de estar en su casa— entonó a mi madre (de hecho, ella quería entrañablemente a su nieto, que por ser un joven oído de su misma sangre facilitaba el tono íntimo

de su historia personal, esa especie de saga de protesta por el destino que le había tocado), que se extendió con energía y entusiasmo, arrancando a sus recuerdos la fibra dramática que les era tan propia.

Respecto de las fotos de este libro, soy el responsable de todas las que no consignan pie de autor.

Agradezco la colaboración afectuosa de mis tíos y primos de María Juana, las familias Blanda, Barayú, Meroy, Pizzi, Pautasso, la ayuda de mis amigos Enrique Perea y Hugo Gez, y las precisiones históricas y sugerencias que me proporcionaron los profesores Darío Marcor, Julio del Barco y Fernando Devoto.



Zona del centro de la provincia de Santa Fe y oeste de Córdoba donde transcurren los episodios narrados en este libro.

PRIMO FRANCISCO RIVOLTA

Aquí el pueblo de María Juana está en escuadra. No está ni así, ni así; está en escuadra, derecho. Usted se pone en el centro de la calle San Martín y puede medir cuando el sol se va para el verano y cuando viene para el invierno. En el centro del camino usted ve al sol ponerse, y cuando está la mitad afuera, que queda la mitad afuera solamente, ve bien que tapa el camino.

El 20 de octubre sale el sol en escuadra, derecho al Este. Y se va para el verano, se va para el Sur, cada vez saliendo más al Sur. Ahora, cuando viene de vuelta, que busca el invierno,

vuelve a levantarse en la dirección del camino el 25 de febrero, bien en escuadra del lado del Este. Se va para el Norte y se queda allá hasta el 20 de octubre. Porque se queda poco al Sur, del lado del nacer. Se queda mucho al Sur de lado del poniente; se queda desde el 28 de agosto hasta el 14 de abril.

El 28 de agosto tapa el camino de lado del poniente. Se va para el Sur, para el verano. Viene de vuelta y hace la misma posición el 14 de abril y se va para el Norte. Esto yo lo miraba parado en la mitad del camino central de aquí de María Juana, de la mitad de la calle San Martín.

Primo Rivolta frente a su casa, en María Juana. 1979



Nací en el año siete. Recuerdo la primera guerra mundial, que miraba los diarios, las figuras. Cuando terminó la guerra ya sabía leer el diario. Todavía me acuerdo bastante de la gran inundación del año catorce. Se perdieron todas las cosechas. Tuvo en apuros a los agricultores, que ya estaban bastante bien establecidos acá por esa fecha.

Mi abuelo vino a este pueblo del año 1883, justamente el año que nació el pueblo. Era un hombre más bien callado. Nació en Lombardía, en Monza, donde está la pista de automovilismo, ese es el pueblo de él. Y al lado de Monza hay un pueblo que se llama Rivolta; yo lo descubrí en el mapa; eso puedo atestiguarlo.

Allá la casa y la chacra le quedaban chica porque la familia, ya grande de por sí, se iba agrandando: uno se casaba, el otro se casaba, el otro se casaba. El predio que tenían era chico. Mantenían tres o cuatro vacas en el establo; ordeñaban, vendían la cría y con eso tenían que vivir.

También tenían una parcela que sembraban trigo, pero lo sembrado por cuenta de ellos no se vendía, lo usaban para poder hacer el pan. Lo molían; no sé qué tratamiento le daban pero recuerdo bien que el abuelo decía que el pan que ellos hacían era mejor que el de acá porque era pan negro. Posiblemente era el grano de trigo apisonado con el afrecho —la cáscara, el gluten—. Y en realidad es más sano el pan negro que el pan blanco.

Entonces tres hermanos se pusieron de acuerdo y se vinieron. Como no pagaban el pasaje porque eran inmigrantes, se vinieron a la Argentina. El gobierno argentino había hecho una ley que la llamaron de emigración, que buscaba toda la gente de buena conducta con ganas de trabajar de los países europeos, bastante poblados, que querían venir acá y se les pagaba el viaje. Ellos, conocedores del caso, no tenían otro remedio que venirse a la Argentina. Para ellos era una tierra nueva, una tierra de futuro; venían a hacerse la fortuna, la américa, como se decía.¹

Le pusieron tres meses de viaje en el barco. El abuelo vino recién casado. El hijo mayor nació aquí y a los dos años —ni tampoco— nació mi padre. Y siempre así: cada dos años nacía uno. Porque los inmigrantes tenían ese hobby de tener muchos hijos para trabajar el campo. Seis hijos y cuatro hijas tuvo. No tuvo ningún muerto de chico, y sin cuidado ninguno. En aquel tiempo no había médicos, no había farmacia, acá no había nada. Para

ver un médico había que ir a San Carlos, a Santa Fe o a Matilde. San Carlos era el que quedaba más cerca, ahí ya tenían médico.

Llegaron a Buenos Aires y ahí estuvieron tres días en el Hotel de Inmigrantes. Ahí había una especie de alcaldía que repartía a los inmigrantes. Uno va, el otro viene, hasta que los destinaron a Santa Fe, a Matilde; y de Matilde los distribuyeron donde hacía falta, hacia las tierras que estaban todavía deshabitadas. Generalmente buscaban mandar —se presume que sea así— de Santa Fe para el norte a los alemanes, y de Santa Fe para este lado los italianos.²

Estuvo un año en Matilde el abuelo, pero trabajando en la tierra por cuenta de otro, porque ahí no había más lugar. De San Carlos para acá, hasta San Vicente, ya estaba bastante ocupado, pero de San Vicente para este lado —yo recuerdo que lo decían mis tíos, mi padre— era un desierto. No estaba todavía bien explotado por la cuestión de que cerca de la Colonia San Vicente pasa una cañada, y en esa cañada se guarecían los gauchos, como los llamaban ellos. Eran los malones, que asaltaban, por eso nadie se animaba.³

Entonces se empezaron a hacer grupos de agricultores que se venían con los carros —que era una especie de chata, pero con baranda—, remolcando caballos atrás del tiro para poder trabajar la tierra en estos lugares. Traían sus herramientas —los arados, las rastras—, y después, cuando terminaban de arar y sembrar, volvían de vuelta a Matilde. Depositaban las herramientas aquí en el pueblo, de los Peretti, que fueron los primeros colonizadores. Tenían casa de negocio. Era el único establecimiento que había. Ellos sembraban, también trabajaban la tierra, pero en vez de volver se quedaban aquí en María Juana, en el pueblo. En una cuadra cerrada con alambrada metían todas las herramientas de los demás colonos, que se iban y no venían de vuelta hasta la época de la cosecha.

Estos Peretti eran tres hermanos. Uno paró en San Carlos y dos vinieron a María Juana. Uno falleció antes que yo naciera. El otro vivió mucho tiempo. Yo me acuerdo de Peretti. Donde está el edificio de la familia Buriasco, toda esa cuadra, era de ellos. Esa era la cuadra que tenían para guardar las herramientas. Después fueron edificando; tuvieron un cuarto de cuadra edificado. Después pusieron fonda. Fueron haciendo piezas dividiendo los salones con paredes y pusieron fonda con

hospedaje. Era la más famosa de aquí de los alrededores, de varios pueblos vecinos. Fonda Peretti se llamaba. (En aquel tiempo no cabía el término hotel.)

Claro, en los primeros tiempos los Peretti peligraban que fueran asaltados y muertos; porque no perdonaban los gauchos, ¿no?. Me sabía contar mi padre que una noche los malones atropellaron la casa donde vivía mi abuelo. Se salvaron. Ellos —mi tío, mi padre— decían que posiblemente se hayan salvado porque eran tres nomás los que estaban de a caballo; hubieran sido más no se salvaban. Los vieron porque había claro de luna.

Ellos tenían un winchester, de esos viejos, de la guerra de no sé cuando, que traían de Italia todavía. Pero más de todo las horquillas. Porque los gauchos lo primero que hacían es, de a caballo, saltar encima del techo; deshacían el techo y entraban por ahí porque por las puertas no era posible, estaban trancadas. Entonces ellos, cuando el gaucho quería pasar por el techo, con la horquilla...

Eso ya cuando se establecieron acá, unos cuantos años después. Porque del '83, '84, siempre uno, el más corajudo, se venía con toda la familia y todos los muebles sobre el carro. Ya no volvían más. Y así los otros fueron tomando coraje y viniendo todos. Después del '90 ya había ranchos esparcidos por la colonia. Algunos edificaron en el pueblo para alquilar el edificio, la casa. Siempre se la pedía algún amigo para instalar un negocio —una herrería, una carpintería— y así se fue formando el pueblo de María Juana.

La tierra que compraron los abuelos era de un tal Espinoza, que era dueño de toda la colonia de María Juana, posiblemente arrendada por el gobierno de Rivadavia, por la enfiteusis agraria.⁴ Aquí había un hombre autorizado de vender los lotes ya amojonados. El lote se llamaba cuadrado, de 160 cuadras, todos con mojones. Claro, de las 160 cuadras que disponían, los primeros años ellos trabajaban 30 ó 40. Tuvieron grandes peripecias por la cuestión de la maquinaria; era muy precaria la que disponían —mejor dicho, no tenían—.

Tenían un arado a manquera y ataban bueyes; los caballos casi no existían. Una vez terminado de arar se preparaba la tierra con unas rastras de una sola chapa de arrastre; con una yunta de bueyes se iba rastrando el terreno.

Cuando era el momento de sembrar, tiraban líneas por medio de un caballo que arrastraba un poste, atado con alambre o con un lazo. Hacían

rayas en la tierra arada para facilitar al que sembraba, de no estar mirando las banderas en la punta del lote, para que pueda tomar siempre el mismo arco, porque se sembraba a mano, se tiraba el trigo a puñados. Los domingos se tiraban las líneas y durante la semana se sembraba. Generalmente era el padre, o el dueño del campo el que hacía esto; el más viejo, porque tenía más práctica. Se envolvían los pies con una bolsa, o con un pedazo de lona, porque si no los cascotes les hacían sacar ampollas.

Para cortar el cereal había una guadañadora, que al mismo tiempo que cortaba iba tirando a montones, como se decía. Tenía un palo que engranaba en la misma rueda, y a ras del suelo iba haciendo un arco: abrazaba y tiraba a montones. Con la horquilla se juntaba y se cargaba arriba del carro, o de carros especiales, que en aquel tiempo eran unas vagonetas.

Ese trabajo estaba a cargo de los familiares. Rara vez se empleaban obreros, porque no era posible conseguirlos en aquel tiempo. Ellos se adaptaban a sembrar una cantidad de cuadras —acá se habla de cuadras, no de hectáreas— según el número de gente para trabajar que tuviera la familia.

Esas vagonetas formaban un corral, que se llamaba, donde se emparvaba la planta de trigo con su espiga. Hacían parvas: una, dos, tres, cuatro, según como fuera el lote de grande. Después lo dejaban fermentar. Yo recuerdo: siquiera ocho días para que el cereal se pusiera a punto de trillar. Mientras el colono hacía un corral con postes de algarrobo y dos hilos de alambre —que era muy escaso en aquellos tiempos, era muy difícil conseguirlo—, y cuando era el momento de trillar ese trigo emparvado, agarraban con la horquilla y lo tiraban en el corral.

Después hacían entrar al corral todos los caballos que disponían; cuatro, cinco, porque no había abundancia de animales en aquel tiempo; seis, ocho, era lo máximo que podían largar; y un peoncito de a caballo los hacía dar vueltas alrededor del corral apisonando el trigo, pisándolo para desgranarlo. Un poco a la izquierda y otro poco a la derecha, para que los animales no se marearan, hasta que el chacarero veía que el trigo estaba más o menos trillado. Entonces se dejaba de pisar y se largaban los caballos a su potrero. (Si es que había, porque en aquel tiempo raro era el colono que disponía de un potrero alambrado. Al principio, dos o tres años de estar acá, cuando ya

se habían establecido y tenían una o dos vacas, ellos llenaban una bolsa con sal y la colgaban de un poste; entonces, el animal, por el olfato de la sal no se iba; el olfato de la sal lo atraía. Esa era una de las formas que tenían para que los animales no se fueran al campo del vecino.)

Ellos vigilaban mucho a sus caballos. Siempre tenían su caballo de boyerear estacado por ahí en una planta. Cuando desaparecían los caballos se los buscaba inmediatamente porque si no se perdían, y era un capital que no se reponía más. Era en un principio que se comenzaba a trabajar y nadie disponía de plata.

Después que lo trillaba con los caballos, el colono esperaba que hubiese viento para *ventilar* el cereal, como se llamaba; *palear* el cereal, también se decía, porque se hacía a pala. Afuera del corral ponían una lona —cuando la tenían, porque era raro el que la tenía—; o si no apisonaban bien el terreno y hacían una playa, y sobre ese terreno bien carpido, bien aplanado, tiraban el trigo a pala, contra el viento. Siempre se paleaba contra el viento: la semilla, el grano, iba lejos, lo pesado iba lejos y caía encima de la playa o la lona, y lo más liviano lo llevaba el viento. El que paleaba quedaba en pleno polvillo de trigo, orba y tierra, por supuesto.

El trigo nunca quedaba limpio del todo; el grano quedaba muy vestido porque el caballo no es como un cilindro, que lo desgrana, y el desbarbador que lo pule y le saca la orba. El grano que salía con una capa de orba, esa quedaba. Se habrá arreglado el Molino después, de limpiarlo.⁵

Este trigo lo embolsaban y lo llevaban a las casas. Lo apilaban y lo protegían como podían a la intemperie, del mal tiempo, pero se apuraban en venderlo.

Los primeros años, en estos alrededores, no solamente María Juana, el único comprador estaba instalado en Matilde, que era el emporio del cereal. Entonces los colonos cargaban esos carros que le digo, que vienen a ser al estilo de la chata, solamente que tienen baranda —carros, realmente se llamaban—, con veinticinco, treinta bolsas, y las llevaban hasta Matilde. Salían en fila india. Sobre las bolsas ponían el winchester y sobre el winchester ponían pasto; en cualquier laguna aprovechaban para darles de comer a los caballos y que tomen agua. Y el winchester para poder cruzar tranquilos las cañadas, donde había muchos pajonales y se escondía el malón. Como el malón disparaba cuando escuchaba un tiro, porque le

tenían mucho miedo al arma de fuego, de vez en cuando se tiraba un tiro, aunque no lo vieran.

Allí en Matilde le compraban el cereal. Todavía recuerdo que mis tíos, mi padre, decían que a tres pesos, tres cincuenta, cuatro pesos por fanega, y entiendo que la fanega tiene 153 kilos. Así que vea usted el sacrificio que habrán hecho aquella gente, después de tanto trabajar vender la mercadería a ese precio. Hubiera sido por quintal vaya y pase, pero la fanega era un quintal y medio, así que tenían que tener casi tres bolsas de trigo para hacer una fanega. En aquel tiempo posiblemente tres bolsas, porque el trigo no estaba muy limpio y tampoco era como ahora, de pedigree, que pesa más; era más liviano.

Era un trigo originario de Italia; se llamaba Barletta. Venía alto un metro cincuenta. Mucho pie. Y era muy pernicioso debido a que cuando había viento lo tiraba al suelo y era difícil después levantarlo, cosecharlo. Mientras que ahora es distinto; ahora el trigo es más petiso, más bajo, mucho más bajo. Tiene más espiga, más grano, tres veces más grano que el que tenía el Barletta. Si aquel trigo hubiese tenido la espiga que tienen ahora los trigos de pedigree, se hubiera caído todo de por sí, sin viento.

* * *

Después de tanto hablar, aquí en María Juana y en las colonias vecinas, que yo conozco, se consiguió un aparato que innovó todas las cosas del campo: se llamaba *espigadora*.

Esa espigadora era una máquina con dos ruedas delanteras y una trasera, lejos, porque entre las delanteras y la trasera se ataban los caballos. Era tirada por seis caballos. Eso era el año 1903, 1905; en aquel tiempo ya había algún caballo más. Se cortaba con la espigadora y después se volcaba el trigo adentro de los carros, que ya los habían modificado porque les habían hecho barandas más altas al costado y más amplio el piso; se volcaba con la noria de la espigadora y cuando el carro estaba lleno iba a las parvas y descargaba, mientras otro lo suplantaba.

Se cosechaba únicamente el trigo. No era posible sembrar lino; ¿con qué lo íbamos a trillar? Cuando vinieron las trilladoras se comenzó a sembrar lino. Cada cien cuerdas de trigo diez de lino, más o menos era esa la proporción.

Al mismo tiempo que la espigadora salió otra innovación: la sembradora Schneider, un adelanto

más para el campo. La fabricaba Schneider, de Esperanza, copiada posiblemente de alguna norteamericana. Se ataban dos caballos; tenía el cajón sembrador, que se llenaba, y con la misma tracción de las ruedas se movía un eje debajo del cajón; allí había unas roldanas, unos alimentadores, y eso iba haciendo caer el trigo. Detrás de esa máquina se iba pasando la rastra para tapar.

Ya no había más que sembrar a mano. Era una gran ventaja, era un triunfo para aquellos colonos. Mi tío contaba, yo recuerdo, que un tío de ellos, hermano del abuelo, fue el primero que compró la máquina voladora aquí en María Juana. Cuando supieron los demás colonos —los vecinos y de mucho más lejos también— se venían para ver sembrar a la máquina. Se venían en sulky o a caballo, porque no había otro medio. Ataban los caballos donde podían, se bajaban y se iban detrás de la máquina. ¡Parecían gaviotas detrás de la máquina viendo cómo sembraba! Para algunos era una ventaja grandiosa, pero había otros que decían que no sembraba bien, que era mejor sembrar a mano; en fin, le encontraban alguna contrariedad. Pensaban que no sembraba parejo, y al contrario, sembraba más parejo que a mano. Había sembradores a mano que estaban acostumbrados y sembraban como si fuera una máquina; y habrán sido esos, tal vez, los que más les habrá dolido que la máquina los superara y le daban la contra. Siempre pasa así con los nuevos inventos.

Yo sé sembrar a mano también. En casa sembré muchas veces a mano; y aquí mismo, en María Juana, en quintas, en cuadras, cuando estuve trabajando con el tractor. Porque donde no hay portones, que no se puede entrar con la máquina —es grande, de veintiocho discos—, se tienen que cortar los alambres. La rastra la entra de cualquier forma: desarmada o de punta, pero la sembradora no es posible; entonces, para no cortar el alambre, se sembraba a mano. A mano se puede sembrar tal cual se siembra con la máquina. Yo me animo. No igual, por supuesto, pero bastante cerca.

Mi padre sabía hacer ese trabajo. Teníamos el potrero para largar el caballo del boyero y otra cuadrita donde estaban los terneros. A la mañana los traíamos y los encerrábamos ahí. (Si había mal tiempo teníamos un tingladito y los metíamos abajo, si no se dejaban en la cuadra. A la mañana nos levantábamos con el alba clara y nos íbamos a buscarlos.) Entonces, cuando se araba esa cuadra para sembrar el pasto, se sembraba a

mano; no íbamos a ir con la sembradora por tan poco terreno...

Después se fue mejorando a base de aparatos, de maquinaria. Empezaron a llegar máquinas de Norteamérica, de Inglaterra; máquinas a locomoción, a vapor. Se llamaban las *trilladoras grandes*; en aquellos tiempos se les decía las *trilladoras grandes*. Tenían el motor con su correspondiente trilladora. Empezaron a traerlas a la Argentina y a expandirse por todo el ámbito agrario.

La trilladora se acomodaba al lado de las parvas y un sinnúmero de obreros, de horquilleros —doce, catorce, tal vez dieciséis— iban tirando el trigo a un embocador que tenía la máquina; después ella misma iba largando atrás la paja sola del trigo. Al principio la paja se sacaba con horquillas, pero como era mucho trabajo y había que poner mucha gente, ellos mismos se idearon de hacer un aparato: pusieron un palo con dos cadenas, dos caballos a la punta y una sogá; El que usaba eso se le llamaba *el palero*. Primero dejaba que la trilladora hiciera un bulto bastante grande, después pasaba la sogá por encima del montón, se ponía sobre el palo tirado por los caballos con las cadenas y llevaba la paja a cincuenta o cien metros, lejos, donde quería; cuando le parecía que era suficiente largaba la sogá a un lado, bajaba del palo y descargaba la paja. Después esto se innovó; venían las turbinas a viento que desparramaban directamente la paja que salía de la trilladora —ya sin el trigo, por supuesto—. La trilladora grande tenía desbarbador; dejaba el grano limpio; el trigo ya no venía vestido.

Y así se fue modificando la historia. Yo recuerdo del año 1928 las primeras cosechadoras que entraron acá en María Juana. Del 28 en adelante comenzaron a entrar las cosechadoras tiradas con tractor o a caballo. Tuvimos la suerte de no tener que emparvar más el trigo, de ponerle tanto tiempo, de emplear tantos obreros en el campo. Ya fue un alivio grande. También tuvimos la suerte de que en el pueblo vecino de San Vicente se hizo la primera cosechadora: Senor. Se copió de las que venían de Norteamérica o Inglaterra, pero se le agregó la plataforma, que a medida que iba cortando iba trillando. Tiraba también de arrastre, como se le llamaba, lo mismo que la trilladora grande.

Al principio hubo inconvenientes para vender el trigo, porque los acopiadores decían que no tenía calidad debido a que no estaba fermentado en la

parva. Pero eso fue el primer año, después se compró como trigo fermentado. Las trilladoras grandes dejaron de rolar por los campos. Fueron una gran ayuda, sí, pero a comparación de las cosechadoras quedaron atrás, porque eran más lerdas. Piense usted que había una trilladora cada diez, quince colonos, o veinte; al que le tocaba el último turno tenía que esperar veinte días, un mes, para trillar el cereal, mientras que con la cosechadora se trillaba en el momento que estaba a punto.

* * *

Y así se fue modernizando el trabajo del campo. En los primeros tiempos es que fue duro.

El agricultor buscaba siempre hacer su rancho —porque así lo podemos llamar— al costado de un bajo, en la pendiente, para cuando tenía que hacer el pozo de hacerlo lo más rápido posible, porque encontraba el agua a cuatro cincuenta, cinco metros, el máximo. Mientras que en la loma le costaba mucho más tiempo hacer el pozo. Aparte de eso el agua se tiraba a mano, y de sacarla de un pozo que tiene cuatro metros de profundidad a sacarla de otro que tiene dieciséis hay mucha diferencia.

En aquel tiempo no había bombeador, por supuesto; ni tampoco un caballo manso para poder tirar el agua; y si lo tenían lo utilizaban para otra cosa —para boyero, para ir al pueblo, para cuidar los animales—; lo dejaban siempre disponible. Se ponía el agua en una piletita de madera de medio metro cúbico, más o menos, y cuando venían los animales a tomar había que estar continuamente sacándole el agua a mano.

Yo recuerdo que aquella gente no solamente tenía el trabajo de arar precariamente, con bueyes, en una arado simple; sembrar a mano, de a pie; trillar; ventilar. Había que hacer alambradas. Había que hacer plantaciones. Había que ir a buscar las plantas en los pueblos donde había, especialmente Matilde, una colonia adelantada que ya tenía sus plantaciones. En Belgrano también había un vivero de paraísos; también iban a buscar ahí. Encargaban a tal o cual colono de allá que le guardaran las plantas, especialmente el paraíso, y que cosecharan las bolitas, las semillas del paraíso. Después venían y las sembraban acá. Preparaban la tierra, no le dejaban faltar agua, ponían abonos, estiércol de animales, pero demoraban mucho, claro.

Necesitaban el paraíso para sombra y para

poste, para alambrado. Aparte de servir para sostener el alambre servía para dar sombra a los animales. En todas las alambradas que daban de sur a norte ponían paraísos: a la mañana tenían sombra de un lado y a la tarde del otro. Plantaban postes de algarrobo —el quebracho era imposible de conseguir en aquellos tiempos—, un poste acá, a los veinte metros otro, a los otro veinte metros otro, y después, intermediando entre poste y poste, el paraíso, la planta. Porque ellos iban trasplantando el paraíso para que se desarrollaran más, para que fueran más fuertes. Cuando llegaba el momento iban raleando las plantas, de las semillas que habían sembrado, y las trasplantaban a otra parcela para que tuvieran espacio, y cuando estaban a punto hacían otro potrero plantando esas plantas. Para la sombra de los animales y para evitar de comprar tantos postes. A los dos o tres años después, cuando conseguían el alambre, se lo ponían.

Y para leña de la cocina, claro. Antes había que cortar los paraísos. Se iba escalonado: cada ocho, nueve, diez años, según lo que producía el paraíso. Eran todos paraísos nuevos, tenían unos gajos bárbaros. Iban de a dos en la chata, con el trozador, cortando gajos. Después les cortaban las ramas y los cargaban encima de la chata y los llevaban en casa. Los apilaban, y cuando terminaba el trabajo de cortar los gajos iban a la estiba con un tocón de madera grande, el hachita y el serrucho, a cortar la leña y dejarla lista para la cocina.

¡Allá de mi abuelo la cantidad de leña que había para cortar! Yo quisiera que vea el cuadrado ahora. Fueron todos paraísos que todavía plantaron en aquellos tiempos. Estoy seguro porque yo paso a menudo por ahí. Hay por lo menos, no digo mucho, pero por lo menos mil paraísos. Todos los potreros tienen hileras de paraísos. ¡Qué mil: tienen más, más de mil paraísos! Y esos se cortaron siempre. Menos ahora. Ahora no se cortan más. Ahora los corta el viento. Cuando viene una tormenta fuerte tumba todo, después tienen que buscar gente para que les saquen todos esos gajos de la chacra. Porque ahora los dueños viven en el pueblo; tienen tamboro, y entonces ¿quién les va a sacar todo eso? Muchos arrastran los gajos con el tractor; pero hay que juntarlos, entonces regalan la leña, y así les van limpiando los potreros. Ahora no cortan un árbol. Hace unos cuantos años que no se corta un árbol. Todo a gas, kerosén; los tiempos cambiaron.

Y así, siempre había trabajo en el campo. Se sembraba alfalfa, o pasto. Para los animales había que sembrar también. Se sembraba alfalfa y en verano, cuando estaba a punto, que ya había florecido, había que emparvarla. El colono tenía que emparvar sus dos parvas de alfalfa, por ejemplo, de cuatro metros de ancho, cuatro de altura por quince metros de largo, para sus animales, para las vacas y los caballos —ya iba habiendo más caballos— durante el invierno, porque las heladas barrían todo el pasto y la alfalfa. Y otros potreros no había; toda la tierra se reservaba para la siembra. Se araba toda la tierra para poder sembrar el trigo; y algún pedazo de lino en los últimos tiempos.

Siempre había trabajo, el colono siempre tuvo trabajo. Aparte de eso no descuidaba la vaquita o dos que tenía. Sacaban leche, la descremaban a mano, en fuentes, hacían manteca y la vendían acá en el pueblo, que ya se iba formando. Como en el pueblo no tenían vacas, traían manteca y la vendían. En vez de envolverla con papel de celofán arrancaban dos hojas de repollo frescas y la envolvían con eso. No había heladera en aquellos tiempos.

En fin, también pueden haber vendido otras cosas: algún chivo, alguna cabra, una oveja, porque las vacas no las vendían —únicamente que se gastaran de viejas—; las reservaban siempre para el plantel, para reproducir.

Después, cuando se fueron dejando los bueyes, que iban entrando los caballos, las primeras cabaladas, había que amansar los potros, las potrancas. Había que acostumbrarlos. Ya había entrado el arado Schneider, de Esperanza también, con ruedas; decidió ponerle ruedas; ir sentado en el arado, siquiera, y no estar caminando de a pie.

Se ataban a la chata, de laderos, con una pareja de caballos ya mansos. Se hacía una disparada a toda bala, meta chirlo, para sacarles la maldad de encima. Después se los iba acariciando.

Primeramente se palenqueaban con un bozal para romperles el pescuezo; de ahí viene el dominio: poder tirar la rienda y que el caballo lo siga, porque si no se lo palenquea el caballo se bolea para atrás cuando usted tira. A pesar de eso hay caballos, potrancas, ya mansos pero pícaros, mañeros, que para no trabajar se tiran para atrás, se bolean. Usted le pone la pechera para ir adelante con la rastra, supóngase, o el arado, y en vez de tirar para adelante se bolean para atrás. Rompen toda la herramienta. Con esos caballos no

tenga duda: esos hay que dejarlos a un lado, venderlos a los cuereros, a Fasoli...⁶

Siempre se estaba trabajando en aquellos tiempos. Yo recuerdo después del año catorce, nunca recuerdo de habernos quedado descansando en casa mientras estaba mi padre (un rato sí, por supuesto; después, cuando íbamos a la escuela, también), pero siempre había algo que hacer, había que trabajar. Yo recuerdo en los años mozos —ya era bastante grande—, que a las tres de la mañana, antes de salir el sol, los padres nos llamaban a nosotros; y ellos hacía rato que se habían levantado. Ellos estaban acostumbrados a trabajar más que nosotros. Por eso yo siempre digo que aquella gente que me antecedió tenía mucho más trabajo que yo. Hizo mucho más que yo también.

* * *

Primeramente hicieron una casa precaria, una tapera de paja y revocada en barro, parada con palos. Usted ya sabe lo que es una tapera: la más precaria de las casas. Eso fue lo que le asaltaron a mi abuelo: era un rancho de barro, de paja y terrón.

Generalmente ellos venían recién casados, así que aparte de formar su hogar fueron formando sus familias. Las familias de estos colonos se fueron haciendo grandes en estas tierras. Cuando los hijos vinieron algo más grandes había que hacer más piezas, entonces hicieron ranchos con adobe, con ladrillos sin cocinar, sin quemar, no el ladrillo de ahora. Y fueron habitando los ranchos.

Cuando la familia se agrandaba el padre ordenaba que los hijos hicieran los ladrillos para sus casas; trabajando él también, por supuesto. No se compraban los ladrillos en aquel tiempo. Había que hacerse práctico para hacer el ladrillo. Generalmente se hacían a la vasca. Iban del carpintero, se hacían hacer un molde de seis, ocho cavidades del tamaño que querían el ladrillo, venían con la carretilla llena de barro y volcaban sobre el molde. Se alisaba con una madera, después se sacaba del molde y se volvía a volcar otra vez. No se trabajaba como ahora, con el molde y el banquito.

Buscaban siempre el ahorro para ir comprando más tierras. Mi abuelo era de esos, era un hombre que buscaba siempre ir adelante, porque él siempre sabía decir que tenía muchos hijos y quería dejarle a cada hijo la misma tierra que él tenía. Y eso no era posible porque donde él

comenzó a trabajar, que comenzó a colonizar, eran 160 cuadras, y dejarle esa cantidad de tierra a cada hijo no era posible.

Esas tierras se las había comprado a ese Espinoza que le conté, el administrador del dueño de María Juana. Vivía en un rancho de adobe y esperaba que vinieran los inmigrantes para hacer los contratos de compra y venta. La colonia de María Juana son cuatro leguas cuadradas, dos y dos. Ese hombre disponía los lotes. Estaba autorizado de cobrar por cuotas, porque los colonos no podían pagar por completo cuando venían, por supuesto, no tenían medios de pagar íntegramente la tierra que compraban. Le iban cuatro, cinco, seis, y hasta diez cosechas para pagarla. Generalmente se arreglaban de esta forma: entregando en pago de la tierra la mitad de lo que ganaban líquidamente por año. Si se ganaban mil pesos eran quinientos para el dueño de la tierra y quinientos para el colono.

Así fue que mi abuelo, a fuerza de ahorro, a base de grandes sacrificios —tanto él como su familia— llegó a tener y disponer del dinero para comprar otro cuadrado de 160 cuadras.

De lo que se ganaba en la cosecha no se tocaba un peso, no se tocaba para nada. Recuerdo que la abuela venía al pueblo a vender la manteca para ahorrarse siempre unos pesos y comprarse las cosas de vestir, por ejemplo. Lo que se ganaba en la cosecha no se tocaba para eso. Había que rebuscarse de otra forma: huevos, gallinas, chivos, corderos, pollos. Para comprarle al verdulero, lo mismo: se hacía la quinta. Repollo, papas, las verduras, todas esas cosas se sembraban.

Y así fue que se ahorró otro cuadrado. Pero no alcanzó a ahorrar toda la plata para comprar ese terreno. Cuando llegó el momento de comprarlo, el vendedor, el patrón del cuadrado, quería la plata al escriturar. Un tal Sola, que también era inmigrante, colono también, pero él estaba destinado a dejar de trabajar el campo. Buscó de vender el terreno y le habló a mi abuelo. Como eran vecinos —un kilómetro y medio, dos, de distancia—, se pusieron de acuerdo. Le había pedido ocho mil pesos. Mi abuelo tenía seis mil. Entonces pidió dos mil prestados. Ya en esa fecha teníamos Molino acá en María Juana; precario, pero ya era Molino. Don Antonio Boero. Eso podría ser del año 1905, 1906.

Se compró el terreno. Había que ir a Sastre o Zenón Pereyra para escriturar porque los abogados residían allá. Aquí no había abogado en aquellos tiempos. Eligieron el de Sastre. Una mañana el

vendedor arrancó en sulky y se fue a Sastre. Mi abuelo, que ya tenía volanta —un medio de locomoción moderno en aquellos tiempo— salió también; pero encargó a los hijos que se fueran en sulky y tomaran otro camino, porque siempre le quedaba en la mente ese atraco que le hicieron los gauchos, el malón. Tenía miedo que lo asaltaran por el camino.

— Si me asaltan a mí sacan cuatro mil pesos (cuatro mil, no cuatro millones, ¿no?), y si los asaltan a ustedes levanten los brazos, no le van a hacer resistencia porque si no... Delen la plata y se terminó, después nos arreglaremos con los patrones.

Mandaba los hijos por un lado con la mitad de la plata y él se iba por otro con la otra mitad. No le podían sacar los ocho mil, le sacaban la mitad nomás. Las peripecias que hacían estos viejos, ¡con qué pensamiento...!

A las tres o cuatro de la tarde vinieron de vuelta. Comieron en Sastre. Tenían parientes en Sastre. Vinieron contentos que habían pagado el terreno, con la escritura abajo los almohadones de la volanta.

* * *

No hubo nunca ninguna dificultad entre los colonos por diferencias de tierras. Se vendió siempre según la escritura: tanto y tanto. Cuando se vendía un terreno venía el agrónomo y medía, y siempre estuvo de acuerdo con la escritura. Nunca sobrevino ningún lío, ningún desacuerdo sobre este asunto; quiere decir que estaba todo bien medido.

Los que trazaron esas medidas debían ser ingleses, agrónomos ingleses, porque todas las medidas son inglesas.

Yo creo que eso viene de una ley que puso en vigencia Rivadavia, de que se midieran los campos para poder vender los lotes a los inmigrantes, empezar a colonizar. Pienso yo que habrán hecho algún trato, o contrato, con equipos ingleses, porque dos o tres personas únicamente seguro que no vendrían acá a trazar los límites. Había mucho pajonal, y espinillos —un arbusto, una planta que parecía un arbusto y que no valía nada porque no tenía más que espinas, ni siquiera para sombra servía, ni sombra tenía—; eso es lo que abundaba acá; manchones, distanciados unos de otros, cuando no era monte.

Y trazaron los límites de los campos. En el centro del predio que ya habían demarcado ponían

un cartel de madera escrito con el nombre del pueblo. Ya venían sabiendo cómo se llamaba el pueblo porque había planilleros del gobierno que daban a conocer la denominación. Y como midieron estas tierras, que ya era bastante trabajoso, lo hacían en las cañadas, en las lagunas, en los montes. Piense usted el trabajo que le habrá dado a esa gente. En las montañas, todo estaba demarcado.

Nosotros teníamos facultades, universidades, como la de Córdoba (que creo que fue una de las primeras), o en Buenos Aires, que también había otra. Pero estaban en un principio, y como las medidas son inglesas y el trabajo fue mucho, tienen que haber sido equipos de extranjeros los que delimitaron todo: la provincia, las colonias, los departamentos de cada provincia.⁷

Algunos de los colonizadores desconfiaban de la medida. A ellos les parecía que el cuadrado, o lo que habían comprado, era más chico de lo que en realidad tenía que ser. Entonces se ponían a medir el campo, de mojón a mojón. Cada cuadrado tenía un mojón de quebracho, un poste —medio poste— enterrado a pala. Posiblemente también con la maza, pero para mí —yo he visto mojones— se hacía un pozo, ponían la estaca de quebracho, cubrían y apisonaban un poco para que estuviera firme y nadie lo arrancara. Sobresalía más o menos cuatro dedos, una cuarta, del suelo.

Y se ponían a medir por medio de un alambre. Cintas metálicas no había en aquel tiempo, por lo menos ellos no tenían, solamente los agrimensores. Con un alambre medían el campo y, claro, siempre les faltaba alguna parte: cincuenta centímetros, un metro... Yo recuerdo que mi abuelo también hizo medir el campo con los muchachos. Cuando no tenían nada que hacer aprovechaba para hacerlos trabajar. Recuerdo que mi padre decía que le faltaba sesenta centímetros. Y estaban en un gran error, porque el cuadrado tenía, en realidad, seis varas más de lo que estaba en la escritura.

Todos los cuadrados, de este a oeste, que es la parte más larga, tienen seis varas más. Posiblemente como delimitaron los cuadrados de 160 cuadras, que era mucho, dejaron esas seis varas para que se hiciera un camino en el centro del cuadrado. Tal vez haya sido por eso: un camino grande y otro chico, para que un vecino alambre de un lado y el otro alambre del otro, y quede un espacio de seis varas de tierra de nadie. Sería un gran error si se hiciera eso porque si alambraran

con un camino de seis varas al medio, allí es donde se van a criar las malezas, los yuyos: uno no los va a cortar porque no le corresponde y el otro tampoco, y eso los va a perjudicar tanto a uno como al otro.

Y así se ponían a medir. Nunca hubo desacuerdo con nadie, quiere decir que tenemos la seguridad de que todo está bien medido, no hay ni un centímetro de diferencia, sacando esa parte de seis varas que todo cuadrado tiene de más y no sabemos por qué. Ahí donde vivíamos nosotros un vecino compró una parte del terreno, después que los herederos vendieron. Todavía estaba mi padre. Se pusieron de acuerdo de alargar la medida tres varas de cada lado. La vara tiene ochentiséis centímetros y seis milímetros. Quedó la mitad de un lado y la mitad de aquel otro, así que al vecino que compró le vinieron tres varas gratis. Tres varas de ancho por mil quinientas varas de largo. El cuadrado es de mil quinientas varas de norte a sur y de dos mil cuatrocientas varas de este a oeste. Todas las medidas son inglesas. La fanega lo mismo, en el tiempo de antes. Después se fue corrigiendo. Duró poco la cuestión de la fanega porque era muy pesada. Tenía 153 kilos, muy pesada para pesarla. Había que entregar mucho trigo, entonces todos prefirieron el quintal. Y el quintal, para mí, también es una medida inglesa.

* * *

Del año 1906 el abuelo hizo posesión del cuadrado. Del año 1907 nació yo. Del mismo año 1907 el mayor de los hijos, Juan, se trasladó al otro cuadrado. Trabajaba con un mediero que le ayudaba a arar. Ya posiblemente tenía las *garzas*, las *Schneider*. Yo recuerdo los restos de esos arados, que tenían dos palancas del mismo lado; muchas veces la palanca se escapaba y el arado se clavaba de golpe y se tumbaba. Unas palancas largas, fuertes. ¡No dejar escapar las palancas! Si la reja estaba en lugar blando, como no tenía resortes, se iba y buscaba lo hondo; se le escapaba la palanca y se tumbaba el arado. Ya tenían asientos. Se tiraba con cinco caballos. Dos rejas, rejas vertederas, industria argentina, fabricadas acá. Un tal Garetto, un herrero. Vino cuando ya estaban todos los colonos establecidos y fabricaba arados de mancera. Después las vertederas, las rejas para las *garzas*, que le llamaban.

Pero los de mancera siempre se utilizaron. Los otros arados de dos rejas llevaban cinco caballos,

y como los caballos tienen que tener su lugar, no le dejaban arar bien contra el alambrado (donde estaba alambrado, porque había muchos que tenían alambrado donde encerraban los caballos y las vacas, lo demás todo libre; el campo donde se sembraba trigo o lino estaba abierto). Cuando se araban esos potreros alambrados se ataban dos caballos. Ya no había bueyes. De los bueyes no me acuerdo, pero de los primeros caballos que utilizaron —caballos criollos— sí. Uno iba teniendo el arado y el otro manejando las tiendas para arar hasta bien en contra del alambrado.

Uno de los delicados para que fueran hasta bien en contra era mi abuelo.

— ¡No desperdiciar la tierra! ¡Dejan diez centímetros acá, de punta a punta cuántos metros cuadrados hace...!, decía.

— ¡Y guay a pisotear! Muchas veces se salía con el carro y se le pegaba un chirlo al caballo —o un caballo era más mañero que el otro— y el carro hacía un zigzag y pisaba el trigo cuando ya estaba nacido, o cuando estaba por espigar: ¡guay que él hubiera visto eso! Le pegaba un levante bárbaro a los hijos.

— ¡A conservar las cosas. Aprendan! Enseñaba muy bien el abuelo, lástima que faltó tan pronto. No fueron todos como él los hijos. Algunos fueron, otros no. Cuando falleció mi abuelo cada uno ya tenía su parte. Todos estaban casados. Vaya a saber si por las mujeres, que no iban de acuerdo... vaya a saber. Quizás si hubiesen sido más jóvenes cuando se murió el abuelo, o él no hubiese fallecido tan joven... si no hubiese habido ninguno casado cuando falleció mi abuelo a lo mejor se mantenían unidos; pero estaban casados, y usted sabe que a las mujeres... es mal, de mantenerlas unidas... ¿me entiende? Cada uno tiene la suya y ya no son más de la familia propia, son de distinta familia. Cada uno tiene sus ideas, algunas buenas y otras, posiblemente, malas... Muchas veces falta un miembro de la familia, o un pariente, y se va desmoronando el castillo...

Enseñaba bien el abuelo. Una lástima que faltó tan pronto. Quizá hubiera sido otro el destino nuestro; hubiera podido yo tener también herencia, en vez... (ríe).

Yo recuerdo del abuelo. A mí me quería mucho. Era un hombre medio hosco, esos hombres duros, de poco hablar. Cuando mandaban, los hijos tenían que salir corriendo. Era un hombre que le gustaba mucho la diversión. Le gustaba un poco también el traguito de vino. Esa gente, principalmente el

italiano, tomaba mucho vino. Había épocas, a lo mejor, que tomaba menos, pero no se quedaba sin vino. Mi abuelo escondía el vino para que no lo vieran los muchachos. Cuando terminaban de comer y se levantaban de la mesa, él se iba a un rincón —en la pieza, por ahí— y se tomaba un trago de vino. ¡Que se lo merecía!: había trabajado mucho ese hombre. Murió a los 64 años completamente gastado. Estaba continuamente en los trabajos groseros, siempre. Era un hombre de mucho aliento para el trabajo, le gustaba trabajar. Sembrar, arar, emparvar, siempre un hombre muy movidizo. Y nunca estuvo enfermo. Jamás en la vida había estado enfermo ni sabía lo que era una pastilla. Comió puchero hasta la última hora. Yo hace diez años que no como puchero. No es que me haga mal, pero me aconsejan no comer puchero porque puede atacar el hígado y puede provenir una hepatitis, y yo lo que quiero evitar es que me agarre una hepatitis. Si me agarra una hepatitis a la edad que tengo...

Ellos comían chorizos. Se carneaba dos o tres veces al año. Se ponían los chorizos en los tarros de aceite que venían de Norteamérica, una lata cuadrada. Le echaban la grasa misma del chanco para que se conservaran. Había hecho hacer un gran sótano para poner los salames, y también para la bordalesa. En aquel tiempo no se compraba ni la botella, ni en damajuanas, se compraba una bordalesa de 200 litros. Yo he comprado bordalesas de vino del año 24, 25, 26; creo que la más cara la pagué 54 pesos, con casco nuevo. Vendíamos el casco a cuatro pesos y nos salía cincuenta pesos netos, el vino. Hasta 205 litros. Ahora con eso no compramos una copa.

Eran más duros para las enfermedades aquella gente. Había menos enfermos que ahora —está bien que había menos cantidad de gente también—; pero eran más fuertes porque cuando se iniciaban sus primeros tiempos de vida —tres, cuatro, cinco años— ya empezaban a trabajar. Yo presumo que debía ser por eso, porque vea usted que sin tener médico en el pueblo esa gente vivió lo mismo, salvo raros casos. Ya estaban acostumbrados a vivir en el trabajo y se fortalecían.

Después, comían una comida más sana que la de ahora, posiblemente. Ellos comían carne cuando mataban una gallina. Casi todos; nadie quedaba sin ovejas, sin cerdos, sin lechones. No había carnicero en aquellos tiempos. Para comprar la carne había que hacer leguas y leguas; había que ir a un pueblo más importante, o a una ciudad.

Francisco Rivolta y su esposa, Emilia Pesce, padres de Primo Rivolta. ca. 1905. Autor: Isidoro Mulin. Col. Emilio Rivolta.



Berlamino Rivolta y su familia. ca. 1905. Autor: Isidoro Mulin. Col. Emilio Rivolta.

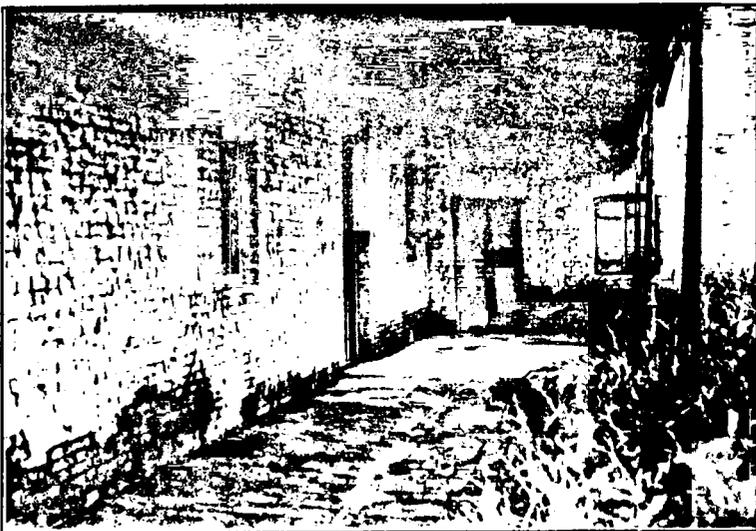




Casa paterna de los Rivolta. En 1979, cuando se tomaron estas fotografías, hacía mucho tiempo que estaba abandonada y ya no pertenecía a la familia.



"Una casa grande, grandísima... con galpones... Primero el motor empujaba la trilladora y la entraba, después reculaba y entraba en el otro arco".



"... a la mañana estaban todos levantados abajo la galería que había enfrente a la ventana donde había tirado el abuelo..."

Primo Rivolta (primero de la derecha) y sus hermanos. María Juana, ca. 1914. Autor: Miguel Amiune. Col. Flia Primo Rivolta.



Equipo de fútbol del Banco Español de Santa Fe. Segundo de la izquierda, de pie. Primo Rivolta. ca. 1928. Autor anónimo. Col. Flia. Primo Rivolta.



Don Primo picando tabaco en el galpón de su casa ("haciendo los tallarines..."). María Juana. 1979.



Luego sí comenzaron los camiceros a faenar y repartir la carne a los chacareros, pero eso fue del año 15, 20, para adelante. Los primeros años es que fueron duros. Por milagro esa gente trabajaba sin atención, sin control médico de ninguna especie.

Antes, cuando se enfermaba un miembro de la familia se lo ponía en cama y se le hacían remedios caseros. Salvo el caso que se veía que era grave, entonces buscaba la forma de trasladarlo en volanta, o en carro, a una ciudad. Aquí teníamos a San Francisco, la más cercana. Pero difícil que se llegara a eso. Yo recuerdo que un vecino mío, uno de mi edad, estuvo en cama. Yo fui a verlo. Estaba grave (y como ese caso habrán pasado otros anteriores) y esperaban curarlo con remedios caseros. Cuando quisieron trasladarlo no tuvieron más tiempo. Se les iba a morir por el camino, y para que se muera por el camino se quedaron en casa. Y murió en la casa. Todo dependía del milagro.

En aquel tiempo hubo acá una epidemia bárbara. Murieron mucha gente del carbón. Había moscas, picaban al animal, el animal se moría y de ahí se desparramaba la mosca a las casas, de un chacarero a otro. Fue una cosa que se inició de a poco, se iba corriendo de a poco. Eso fue en el verano, en el invierno desapareció la mosca. Fue una epidemia que se extendió lentamente, pero abarcó con todo. El único caso que tuvo mi abuelo fue un hijo, que la mosca lo picó en la ceja. Lo llevaron a San Francisco con el carro y se salvó. Se iba al cruce. Decían que había cincuenta kilómetros a San Francisco. Iban la madre, el abuelo y el hijo mayor. Al que lo picó era Emilio (sí, porque vienen Juan, Francisco, José, Marcelo y Emilio; sí, era Emilio, el quinto, el último). Vive aquí, en María Juana. Tiene nueve años más que yo. Se salvó pero le falta la ceja, se le nota bien la cicatriz.

Antes por cualquier cosa no se iba al médico. Todo dependía de los remedios caseros. La madre, o la tía, o la abuela le hacían sus remedios. Tenían que ser hábiles para eso porque no se podía esperar otra cosa: no había médicos por acá alrededor. Había que ir a una ciudad donde posiblemente había que esperar medio día o quizás más para que lo atendieran, porque los médicos eran escasos y tenían otros enfermos que atender. Ahora hay cinco o seis médicos en María Juana. Antes no era posible. Todo dependía del milagro.

* * *

En el caso de los partos, por ejemplo.

Mi abuela, como le estuve contando, tuvo diez hijos y se atendió sola. Parece difícil de creer, pero otras mujeres también se atendieron solas; yo conozco. En general, todas las mujeres eran guapas para eso. Una madre atendía a otra madre, aunque sea por primera vez, y así se evitaban la cuestión médico, o parteras profesionales, que no existían en aquellos tiempos.

Cada una tenía que arreglarse en la mejor forma posible, ayudada por alguna amiga, alguna vecina y el marido, que era el que ponía más guapeza en esos casos. Claro que con el correr del tiempo alguna de las mujeres resultaba más guapa que otras, entonces a esa la llamaban en los casos especiales. En el caso mío, por ejemplo, una tía que no era profesional fue la que me trajo. No pasó nada, y yo me crié grande. Y esa misma tía trajo al hijo mayor mío después de veintiséis años, y eso que ya era bastante viejita cuando me trajo a mí. Yo tuve ese berretín: *me trajo a mí, que traiga al hijo mayor*. Cometí posiblemente una estupidez, porque yo tenía el auto muy preparado para cualquier circunstancia, de un apuro poder ir a buscar al médico enseguida, ¿pero si a último momento no encuentro al médico? Mi señora lo tuvo en el campo. Yo tenía que haberme prevenido de traerla al pueblo, a la casa de mi suegra, que vivía acá. Fue un poco una locura eso, demasiado coraje. Claro, nos sentíamos fuertes, jóvenes, parecía que todo no era nada.

Conozco el caso de una señora que tuvo mellizos. Sé el nombre y todo de esa gente. Mi señora lo puede atestiguar. A la mañana, bastante oscuro, estaban ordeñando con el marido. Se sintió descompuesta y se fue a la cama; para no dejar el tambo el marido se quedó y ella se fue. Cuando llegó el momento la señora, desde la ventana, llamó al marido. Vino, ayudó en lo que pudo y volvió al tambo. Se atendió, podemos decir así, casi sola la señora; claro que ya no era el primer hijo, ya era el segundo o el tercero. Se atendió sola.

Al ratito después, a la media hora —el marido estaba ordeñando todavía porque no había terminado—, la mujer lo vuelve a llamar desde la ventana:

- ¡Vení, vení!
- ¿Qué te pasa?
- ¡Vení: otro, otro...!

— ¡Ma qué otro ni que el diablo... cómo va a venir otro!

— ¡Si, si, otro, otro!

No volvió más el marido, tenía que terminar su trabajo. Cuando vino de vuelta ya estaba el segundo.

Eso hace muchos años pasados; hace sesenta años, porque uno de esos muchachos es de la clase mía, del siete. Qué va a hacer, hay que hacerle buena cara al mal tiempo cuando se ve obligado, ¿no es cierto?

* * *

Y así se fueron haciendo las cosas. Las familias ya venían grandes. Los hijos de seis, siete, ocho años. No había que buscar escuelas, porque antes no había. Tampoco había comodidad de mandarlos. Se juntaban algunos colonos y contrataban un maestro de campaña. En ocasiones podría ser un mismo chacarero, un colono que estaba aventajado en asunto escuela, en colegio, que había aprendido bien en su país de origen. Sabía escribir, leer, hacer las operaciones, y eso bastaba para que enseñara no solamente a sus hijos, si no a los del vecino, de varios vecinos.

Después vinieron las escuelas del pueblo, que eran, por supuesto, incompletas. Eso ya cuando los pueblos se fueron formando. Ahí se aprendía poco porque enseñaban hasta tercer grado, y la mayoría de los maestros no poseían título tampoco. Eran más los días que faltaban que los que hacían escuela. Algunas eran nacionales y otras provinciales. Principalmente las nacionales eran las que los colonos buscaban esquivar porque eran las que menos enseñaban. Después fueron quedando únicamente las provinciales.

A medida que la familia progresaba, tanto en el trabajo como en la edad, se iban formando los pueblos. Se iban formando los almacenes, que le vendían la yerba, la harina, los fideos al colono. Algunos herreros que también se instalaban en el pueblo, armaban un galpón y ahí trabajaban para arreglar las herramientas o fabricar las herramientas que necesitaba el colono. Los boliches, tanto del pueblo como de campaña. Porque en aquel tiempo, como los pueblos estaban lejos uno de otro, y como los medios de comunicación eran precarios, siempre había el aventurero ese que instalaba un boliche en la propia campaña. Tenía un juego de bochas, o dos, unas cuantas damajuanas de vino, cajones de cerveza, y ahí

concurría el colono en los días domingos a divertirse, a conversar con el vecino. De esa forma gozaban el descanso los colonos.

Después el pueblo iba progresando debido al ferrocarril, que es el que trajo la civilización, en realidad. Donde pasaba un ferrocarril hacían la estación, y en esa misma estación se formaba el pueblo. Y donde había ferrocarril los médicos acudían sin ningún problema, porque tenían vías de comunicación. Estaban seguros que se iba a formar el pueblo. Ya tendrían una clientela más o menos respetable.

También se formaron las estafetas de correo de la estación. Se instalaron carpinteros, que tanta falta hacían para ir componiendo los muebles para las casas de los colonos, que habían llegado sin muebles, con un baúl grande. Yo tengo casualmente un baúl que usaron los inmigrantes. Era de un tal Spinelli, pariente de mi abuelo, pero más joven. Vino justamente por mi abuelo. Allá en la familia quedó sabido que mi abuelo había venido a la América y le iba bien. El otro se entusiasmó y vino. Agarró un cajón grande, metió toda la ropa y se vino.

El abuelo era lombardo. Mi mamá era furlán. Nació en Udine. Vino también como inmigrante, pero a ella la trajeron de un año. Ellos llegaron más tarde que mi abuelo —apenas llegó mi abuelo nació mi padre— y cuando ellos llegaron ya mi mamá estaba nacida. Mi padre tenía un año menos que ella. Mi madre falleció de ochenta años faltando unos meses; mi padre también falleció de ochenta años faltando unos meses, al año siguiente.

Como vino el abuelo también vinieron otros lombardos. Entre ellos se entendían, por supuesto, y también se entendían con los piemonteses porque Piemonte y Lombardía están casi pegados. Al principio les costó trabajo, pero después se fueron entendiendo.

El castellano nunca pudo hablarlo. Yo recuerdo que quería hablar el castellano cuando venían los parientes de los otros pueblos, para la fiesta de María Juana. Había uno de Sastre que le exigía que hablara el castellano; como este otro algo sabía, quería embromarlo al abuelo, que no sabía nada. Ese hombre caminaba con el bastón, con el palo, que le decían. En una ocasión le había dado el palo a mi abuelo para que caminara. Yo estaba presente, eso lo escuché con mis propios oídos. El abuelo iba y venía caminando con el palo y el otro le decía:

— ¡Pero así no se camina con el palo, hay que caminar más elegante! ¡En mejor forma hay que usar el bastón!

Pero se lo decía en castellano; hasta que el abuelo le contestó:

— ¡Ma sí, tomá tu *palot*!

En castellano, ¡eso sí le salió!, pero en vez de decir palo, bastón, dijo *palot*, que es lo que usaban para ventilar el trigo... Yo lo recuerdo bien eso, era pibe. Era para una fiesta de María Juana. Para la fiesta del pueblo invitaba a todos los parientes. ¡Dios me libre, la cantidad de volantas, de sulkys! Claro, el padre tenía la volanta, cada hijo tenía un sulky, entonces una volanta aquí, un sulky allá, otra volanta más allá...

La fiesta se hacía en las chacras. A veces se ponían a jugar a las bochas a las ocho de la mañana. Se levantaban tempranísimo, desayunaban y comenzaban a jugar a las bochas hasta las doce. Después descansaban un rato y se venían al pueblo porque había que ir al Pabellón. Había baile. El baile empezaba a las tres de la tarde: matinee, familiar, todo junto. La Banda misma tocaba piezas para bailar. Yo recuerdo del año 1928, fue la última vez que instalaron el Pabellón en el medio de la plaza. Venía una banda de Rosario, casi todos los años venía la misma. Se denominaba Dante Alighieri. Los italianos de acá decían que Dante Alighieri era el maestro, uno alto, flaco.

— ¿Ves ese que está ahí con la batuta, el palo, en la mano? ese es Dante Alighieri...

Pero era el nombre de la banda, claro. Dante Alighieri había desaparecido hacía cuánto: doscientos, trescientos años atrás...

Había veces que a un colono le daba el gusto de invitar a los vecinos a su casa, que iban a bailar. Se traía un acordeonista —muchas veces el acordeón era una verdulera, y el que tenía una verdulera en aquel tiempo tenía un instrumento bárbaro, ¡un piano!—; se tendían las mesas; se tomaba una copa de vino, y mientras los colonos conversaban las muchachas y los muchachos bailaban. Generalmente se tocaba la polka, la mazurca, el vals, el zinni, la valesana (aunque la valesana no tanto; ese era un baile de los alemanes, de Clucellas para allá; pero aquí también se tocaba; era un vals medio rápido). A esas fiestas se las llamaba *las veladas*. En piamontés decían *Anduma vie*. En lombardo también: *Esta sera anduma vie*. Se cargaba en el carro a toda la familia —al principio el único medio de locomoción

era el carro—, el padre y la madre adelante manejando los caballos. Algunos desataban los caballos cuando llegaban, pero los otros los dejaban atados a un poste para que no se les dispararan.

* * *

En el año 1905, más o menos, un carpintero de San Carlos, que era un pueblo muy adelantado, se le dio por construir la volanta. Creo que fue uno de los primeros de por acá. No sé si en Rosario o en Santa Fe se conoció antes, pero aquí se conoció la de San Carlos. Un tal Chevallier, un francés.

El colono que podía comprar la volanta, que disponía de medios para comprar la volanta, la compraba de inmediato; se entusiasmaba y la compraba de inmediato porque era un espectáculo; para ellos era un espectáculo: cuatro ruedas con ejes patente francés, sus tazas de bronce, algunos lujitos; su capota, con hule también a los costados; un asiento delantero que cabían tres personas; dos asientos traseros a los costados, que cabían dos en cada uno; una puertita trasera y dos peldaños para poder subir por la parte de atrás; urí peldaño en cada lado sobre las ruedas de adelante para subir también.

Para el colono era una reliquia la volanta. La tenía siempre bien pulida, lavada; le pasaban su esponja, su trapo, bien limpia. Después, cuando se hicieron las iglesias en los pueblos, se empezó a utilizar para venir a misa. Yo recuerdo: era una caravana como si fuera un entierro —principalmente cuando salían, cuando volvían—. De lejos venían: cinco, seis leguas. Venían de Campo French; de los Zurbruggen venían con volantas. Después compraron automóviles, pero eso fue más tarde, cuando ya se gastaron las volantas.

Las volantas se usaron mucho tiempo. Yo ya era bastante grande cuando se abandonaron las volantas. Los Zurbruggen fueron los primeros en tener automóviles; y aquí en María Juana un tal Barrale, que está en Garibaldi, pegado a María Juana, chacarero también. El primero creo que fue Boero, pero el auto era para uso exclusivo de él: nadie lo veía. Lo usaba poco; el domingo a la tardcecita. Un chofer —mecánico y chofer— especial para el auto. Era un Dedión, o algo así; un francés. La capota era igual que la volanta, yo recuerdo. Después compró otro en lugar de éste, todo cerrado de vidrio. El chofer iba afuera, sin

capota, y ellos sentados adentro. Pero cuando vino ese coche ya había otros que lo tenían. Barrale, y los Zurbrigen. Tenían carrocerías de madera y un farol envuelto. Los faroles no iban a electricidad, porque el coche no iba a electricidad, iba a magneto. En los faroles tenía como un aceite: se encendía con un fósforo y después se cerraba.

A la volanta la cuidaban mucho. Para ir al pueblo a comprar casi no la usaban, usaban el carro, en cambio para ir a las veladas en las chacras usaban la volanta. Destinaban los dos mejores caballos que tenían, que fueran parejos, del mismo pelo; los envasaban, los pulían, les cortaban bien la cerda, los descolaban, los cepillaban con un cepillo especial para que el pelerío feo se les fuera y les quedara nada más que el pelerío con brillo. Los dos mejores caballos de la tropa eran exclusivamente para la volanta.

Todos esos trabajos los hacían los muchachos. Las hijas o los hijos —porque trabajaban tanto uno como otro en esos trabajos— les ataban la jardinera al abuelo y a los padres. El padre tenía nada más que subir. Hasta las riendas le desataban y se las daban en las manos. Las herramientas que usaban para la volanta, la montura, todo de bronce. Los yuguillos, herrajes de bronce, bien lustrados. Cuando salió la volanta salieron esos arneses. Los yuguillos, en vez de ser de madera eran de bronce. Y antes de arrancar los abuelos se fijaban bien si estaba todo bien lustrado, sino les hacían pasar el trapo. Después, cuando venían de vuelta, no se fijaban, pero de ida...

Mi abuelo me decía Chisquín. A mí me quería mucho. Mi papá se llamaba Francisco. Yo me llamo Primo Francisco, pero él me decía Chisquín por el padre: Chisco, el grande; Chisquín, el chico. Todas las veces que venía a mi casa me decía que lo acompañara a la suya. Yo le preguntaba a mi mamá. Mi padre era hosco. Tanto los inmigrantes como los hijos de los inmigrantes eran hoscos, se criaban más o menos parejos. Si le preguntaba al padre decía: ¡NO! En vez si le preguntaba a la madre: *Bueno, a ver, andá, le voy a decir al pare...*

— El chico quiere ir allá...

— Y bueno, vá, que vaya...

Ya era otra cosa; pero si uno le preguntaba directamente le contestaba con un no rotundo. Había que decirle *no voy* para que él, entonces, *sí, bueno, andá...* Era así, al revés. Tanto

mi padre como mi abuelo.

Entonces me llevaba a su casa y de allá no me quería dejar venir más. Adonde él iba me llevaba junto. Ya no trabajaba más en esos tiempos —aunque yo me acuerdo de cuando todavía trabajaba—; algo me acuerdo de esos tiempos que hacía algún trabajo. Pero en los tiempos que habré tenido cinco, seis años, ya no trabajaba más, y donde él iba tenía que ir yo. Había que levantar algo del suelo, tenía que levantarlo yo. Había que sacar eso de ahí y ponerlo allá, tenía que hacerlo yo. Veníamos de vuelta, todo lo que él encontraba mal hecho, ¡paf!, tenía que corregirlo yo. Ibamos al tambo, siempre encontrábamos un lazo en el suelo:

— Levantá esa sogá, colgala allá. Ese tarro dalo vuelta, ponelo allí.

Me enseñaba. Y después que también le gustaba mandar. No miraba la edad, le gustaba mandar. Pero no para no trabajar; él en esos tiempos ya no trabajaba más; pero en sus tiempos, aparte que mandaba, trabajaba. Yo recuerdo, lo decía mi padre, lo decía mi tío: *Ninguno de nosotros salió trabajador como el viejo* —decían—. *Por más trabajo que hagamos nunca vamos a estar a la par de él.*

Y después, cuando veníamos de vuelta, me mandaba al sótano. Al principio ellos endamajuanaban el vino. Pero a mí la damajuana me quedaba pesada, entonces, como siempre quedaba algo en la bordalesa, yo, con la espinela, que se llamaba: trrrrrrrc...

— ¡Shhhhh, más despacio que la nona siente...!, me decía él.

El la llamaba *mamgrande*; en lombardo se llama *mamgrande*: mamá grande, quiere decir, la primer mamá.

— ¡Más despacio que la mamgrande chent...!

Yo le llenaba la copa: ¡*Eh, cuánto..!*, decía él, y se tomaba la mitad enseguida. Después esperaba con la otra mitad en la mano. Aparecía la abuela:

— ¡Turna con el vino!, decía.

— ¡Qué, un poquito...!, y le mostraba el vaso, ¡pero ya se había tomado la otra mitad!

Después, en los últimos tiempos, que yo era más grandecito —ya era casi muchacho—, me decía que estuviera alerta de no confundirme de bordalesa. Porque todos los años los familiares de allá —que en realidad vendrían a ser los parientes, porque los familiares estaban acá—, le mandaban un barrilito de vino de cincuenta litros. Espumante. Claro, ese ya tenía otro gustito. El no lo sacaba del barril, pero no se agriaba. Primero que estaba en

el sótano, y después que los barriles eran de caoba, entonces el abuelo decía que no se agriaba. (Yo creo que principalmente el vino de antes no se agriaba porque no tenía agua, en vez ahora usted deja la botella media destapada por ahí dos días y no lo toma más.)

Entonces, primero no tenía que hacer ruido, y después no tenía que confundirme de canilla: no agarrar del otro, agarrar de ese chiquito... Primero tomaba un trago yo, ¿no?, ya tenía edad; primero me mojaba yo la garganta, después recién sacaba para él. Del bueno, del otro no.

Así era mi abuelo, le gustaba mandar, era rústico para mandar: ¡Que se trabaje!, y él era el primero, pero no era capaz de pegarle un sopapo a un chico por más que se hubiera estado peleando. Al contrario, no peleaba, pegaba la media vuelta y se mandaba mudar. Disparar decía que no era cobardía. El no se topaba con nadie. *Tengo todas las de perder, no sirvo para pelear.* La corajuda era mi abuela, muy corajuda. Más corajuda que mi abuelo. Si sentía un ruido a la noche se bajaba de la cama y salía afuera con el revólver. Tenía muchas gallinas, chivos, las ovejas, los terneros, qué se yo cuánto, y tenía miedo que le robaran. Salía ella, sola, no hacía falta que la acompañara el abuelo.

Les voy a contar una anécdota.

Una noche la abuela siente un ruido. Una casa grande, con galpones (bueno, esos vinieron más tarde, cuando yo era pibe. Los hicieron para poner las máquinas, con arcos grandes. Primero el motor empujaba la trilladora y la entraba, después reculaba y entraba en el otro arco; pero lo daban vuelta, para que quedara con la chimenea mirando al frente). Era un caserón grande, grandísimo. Del otro lado tenía el tambo, yo recuerdo bien. Después le pusieron techo y paredes de ladrillo. Y atrás había un monte bárbaro, porque en aquel tiempo, cuando empezaron a colonizar, lo primero que hacían los colonos era buscarse en cualquier forma árboles para sombra.

Acá predominó el paraíso. Menos mal que no había eucaliptus en aquel tiempo, sino hubieran llenado el campo de eucaliptus, ¡y qué me cuenta usted! Yo estuve trabajando con el tractor donde había eucaliptus, y no hacía mucho que los habían plantado —treinta años pasados—. Cuando viene una tormenta, esos gajos que salen medio inclinados se rompen porque tienen un peso bárbaro. Caen encima del alambrado y le hacen trizas todo. Después no se puede sacar, es durísimo de cortar,

es muy malo para cortar con el serrucho. Menos mal que pusieron paraísos.

Y esa noche la abuela se sintió perezosa para bajarse. Ella era siempre la primera, pero ya no andaba muy bien, tenía también sus añitos. Mi abuelo nunca jamás abrió la puerta de noche: una vez que estaba cerrada, cerrada. Cuando sintió el ruido le dice mi abuela:

— Yo sentí un ruido. Están robando las gallinas, están haciendo algo. Acá hay alguno...

— ¡Ma qué va a haber!

— ¡Si, si, levántate, andá a ver..!

— ¡Má, qué voy a ir a ver, para qué me voy a levantar...!

— ¡Levántate y andá a ver..!

Bueno, tanto hizo que el abuelo agarra el revólver —un suizo, con una argollita en el mango, un suizo viejo— y abre la ventana. ¡Pum! Escuchó un rato en la ventana y después le dice a mi abuelita:

— ¿Sentís algo vieja?

— No, no siento más ruido.

— ¿Viste que se escaparon?

— ¡Si, pero se llevaron todas las gallinas...!

Menos mal que no pasó nada, le pareció a ella nomás.

Bueno, a la mañana siguiente estaban todos levantados abajo la galería que había enfrente a la ventana donde había tirado el abuelo. Uno de los hijos, por la luz del sol, se dio cuenta:

— ¿Cómo agujerearon el zinc? ¿Quién agujereó el zinc acá?

Porque los muchachos no habían sentido el tiro. Dormían. Gente joven, que trabajaba mucho, de noche quedaban mosca. *¿Quién agujereó el zinc?* Nadie decía nada. Mi abuelita dice:

— Capaz que sea papá, que anoche tiró un tiro...

— Má, ¿y cómo fue a agujerear el zinc?

Saltó el abuelo:

— ¿Y dónde iba a tirar?

— ¡Y a los que estaban allá!

— ¡Ah, sí! ¿Y si agarro a alguno..?

¡Tiró al aire para no hacerle daño a un maleante...! Ese no servía para estos tiempos, para guerrillero...

Ese agujero está todavía ahora. Ese techo no se tocó. Yo estoy bien seguro porque hace cuatro años estuve ahí. Me pidieron que fuera a buscar un acoplado con el tractor. Hasta me quisieron pagar y no quise cobrar. Para mí fue una diversión. *Cobrame, cobrame...*, sacó la cartera. *No, esas gauchadas se hacen gratis, no se cobran. Yo qué*

hago con eso, no compongo la vida con eso... Era un amigo, hubiera sido otro, un comerciante, algo que hubiera sido para beneficio de él, todavía, pero era un amigo. Estaba enfermo y no podía ir a buscarlo; y bueno, voy yo.

* * *

Le voy a contar otra anécdota del abuelo.

Una vez vino el médico: Ruggieri, el primer médico que vino a María Juana. Vivía donde están las monjas ahora. Mi abuelo no se sentía bien. El sabía venir siempre al pueblo en volanta a buscar el diario, después se lo daba a los hijos para que se lo leyeran. Ese día no se sentía bien, entonces mi abuela quiso acompañarlo.

— No, voy solo.

— No, te acompaño.

— No, voy solo.

Discutieron un rato; rezongaron un poco.

— Bueno, dice mi abuelo, si vos venís yo no voy al médico.

Muy bien, se quedó la abuela y vino él solo. Cuando llegó de vuelta:

— ¿Ves? para eso querías que no fuera, para no ir al médico. Esta noche capaz que te pase algo...

— Fui al médico, fui...

— ¿Ah, fuiste?

Y como el abuelo no podía mentir, no sabía mentir, dice:

— Si, porque me agarró más mal cuando llegué al pueblo...

— Bueno, ¿y qué te dijo?

— Má, mirá un poco la ocurrencia del médico: me prohibió de comer y dice que no tengo nada. Me prohibió de comer y no me prohibió de tomar...

Continuamente, cada dos o tres horas, tomaba media copita de vino. Esas copitas no son como éstas que usamos ahora, eran más bajitas, rayadas, talladas, moldeadas. A la mañana, a las nueve, vino. Después del desayuno, del *culasiun*: vino. Después que se levantaba de la siesta: vino. Pero siempre puro. Nosotros tomamos cualquier otra cosa. Yo, al menos, que fumo, tomo algo para poder fumar y no encontrar el estómago vacío; té, o mate, con una masita o con un pedazo de pan, torta, pan dulce, lo que sea, —pan dulce no mucho porque con el mate no anda—, pero siempre como algo porque hay que cuidarse también. El no, él tomaba y fumaba en pipa. Tenía una pipa de caña de cereza, labrada, de Italia, con un hilo de colores

atado abajo de la taza para poder colgarla del botón, entonces en caso de caerse quedaba prendida y no se rompía. Una pipa bárbara. No era grande de capacidad de tabaco, pero tenía una taza de mucho volumen, maciza.

Yo empecé a fumar en pipa de 19 años. Ya era grande cuando empecé a fumar en pipa, así que no tuve nunca el vicio que tal vez hubiera tenido si empezaba de chico, de quitarle la pipa a otro —tampoco se me hubiera pasado por la cabeza sacarle la pipa a mi abuelito, por supuesto—; ni tampoco otro, porque yo ya era grande, se animó a quitármela a mí...

Mi hermano menor sí. Era cuatro años menor que yo. Yo recuerdo que al principio fumaba en pipa; me sacaba la pipa y fumaba él. Fumaba dos o tres pitadas, dos o tres tiradas, después limpiaba la pipa, la sacudía, ponía el tabaco en la mano y lo echaba a la boca para mascar. La *chica*, que se llamaba. Mi padre *chicaba*, el aprendió de mi abuelo. Mi abuelo también *chicaba*. Compraba dos paquetes de medio kilo de tabaco *Savoia*; en aquellos tiempos venía esa marca. Tabaco *El Colono* también compraba. Como ellos eran colonos lo compraban... Era un paquete rojo. Lo escondía el abuelo porque los hijos le tiraban a robar. Se lo ponían en el bolsillo, iban detrás del monte —que ya estaba bastante crecido— a *chicar*, y el abuelo miraba por la ventana del galpón, o de la cocina, a ver si veía el humo: él se creía que los muchachos le robaban el tabaco para fumar; como eran jóvenes, ¡cómo van a *chicar*!

— Los voy a agarrar yo, ¡les voy a ver el humo..! —y los otros estaban mascando el tabaco. Así seguro que no les iba a ver el humo nunca. Ahora, que si los pesca les iba a dar penitencia, seguro. Hubiera sabido que los muchachos *chicaban* le daba penitencia, sí, cómo no. Los hubiera hecho trabajar más tiempo, con más fuerza cuando les correspondía. Mi abuelo, yo recuerdo, era así.

La compostura de aquella gente no era nada más que la de trabajar, sino también la de ser muy recto, de comportarse bien, tanto con la gente como con la familia.

El caso, por ejemplo, de mi abuelita. Una vez supo que uno de los hijos había estado en el pueblo y tuvo un altercado con un amigo. Tal vez habrá tenido una copa de más; siempre pasa lo mismo cuando uno está así, con coraje... No se tomaron a golpes, pero faltó poco.

Al día siguiente la abuela fue al pueblo, y como

nunca falta aquel que viene y cuenta, se enteró: *Anoche Juan peleó con fulano, en tal parte...* Entonces la abuela, en vez de ir a su casa directamente, pasó por nuestra casa, la casa de mis padres, porque Juan —que era el hijo que había tenido la pelea— en esa época vivía junto con mis padres. Pasó para reprenderlo, y eso que Juan en ese tiempo era viudo, no solamente casado... Habrá tenido sus cuarenta años.

Ya era mañana, bastante tarde. Cuando el hijo vio llegar a la abuela se fue escondiendo, porque sabía que si llegaba a esa hora por algo era, y como no tenía la conciencia muy limpia...

Apenas se bajó de la volanta ya lo increpó. Le preguntó porqué había peleado con el amigo.

— No, si yo no pelié con nadie...!

Claro, se hacía el inocente.

— Y porqué me dijeron que peleaste...

Allí empezaron, que sí, que no; la abuela ya agarró el látigo también, porque cuando bajó de la volanta no había dejado el látigo, se lo trajo al hombro. Que no, que sí, y ya le quiso pegar con el látigo; y el hijo, claro, para defenderse, salió al trote largo a dar vuelta a la casa.

Pero la abuela lo siguió. ¡Lo siguió la abuela! Dieron dos vueltas a la casa. Y mientras lo seguía lo iba retando, y le iba mostrando el látigo. El otro disparaba porque sabía muy bien que si lo tenía a tiro le iba dar un chirlo, eso era seguro. Cuando pegaron la segunda vuelta el hijo se fue para el lado del galpón; ahí enfrente había una chata, entonces empezó a dar vueltas alrededor de la chata para que la abuela no le llegue con el látigo. La abuelita de un lado y él del otro dando vuelta, bien lejos de la chata, por si acaso la abuela le quería pegar por encima, ¿no? Cuarenta años. Y viudo, qué me cuenta.

Así eran, tanto la abuela como el abuelo eran gente que se hacían respetar. No querían para nada que uno de sus hijos cometieran esos errores de estar peléandose y tener discusiones con los vecinos, los amigos o lo que sea. Luego, cuando faltaron ellos, fueron dueños de hacer lo que querían, pero mientras estaban los padres siempre se han portado bien. Rara la ocasión como la que le estoy contando. Creo que es la única que me acuerdo.

La abuelita era muy decidida. Y para el trabajo era igual que mi abuelo. Ella era la que se encargaba de comprar en el pueblo. Iba en volanta, sola. Vendía las cositas que le dije, la manteca, gallinas, huevos, para ahorrarse siempre unos pesos. Con

eso compraba dos paquetes de medio kilo de tabaco, compraba alpargatas, género para blusas, ese género azul (yo usaba las blusas; lamenté siempre que se dejaran de usar; mi señora las hace todavía). En los últimos tiempos venía un género soviético, de Rusia. Cuando iba para viejo se ponía medio rayado, azul y blanco. Un hilo perdía el color. Livianito, muy durable. Con bolsillos arriba y dos bolsillos al costado: mejor que la camisa. Se usaba afuera, en vez la camisa hay que meterla adentro.

Entonces llegaba la abuela y descargaba en nuestra casa una pieza de tela. No una pieza entera, por supuesto, pero sus buenos metros: diez, doce metros, o quizás más. Llevaba turrone, paquetes de chocolate Aguila —eso era clásico, siempre traía— para endulzar a los hijos. Por supuesto, les tenía cariño a los hijos por grandes que fueran. Uno tenía casi dos metros: 1,97. Todos pasaban de los 90 kilos, y de los 1,90 pasaban tres: uno, como le digo, 1,97, otro 1,93 y el otro 1,90. El más chico era Emilio, que vive todavía. Tiene nueve años más que yo.

Un día mi abuela me llevó a la casa de ella, y al día siguiente, a la mañana temprano, salimos para Sastre. Allá había un hermano de mi abuelo, José, que le decían Pinot. Llegamos allá antes de las doce. Comimos allá, todos reunidos, todos los parientes de ella en la misma mesa, todos juntos.

Yo recuerdo que tenía unas ganas bárbaras de salir. Eran las dos y media. Ellos tenían una péndula. Yo ya era grandecito, conocía la hora. ¡Dos y media! Ya le había dicho dos o tres veces a la Nona (yo le decía Nona. Ellos le decían Mamgranda. Yo le decía Nona la mayoría de las veces; Mamgranda era muy largo...). *Nona...*, otra vez. Me miró y siguió conversando, pasó de largo. ¡Ya eran las tres!

Me fui. Salí solo. Mi abuela dice:

— ¿Cómo, te vas, a dónde vas?

— Me voy afuera un rato.

— Ah, bueno, andá, yo tenía miedo que te fueras a ir...

¡Tenía miedo que me fuera de vuelta! ¡Cómo me voy a ir si estábamos en volanta! Tenía miedo de que me viniera a pie, después me lo dijo:

— Yo te pregunté porque vos eras capaz de agarrar el camino y venirte a pie, después tengo que buscarte...

Ella se dio esa idea porque ya más o menos me conocía el genio, pero yo me daba cuenta, por supuesto, que no podía largarme y venirme de a

pie. ¡Yo tenía ganas de salir: todos los demás hablaban menos yo! ¿Qué iba a hacer yo?

Después nos vinimos. Eran las cinco de la tarde. Estuvimos un rato largo. Tomamos mate, le ataron la volanta y nos vinimos. Veníamos como bala porque ya se estaba bajando el sol, y claro, viniendo para el lado de la querencia el caballo viene como tiro.

* * *

De Italia habían venido tres hermanos: José, Enrique —que le llamaban Riquet, en lombardo es Riquet— y mi abuelo, que era Belarmino y le decían Belarmo. En los pasaportes era Belarmino Rivolta, y como acá le llamaban Belarmo comenzó a firmar Belarmo. No firmaba él, no firmaba porque era analfabeto. La que sabía firmar era mi abuela. Ella firmaba los documentos para mi abuelo. Después, cuando los hijos fueron más grandes, Juan, el mayor, firmaba para el padre; a *ruego*, como se le llamaba. Por ejemplo, cuando hizo el negocio de comprar la tierra en ese otro cuadrado, o cuando compró la máquina trilladora grande; siempre tenía que poner la firma, entonces los hijos firmaban por él. Muchas veces le tomaban la impresión digital. Había muchos, muchos inmigrantes como él, que no sabían.

Pinot se instaló en Sastre y Riquet, Enrique, se instaló junto con el abuelo. Compraron a medias. Después no fueron de acuerdo, el otro se retiró y mi abuelo quedó dueño del terreno. Pagó lo que le correspondía y se separaron. Una vez se tiraron hasta con la escopeta... Enrique le tiró al abuelo. Para asustarlo, por supuesto, porque no tenía intenciones de matarlo, no era gente para eso. Esperó que se fuera cien metros y después le tiró un tiro. Eso fue en la casa de Enrique. Habían discutido; el abuelo fue a una de las dos: o arreglarse o que uno o el otro se vaya; efectivamente, así fue, pero este otro, que era medio bárbaro (bárbaro, bah, se enojaba...), lo echó al abuelo.

— ¡Mandate a mudar de acá! ¡Te voy a dar un tiro!

— ¡Qué vas a tirar...! ¡Serías capaz de tirarme vos...!

Claro, tenía miedo que el otro le tirara de veras... Y así fue, se metió adentro a buscar la escopeta.

— ¡Seguro que te voy a tirar!

El abuelo dio la media vuelta y se fue. Cuando

el otro salió con la escopeta estaba como a cuarenta metros, esperó que estuviera a cien y ¡pum! Así terminan muchas veces los contratos, ¿no?, sin abogado, ni juez federal, ni tribunales: a escopeta... Enrique se fue a Córdoba, a Marull. Se fue como colono allá; compró un terreno que ya había sido colonizado, había sido sembrado y cosechado, y se fue.

Los dos hermanos eran muy distintos del abuelo. Si este Enrique era medio santabárbara, Pinot era santabárbara del todo. El día y la noche con el abuelo. Le voy a contar algunas historias de Pinot para que vea.

* * *

Aquella gente, aquellos colonos viejos, no podían sembrar todo el terreno que tenían a su disposición; sembraban lo que podían. Trillaban a yeguas, en aquellos tiempos. Ventilaban. Cuando se terminaba de pisar el trigo en ese corral —corral de *pisada* como se llamaba— embolsaban. Después se volvía a extender el trigo en el corral y se lo volvía a pisar. Dos o tres veces por día se hacía eso. Una a la semana con seguridad. Al mediodía se comía bastante apurado y se volvía al trabajo. Noviembre, diciembre, soles bárbaros; porque allí había puro rastrojo, no había árboles siquiera para esconderse un rato a la sombra. Grandes peripecias.

Después embolsaban y se venían con el carro. Todos los colonos tenían su carrito. Algunos tenían un galponcito —en aquellos tiempos no todos lo tenían— y otros lo estibaban a la intemperie. Lo cubrían con una lona, con paja, para el caso que lloviera, que no se les mojara. Cargaban el cereal pero antes se ponían de acuerdo, diez, doce, quince colonos vecinos. Se avisaba: para tal día los últimos colonos del lado de donde iban a salir esperaban a los otros: a tal hora estamos ahí.

Formaban esa caravana porque para ir a Matilde a llevar el cereal, cruzaban la cañada de San Vicente (se la denominaba así, siempre se la denominó así, pero el verdadero nombre de la cañada es *Bajo de los pantalones*; así se llama; viene de Sastre). En esa cañada había grandes pajonales y ahí se escondía el gaucho para asaltar. Sacaba la mercadería, la plata (tal vez no tanto la plata como la mercadería, así podían comer, darse el lujo de vestir. La plata creo que esa gente no la podían utilizar, porque si iban a un pueblo es seguro que los tomaban presos).

De acá a Matilde había unos cuantos kilómetros, el trayecto era largo. Se pasaban las noches afuera; dos noches, y tres también, entre ir y volver. Cargaban pasto sobre el carro para darle de comer a los caballos, y debajo del pasto ponían el winchester para defenderse de algún asalto.

Cuando paraban, paraban todos los carros juntos (también hubo ese sistema en las carretas: un círculo). Ellos dormían del lado de adentro. No dormían afuera ni abajo del carro porque corrían el peligro de que el gaucho bajara y atacara al colono que tenía a mano. Dormían al medio. Allí hacían la fogata, hacían de comer. Esa gente, los colonos de antes, cuando oscurecía ya estaban durmiendo, ya habían cenado. Antes que bajara el sol ya estaban todos en la mesa. En casa mismo comíamos muy temprano; después se íbamos a descansar porque a la mañana había que madrugar. Y así seguían las costumbres.

Llegaban a Matilde, descargaban, y de vuelta en fila india también, como fueron. Revisaban bien los carros para no quedarse en el camino; que estuvieran bien a punto, que no se desgranara una rueda y tener que enlantarla porque eso no era posible: si se rompía una rueda había que dejar el carro abandonado; el colono no iba a quedar a cuidar el carro solo, era imposible. Entonces corría el peligro que le llevaran el cereal y le quemaran el carro también. Hubo oportunidades que el carro se rompió y el dueño tuvo que irse con algún otro, dejó el carro. Pero todos iban con las ruedas bien ensambladas.

En tiempo de seca las ruedas se pueden aflojar y la llanta salir de su cauce, de la *cama*, y la rueda desgranarse. Llevaban grasa para engrasar los carros. Buscaban hacer el viaje lo más seguro posible. Pasando la cañada ya no había tanto peligro porque el gauchaje salía generalmente al anochecer para atacar a los colonos, que en aquel tiempo vivían en chozas, en taperas. Raros los que tenían ranchos.

Había colonos que les costaba comprar grasa consistente, que así se llamaba en aquel tiempo, una grasa amarilla; entonces engrasaban con la misma grasa de chanco que usaban para conservar los chorizos. No era conveniente porque con un poco de calor se iba abajo, no se mantenía en el eje, había que engrasarlo mucho más a menudo. Debido a eso hubo muchos inconvenientes en los viajes a Matilde; a muchos colonos que engrasaban con grasa de cerdo les pasaba que tenían que llevar grasa para engrasar en el camino, y un

aparato que llamábamos *el gato*. Era una horqueta, un tirante de dos por tres, otro tirante que se hacía de palanca; se ponía abajo la parte más larga del gato hasta que tocara el eje, después, con la otra parte, se hacía fuerza para abajo y se levantaba el carro. Claro que eso costaba trabajo porque el carro estaba cargado; había que pedir ayuda a un colono amigo, y muchas veces hacían falta dos o tres, no solamente uno. Sabían llevar no solamente uno, sino dos o tres aparatos de esos, por si acaso se quebraba la lanza del gato. Ya iban acondicionados para cualquier evento, para cualquier cosa.

Mi abuelo era de los que iban. Eran jóvenes —el verdadero inmigrante, el primer colono, era joven—. Iba con los demás, de tres o cuatro leguas a la redonda. Entre esos venían varios de Garibaldi. Uno era medio corajudo, se la daba de matón. Yo sé el nombre, el apellido, pero para qué, no conviene...

Este colono no llevaba nunca el pasto. Por pereza, posiblemente, no sé, o porque no tenía. Cuando mi abuelo iba a buscar el pasto para darle a los caballos siempre le faltaba la mitad. Una vez, dos, pasó así, después se puso a espiar. Se hizo que iba a otro lado y vio que el otro le sacó el pasto. Le dejaba algo, no le sacaba todo para que el abuelo no desconfíe y pudiera darle de comer a sus caballos también, pero le sacaba la mayor parte.

No va la casualidad que cuando viene de vuelta estaba de visita el hermano de Sastre, Pinot, que era corajudo y matón de veras. Se visitaban a menudo, no pasaba semana. Se venía a caballo o en el sulky. Un sulky —yo recuerdo— fabricado en Rosario: Licchio. Se llamaba *Ranita*. Tenía las barras dobladas; una grampa clavada al eje; un pescante de tablitas; un asientito y un respaldo alto apenas para que no se le fuera el almohadón; para apoyarse, nada. Un sulky livianísimo. Ruedas altas, pero livianísimo. Tenía siempre caballos trotadores. Esos caballos criollos eran trotadores, rápidos.

Llega mi abuelo.

— ¿Qué tal, como te fue el viaje?

— Bien, todo bien, lástima que cuando voy a darle de comer a los caballos me falta siempre el pasto, un tipo me lo lleva siempre.

Los caballos eran de esos livianitos. Ataba cuatro o cinco de esos caballitos criollos. Menos mal que no había medianos en aquel tiempo porque si no no hubiesen llegado; iban generalmente al trote, pocas veces al paso, y los criollos

tienen más aliento. Había que atar más, pero tenían más aliento.

— ¿Y quién te saca el pasto?

No se lo quería decir mi abuelo; claro, conocía el genio del otro: capaz que agarra el caballo y se va directamente a la casa a pelearlo. No se lo quería decir. Se lo dijo en otra ocasión, en otra visita.

— Y ¿qué tal el viaje? A que te robó otra vez la alfalfa...

— Sí, me robó otra vez.

— ¿Y cuándo van a ir otra vez?

Para tal día, le dijo el abuelo. Creo que hacían tres viajes cada dos semanas. Era un récord, hacer tres viajes en quince días era un récord.

— Bueno, dice Pinot, yo voy a llevar el cereal, vos te quedás en casa. Cargo la alfalfa y me llevo el látigo que tengo en casa.

— Si acá tengo látigo...

— Ese no sirve, yo estoy acostumbrado al otro.

— No precisa castigar a los caballos, con gritar nomás, con tocarlos, van solos...

— No importa, el látigo siempre hace falta, es una gran cosa.

Así quedó. No vino más con el sulky; se vino a caballo, con el látigo medio al hombro. Era un látigo de mimbre. El mango formaba una trenza. Estaba tan trabajado el mimbre que le hacían tres gajos y después se los trenzaban. Yo también he usado de esos látigos; pegaba fuerte porque se doblaba y largaba la lonja con una velocidad bárbara.

Cargó la chata y se fue en lugar del abuelo. Alguno de los de acá cerca lo conocían bastante bien a José Rivolta, a Pinot Rivolta, que le decían. Lo conocían, ya tenía grandes andanzas.

Cuando pararon a la noche, vaya a saber si le habrán pasado el dato a ese colono de Garibaldi que se la daba de fuerte, pero el caso es que no se animó a sacarle la alfalfa.

Pinot dio vueltas, dio vueltas, esperando que el otro fuera a robarle. Decía que dejaba la chata y se iba por ahí, pero lo que quería era que el otro fuera a robarle. Para eso había llevado el látigo. El otro no fue a robarle, pero él salió ganando lo mismo: cuando vio que el otro no le sacaba el pasto esperó que pasara cerca del carro —sin querer, a lo mejor, porque el carro ya había cambiado de piloto...— y le dice:

— ¿Así que vos sos el que le saca el pasto a mi hermano de arriba de la chata para darle de comer a tus caballos y le dejás hambrientos a los de él,

que se trae el pasto?

Agarró el látigo y el otro salió disparando, pero lo alcanzó. Le dio dos chirlos. ¡Dos chirlos le dio! Nadie dijo nada. Todos vieron, por supuesto, todos supieron, pero nadie dijo nada, porque si decían algo lo iban a encontrar de nuevo...

Era bárbaro. Yo tengo conocimiento de las cosas que hizo acá en María Juana y en Sastre. Era al revés de mi abuelo. Al revés. Mi abuelo no era capaz de matar ni una mosca. No le hacía daño tampoco. En cambio él, si el caballo que utilizaba se portaba mal o le hacía algún tropiezo, era capaz de asesinarlo. Bárbaro era, bárbaro. Eran el polo negativo y el polo positivo. El abuelo era mayor, Pinot era el segundo y Riquet el tercero; ese otro también era medio entreverado, Enrique, Riquet.

Bueno, fueron, descargaron, vinieron de vuelta, todos como amigos. Todo pasó; como pasó, pasó. Viene Pinot y le dice al hermano:

— Ahora cuando llevás el trigo a Matilde ni te pregunto más. Podés ir tranquilo, no te va a sacar más la alfalfa, está mansito...

Bueno, eso pasó. Después este Pinot, que venía acá a María Juana a pelear, tuvo otra historia con mi abuelo y otro chacarero de acá (no se puede nombrar a nadie porque el sobrino de este hombre vive aquí en María Juana. Es íntimo amigo mío).

Resulta que una vez mi abuelo vino al pueblo y se puso a tomar en una mesa. En aquel tiempo los colonos se reunían los días domingo; principalmente los domingos de mañana, que venían a traer las mujeres, las chicas, los muchachos, a misa. Ellos hacían que iban a entrar a la iglesia pero daban la media vuelta y se iban al boliche. Ahí se ponían a conversar y tomaban su vaso o dos de vino o cerveza, pero generalmente vino. Y tuvo una pequeña discusión con ese otro hombre.

Eran vecinos. Vivían dos cuadras al oeste de donde vivía mi abuelo. En aquel tiempo dos cuadrados eran vecinos, se conocían en mucha distancia a la redonda. Más que ahora. Ahora el que vive ahí apenas si conoce al vecino; al que está al otro lado del vecino no lo conoce más.

No sé qué le habrá dicho este hombre que mi abuelo se vio ofendido. Habrá sido una cuestión de trabajo, de chacareros, ninguna otra cosa, ¿qué podía haber sido otra cosa en aquellos tiempos? Mi abuelo se encontró ofendido y salió, se fue a las casas. Se fue con la volanta, porque ya tenían volanta. Fue uno de los primeros que tuvieron volanta. El fabricante era un carpintero muy famoso

de San Carlos. Ellos la compraron allá. Fueron a buscarla; cuando vinieron de vuelta era un paseo de gloria con la volanta, era un lujo...

Bueno, conversando con el hermano, viene un día que le cuenta que había tenido una discusión con ese hombre; y ese hombre también era un hombre medio duro de parar, ¿no?

— ¡Ah, sí! esperá, ya voy a ir yo para allá.

Y se vino, pero en vez del látigo se trajo un cuchillo bárbaro. Por supuesto, trataba de esconderlo. Se trajo el cuchillo y se vino del abuelo. Cuando venía siempre traía un atado de ropa porque se quedaba dos o tres días; no era cuestión de venir hoy y volver de vuelta al día siguiente. Traía sus pantalones, sus blusas, sus sacos, si era invierno.

Llega el domingo y le dice al abuelo:

— Vamos al pueblo.

El abuelo ata el sulky (esto nos contaban mis tíos y mi padre, ¿no?) Ata el sulky y dice:

— Bueno, vamos.

— No, yo voy a caballo. Voy a caballo porque de ahí me voy en casa, me voy a Sastre.

— ¿Y cómo no llevás la ropa?

— Por las dudas, capaz que venga de vuelta, pero casi seguro que me voy a Sastre.

Vinieron al pueblo y pararon en el bar ese que está enfrente al cine; clásico también ese. Era de un italiano; Victorio era el nombre, y le decían Torio. Pero cuando hubo la discusión que ahora vamos a hablar no era él el propietario.

Mi abuelo ata el sulky a unas cadenas que había. Ataban los caballos porque si no se iban, llegaba una cierta hora que el caballo tenía hambre y se mandaba a mudar. El tío —que nosotros llamamos tío— José, Pinot, ató su caballo cerca de la puerta. El otro hombre ya estaba adentro. Ellos le conocían la volanta. Entraron calladitos los dos hermanos. Se sentaron a una mesita. Empezaron a tomar vino.

Cuando llegó más o menos las cinco y media, seis, de día todavía, aquel otro, que tenía un coraje de hierro, dice:

— Che, fulano, ese que tuvo una discusión con mi hermano acá, ¿dónde anda? ¿Vino esta tarde acá?

— Si, soy yo.

— Ah, sos vos, ¿por qué no me retás a mí ahora, en lugar de mi hermano?

Por supuesto tenía la cuchilla, pero nadie sabía. Empezó la discusión y el otro, a pesar de todo su coraje, empezó a retroceder, a retroceder, a

retroceder, hasta que salió, desató los caballos, agarró la volanta y se las picó. Se fué.

El tío, que ya venía con esa ansia de pelear, reaccionó; pero al rato. Fue, desató el caballo y lo siguió; el otro ya habrá estado a medio cuadrado. Cuando estaba más o menos en dirección a la casa de mi abuelo lo alcanzó. El otro empezó a darle chirlos a los caballos, y él al lado de la volanta a toda bala con el caballo, y el cuchillo en la mano.

El otro empezó a manejar medio agachado, medio sentado y medio parado porque la capota no le permitía estar parado. Se corría un poco a un lado y un poco al otro para no darle ocasión al tío que le tire. En uno de esos barquinazos de la volanta al tío le vino a tiro, y como no podía tirarle al cuerpo porque el otro se corría, le tiró a la pierna, que la tenía mas cerca, mas a mano. Le agujereó la pierna acá abajo, en la pantorrilla.

Era bárbaro, bárbaro; porque en realidad en aquel tiempo eran todos amigos los colonos, pero él no perdonaba nada. A él, con cuidado, y si era con alguno de los hermanos tomaba parte. Después tuvo otras, otras grandes hazañas que no vale la pena conversar, parece que uno sería descendiente de malones... ¡Estos eran los verdaderos malones! Yo estoy seguro que si hubiera habido cinco o seis tipos como ese hacen desaparecer el malevaje de la cañada. Estoy seguro. Claro, no todos eran así. Eran ellos dos, el de Garibaldi y el tío. El que disparó con la volanta también era medio bravo.

Cosas que pasaban antes. Entre ellos los colonos se defendían, pero cuando había una discordia, qué se yo, una pequeña discordia se hacía grande, ya no se miraba. Porque eran gente grosera, hoscas, no tenían ilustración. No iban al diálogo, decir: *Cómo voy a estar enemistado yo con vos por este asunto nomás, vení, vamos a ver si nos arreglamos y nos ponemos de acuerdo.* Ellos no, a eso no iban, iban directamente a las manos, y a las fierras también, ¿no?... El tío Pinot era tan guapo a usar la cuchilla como cualquier criollo. Llegó a tener peleas. No se llegó a más porque...

Ahora, para el trabajo era el primero también, por supuesto. Tenía 110 kilos; una fuerza bárbara, una resistencia bárbara. Y en la casa, que yo sepa, nunca le levantó la mano a un hijo. Afuera sí, afuera le gustaba, buscaba él de pelear, pero en la casa era un hombre muy bueno. Si daba una orden había que cumplirla, por supuesto, pero todos los

colonos de aquel entonces eran así. Mi abuelo era igual, y mi padre también. *Ché, andá a hacer tal cosa*, y había que salir enseguida, no había que esperar la segunda vuelta. Y tampoco preguntar porqué, había que cumplir y nada más.

El hijo mayor del tío había tenido tos convulsa cuando era chico y quedó un poco jorobado. No era un muchacho normal para el trabajo, quedó afectado; entonces no se le daban trabajos pesados, y como no trabajaba en el campo lo mandaron a aprender a tocar el acordeón. Aprendió a tocar el acordeón.

Un día el tío llegó a las casas y se sentó en la cocina. El hijo estaba tocando el acordeón en su pieza. Estaba lejos, al otro lado, en la punta de la galería al otro lado; pero vaya a saber porqué —si estaba cansado, o algún problema, o vaya a saber porqué razón—, la cuestión es que no quería escuchar el acordeón.

— ¡Ché, dejá el acordeón!

El otro dejó. Al rato, agarra otra vez: ñec-ñec ñec-ñec.

— ¡Qué te dije, dejá esa acordeón!

Le gritó fuerte el tío de la cocina. El otro dejó otra vez. Pero al ratito, de nuevo: ñec-ñec ñec-ñec.

— ¡Vas a dejar de tocar esa acordeón o no!

El hijo vuelve a dejarla. Al rato, ¡de nuevo!, ñec-ñec; entonces el tío ya no dijo nada: agarró un cuchillo grande que tenía al lado, en el aparador —siempre había un cuchillo grande en la cocina, para cortar huesos y esas cosas—, se va a la pieza del hijo y no le dijo nada: ¡Rrrrrrac!, le dio una cuchillada a la acordeón en la mitad del fuelle y la partió en dos. ¡La partió de arriba a abajo! Como si fuera una sandía. Ahí se terminó el acordeón; con lo que valía un acordeón en aquel entonces; ahora también, claro, pero en aquel entonces comprar un acordeón era algo que se pensaba dos veces.

Era un santabárbara. Pero, su razón tenía, porque yo, por ejemplo, nunca jamás me hice repetir dos veces una orden por mi padre. Tenía su razón el tío: ¡tres veces le había dicho que deje! ¡Tres veces! Ya era demasiado, ¿no es cierto?, y más para el tío, que no era de los que tenían mucha paciencia.

Le voy a contar una más del tío y después basta, porque si no los que lean van a tener una mala impresión de los colonos de antes; porque no eran todos así, por supuesto, eran muy pocos, eran contados.

En una época había aquí en María Juana un tal

Fenichelli. Era un hombre medio malo. También había gente mala en aquel tiempo; algún siciliano también hubo. La mayoría, por supuesto, era buena, pero supo haber algún malo también; camorrero. qué se yo. Este Fenichelli era así. Cuando estaba un poco tomado, con alguna copita de más, en el boliche, por cualquier cosa se iba encima enseguida y pegaba, o abrazaba y tiraba al otro al suelo. Y como al nonito no le gustaba pelear, que él decía que no servía para eso, en una ocasión que el hermano, Pinot, lo invitó a ir al boliche donde era sabido que estaba este hombre, le dice que no:

— No, no voy, no tengo ganas...

— ¿Y porqué?

— Hay un tipo ahí, camorrero, no me gusta...

Bueno, eso pasó, el tío no dijo nada, pero eso le quedó en la cabeza. Viene otro domingo y lo invita otra vez.

— No, no tengo ganas...

El abuelo lo conocía y ya palpitaba, creo yo, que este bárbaro se venía con algo, con una intención.

— Sí, vamos, vamos a tomar algo al boliche de Garelo, dice el otro.

El boliche ese quedaba al otro lado del pueblo de donde estaba no quería ir el abuelo.

— No, no tengo ganas. Yo me quedo.

Pero el tío insistió, y lo podía al abuelito, era más joven pero si se le ponía algo en la cabeza al final el nono no podía decir que no. Era así, cuando decía que una cosa tenía que ser de tal forma, tenía que ser así.

Bueno, va el nono y ata la volante, y cuando ya iban a salir el tío va al galpón y busca un balancín de hierro. Siempre tenían un balancín de repuesto, pero nunca se llevaba cuando salían porque los vehículos estaban siempre en condiciones, y más si se iba cerca, al pueblo, a un cuadrado. No hacía falta.

— ¿Qué hacés? No hace falta, está bien el balancín..., dijo el nono.

— No importa, yo lo llevo, siempre puede pasar algo.

Fue y lo tiró atrás de la volante. Pero no lo dejó arriba, lo puso abajo de la caja, medio lo escondió. El abuelito vio que este otro tramaba algo pero qué iba a hacer, el balancín ya estaba arriba, bajar no lo podía bajar. Salieron. Fueron al boliche de Garelo y tomaron unas copas de vino —el abuelito no tomaba más que vino—. Ya se venían de vuelta a las casas cuando pasan enfrente del otro boliche el tío dice:

— Pará acá un poco...

— ¿Qué? No, hay que volver, ya es tarde...

— Pará que tengo algo que decirle al bolichero. Vos no te bajes, esperame arriba.

Se bajó, entró al boliche y de la puerta nomás dijo fuerte:

— Me dijeron que aquí hay un guapo, quiero saber si es cierto, a ver dónde está ese guapo...

Y el otro, este Fenichelli, que tenía la boca ligera también, saltó:

— Yo soy, aquí está.

— ¿Ah, sí? Bueno...

Dio la media vuelta y se vino a la volanta y agarró el balancín.

— A ver guapo, vení para acá.

¡Qué, cuando el otro vio venir a ese toro con el balancín de fierro en la mano salió disparando por atrás! Cruzó todo el patio y saltó un alambrado que había atrás del boliche —era un portón con un hilo de alambre de púas encima, mejor dicho—. Lo saltó y siguió corriendo por el campo. Pero el tío, que era más pesado y venía con el balancín de fierro en la mano, haciendo peso, cuando quiso saltar quedó enganchado de los pantalones; se enganchó con el alambre de púas y quedó todo el pantalón roto; claro, ya no pudo seguirlo y el otro disparó, que si llega a saltar el alambrado lo agarra seguro. Y podía matarlo, porque era así: cuando peleaba había que tener cuidado porque se ponía ciego.

Era un santabárbara.

Había tres guapos por aquí a la redonda: ese de Garibaldi, este otro de María Juana y Pinot Rivolta, de Sastre. Este de aquí y el de Garibaldi eran bravos, pero Pinot Rivolta los podía a todos. Murió de ochenta años. Estuvo veinte años paralítico antes de morirse. Veinte años en la cama sin poder moverse, hasta que murió.

* * *

La mayoría de esta gente eran muy partidarios de la religión. Profesaban la religión de cada pueblo de donde procedían. Los alemanes, muchos eran protestantes. Los españoles profesaban el catolicismo. Los italianos, por supuesto, eran católicos apostólicos cien por cien.

Cuando ya iban teniendo los hijos en estas tierras, que ya tenían la edad de poderles enseñar, lo primero que hacían era enseñarle la religión. Ellos mismos les enseñaban el catecismo, las primeras nociones de la religión, las oraciones, las

más fáciles. Por ejemplo, un momento antes de sentarse a comer hacían arrodillar a los hijos y les hacían practicar las oraciones que ellos les enseñaban. Generalmente era la madre la que enseñaba. El Padre Nuestro, el Credo, el Ave María, todas esas oraciones las iban practicando en esa forma, luego se sentaban a comer.

Había otros que no practicaban tanto estas oraciones; las dejaban para la noche. A la hora de comer, al mediodía, el almuerzo o la cena, se persignaban únicamente. Cuando llegaban a la noche cada familia, según la costumbre, volvían a hacer lo mismo que al mediodía. Siempre había un lugarcito, un tiempo disponible para practicar la religión.

Antes de acostarse, antes de ir a dormir, los padres hacían una recorrida vigilando que la familia, los chicos, se acostaran bien en condiciones; entonces los hijos se arrodillaban en la cama y la madre les pedía que rezaran las oraciones en presencia del padre. Los padres hacían lo mismo en su dormitorio: antes de acostarse rezaban.

En casa de mi abuelo se acostumbraba a eso. Ahora sí, antes de comer no se rezaba; tanto al almuerzo como a la cena. Yo estoy bien seguro que no se rezaba; pero sí se persignaban, antes de sentarse a la mesa se persignaban. A la noche, antes de ir a dormir, había que rezar. En vez de una oración, quizás tres, porque mi abuela les exigía a los hijos. Claro, alguno se quedaba siempre un poco atrasado en esas materias, y ella se las hacía rendir... El Credo, el Padre Nuestro (el Padre Nuestro primero), después el Ave María; después otras oraciones que no recuerdo. Yo también en casa, yo mismo tenía que rendir esas materias católicas a mi mamá. Mi padre no estaba presente a veces, pero él lo sabía por intermedio de mi madre. Le preguntaba si habíamos estado presentes en la oración, si no tomaba cartas en el asunto y ya, claro, era un poco más fastidioso...

Cuando nosotros veníamos a aprender el catecismo para pasar la primera comunión ya conocíamos mucho de catolicismo. Nos persignábamos, sabíamos hacer la señal de la cruz (ahora creo que me la olvidé por completo; en fin, muchas oraciones también me las olvidé...).

Yo fui empleado de banco en Santa Fe. Cuando vine de vuelta tenía una escuelita en el campo. Claro, en aquellos tiempos no había tanta facilidad de mandar los hijos a la escuela. Cincuenta años pasados no había tanta facilidad. Los libros, los

útiles, había que prepararlos bien; y después que los padres, a lo mejor, los necesitaban. Entonces buscaban la forma de agruparse unas cuantas familias vecinas y buscaban una chacra donde había un maestro y ahí los mandaban a aprender.

Yo me ocupé de eso tres o cuatro años. Ahí también se les enseñó siempre la religión; todas las semanas había una hora, media hora, de catolicismo, para que cuando llegara el momento ya supieran rezar, supieran desempeñarse.

En esos tiempos que yo daba clase había algunos que ya habían abandonado la costumbre de rezar en casa. Pero claro, los padres de esos chicos algunos ya eran nietos de los primeros colonos. Se iban medio dejando las costumbres. A veces se iban dejando porque los padres tenían mucho que hacer, estaban muy ocupados y no querían perder esa porción de tiempo para enseñarles, y se fueron olvidando un poco las costumbres; pero, en general, todos los colonos eran religiosos.

El día domingo, por ejemplo, a la mañana, se levantaban más temprano y hacían todos los trabajos que había que hacer. Madrugaban porque había que arrancar una hora o dos antes que fuera la hora de misa. Algunos estaban lejos y venían en carro, al principio; después con la lujosa volanta, que ya era un orgullo tenerla.

Los familiares —la madre y los chicos— iban a la iglesia, y los padres también, pero la mayoría no aguantaba todo el tiempo que duraba la misa, siempre salían un ratito antes porque iban al boliche a conversar con los demás. En la iglesia había que tener silencio, y eran pocos los momentos que podían aprovechar, porque durante la semana casi no se veían. Aprovechaban el día domingo de encontrarse entre todos los vecinos, las familias, para charlar sus cosas del campo. Algunos compraban caramelos para los chicos, después arrancaban; agarraban la volanta y se venían en fila india.

Siempre había alguno que tenía unos caballitos un poco más ligeros que los otros y le gustaba pasarlos, demostrar que tenían más velocidad. Yo recuerdo muy bien que había volantas que iban a treinta kilómetros cuando la otra iba a veinticinco; entonces empezaba a pasar, a pasar, a pasar. Pero siempre había aquel que le daban las fuerzas y se ponían a la par. Es peligroso correr con las volantas porque cuando van a cierta velocidad empiezan a hacer zigzag, y como son cortitas entre ejes es muy peligroso tumbarlas. Yo he visto

volantas tumbadas, y los que estaban arriba lastimarse. Una sola vez vi nomás una familia; pero de dos vecinos vi las volantas tumbadas. Se deshace toda la capota y eso es lo que lastima. Si disparan los caballos es muy peligroso; se enrollan, la arrastran. Si el caballo se para es otra cosa.

Cuando era un día de fiesta católica durante la semana, la Ascensión, o Corpus Christi, por ejemplo —no contemos Navidad porque eso ya era grande para todos—, entonces no se trabajaba.

Se ordeñaba, por supuesto, y se hacían algunos trabajitos: descremar, hacer la manteca, en fin, trabajos manuales. Generalmente los que estaban más cerca del pueblo eran los que tenían más ventajas; hacían la manteca y por más calor que hubiera hecho tenían tiempo de traerla antes que se derritiera. Porque no había los adelantos de ahora, se hacía todo a mano. La manteca no se envolvía con papel de celofán ni nada de eso. Se buscaban hojas de repollo de la quinta, frescas, sacadas de la mañana, y se envolvía con eso, después con papel de diario. En invierno, por supuesto, siempre estaba en condiciones, pero en verano cuando se llegaba al pueblo ya tenía bastante merma, ya había colado bastante. Yo recuerdo porque sabía venir con la abuelita a traer manteca y pasaba eso. Se bajaba con un plato y no se podía agarrar con la mano porque se iba a chorros. Grandes sacrificios, grandes peripecias en aquellos tiempos. Los que querían comer manteca en el pueblo tenían que comprarla en esa forma, otra no había.

Algunos del pueblo tenían lugar para largar una vaca o dos y de día ordeñaban. Algunos hacían ordeñar y iban a medias, y otros ordeñaban directamente ellos y disponían de la leche. Siempre sobraba leche, es natural, entonces esta misma gente también vendía. Pero no alcanzaba para todos, eran pocos los que tenían vacas para ordeñar en el mismo pueblo, al principio. La mayoría apenas si había podido hacer el rancho; no había medios, no había dinero para comprar las vacas, mantenerlas, el pasto, en fin, siempre tenía sus problemas cuidar los animales, entonces los chacareros aprovechaban para la venta. Generalmente lo que sacaban era para la familia; se compraba ropa para los chicos, se compraban chiches para que jugaran, turrónes, esas cosas; también tabaco para mascar o fumar para el padre.

El dinero que provenía de la cosecha se precisaba para otra cosa, no estaba en el caso gastarlo para esas cosas tampoco. Era poco el

dinero que podían sacar de las cosechas. Se pagaba muy poco. Yo recuerdo cuando pagaban cuatro pesos, cuatro cincuenta la fanega. Tres cincuenta también. 153 kilos tenía la fanega. Era poco lo que sacaban. Hacían toda la forma posible de no tocar el dinero de la cosecha. Era un dinero sagrado. Daba para comprar las herramientas, los animales, los arneses; hacer arreglar la rueda del carro; comprarse, si era posible, una máquina voladora para sembrar, o cambiar la máquina que se había comprado. Para todas esas cosas se guardaba el dinero de la cosecha.

* * *

Entonces, cuando había una fiesta católica, el colono de antes la respetaba. Ellos miraban el almanaque. En aquel tiempo había un almanaque que le llamabamos el *Bristól*. Era una cosa clásica tenerlo en casa; nadie quedaba sin *Bristól*. Se vendía en la farmacia. Cuando llegaba el año nuevo, antes que empezara, todo colono buscaba en la farmacia el almanaque *Bristól*.

El farmacéutico, hombre bueno, traía siempre la mayor cantidad posible de almanaques para distribuir a los colonos porque estaba bien seguro que venían y le iban a pedir. Alguno se enojaba si no le daba —por supuesto, si no tenía—, entonces traía siempre una cantidad grande de almanaques *Bristól*, que venían de Buenos Aires.

El almanaque *Bristól* era un compañero mismo del colono. Estaba colgado de un clavo en la cocina. A la noche se descolgaba y se miraba a ver si mañana iba a hacer buen tiempo o mal tiempo, porque decía: SECO; o: HÚMEDO CON TEMPES-
TADES, o: CLARO BUEN TIEMPO. Tenía un marcador al lado de los días: BUEN TIEMPO DEL 1 AL 5. Venía escrito, venía indicado. Los astrónomos habrán estudiado eso para el año que viene, no sé, para mí que decían cualquier cosa porque a veces decía TIEMPO SECO y estaba lloviendo...

(Dicen que cuando *Bristól* se había hecho hombre de edad se enfermó; cuando se sintió grave llamó al hijo y le dice: "Bueno, vos tenés que seguir con los almanaques, lo mismo que hago yo". Entonces el hijo le pregunta: "¿Y de la Argentina, qué pongo en el almanaque?", y dice *Bristól*: "De la Argentina ponete así: que los meses de diciembre y enero no hela, lo demás ponete cualquier cosa..." ¡Eso que no hela era un acierto seguro, pero lo demás...!)

Muchas veces se guiaban del almanaque los

colonos. Si había que hacer un trabajo miraban el almanaque: "La semana que viene va a hacer mal tiempo; el *Bristól* dice que va a hacer mal tiempo; tenemos que hacer esto antes que llueva". O: "Tenemos que arar; el potrero es un poco duro, no vamos a empezar ahora porque la semana que viene —o dentro de 15 días— aquí el *Bristól* marca lluvia". Se guiaban, sí, sí, se guiaban. Era muy respetado el almanaque *Bristól*.

Y por supuesto, ahí decía —la misma fecha venía en tinta roja en vez de negra— que para tal día era fiesta. Muchas veces el colono no sabía leer, pero la señora, la madre de la familia posiblemente sabía, entonces cuando él veía que estaba la fecha en colorado llamaba a la señora y le preguntaba qué fiesta era. El ya sabía que era una fiesta católica y que ese día no se trabajaba. No se araba, no se sembraba, cualquiera que fuera la fiesta católica que marcara el almanaque.

Y ahora mismo —ahora ya no, pero hace cosa de veinte años pasados— el chacarero respetaba las fiestas católicas. El Corpus Christi, la Ascensión, Pascua, por supuesto. El Viernes Santo, por ejemplo, no se trabajaba. Se ordeñaba, porque eso no se puede dejar. Los terneros se encierran y al día siguiente hay que ordeñar la vaca, porque si larga los terneros comen demasiado y se empachan, arriesgan morir. El ordeño hay que hacerlo, no hay que respetar fiesta; pero eso ya se hace de mañana temprano, nadie ve, entonces pasa. Se ve el carro cuando sale...

Yo estuve en el campo también y había que ordeñar, fiesta o no fiesta; Navidad ni nada de eso. A veces salíamos por ahí, a la noche, y en vez de venirse de vuelta a las dos, dos y media de la mañana —que también había fiestas que duraban hasta las cuatro, las cinco— veníamos, por ejemplo, a las tres, tres y media. Cambiábamos de ropa, hacíamos calentar la pava, cebábamos unos mates para engañar el cuerpo y así íbamos al tambo. Esas ganas de dormir que teníamos pasaban, porque la costumbre misma nos guiaba, y estar en el tambo no era como estar en la cocina. Si uno hubiera llegado y se hubiera sentado en la cocina entonces sí le hubiera entrado sueño. Pero claro, cuando íbamos terminando de ordeñar, medio cansados del trabajo, ya sentíamos las ganas de dormir.

Se ordeñaba a mano. Veinte, veinticinco vacas; a veces hasta treinta. ¿Y cuando faltaba alguno? Ahora a máquina es muy distinto, más rápido. Y después que ahora entregan la leche con el sol

arriba, ya la calienta el sol y la entregan igual; mientras que antes había que entregarla antes de la salida del sol. El que se quedaba dormido era un apuro grande, muchas veces insalvable. Había que arrancar lo mismo, llevar la leche; si no se la rechazaban pasaba al "segundo grado", "tercer grado", qué sé yo, no le pagaban nada. Ahora es siempre la misma leche aunque la lleve a las nueve de la mañana. Y hay algunos que la llevan a las diez, diez y media al pavimento, y el camión la espera hasta esa hora. Ya está caliente la leche, ya está fermentando a esa hora. Cuando se amontona toda junta en la primavera o en verano, ya es un vapor con el sol que le da a esa hora, sin embargo no se hacen descuentos. Al contrario, oigo conversación de que tienen leche de primera, que le pagaron de primera, que tiene una bonificación y qué sé yo cuanto.

Antes, que no había máquina controladora ni nada de eso, usted llegaba tarde y ¡guarda!

— Hoy no vamos a recibir la leche.

— ¡Cómo! Yo no pude terminar, no es porque me haya quedado dormido, me pasó esto o aquello...

— Bueno, dice el recibidor. Vamos a ver.

Va y le habla al jefe, al cremero. Venía de vuelta.

— Bueno, si, pero pase a segunda.

¡Aunque sea a tercera, con tal que la anote en la libreta! Qué va a hacer, ¿tirarla?: imposible.

* * *

Cuando había fiestas el único que podía decirle al colono era el almanaque, porque pocas veces había contacto entre los vecinos durante la semana. Entonces sacaban la volanta, agarraban dos caballitos que tenían para eso y se venían a misa. No perdonaban nunca. Todas las misas de las fiestas durante la semana estaban presentes en la iglesia; siempre que no hubiera mal tiempo, por supuesto.

Aparte de eso, como le dije recién, Navidad era una cosa clásica que no se trabajara. Algunos ya dejaban el día antes, al mediodía. Otros a las tres o cuatro de la tarde. En las máquinas trilladoras grandes la peonada dejaba de trabajar a la hora del mate, que la llamaban, a la hora de la merienda —las tres, tres y media de la tarde— el día anterior, el día 24.

Se bañaban en las tinas que tenían para darle agua al motor. Se cambiaban la ropa y se venían

al pueblo. Se hacían traer con el chacarero en la chata, para afeitarse, cortarse el cabello y tener tiempo de tomar algunas copas, por supuesto. Comían en la Fonda y al día siguiente era una fiesta completa.

Difícilmente iban a misa. Se encontraban todos. Había de Rosario, de Córdoba, de Santiago del Estero; otro venía del sur, donde no se cosechaba trigo todavía; venían para hacer la cosecha. En ese tiempo ya tenía bastante desarrollo acá la agricultura, entonces sabían que se podían levantar los pesos. Cuando se encontraban era una satisfacción para ellos, y festejaban en conmemoración de esto. Tomaban copa tras copa. A veces se largaban a cantar. ¡Siempre se largaban a cantar! Yo me recuerdo el 25 de diciembre, el día de Navidad, a la tardecita, ya se cantaba. ¡Hacia rato que se cantaba! Piense que empezaban a tomar las primeras copas a la mañana. Eran pocos los que no tomaban, el dos o tres por ciento, los demás...

Claro, la alegría de estar juntos, porque hacía mucho tiempo que estaban lejos uno del otro. Una máquina estaba por acá, la otra por allá, y había que trabajar hasta la noche. A la mañana, en lo oscuro ya se empezaba y no había tiempo de andar conversando. Esa gente se pasaba la semana sin conversar; únicamente dos o tres palabras cuando se iba a comer, pero se comía con el mayor apuro posible. A las doce, por ejemplo, se lavaban, iban abajo de la casilla, comían, y el maquinista esperando: cuando veía que alguno iba terminando de comer ya tocaba el pito. Querían hacer muchos quintales durante el día, ganar más plata. En esa época cobraban noventa, noventa y cinco centavos, un peso por quintal, para trillar. Yo mismo he hecho trato con los dueños de las máquinas; mi padre me mandaba.

En las máquinas se trabajaba a destajo. Más que a destajo, porque ya no era de sol a sol: se empezaba dos horas antes que saliera el sol —a las tres y media, cuatro de la mañana ya estaban los horquilleros tirando trigo sobre el acarreador— y de noche hasta que se veía. Era siempre el maquinista, o el patrón de máquina, el que apuraba a los obreros a hacer más quintales para ganar más plata. Por lo poco que se cobraba, debía ser por eso. Tenía que pagar a una cantidad de gente bastante respetable —catorce, dieciséis personas— y devengar ganancia, por supuesto. Tenía gastos de la máquina —reparación, repuestos— y ahorrar ellos para vivir cómodamente todo el año. Está bien que las cosas en aquel tiempo

valían tal cual se cobraban; era poco el capital que se necesitaba para pasar el año, pero había que ganarlo, no era fácil. ¿no?

* * *

En el campo nunca faltaba el trabajo; no hacía falta el tiempo de cosecha para que hubiera trabajo. A veces había animales, por ejemplo, que se arrimaban al alambre de púas en tiempo de verano y se cortaban, entonces venía la mosca, desovaba, dejaba el querejo y el animal se embichaba.

El único remedio que yo conocí en aquel tiempo era la creolina. Se metía el animal en el corral, se tiraba el lazo (la mayoría de los animales, no siendo caballo, había que enlazarlos), se le tiraba un lazo en las patas también y se lo volteaba. Uno tiraba del cuello y el otro de las patas y el animal caía. Entre dos era suficiente para curar a un animal, siempre que no fuera un toro, un animal grande, nervioso. Siempre se lo hacía caer en la forma que la herida, donde esta embichado, quedara para arriba. El animal no podía levantarse porque el que tenía el lazo de las patas tiraba para arriba y quedaba al vuelo. Entonces con un palo, con un hierro cualquiera, se rascaba la herida para que sangrara, se le sacaba toda la crosta vieja y se le rociaba con creolina.

Había también una forma de hacer que la mosca no fuera más a desovar ahí en la herida: se la engrasaba con grasa de cerdo. Justamente la grasa que servía para conservar los chorizos; cuando el tarro estaba vacío, que no había más salames, la grasa servía para eso; y hasta muchas veces para engrasar los carros. Al engrasarlo con la grasa del cerdo la mosca no se arrima más al animal.

En aquel tiempo había mucha bichera, más que ahora, a pesar de que había menos alambre de púas. En cualquier parte del cuerpo se podía producir la bichera. Si había mucha hacienda que curar, y grande, entonces había que pensar en acorralarlos y ponerlos en el corral, para mayor comodidad, para hacer más rápido, sinó se curaban en el mismo campo; se iba con el lazo y se los curaba en el campo.

Siempre había que estar alerta de curar a los animales, todos los días, porque siempre había animales embichados. Los terneros, cuando todavía tenían diez, quince días, se los castraba. No se miraba la época del año. Ahora existe todavía esa costumbre, pero en pleno verano se dejó. Ahora se

hace esa operación a campo libre: cuando el ternero está acostado va, se agarra, y se castra. Hay dispositivos, hay líquidos para colocarle, curabicheras se llaman. Aunque si tienen que embicharse se embichan lo mismo, porque a los dos o tres días la herida todavía no está sana y el curabichera no tiene tanta duración, la mosca se puede arrimar. Es un bicho muy porfiado, un insecto muy porfiado la mosca.

Así se iba curando la bichera. Todos alerta, todos tenían algún animal, alguna vaquita. Tenían bueyes, que también sabían embicharse. Se lastimaban con el yugo y había que curarlos. Había algunos bueyes que tiraban mal, medio torcido, de mañeros que eran, porque los bueyes tenían todo consigo. Eran inteligentes: usted iba por ejemplo hoy a trabajar y hacía tres vueltas en el lote ese —póngale tres vueltas—; al día siguiente hacía otra vez tres vueltas; al otro día si quería hacer cuatro no podía: una vez que los bueyes contaban tres vueltas se le mandaban a mudar a las casas por más que le tirara de las orejas —porque se les ataba una soga en una oreja de este lado y otro del otro, para guiarlos—; por más que tire usted lo que quiera, el buey se iba para las casas.

La primer desyunta (se llamaba desyunta al tiempo que duraba la arada, del momento que se iniciaba al momento que se dejaba) si usted quería hacerla de seis vueltas, el primer día mismo tenía que hacer las seis aunque los bueyes estuvieran cansados, aunque sea con las patas a la rastra —porque las primeras desyuntas que hacían ellos no estaban prácticos, entrenados: es como el jugador de fútbol, tiene que entrenarse porque sino el primer partido no se aguanta—. En la primer desyunta había que poner aunque sea una hora más y hacer seis, porque si hacía cinco el primer día y al día siguiente quería hacer seis, el buey llegaba a la quinta vuelta y se iba derecho para las casas. Es una cosa difícil de creer; algunos no lo creen, sin embargo es así. Ahí está mi tío que lo puede decir, él también trabajó con los bueyes. Ellos contaban las vueltas, parece imposible. No es que contaban, por supuesto, pero cuando terminaban su tiempo ya se daban cuenta, ellos se daban cuenta que se alargaba el tiempo más que otras veces y se iban para las casas con arado y todo, y había que seguirlos.

* * *

Acá en María Juana hay curanderos que todavía

curan a palabra. Pero, ¿podemos creer en eso? Yo, para mí, lo mejor que hay que hacer es voltearlo, curarlo con creolina o con otro ingrediente que dé para eso y seguir vigilándolos, porque si usted hace una sola cura no va. A palabra hay que tenerse mucha fe, y quizás ni puede valer. Yo estuve en práctica en esto.

Hace muchos años se había embichado una vaca con cría. Tenía una especie de enfermedad adelante del costillar izquierdo, entre la pata y las costillas. Se pelaba, se le iba el pelo y quedaba el cuero desnudo, fino, y manchón. No sé lo que puede haber sido. La mancha no era. Y entonces se embichaba siempre ahí. De tanto curarla se iba agrandando cada vez más esa mancha. Parecía que nosotros éramos los culpables al verterle la creolina o el curabichera, la lastimábamos más todavía. Estaba muy delicada esa vaca. Entonces la hicimos curar con un curandero criollo que vivía en Romero, por allá, cuatro o cinco leguas del lado de Margarita. Fuimos yo y mi padre. Preguntó el color, el pelo, la parte que estaba lastimada, y nos dijo, yo lo recuerdo bien:

—Bueno, yo le curo la vaca, y ustedes por tres días no la miren. No la cierren tampoco, déjenla tranquila a la vaca.

A los tres días, cuando mi padre fue a traer la vaca apenas si podía caminar: estaba llena de bichos, de gusanos. Tuvimos que rasparla y volverle a poner de nuevo creolina. La volteamos porque de parada la creolina chorreaba y donde pasaba lastimaba, se pelaba. Ya se le habían hecho como ciertos agujeros, y mi padre, que sabía mascar, le puso tabaco en las heridas. Con un palo le metía tabaco adentro las heridas, después de haberle puesto creolina y limpiado todo con una espátula. En los agujeros donde había gusanos le metía tabaco. Después la largó. A los tres días la vaca ya iba sanando. ¡Esa fue la cura de los tres días!, pero la otra, de palabra... No le echamos más creolina porque el tabaco se impregnó de creolina —tabaco fuerte, como el que yo fumo ahora—; eso con la creolina era un veneno mortífero para el gusano. Ahí se curó la vaca; yo recuerdo, ya era grande yo.

Otro caso también fue con un amigo mío, un tal Chena, un muchacho macanudo para el trabajo, muy buen trabajador, excelente trabajador. No precisaba mandarlo a ese, o enseñarle; al contrario, él enseñaba a los otros; corajudo. Este muchacho estaba de Boero y vio un animal, una vaca, embichada; estaba caída. Estaba muy embi-

chada, pero era propiamente salvaje, de esos animales que nunca se arrimaron a las casas. Para no trabajar tanto de traerlo, porque había que traer a toda la tropa para poder traer a ese animal, le dijo al capataz:

— Allá hay un animal salvaje que no se deja arrimar a caballo, y está embichado.

Cuando el animal se encuentra medio perdido, tanto sea intoxicado como herido o golpeado, si lo puede encarar lo encara.

Va el capataz al gerente:

— No sé qué hacer, para curarlo tendría que mandar gente...

— No, dice el gerente, andá a hacerlo curar. Fulano de tal te cura la bichera.

Lo hizo curar. También le hicieron el cuento ese de los dos o tres días. Cuando fueron a ver la vaca ya estaba muerta.

No, eso no puede resultar. Para los que tengan mucha fe, que creen, sí, puede haber milagros, yo no soy contrario, pero hacer curar un animal, yo por lo menos... Como muchas veces se cura también las enfermedades de los pibes, en aquel tiempo era muy corriente eso. Se puede hacer curar a palabra, sí, pero no hay que quedarse dormido, hay que estar alerta. Hay veces que el médico no lo puede curar, pero yo dificulto que un hombre pueda curar a palabra ciertos males o ciertas enfermedades. Posiblemente, sí, posiblemente haya algún milagro, alguna salvación...

Yo fui uno que también caí dos o tres veces. Hay veces que se ve obligado. En una ocasión cayó una helada tardía, y el trigo se heló. Pero no lo heló del todo, entonces cuando es así vuelve a rebrotar. Ese trigo viene tardío, viene en diciembre. Todavía se mantiene verde todo el mes de noviembre, y en noviembre ya empiezan a criarse los bichos: la isoca, gusanos. Ahora se polvorea; aviones, esa gran facilidad. De esa forma sí creo que puede curarse, pero yo he ido a curar a palabra ese trigo, que la isoca ya empezaba a destruirlo, y no valió de nada. La primera vez que fui dice:

— Usted me tiene que traer cuatro espigas, una de cada rincón.

Me vine de vuelta con el sulky. Había viajado toda la mañana; el que curaba estaba por allá lejos, por el campo Cane. Claro, el dato se va pasando: "Sí, cura, cura..." ¡Bah, qué va a curar! Busqué las cuatro espigas y al día siguiente, a la mañana, fui otra vez. Ya veía yo que iba quedando poco trigo. Me dice:

— Quédese dos o tres días sin ir a verlo.

El trigo estaba a cien metros de la casa, uno de los potreros más cercanos a la casa, ¿cómo no lo iba a ver yo? Pero bueno, hice todo lo posible por no verlo, de no mirarlo: yo buscaba poner toda la fe posible para que se curara. ¡Queeeee, quedó la paja sola, ni una espiga quedó! Esa fue la ganancia que tuve de curar a palabra. Es imposible, hay que curar en forma real, con pulverizaciones. Lo mismo que la bichera: hay que curarla, no hay nada que hacerle. No se van los bichos con curarlos a palabra. ¿Qué sabe el bicho de la palabra del otro?; no se pueden entender...

* * *

Del tiempo que yo era muchacho, que recuerdo, ya habían entrado las caballadas. Al principio fueron los caballos criollos, que se llamaban. Fueron suplantando al buey. El buey era lerdo, caprichoso, se hacía poco trabajo con el buey. El caballo era más ligero y más domable. El criollo era un caballo de mucha voluntad, mucho aliento, pero más bien chico, tenía poca fuerza. En los pueblos importantes había vendedores; generalmente estos hombres eran criollos. Se formaban tropillas y pasaban de colono en colono para que eligieran el caballo que querían; gente que hacía negocio con las tropillas.

Así fueron entrando los caballos. Se ataban cuatro, cinco, no había más que esos, los criollos. Después de un tiempo las caballadas fueron mejorando. Había troperos que ya pasaban con tropas de caballos de cruce, un cruce de caballo criollo con uno pesado. A esos les llamaban los livianos. Después esos livianos también fueron suplantados por otros caballos de más cuerpo, los medianos. Para tirar el arado siempre se necesitaban caballos de más potencia. El criollo y el liviano se conservaron siempre para atar al carro o la volanta, ir al pueblo a hacer las comisiones, porque el pesado no tenía resistencia al trote; tenía resistencia al paso y haciendo fuerza, pero al trote no iban tan lejos como el criollo o el liviano. En aquellos tiempos, cuando se iba a los pueblos importantes para hacer compras, había que atar a la mañana temprano para volver a la noche. Los pueblos escaseaban, no era como ahora.

Yo recuerdo que nosotros teníamos en casa caballos criollos. Siempre se fueron reservando. Teníamos la volanta, nos hacían falta esos caballos. Recuerdo que hasta los carniceros, los

panaderos, nos venían a pedir esos caballos para viajar. Nosotros veníamos al pueblo nomás, pero a veces íbamos a Sastre también. En Sastre se compraba más barato que en María Juana. Ropa de tienda, por ejemplo. Cuando llegaba la cosecha mi mamá hacía una lista y mi padre agarraba la volanta con dos pinguitos; al mediodía estaba de vuelta. Dos caballos livianitos. Con los medianos se quedaba por el camino. Se cansan.

Después vinieron los cruces de los medianos con los percherones franceses, que nosotros supimos tener también. Sabíamos traer 145 bolsas en una chata de mi casa hasta aquí, al Molino de Boero. Se ataban siete caballos.

Yo tenía dos caballos percherones: el Indio y la Negra, sabíamos llamarlos —también le decíamos la Lima—. Más que al paso no iban. Al trotecito, de vuelta, a veces y arisqueando, con la chata vacía. Yo cargaba 55 bolsas de trigo y me venía con la chata de mi casa al Molino, al paso rápido, tocándolos. Cuando llegaban acá en el rincón del pueblo, en la esquina, para entrar al pueblo, yo siempre sabía parar en la mitad de la alcantarilla: una mitad en el declive y la otra mitad para subir. Paraba y encendía la pipa (son 56 años que fumo en pipa); después, todas las veces que venía yo, si no les gritaba o los tocaba ellos se paraban ahí.

Caballos mansos, mansísimos. Después, si nadie les decía nada uno arrancaba primero —movía la balanza y hacía ruido— entonces el otro también arrancaba y se venían. Generalmente cuando venía al pueblo sabía parar de un gran amigo que había puesto boliche. Jugábamos a las bochas. Era un gran jugador, pero conmigo no la podía; yo jugaba a las bochas que era un gusto. A bochazos. Cuando el contrario ponía la bocha cerca del bochín yo no arrimaba, le tiraba nomás: mi bocha quedaba ahí, cambiaba, ¿para qué iba a arrimar? De 22, 23 pasos arriba ya no tiraba, ya podía errar algún bochazo.

Siempre había que ir al pueblo por alguna diligencia: llevar algún alambre, algún hierro, alguna balanza, qué se yo, alguna rastra. Si había que traer alguna reja, lo mismo. ¿para qué voy a atar el sulky? Y como la volanta ya la habíamos dejado casi por completo, entonces ataba la chata. Tenía una chata pintada de azul, nuevita, flamante. De dos chatas había hecho una yo mismo. Nosotros en casa teníamos herrería para hacer los trabajos nuestros; tarraja, todo. De dos chatas hice una; con brea en las juntas de madera; era... era un lujo. Bueno, ataba esos dos caballitos y taca-

taca taca-taca taca-taca taca-taca, venía despacito, pero venía. Cuando llegaba a la esquina del rincón, los caballos encaraban y atracaban a la sombra de dos árboles, donde era el boliche del amigo. Usted podía atar las riendas nomás, sin manearlos, que no se iban a ir.

Cuando los vendimos, que ya no tiraban más, me dio una lástima que no lloré porque era grande. Claro, ese cariño, uno, con los animales...

La Lima tenía el vicio de morder. Ella lo hacía para cariño, para caricia, pero mientras tanto... Cuando se enredaba con el tiro de la pechera, que le quedaba adentro de la pata, había que bajarse para sacarle la pata de adentro —eso se llamaba desenredar—; justo cuando uno se agachaba para desenredar, ella buscaba de morder. Yo creo que lo habrá hecho por cariño, pero un día me pescó bien y en vez de morderme la blusa solamente, me mordió bien todo y me hizo un tarascón. Tuve que dejarle el arado a mi hermano, que lo cuide, y irme a casa para curarme, porque sangraba.

Ese era el vicio que tenía. Pero no se le castigó por eso porque estábamos encariñados. Hacíamos lo que queríamos con esos animales, tanto sea con la chata como con la guadañadora. Los atábamos a la guadañadora y estoy bien seguro que tanto yo, como mi hermano, como el peón, podíamos bajarlos y atarles las riendas, que ellos pegaban la vuelta los dos solos. Por supuesto, había que estar allí por las dudas, que se descompusiera la guadañadora o que se trabara la cuchilla; un yuyo, cualquier cosa. También podría ser que hubieran disparado, pero creo que era una cosa imposible: le iban a dar la vuelta completa al paso de costumbre. Estoy bien seguro. Yo siempre desafiaba a los muchachos de casa:

— Yo hago cualquier apuesta que pongo los dos caballos con la guadañadora y hacen la vuelta completa. Yo hago dos o tres vueltas con ellos manejándolos y después los dejo.

Los dejo, total no precisaban ni castigarlos para marchar. Tenían una potencia bárbara. Cuando se trababa la máquina, que la cuchilla agarraba un tronco, o una raíz de un yuyo duro, la rueda se frenaba, se paraba. Bueno, con la máquina embragada ellos se hacían un metro y medio antes de parar. ¡Un metro y medio se hacían! Después había que volver, ir reculando, retrocediendo, para agarrar de nuevo.

El vicio que tenía el Indio era otro. Cuando se trillaba el trigo o el lino, o lo que fuera, íbamos a juntar las bolsas y cuando pasábamos entre dos

hileras, que una le quedaba cerca, buscaba de morder la bolsa, le pegaba un tarascón y la rompía. Había que ir tirándole las riendas para que no pudiera alcanzar las bolsas. Pero muchas veces uno se descuidaba y él la rompía. Después había que parar y coserla, remendarla. No solamente que se pierde el cereal —que se puede recoger—, más que nada es el tiempo que se pierde. Un día manejaba este muchacho amigo, Chena, que le conté, que también era hijo de un inmigrante. El Indio ya nos había roto dos o tres bolsas.

— Dame un poco el látigo, le digo.

Desde la mañana nos había hecho ese trabajo. Habíamos tenido que hacer dos o tres paradas por eso.

— Yo voy a bajar y cuando quiera morder le voy a dar uno en la nariz.

Con el cabo del látigo se le pegaba. El me lo dio al látigo, pero se creía que era en broma, cuando vio que era en serio me pegó un grito:

— ¡Ché, dame ese látigo!

Y además me hizo perder el momento de pegarle porque tiró las riendas para que el caballo no pudiera morder y así, claro, no se le pudo pegar.

— ¡Vos sos capaz de darle!, me dice.

— Y claro que le iba a dar...

Pero igual se salvó el Indio esa vez. Claro, como estábamos tan encariñados con esos animales... Y no era para menos: eran mansos, guapos, hacíamos lo que queríamos con esos dos caballos.

Mire, le voy a dar un dato de lo que hice yo con esos dos animales. Enfrente de mi casa estaban haciendo un terraplén. Era la primera vez que veíamos una máquina motriz. Antiguamente, años atrás, habían hecho un terraplén y habían puesto una alcantarilla de ladrillo. Después volvieron a hacer otro terraplén y a esa alcantarilla la taparon; hicieron otra más al sur, unos treinta o cuarenta metros. Esa se veía, pero la otra no. El que manejaba la máquina motriz no la vio y se fue: con las ruedas de goma patinó y se fue directamente a la zanja. Allí siempre había agua; había como un pozo, una laguna. Eran las puntas de la alcantarilla vieja.

Estuvieron renegando ahí para poder sacar la máquina estos dos muchachos. Yo veía que renegaban. Eran de Susana. Nosotros les dábamos de comer en casa. Cuando era el momento les hacíamos señas y ellos se venían y comían ahí en casa. Estuvieron dos o tres días. Esa mañana yo

les quise dar más vino y no quisieron:

— El vino hace dar sueño y queremos terminar enseguida...

Hoy o mañana, dijeron, algo así. "*Queremos irnos a nuestros pagos*". Muchachos jóvenes; dieciocho, diecinueve años.

Muy bien, yo me fui a acostar la siesta. A las dos, dos y media me levantaba. Pinucho, el hijo mayor, que era un pibe, se fue a ver. Claro, el ruido del tractor le llamaba la atención. Viene de vuelta y me dice:

— Te buscan los del terraplén, los de la máquina, dicen que les saqués la máquina de allá, se cayeron en la zanja.

Yo me di cuenta enseguida. Yo sabía que estaba esa alcantarilla ahí; estaba como en mi casa yo en ese camino.

— ¿Y ahora les voy a ir a sacar la máquina a ellos? ¡Nooooo!

— Me dijeron que vayas...

No tenía ganas de ir. "*¡Qué voy a sacar esa máquina!, pensaba yo, ¡atar seis caballos...!*" Nosotros teníamos unas zorras, unos tandem con roldana para atar seis caballos; el trineo de madera. "*¡Seis caballos, ahora! Hace tanto tiempo que no ato seis caballos! ¡Buscar las pecheras, los frenos..!*" Estaba todo bien ordenado, todo colgado con varillas adentro de un galpón, pero había que buscar más o menos cada caballo el suyo. "*¡Seis caballos!*".

— ¡Ah! Decile que no voy nada.

Pero me arrepentí. Cuando el Pinucho iba para decirle me arrepentí porque pensé...

— ¡Ey! vení, vamos, voy a ir.

Agarré dos pecheras, dos frenos, unas riendas que había ahí y me fui a buscar los caballos. Estaban en una cuadra. Los acorralé y agarré al Indio y a la Negra. Los até, me fui para allá, sin zorra ni nada porque había trescientos metros, ni eso, trescientas cincuenta varas.

Los muchachos se reían.

— ¿Qué? ¡Tu papá es loco!, le decían al Pinucho.

— ¿Porqué?

— No ve que se viene con dos caballos nomás...

— Sí, pero tienen fuerza ¿eh?...

— No..., se reían, qué va a sacar...

Claro, estaba hundida. Con el movimiento de la tracción de las ruedas que fueron haciendo ellos queriéndola sacar, se fue hundiendo. El armazón de la máquina casi tocaba en el barro. Se pusieron

a reír los muchachos...

Bueno, atamos con una balanceta de hierro y un tiro de cadena gruesa, porque los de sogas se podían romper. Los puse y los toqué nomás con las riendas.

— ¡Vamos!

¡No eran de pecho frío esos caballos! Le arrancaban y podía atarlos a un paraíso que iban a seguir tirando: le quedaban ahí, prendidos.

Pegaron el primer tirón, pero resulta que la máquina tenía la rueda delantera calzada en la aleta de la alcantarilla. Tiraron, tiraron y no la pudieron sacar. La movieron, pero no la pudieron sacar. Paramos.

— Rompan ahí, por eso no la podemos sacar.

Ya no se reían más los muchachos porque vieron que la máquina, calzada como estaba, se había movido como cincuenta centímetros...

Con una pala y una barreta rompieron el alero.

— ¡Está basta, está basta! ¡Vamos!

Toqué otra vez los caballos, tiraron y saqué la máquina. Subí al camino.

— ¿Está bien aquí?

— ¡Si, si, ya está bien!

Seguí otro poco.

— ¿Hasta acá?

— ¡Si, si, ya basta, ya basta!

No, seguí más adelante; seguí nomás y se la llevé por allá lejos, por allá se la dejé...

¡Dos caballos..! Hubiera habido allí presente una persona que entienda lo que vale un caballo para tirar, se hubiera dado cuenta cuando saqué la máquina: ¡los tiros les quedaron sobre el lomo de lo que se alargaron los tipos, de lo que se agacharon para hacer fuerza! Los dos juntos, porque si uno afloja ya no va. Y eso que ellos tiraban en el camino bueno, no en el barro, y debido a eso no hicieron saltar el terraplén de la primera arrancada, porque tuvieron que tirar subiendo el terraplén del camino.

Esa noche me hice el enojado. Cuando los muchachos llegaron a comer yo me hacía el serio. Esperaba que ellos comenzaran la conversación.

— Así que la sacó nomás..., dice el gordito, el más corajudo. Yo no creí que sacaba la máquina...

— ¿Ah, sí? ¡Ríanse otra vez..! Ustedes se creen que voy a atar seis caballos para sacar la máquina esa de la zanja..?

Los cargaba. Pero fijese que ellos mismos, que jamás en la vida habían atado un caballo para tiro, ellos mismos se daban cuenta que era una barbaridad la fuerza que hacen dos

caballos tirando juntos.

Hice lo que quise yo con esos dos caballos.

He sacado chatas empantanadas, aquí de Boero, atándolos a la punta de la lanza. En aquel tiempo no había pavimento, por supuesto, y cuando las chatas se arrimaban en contra de la zanja para dejar paso a los automóviles, se iban hundiendo. Se hundían porque el piso no tenía consistencia. Y ahí se quedaban. Tenían ochenta, noventa bolsas arriba; las ruedas angostitas; no arrancaban más. Si el caballo arranca y anda noventa centímetros, un metro, que dé un pequeño envión, posiblemente la saque, pero si no arranca de golpe y no la puede mover después del primer tirón... Es muy difícil que todos los caballos hagan fuerza parejo, en el mismo momento. Siempre hay aquel que no tira. ¡Ahí había que valorar los caballos!

En casa teníamos una hilera de paraísos muy viejos. Los había plantado el mismo patrón que le vendió a mi abuelo los ocho cuadrados. Eran un nidal de comadrejas. Entonces nosotros, aprovechamos que había llovido y les hicimos un hueco todo alrededor de los paraísos, les cortamos la raíz más grande y con los dos caballos, con la balanceta de hierro —la misma que usé con la máquina— tiramos. Los voltearon a todos.

* * *

En los huecos de los paraísos viejos siempre se meten las comadrejas. Nosotros tuvimos siempre unos perros de policía que le indicaban dónde estaban por el olfato. De noche también sabían hacer la vuelta completa por los paraísos cercanos para ver si podían pescar alguna comadreja afuera para matarla. Estaban acostumbrados a matar comadrejas. Para eso, para buscar los caballos, para todo se tenían los perros, porque el perro de campo se acostumbraba a cualquier trabajo, servía para todo.

Yo recuerdo, cuando agarraba el freno del caballo de boyerear, el perro ya se iba para el lado del potrero y juntaba los caballos. Cuando el caballo está pastando, medio dormido, él se agacha, va y lo agarra del garrón. Me acuerdo, el Zani, un perro de policía. Le llamábamos Zani en homenaje al aviador, el gran aviador Zani, que dio la vuelta al mundo justamente en esos tiempos. Cuando llegaba el boyero tenía todos los caballos juntados, no tenía que andar buscando.

Ese perro aprendió todo sin haberle enseñado. A la noche daba la vuelta y averiguaba dónde

estaba metida la comadreja. El no podía agarrar al bicho porque estaban adentro del tronco. Escarbaba y mordía las raíces —hasta los dientes más gastados que los míos ya tenía, gastados por completo de tanto morder las raíces para poder agarrar las comadrejas—, entonces, como no podía, buscaba a mi mamá.

Mi mamá era la primera en ir a ordeñar. Dos, tres vacas; las tenía tan bien acostumbradas que ni las maneaba, las ordeñaba sin manearlas: así como venían las dejaba, les largaba el ternero. Una mujer que no le pegaba a nadie, buena como el pan; acostumbraba bien a los animales debido a eso, al buen trato. Entonces el perro venía y le hacía fiestas, cariños, para que lo acompañara. Se iba treinta metros y volvía. Cuando mamá estaba ordeñando, a veces, la agarraba del vestido. Ella, que ya lo conocía, venía de vuelta y llamaba a mi papá: "*El perro está medio enojado porque no voy a acompañarlo, será que tiene alguna comadreja a la vista en alguna planta*". Entonces el padre acompañaba al perro. Agarraba un alambre, un gancho, un gancho bien filoso, subía arriba el alambrado y ponía ese alambre de punta dentro del hueco, como si fuera un anzuelo. Iba chocando a la comadreja. La comadreja cuando se enoja busca morder, entonces quedaba enganchada y la sacaba afuera; la tiraba. El perro no la dejaba tocar el suelo...

También sabíamos ir con la escopeta. Muchas veces la comadreja buscaba salir y no se tiraban al suelo porque estábamos nosotros esperándolas; subía a los gajos altos; comadreja que se iba alto, comadreja que venía al suelo. El perro no la dejaba llegar: la agarraba, la sacudía, taca—taca—taca—tac, la dejaba y miraba a ver si había otra.

Una vez cazamos como diez o doce. Justamente en esa hilera de paraísos que volteamos con los dos caballos esos. Los primeros paraísos que se habían plantado acá. Cuando veníamos de vuelta, que habíamos terminado, el perro iba y le rompía la cabeza a las comadrejas que habíamos matado: trac, trac, trac, a todas. Después nosotros —lo hacíamos a propósito— agarrábamos esas comadrejas y las colgábamos del alambre, se la enseñábamos:

— Zani Zani Zani Zani, vení Zani.

Nada, no nos llevaba el apunte. No venía más de vuelta, se iba, porque él sabía que todas las comadrejas que había mordido las había matado. Antes que le rompiera la cabeza tal vez sí; lo

llamaba y él se acordaba, si estaba allá lejos venía de vuelta a romperle la cabeza. El tiro de gracia le daba, ¿se da cuenta? Bárbaro era, no había bicho que se arrimara a las casas.

Una noche salimos con mi hermano, yo y un amigo, un tal Cavalero, Antonio Cavalero, un amigo. Todavía debe vivir, debe estar en Pilar. Habíamos ido de Pell, que éramos primos; cerquita, dos medio cuadrados, ni tampoco. Fuimos de a pie, conversando. Cuando veníamos de vuelta, que estábamos a mitad de camino, ya en terreno nuestro, se presentó el perro. Venía con la cabeza gacha. Nos hizo un poco de fiesta a todos, dio la vuelta y se fue. Iba adelante nuestro, siempre unos diez o veinte metros adelante nuestro. Difícilmente viniera así. Que nos esperara en las casas, si, pero que viniera al camino a buscarnos, no.

Ya nosotros nos íbamos olvidando, pero cuando llegamos más o menos a treinta o cuarenta metros antes de la casa, el perro comenzó a hacernos fiesta, a saltar encima, ir adelante, volver, indicándonos algo extraño. En ese momento empezamos a sentir olor a zorrino.

De vez en cuando se sabía sentir ese aroma. Cuando se araba en el campo, muchas veces el arado pasaba encima de alguna madriguera, cortaba o lastimaba alguno y ellos, claro, se defendían, y ya sabe como se defienden ellos... El perro había sido salpicado una vez —un año o dos antes—, entonces cuando sintió el olor no se arrimó más; buscó la defensa, buscó la ayuda. Después nos dimos cuenta: cuando nos hacía tantas fiestas decía: "¡No se arrimen que está el zorrino!"

Mucho tiempo antes nosotros habíamos hecho muchas casillas frente a la casa para poner a culecar las gallinas. En el primer piso para criar los pollos; el segundo piso para culecar y el tercer piso para hacer huevos. Tres pisos, un conventillo para las gallinas. Serían unas veinte, veinticuatro casillas, todas hechas con ladrillos chicos hechos por nosotros mismos, quemados por nosotros mismos, los muchachos.

El zorrino habría tenido algún inconveniente, porque si no está enojado o no lo atacan, él no orina. Entonces nos hicimos a un lado, fuimos a la casa y buscamos la escopeta y la linterna. Había un poco de claro de luna, pero muy poco. Mi hermano y el amigo iban alumbrando casilla por casilla y yo, con la escopeta, preparado. Yo era el más grande, el mayor. En eso vimos al zorrino. Es parecido a la comadreja, oscuro, con una franja

blanca. Le encajé un tiro. El perro salió corriendo: se dio cuenta cuando sintió el tiro que habíamos matado al zorrino. Puso coraje, fue y lo sacó de la casilla. Nosotros lo dejamos ahí, no lo tocamos. Aparte de tener olor es como un ácido, le quema hasta la ropa el orín del zorrino si lo salpica.

Un primo mío que ahora vive en Rafaela nos había regalado ese perro. Después tuvimos otros. A uno le llamábamos el Oso; L'Os, le decíamos. Un perro alemán, importado, negro pero con la punta del pelo plateado. Era un lujo. Lo tenían unos dentistas alemanes de acá, pero como los muchachos le tiraban cascotes y le hacían una cosa y otra, y como el perro no era tan sonso, antes que mordiera a alguno se lo dieron a un tío mío, y el tío, que no valía nada para los animales, me lo regaló. Ese también fue un grandioso perro para el campo.

Después hubo otro, el último, que se lo dejamos al tambero cuando nos vinimos al pueblo. Era hijo de madre alemana y padre de acá. Un perro de policía grande. Le apuntaba a las perdices como un perro de caza. Al muchacho, a Pinucho, le gustaba salir a cazar: el perro cazaba las liebres, corría las liebres, ¡hasta las liebres cazó! ¿Cómo se llamaba ese perro?... Vé, tuvimos tantos, de todos me acuerdo los nombres y del último no. Cuando Pinucho vino a trabajar al pueblo el perro se venía del campo a verlo, se venía a visitarlo, de encariñado que estaba con él.

Al norte de la casa teníamos el gallinero: paredes de ladrillo, techo de zinc, compartimientos. Para encerrar los pollos a la noche siempre se les da de comer adentro. Siempre hay comida ahí adentro, y entonces de noche van los ratones. Siempre hay ratones, es difícil combatirlos; se puede matar alguno, pero usted mata uno y quedan dos. Ahí cerca había unas chapas de zinc tiradas al suelo, no recuerdo para qué estaban ahí. El ratón, para no molestarse de volver a las casas —que le era más difícil de estar porque tenía techo de material y él no tiene lugar; tiene que estar abajo, y corre peligro que lo descubran; tiene miedo—, entonces ellos se metían abajo de esas chapas. Nosotros descubrimos que se metían ahí abajo porque se notaba el rastro. Entonces, de vez en cuando, a la noche íbamos y levantábamos las chapas y los ratones salían. También teníamos perros ratoneros, pero cuando los ratoneros agarraban uno este perro que le digo agarraba tres. ¡Hasta ratonero era!

En la casa había una quinta, un jardincito,

siempre, con un tejido y una puerta. Los perros no podían entrar porque cerraba automáticamente con resorte. Ya lo habíamos hecho a propósito para que el perro no entre. El perro no entraba a la casa, siempre afuera. No debajo de la mesa, como acostumbran ahora. El perro tiene que estar afuera. ¡Si viene alguno y el perro está abajo la mesa lo oigo yo antes que el perro! Después, que es más higiénico. Bueno, él se paraba enfrente la puerta de la quinta y se quedaba ahí, esperando; y si no le llevaban el apunte, llamaba —como hace el perro, ¿no?—: "*¡Eh, vamos, a levantar las chapas!*"

Nosotros nos levantábamos siempre temprano. El sol nunca nos agarró en la cama; pero el día domingo, a veces, sí. En esas ocasiones el Zani, viendo que no me levantaba, aprovechaba cualquier forma para entrar: cuando mi padre pasaba, por ejemplo, que abría la puerta, antes que tenga tiempo de cerrarse él pasaba. Venía y me ponía los dos pies sobre la cama y hacía como una especie de bostezo: fff, fff, para que me despertara. Entonces yo, encariñado con el perro, tenía que levantarme aunque hubiera vuelto tarde. Agarraba, iba al costado del alambrado, hacía doscientos metros, venía de vuelta, tomaba el desayuno y me venía otra vez a dormir. El perro quedaba contento, ya no venía más a buscarme. Tal cual le cuento. El perro venía a despertarme, a la salida del sol, más o menos. Venía a decirme que ya era la hora de levantarse.

Un amigo que conocía bien al perro, la forma que se portaba, me dijo: "*Yo estoy seguro que no me lo vas a regalar, pero el día que se muera me regalás el cuero. Me avisás, yo le saco el cuero, y lo hago curtir*". Un hermoso animal. Siquiera quería el cuero. Si le daba el perro se lo llevaba seguro. Ya tenía sus siete, ocho años, difícil que se quedara. Ya buscaba la querencia.

Había gente que no podía ver un perro tranquilo. Si estaban en el camino que ellos llevaban tenían que pegarle un grito, o pegarle propiamente una patada sin decirle nada, para que se levanten. No le tenían cariño al perro. Otros, al revés: demasiado cariño. Lo dejaban venir abajo la mesa, o lo dejaban dormir en la cocina. No les interesaba: para ellos el perro era un miembro de la familia. Y no hay que hacer así. Al perro se le debe tratar bien sin permitirle que duerma en la cocina o en las piezas. Que duerma en el galpón; o le hago un techo de madera, o de ladrillo, para que duerma adentro. Pero castigarle inútilmente, no.

Yo castigué al último perro que tuve cuando era

cachorrón. Me saltó encima y me clavó una uña, o algo así, no recuerdo bien. Le encajé un sopapo. Yo iba a arreglar los alambrados y el perro me siguió. Lo reté: se quedó tirado en el suelo. Cuando estuve a cien, ciento cincuenta metros, el perro estaba atrás mío a cincuenta metros. Cuando yo avanzaba él me seguía, pero yo tenía que mirar para adelante porque cuando me daba vuelta el perro se acostaba. ¡Cómo se dio cuenta, cómo se ofendió cuando yo lo castigué! Con un sopapo nomás y que le grité que se quedara. Bastó para ofenderse. Me tenía miedo. Y cuando lo llamé, que vio que yo quería de nuevo amistad, ¡me saltaba encima, no podía sacármelo de arriba!

* * *

En la época que yo era muchacho, por supuesto, no había jugueterías. Nosotros no teníamos juguetes en aquellos tiempos. No teníamos nada. Muchas veces el padre venía al pueblo para Navidad, para esas fiestas grandes, para la fiesta de María Juana, y nos traía turrone, caramelos, pero juguetes no conocíamos. Yo recuerdo cuando fui padre y le traía a los chicos míos, hace cuarenta y pico de años. Pero nosotros de chicos nunca hemos tenido juguetes. Eso no se conocía, se desconocía por completo. Después que no había los pueblos tan a mano como ahora, que viven en la chacra pero es como si vivieran en el pueblo. Muchas veces vienen hasta dos veces en el día. Entonces los chicos hacíamos lo que hacían los grandes. Hacíamos juguetes copiando herramientas. La espigadora, por ejemplo; hacíamos la espigadora: una madera así, la otra así, dos ruedas, después la empujábamos. De esa forma jugábamos nosotros.

Los padres hacían una parva de cereal y los chicos hacían otra en el patio, en la tierra, con los yuyos hacían parvitas. Cuando los padres trillaban, que hacían trillar con esas máquinas grandes que había antiguamente, ellos también traían un cajón y hacían que era la máquina, la ponían al lado de la parvita y hacían que trillaban, lo mismo que los grandes, los padres, los tíos. De vez en cuando le daba una patada a la parvita para que se hiciera más baja, aparentar que se iba trillando el cereal.

Después, en ocasiones, los padres agarraban un tarro, le ponían cuatro ruedas, le ponían una chimenea de lata y le hacían que era el motor. A otro le hacían que era la trilladora y ataban uno atrás del otro. Así teníamos los juguetes, esos

juguetes precarios en el mismo campo, la misma chacra. Hasta llegó que los chicos ponían paja adentro del tarro y la incendiaban, porque veían que el motor de la máquina grande de los padres hacía humo, y entonces pretendían que la máquina de ellos también hiciera humo.

Después, cuando íbamos a la escuela, cada tres o cuatro domingos el padre nos daba permiso para venir al pueblo. Entonces nos juntábamos todos los amigos y a veces hacíamos travesuras, rompíamos algún vidrio con las gomeras. Pero qué pasaba con las gomeras: todas las veces que el padre descubría la gomera agarraba, ponía la zapatilla en la horqueta, y ¡crac!: "*¡Pierden el tiempo cazando pajaritos! ¡Qué tienen que cazar pajaritos ustedes, tienen otras cosas que hacer!*" Esto es lo que nos decía.

Yo recuerdo cuando me dio la escopeta por primera vez. Yo tenía 18 años. Iba siempre detrás de él. Un buen día me dice:

— Bah, no voy a ir a cazar, ¿querés ir vos?

— Bueno, voy yo.

Ahí recién empecé a ir a cazar yo solo con la escopeta.

Ya de chiquitos nosotros empezábamos a evolucionar en el trabajo de esa forma: copiábamos lo que hacían los grandes, los padres, los tíos. Yo tenía cinco o seis años; recuerdo cuando las invasiones de langostas; venían, comían toda la cosecha; recuerdo bien, muchos años... Y desovaban. Nacía la langosta en el mismo campo. Después, cuando la langosta ya estaba nacida, que se llamaba mosquita, ya se subía de noche sobre el pajonal de trigo, o sobre el rastrojo, la paja del trigo, y permanecía toda la noche dormida, entonces al enfriarse quedaba como paralizada, pegada a la caña.

A la mañana temprano atábamos un aparato que se llamaba el *Carcarañá*, un aparato moderno en aquellos tiempos. Se llamaba así porque el primero que lo hizo fue uno del pueblo de Carcarañá. Era un cajón: el armazón de madera; abajo, una chapa de zinc; arriba y al costado, arpillera; y en cada punta un alambre de diez metros de largo, más o menos, con un eslabón para poner un gancho y engancharlo del recado del caballo. Este aparato iba al ras del suelo, entonces, al chocar con el rastrojo, la langosta quedaba al vuelo y se encajonaba adentro. Cuando el aparato estaba más o menos lleno, que los caballos ya iban tirando bastante fuerte, entonces parábamos.

Arriba del recado llevábamos bolsas vacías de

arpillera. Bajábamos las bolsas, uno las tenía abiertas y el otro ponía las langostas a los puñados adentro. se ataba la bolsa y se dejaba allí. Y se repetía la operación con otros manchones de mosquitas.

Teníamos que ponemos de acuerdo los dos que íbamos en los caballos, porque si uno doblaba para un lado y el otro para el otro rompíamos el aparato por la mitad, nos llevábamos cada uno la mitad... Entonces, el padre:

— ¡Dale vuelta aquí! ¡Dale vuelta a la derecha! ¡Dale vuelta a la izquierda! ¡Allá, por el lado de aquel yuyo!

Varias veces, en vez de dar la vuelta seguíamos de largo. Nunca rompimos el aparato pero faltó poco. No se pueden poner de acuerdo dos de a caballo y a media furia, no se puede porque van muy rápido.

Una vez terminado ese trabajo se ataban dos caballos a la chata y se iban a juntar las bolsas. Los mismos que habían ido con el *Carcarañá* iban a buscar las bolsas y las estibaban a la orilla del camino. Si ese día el langostero no pasaba, con toda seguridad pasaba al día siguiente. Vigilaba que se había realizado el trabajo. El chacarero estaba obligado, era una obligación de combatir la langosta, sinó el langostero le aplicaba una multa.

Yo habré tenido, posiblemente, seis años. Sesenticinco años pasados. Cuando había invasión de langostas era una intranquilidad para el colono, muchas veces una pérdida total de la cosecha. ¡Después, el trabajo que daban! Nunca se podían combatir por completo combatiendo las mosquitas porque era mucho el desove, era general. Se agarraban muchas mosquitas, si, se llenaban varias bolsas, pero la extensión del desove, de los manchones, era grande. Entonces las langostas se iban juntando, se iban criando, iban formando grupos grandiosos: kilómetros de ancho, mil quinientas varas. Eso yo lo vi; ver hoy la langosta aquí y mañana tenerlo todo completo.

Ya se hacían saltonas, ya iban saltando y se hacían más ligeras para caminar. Entonces le pedíamos al langostero, al empleado de la defensa agrícola, le pedíamos chapas de zinc con sus correspondientes clavos para afirmarlas en el suelo. Se hacía una excavación, un pozo cuadrado de tres o cuatro punteadas de profundidad, distantes 15 ó 20 metros, y las chapas todo alrededor. La langosta enfilaba por la chapa y la chapa la guiaba, hacía punta y al llegar al hoyo caía adentro. Las que pasaban

ese hoyo seguían y caían en el otro, y así.

Muchas veces se hacían diez, doce hoyos por mañana. Cuando se llenaban de langostas se les tiraba tierra y se las tapaba, para poder sacar las chapas y llevarlas a otro lugar donde había otra manga. Principalmente se defendía la casa, por la quinta, las plantas, los árboles. Pero era imposible. Después, cuando agarraban vuelo ya era peor, más imposible todavía combatirlos. Usted buscaba hacer humo por un lado, por el otro, yo recuerdo. Nos han tenido malísimamente mal las langostas. Esas pulverizaciones que hicieron más tarde en los montes del Chaco, Formosa, Salta, debieran haberlas hecho por lo menos cien años antes. Claro, no había aviones; únicamente que hubiera ido Zelly, el que cruzó el Río de la Plata, el primer aviador que lo cruzó, que era concripto, ¿recuerda? Después lo frenaron porque se había cruzado a Montevideo. ¡Después de haber hecho la hazaña todavía le dieron penitencia...!

* * *

De chico pocas veces me castigaron. Mi madre fue conmigo una santa mujer —bueno, como todas las madres—; creo que una vez o dos me castigó. Para castigarme tenían que amontonarse muchas cosas juntas. Cuando castigaba, castigaba fuerte. Recuerdo que una vez, por pegarle a mi hermano —ya le había pegado una vez, mi madre me perdonó; pero después el otro quería desquitarse y yo no le permití y volví a darle—, mi madre me dio una soba que todavía recuerdo.

Mi padre, que yo recuerde, una vez o dos me pegó; en toda mi vida, ¿no? Una vez en el corral yo estaba queriendo enlazar un potro. Claro, había peligro que me llevara por delante y yo, pibe, —habré tenido cinco años— ¿qué sabía? No tenía más que eso, cinco años habré tenido. Recuerdo porque cuando tenía cinco años, del año trece, ya iba por los seis, vendieron la máquina, que tenían que embarcarla por Garibaldi. Se fueron caminando con la máquina hasta San Bartolo y después tuvieron que venderla porque vino la inundación y no pudieron traerla más de vuelta. Un amigo de mi abuelo le compró la máquina.

Nunca me castigaron. Después, que el comportamiento mío no era para recibir castigo tampoco. Cuando tuve seis años para los siete me mandaron a la escuela. Una tía mía que vivía en la otra casa, donde vivía el abuelo, me pasaba a buscar y veníamos a la escuela acá al pueblo. Podría decirle

que al fin del año sabía tanto como el primer día. El segundo año puede ser que haya aprendido algo. El tercer año mi padre, viendo que no adelantaba (decía que yo era inteligente; yo también pensaba que era inteligente...) habló con el maestro, pagado por el gobierno, porque la escuela era nacional, y me mandó de mañana también; pagaba la comida y me hacía quedar todo el día a ver si aprendía algo. Fui aprendiendo, pero poco; el tercer año apenas empezaba a sumar; una que otra resta; multiplicar por números bajos; la división todavía no la había aprendido. Entonces mi padre me sacó de ahí y me puso en una escuela particular, que era de un tal Bocchio. Estaba adonde ahora está la sacristía de la iglesia. Antes también era sacristía, y aula de escuela a la vez. El cura tenía tan poco que hacer en aquel tiempo que venía una vez por semana, agarraba un banco donde nos sentábamos nosotros y hacía alguna nota...

Eso ya fue del año 20. Del 21 mi padre se fue a San Carlos a inscribirme en una escuela que se llamaba Instituto Pestarozzi. Era de los Weimhuller, unos alemanes de San Carlos muy instruidos, muy cultos, muy respetados. Pero cuando yo fui ya no era de Weimhuller, sino de un tal Blaser, maestro también, que había cursado sus estudios en la Escuela Normal de Esperanza. Francés, de descendencia francesa, casado con una Weimhuller.

Estudié cuatro años: 21, 22, 23 y 24. Mi padre vino a buscarme esos cuatro años. En el año 23 vino a buscarme antes de los exámenes para hacer el boyero, porque en tiempo de cosecha se necesita mucho el boyero, y había mucha gente trabajando —tres vagoneros, dos parveros, un maquinista, un pisti— y no se podía poner peones para buscar los caballos, llevarles la merienda y el desayuno al campo con el sulky. Así que mi padre vino a San Carlos y a pesar de las protestas del director —porque yo era uno de los más adelantados que había adentro del grado— me llevó nomás.

El boyero es una expresión que se le da al peoncito que tiene que encerrar los caballos en un corral con pasto. De jovencito había que aprender. Ponerle una bolsa al caballo, o una caronilla, y saltar a la gaucha: agarrarse de las clinas con la mano izquierda y pegar un envión y saltar. Abrir la puerta de a caballo, si era posible. Buscar los caballos y encerrarlos en el corral, porque la gente que tenía que trabajar con los caballos necesitaba de tenerlos a mano. Después había que baldear el

agua; no había molinos de viento, se desconocía por completo el molino a viento. Yo recuerdo que el primer molino a viento se instaló en María Juana en el Molino de Boero. Era un marca Guanaco. Y siguieron instalándose Guanaco. El otro fue en casa Peretti, después, entre otros varios, mi abuelo también. Mi abuelo fue uno de los primeros en colocar el molino a viento. Era una cosa que ni ellos creían, de tener tanta comodidad. Si no lo veían no lo creían.

Ya se dejó el caballo: encincharlo, poner una cadena, una máquina volcadora, un balde; todo eso se dejó. Se reservaba lo mismo, porque había días que no había viento y entonces se utilizaba el caballo. Y eso duró mucho tiempo, pero ya no era cuestión de todos los días, sino de algunas veces por mes; una, dos veces; un alivio bárbaro.

Después tenían que engrasar el molino a viento cada dos o tres meses. Como no estaban acostumbrados a la altura, los colonos, estaban atemorizados, subían la mitad de la escalera y volvían a bajar. No se acomodaban a la altura. Pero siempre había algún corajudo aquí en el pueblo. Yo recuerdo un tal Minot, en aquel tiempo. Hubo otros también que se dedicaban al engrase de molinos. Y no eran más mecánicos que los demás, solamente que tenían más coraje, no le tenían miedo a la altura. ¡Y cuánto habrá podido ser: cuatro metros, cinco..! Después sí, más adelante los hijos de los colonos ya se animaron. Se animaron porque de chicos, cuando los padres se descuidaban, agarraban la escalera y subían. Por supuesto, cuando los padres no veían, porque de lo contrario no lo permitían. Subían hoy diez escalones, mañana a lo mejor once, y así fueron aprendiendo a estar en la altura, aunque no hubieran servido para paracaidistas, ¿no?...

El segundo año en la escuela rendí examen y me vine, pero me tocó lo más grande. En 1923 hice el boyero nomás, del 24 ya tuve que hacer el pistín. Bueno, rendí el examen y fui segundo. Ganó la medalla un muchacho que tenía un punto más que yo, un punto, (tenía un poco de palenque también). Un tal Bonetto, de Franck. Después, el tercero, un boliviano. Este muchacho allá no aprendía y como el padre era amigo de Weimhuller, lo mandó. Se quiso disparar este muchacho, se quiso ir de vuelta a Bolivia. Estaba en primer grado, no sabía nada y lo castigaban; pegaban. Agarró un sulky de una de las chicas del campo que había atado a un árbol, pidió permiso para ir al baño y se fue. Lo encontraron al día después cerca

de Nuevo Torino en el sulky. Más o menos presumía el camino. Habrá tenido nueve años, diez.

Ese año 24 me quedé para el examen. Rendí todas las materias, por supuesto, solamente que en una en vez de sacar un cinco saqué un cuatro. El otro tuvo un cinco y se llevó la medalla de oro. Por medio de una comisión de padres, de amigos de los padres, ponían unos pesos y compraban esa medalla, todos los años. El interés mío era traerme la medalla a María Juana. Tenía mucha, mucha fe, pero se me esfumó.

Estaba pupilo. Estudiábamos de las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche. Doce horas. Ese año 24 hice el pistín. Hice el parvero en lugar de mi padre (para eso mi padre ya tenía hijos grandes). Para colmo se nos enferma un pistín en la otra chacra y tuve que ir yo de efectivo allá. Ampollas en las manos, unas manos tiernas... sombrero aludo, un sol bárbaro en el rastrojo. Fuera un muchacho de ahora se queda en el primer vagón, no baja del primer vagón...

El colono difícilmente llamaba algún obrero, salvo que fuera muy práctico. Los hijos de los colonos salían. Yo salía a emparvar alfalfa ya en aquellos tiempos. El vecino, por ejemplo, esperaba cortar la alfalfa para emparvar hasta que terminara el otro; que un tío, o el sobrino, o el hijo de otro colono le vinieran a ayudar. Pagándole, por supuesto. Poca plata por día en aquellos tiempos, cuatro, cinco pesos. Se pagaba, pero se pedía siempre un hijo de colono, o un colono; gente práctica para ese trabajo. Tenían que estar acostumbrados a manejar la horquilla; si ponía un obrero que no sabía, era para estorbo.

En la escuela también hacíamos de las nuestras, por supuesto. Nos daban mucha penitencia; nosotros lo aguantábamos (¡Bah, muchachos, todos iguales!: hacíamos la cara larga con el maestro, después, cuando se iba... Es lo mismo que en la conscripción: todos parecen que lloran cuando está el capo enfrente, después, cuando se descuidó, pobre capo...). Primero, que abundancia de comida no teníamos, y nosotros éramos gente joven, fuertes; corríamos, jugábamos, estudiábamos. En fin, también teníamos muchas horas de encierro; de recreo, poco: diez minutos, quince, el máximo. Meta pito y pito, y campana. En el recreo tocaban la campana, el pito para llamar a alguno. El director tocaba el pito. Iba de grado a grado, aula a aula, casi no hacía clase. Conocía a todos. Sabía más él lo que éramos nosotros que nosotros mismos. Estaba siempre encima.

El colegio era grande. Tenía muchas habitaciones. Yo, casualmente, y unos treinta muchachos más, dormíamos en una que daba a la vereda de la calle principal, que la usaba el director cuando se iba de noche al cine, o iba al teatro, o a la casa de un amigo. Le conocíamos la forma de caminar, los tacos fuertes: ton, ton, ton. Una noche sentimos y nos fuimos.

Había unas lindas mandarinas, pero había que transponer el primer patio, que era para las maestras; todo cerrado, con piso de ladrillos. El segundo patio, con una glorieta, con mucha vereda, que era para las chicas. El tercer patio: al ras, con tapial y alambrada, y alambre de púas, para nosotros. Pasamos por el segundo patio, entramos, nos subimos arriba un tapial que no tenía alambre de púas, tenía tejido solamente. Pero había que hacer un paso bastante alto porque era como de uno veinte de altura. Íbamos por turno, tres o cuatro afuera y tres o cuatro adentro a descolgar mandarinas; las tirábamos y los otros las iban poniendo en el saco o en la camisa, como si fuera una bolsa.

En el patio nuestro estaban los retretes. No eran baños como los que utilizaban las mujeres, eran retretes, excusados. Al lado había un galpón abierto donde siempre había arena, porque en la escuela había un albañil que estaba casi permanente; siempre había una pared rota o algo. Entonces nosotros metíamos las mandarinas en la arena.

Por ahí la señora sintió ruido. Cuántas veces habremos ido, pero esa noche la señora sintió un ruido extraño, se levantó y vino a revisar las piezas. El director no estaba, nosotros lo sabíamos y por eso habíamos ido. En una pieza estaban todos, en otra faltaban dos, en la otra estaban todos, en la otra faltaban tres, en la otra faltaban dos, y así. Una libreta: a tomar el nombre de todos los que faltaban, y mandó a tres de los más grandes a buscarnos.

Pero resulta que uno o dos de los muchachos que habían ido con nosotros vieron a la señora pasar de una pieza a la otra, mientras nosotros estábamos ocupados todavía en esconder las mandarinas. Vinieron de vuelta:

— ¡Ojo, que nos descubrieron!

Más allá había un galpón que usaban para poner alfalfa; guardaban alfalfa todo el año. Un hermano de la señora del director, Pablo Weimhuller se llamaba, tenía un sulky y dos caballos y venía a buscar el pasto a la mañana con una

bolsa. Bueno, nosotros fuimos a dormir en ese galpón; pero nos dijeron que nos estaba buscando la señora, entonces nos fuimos a dormir allá.

Ahí encontramos una caronilla, y claro, estábamos todos como salimos de la cama, en calzoncillos, no habíamos llevado nada, y no se podía apoyar la cabeza sobre la alfalfa porque picaba, entonces empezamos a tironearnos la caronilla: uno la quería y el otro también; ya nos agarramos a puñetes, a los tirones, a patadas; todos querían la caronilla, claro, ¡no se podía dormir! En eso caen tres o cuatro de los más grandes —como si fueran agentes—; la señora nos mandaba buscar, que fuéramos. ¡Lo que nosotros queríamos era eso, ir a dormir cada uno a nuestra cama!

Apenas llegamos la señora nos dice:

— ¡Muy lindas cosas hacen ustedes!

Nosotros callados, por supuesto. "¡Qué nos espera mañana!", pensábamos nosotros. A la mañana nos levantamos, agarramos los libros y vamos al patio. Caminamos, estudiando, ida y vuelta, ida y vuelta. Había árboles. Cada uno ya tenía su camino y acostumbraba pasearse por ese camino. Había seis lecciones que estudiar, generalmente, por la mañana, y otras tantas por la tarde. Dejábamos los libros sobre los ribetes del tapial, y cuando sabíamos una lección —póngale de geometría— dejábamos el libro de geometría y buscábamos la gramática, o según lo que seguía. Cuando habíamos aprendido la lección poníamos el libro abajo el brazo y después íbamos repitiendo de memoria lo que habíamos aprendido. Si nos cortábamos quería decir que la lección no estaba sabida, entonces volvíamos a abrir el libro y seguíamos estudiando.

Después de estudiar el director, o un profesor, o un maestro, tocaba el pito para el desayuno. Un pito para que corriéramos todos al patio. Había tres patios: el norte, el sur y el este. El del sur correspondía hacer la formación; del más chico al más grande; ya estábamos acostumbrados y lo hacíamos al dedillo. Después entrábamos al comedor. Cada cual agarraba su lugar, siempre con mucha calma. No había que apurarse mucho porque si se apuraba y tropezaba lo llamaba a la orden y era capaz de no entrar al desayuno. Había mucha rigidez.

Cuando formamos se presenta el director. Empezamos a temblar.

— ¡Hagan un paso al frente los que anoche fueron a robar mandarinas en la quinta!

Tal cual nos dijo: a robar. ¡Latrocinio!... Hicimos el paso adelante. Nadie se quedó, por supuesto. Ocho.

— Bueno, pasen los otros al comedor.

Nosotros quedamos ahí. Uno por acá, uno por allá, dos juntos; éramos ochenta, calcule si era larga la fila. Ochentiséis éramos el primer año. Luego siempre fueron bajando porque en ese colegio había mucha rigidez, se les castigaba a los muchachos, entonces a algunos padres no les gustó y fueron dejando de mandarlos. Iban perdiendo. Pegaban. Pegaban y agarraban la mano, por ejemplo, al que había cometido alguna dañería o algún error y lo golpeaban con una regla hasta que se hinchaban las manos. Tirones de oreja también. Muy rígido.

Cuando terminaron los otros de desayunar salieron afuera. Nosotros ahí: "*Qué haremos ahora... ahora nos va a tocar el turno...*"

— Vayan al grado, traigan el cuaderno y un lápiz y formen nuevamente acá.

Fuimos cada uno a su grado, porque no éramos todos del mismo, y nos vinimos de vuelta con el cuaderno y el lápiz.

— Ustedes me van a escribir dos mil quinientas frases en esta forma: de rodillas, y que la frase diga así: "Todo ladrón merece castigo y yo he robado mandarinas". Cuando terminen me avisan y van a ir a comer.

Claro, a las doce no iba a terminar la frase seguro. Yo tenía varios lápices; cuando dijo esto, que ya nos puso al tanto de la frase, en vez de traerme uno solo traje tres, uno en la mano y dos más, pero escondidos. Una porque podía terminarse el lápiz y otra porque lo añadíamos con una goma: poníamos tres lápices juntos apretados con la goma y hacíamos tres frases juntas... ¿Vio la picardía? La sapiencia de los muchachos.

Más o menos a las doce y cinco, doce y diez, yo había terminado la frase. Fui el primero que la presenté (y era uno de los alumnos más adelantados que había, de los que estábamos ahí y de todos los grados. En mi correspondiente grado era el más adelantado y tenía perspectivas de ser también en los grados superiores. Ese año debía estar en sexto grado, porque al último yo cursé primer año comercial. Después no fui más. Tenía que ir a Rosario al otro año. Ya era grande; empecé a correr detrás del fútbol, qué sé yo cuanto, debido a eso se cortó. Y cometí un error grandioso).

Lo presenté; el director me dice:

— ¿Usted la hizo con un sólo lápiz la frase?

Porque se notaba: al empezar, los lápices no pueden estar todos en forma perpendicular, todos inclinados; yo buscaba la forma pero, claro, el director, que no era sonso, se daba cuenta.

— Si señor, le digo.

— No puede ser. No puede haber terminado a esta hora. Vaya y siga haciendo frases hasta que yo le diga.

Llama a otro: le faltaban como seiscientas. Al otro, cuatrocientas, al otro como mil, al otro qué sé yo cuanto.

— Dígale que pase el otro.

— No hay más, señor.

— Bueno, dígales que pasen a comer.

Estaban todos a la mesa, almorzando, los otros. ¡Teníamos un hambre nosotros!

Terminamos de comer. Los otros fueron al patio, había que esperar la hora de entrar nuevamente a las aulas; muchos pasaban al grado con sus libros; otros ponían los libros abajo del brazo y se iban al patio, al estudio, para repasar las lecciones de la tarde. A nosotros nos dijo:

— Los que tiene que hacer las frases se quedan sentados.

Los otros se fueron y nosotros quedamos un largo rato sentados. Antes de levantarse de la mesa el director nos dijo:

— Vayan y ocupen su lugar ahí en la vereda, como estaban antes, y sigan haciendo frases.

Siempre de rodillas. Bárbaro. Era bárbaro. Nosotros, cuando sabíamos que más o menos no podía estar viéndonos nos sentábamos. O nos apoyábamos en una columna. De rodilla no dábamos para tanto.

Cuando tocó la campana para la formación de los grados mandó a un compañero a avisarnos de que fuéramos a formar. Entramos sin repasar la lección, porque no habíamos estudiado ni lo de la mañana, por supuesto. Aparte de darnos la penitencia él no quería que perdiéramos el día de estudio. Nos preguntó a todos y la mayoría nos quedamos sentados, no podíamos responderle, ¡si no habíamos estudiado las lecciones..!

Cuando terminó la hora de clase los otros salieron, formaron, se fueron cada uno a sus casas los que no eran pupilos, y los pupilos se fueron a su patio. A nosotros nos volvió a llamar de vuelta, a que estudiemos las lecciones de la mañana, las que correspondían a la mañana de ese día. Me acuerdo que una de ellas era la gramática. Nos llamó para que estudiáramos esas lecciones de la

mañana, que él mismo iba a pasar a pedir cuentas. ¡Había que temblar, nos esperaba otra biava, otra penitencia! Pero pasó que nosotros estudiamos bastante. Cuando llegó la hora de cenar nos mandó avisar que saliéramos del aula. Fuimos a comer con los otros muchachos.

Cuando se terminaba de comer se salía un rato al patio para recrearse. Pero resulta que nosotros no teníamos los deberes que se daban a la tarde, en la última media hora. Tocó un pito y tuvimos que presentarnos cada uno a su grado a hacer los deberes. Hicimos los deberes, nos fuimos a dormir y empezaron los tiempos de costumbre. Y pasó. Pero no fuimos más, ¡no, no fuimos más a buscar mandarinas! Nos curó para todo el viaje.

* * *

Dejamos de buscar mandarinas pero había que boxear... Había que divertirse de noche porque de día a veces no se podía jugar, había que estudiar. Bajo las aulas había grandes sótanos que estaban alquilados por la firma *Wutrich*, una quesería de San Carlos, para depositar los quesos. Enormes quesos. Los traían con unos canastos redondos, yo creo que pesaban 100 kilos esos quesos. Los llevaban y los depositaban allí. Pero siempre quedaba algún sótano abierto, vacío, o por lo menos un espacio grande. Y siempre había aquel que tenía una pica con el compañero —se habían peleado, se habrán tirado un puñete— y había que vengarse, había que devolver. Pero como no se podía pelear a mano limpia porque enseguida nos separábamos, por supuesto, porque sinó pagábamos las consecuencias todos juntos. Mire, si uno iba a reclamar llorando que el otro le había pegado le decía: "*¿Y ustedes qué hacían, peleaban?*", y la penitencia era para todos. Quedábamos sin comer, esas cosas. Y los Weimhuller eran peores, superiores para dar penitencia, daban penitencias más atroces.

Una noche dos muchachos se habían desafiado a pelear. No eran amigos, ya venían con bronca. Generalmente los martes y jueves el director no se quedaba en casa salía, tenía sus amigos. Y por la forma de caminar, como le dije, ya conocíamos que era él el que salía y nos preparábamos para hacer cualquier dañería. Entonces nos pusimos de acuerdo todos los más grandes —los más chicos dormían— y nos fuimos llamando. Ya nos conocíamos todos, recorríamos los dormitorios y nos despertábamos. ¡Al sótano! Nos pusimos el pan-

talón y fuimos al sótano.

En la misma galería se abría una puerta. Si la señora se hubiera dado cuenta y cierra la puerta nos quedamos adentro. Llevábamos cuatro sábanas para hacer el ring. Cuatro nos poníamos como si fuéramos postes, atábamos las sábanas y tirábamos para atrás. Los que iban a boxear se envolvían las manos con toallas, sinó dejaban rastros, era peligroso. Pero a veces se perdían las toallas y se daban a puñete limpio nomás. Y boxearon. Resulta que el que tanta bronca le tenía al otro efectivamente ganó. El otro antes lo había castigado. Nosotros lo felicitamos, lo levantamos, lo llevamos en andas como si hubiera salido campeón. En aquel tiempo había boxeado Firpo, entonces nosotros teníamos ese entusiasmo bárbaro por el box. Queríamos vengarlo a Firpo. ¡Había sacado del ring a Dempsey! Para nosotros había ganado; pero resulta que se quedó un poco Firpo, el referí no le permitió que lo encarara enseguida, después que lo entraron a Dempsey, y el otro se repuso. Era más boxeador que Firpo, tal vez menos fuerte pero más boxeador. Y nosotros peleábamos con ese entusiasmo...

¡Hicimos un bochinche! Al último hasta de a cuatro peleábamos, no solamente de a dos. Un bochinche bárbaro. Claro, pisando fuerte, a la noche, retumba por todo, pero la señora no sintió ruido porque sinó al otro día seguro que había penitencia. Cuando ella sentía esos ruidos ya sabía, porque nos había pescado otras veces en años pasados.

Ahora mire lo que pasó. Supóngase que un día martes nosotros fuimos a boxear al sótano; el día jueves el director salió nuevamente, pero nosotros no fuimos ese día. No íbamos tan a menudo, dejábamos pasar bastante tiempo; cada quince días, veinte, un mes, porque si nos agarra él, ¡Dios me libre!

El jueves la señora le contó que nosotros habíamos hecho bochinche en el sótano. Cuando llegó la hora de formar para el desayuno, al otro día, después de la pitada —un pito de referí usaba—, nos hizo formar y nos pregunta en la misma forma que cuando habíamos ido a buscar mandarinas.

— ¡Un paso al frente los que estuvieron anoche en el sótano, boxeando!

Nadie dio un paso al frente. Lo repitió dos veces pero nadie se movió porque, efectivamente, nadie había ido. Algunos dudaron de que hubiera sido el día que fuimos, el martes.

— ¿Cómo, así que anoche no bajó nadie

al sótano?

Anoche, repitió, entonces nos pusimos fuertes, nadie había bajado...

— Bueno, esto lo vamos a averiguar. Pasen a comer.

Claro, los vecinos veían cuando encendíamos las luces, veían por la claraboya, y después el director averiguaba.

Muy bien, fuimos a desayunar y no se habló más hasta el mediodía. Se hizo escuela, se pidieron las lecciones, nadie habló de eso; ni el director ni el maestro, todo como de costumbre.

Cuando volvimos a entrar en el comedor a las doce, da la casualidad que el cartero le trae el diario. Ya estábamos almorzando. Era un diario de ahí, creo, de San Carlos, no me acuerdo como se llamaba. "Permiso, permiso...", justo cuando estábamos comiendo trae el diario. Eran amigos, por supuesto; un hombre de edad el que traía el diario. Muy bien, el director se puso a leer. Al ratito le dice a la señora y dos o tres maestros que comían ahí:

— Así que hubo un terremoto anoche...

Al rato nos dice a nosotros:

— Así que ustedes no bajaron al sótano anoche, ¿no? Yo interpreté mal el asunto, porque el remolino ese que hacen cuando bajan al sótano no provenía de ustedes, sino de un terremoto...

¡Mire qué casualidad! O vaya a saber, tal vez la señora se olvidó de decirle la noche que nos escuchó, y le dijo después, porque seguro que un terremoto no hacía tanto ruido como hacíamos nosotros, ¿no? Se habrán confundido, tal vez, pero fue la casualidad que al otro día hubo ese terremoto. Y nos salvamos.

Yo sentí acá el último terremoto, el de Cauçete. La luz, en vez de moverse como se mueve cuando hay viento, se movía diferente. El de San Juan también me di cuenta. Fui a la mañana temprano a ver el girasol; era la primera vez que sembraba girasol y vi toda la semilla afuera. Digo: "*¿Qué pasa acá, las lauchas me están comiendo el girasol? — porque a las lauchas les gusta mucho el girasol—; sin embargo si lo hubieran comido no estaría viéndolo...*" Me agaché, me arrodillé para ver y sentí el temblor. Lo recuerdo como si fuera ahora. Sentí el temblor del terremoto de San Juan. Mire, hay veces de hace unos cuantos años a esta parte, que me mareo. Después que tuve una descompostura del estómago me quedó eso, cualquier cosita que no funciona bien me sucede eso, me mareo. Pero pasa, y ese día me pasó así. Y no tenía nada que ver con el mareo de ahora, en

ese tiempo era joven, cuarenta años habré tenido.

* * *

Cuando era mozo yo tenía una nariz bastante decentita, según decían las chicas de antes. Tenía una nariz bastante ñata, y ahora la tengo bastante deformada. La primera vez que me la rompí tenía dieciséis o diecisiete años. Tengo fotografías, de ese tiempo, no soy ni parecido a ahora.

Una tardecita los muchachos jugueteábamos, luchábamos. Los más juguetones, los más rebeldes, que no se pueden estar quietos, siempre encuentran el que le hace la contra. Un amigo, un íntimo amigo mío, muy buen corredor de bicicleta —corríamos en bicicleta juntos; yo también fui corredor; respetado ¿no?—, me dice: *¿Porqué no me luchás a mí?* Yo había volteado a otro. Había que hacerle tocar las espaldas en el suelo, sino no era válida la lucha. No había que largarlo. Nos ensuciábamos todos, parecíamos unos bárbaros. Y ya nos agarramos a luchar. Yo estaba seguro que le iba a ganar y me hizo palanca. Caímos, pero medio cruzados, y di con la nariz en el borde de la vereda de ladrillos. Le di fuerte al ladrillo, un ladrillo bastante descompuesto, esos ladrillos húmedos que largan el polvillo. Le di con tanta fuerza que medio lo rompí y el polvillo se me metió adentro la carne.

Medio desmayado, entre todos me ayudaron y no sé a quién llamaron por ahí que tenía un auto; me llevaron al doctor. No estaba, entonces fueron al farmacéutico. Ya estaba bien yo, ya me había pasado el desmayo. Con un gasa y una pinza me limpió, con algo que quemaba bárbaramente, y le fue sacando el polvillo. Me puso una venda, no cosió ni nada, y al día siguiente me dice que fuera al doctor. Puntos no, dice el doctor, porque si ponemos puntos va a quedar la cicatriz. Y quedé así, medio ñato.

Pasaron los tiempos. Estábamos en casa haciendo recortes para la gomera con alambre. Metíamos un cortalambre bien sujetado en la morsa y después con una mano íbamos arrimando el alambre y con la otra manipulábamos el cortalambre. Así hacíamos los recortes para tirar con la gomera.

Mi tío y mi hermano, que estaban presentes, discutieron y pelearon. Mi tío buscaba siempre la forma de hacerlo enojar al otro, más chico; habrá tenido cuatro o cinco años, pero fuerte. El tío le pegó un empujón y mi hermano lo corrió. Dieron

una vuelta a la casa. Yo meta cortar alambre. Hacen la segunda vuelta y yo seguía haciendo recortes, llenando la bolsita. Mi tío, de atrás mío, se puso a hacerle burla: ¡piiiiiii! le hacía, con la mano en la nariz. Cuando el otro lo vio, que se había armado de un cascote, se lo tiró. En ese momento justamente yo miro a ver qué es lo que hacía mi hermano allá y la ligo: bien en la nariz. Otra vez, rotura del tabique nasal. Quedé ocho o diez días en casa sin venir a la escuela, ¡con lo que me gustaba! Yo sufría por no poder venir a la escuela, pero no me dejaban. Tenían que desinfectarme, vendarme; pero no fui al médico: con desinfectante casero; vinagre, alcohol, qué se yo; bencina, que dicen que es desinfectante y seca al mismo tiempo. Así fui sanando, y ya me dieron permiso para venir a la escuela.

Venía a la mañana, tranquilo. Hacía mucho frío, había caído una helada bárbara. Una mañana hermosa, clara, no había viento. Venía por el camino y me crucé con un señor de acá que iba a recibir cereales a la Estación María Juana con un sulky. Iba todas las mañanas, yo lo veía. Tenía un baúl atrás del sulky y siempre llevaba la escopeta; la 16, por supuesto, en aquel tiempo las que viajaban eran de ese calibre; no había del 28, del 24, de menos diámetro. Vio una perdiz metida entre el pasto por la helada y tiró. Justo cuando tira yo quiero mirar. Yo le daba el costado izquierdo; quiero mirar pero no tuve tiempo de darme vuelta; me pegó justo de lado el balín, no de frente, justo donde tenía la cicatriz, donde estaba lastimado. Empecé a perder sangre y sangre y sangre. Iba caminando así. Me ensució toda la ropa. Pasando la última casa vivía un tío. Me curaron, después volví a las casas. Andaba mareado, estaba nervioso, descontrolado, había perdido mucha sangre. No fui más a la escuela.

Esa fue la última vez que me rompieron la nariz.

* * *

¡Si habremos cazado pajaritos con la gomera! Cuando yo estaba en el colegio, que venía de vacaciones, entonces buscaba la gomera. No buscaba salir, buscaba estar en las casas, en la querencia, con los padres, los hermanos.

Cuando yo no estaba siempre ponían un muchacho para boyerear, un peoncito, porque mi hermano no servía para ese trabajo; medio santabárbara también. En ese tiempo había uno que le decíamos Calot. De apellido Guglielmi. Íntimo

amigo también. Entonces nos desafiábamos a cazar pajaritos.

Un día fuimos a cazar de mañana y de tarde. Uno iba por un lado y el otro por el otro. Teníamos un bolso con una piola donde poníamos los pájaros. Cuando volvimos a la tarde contamos los pájaros que habíamos cazado en todo del día: ¡treinta! La casualidad: treinta él y treinta yo, una coincidencia. Ya los habíamos deshuesado. Entonces salimos a cazar otra vez para el desempate. Hicimos unos veinte metros. Ahí cerca de las casas había unas plantas y entre ellas un sauce medio verde y medio seco. Yo veo un gorrión, agarro la gomera armada y le tiro a ver si podía marcar el desempate. El balín no fue directamente al pájaro, golpeó en un gajo seco y le pegó bien en la cabeza: quedó seco el gorrión, cayó en el suelo y así desempatamos. En un santiamén desempaté.

A este muchacho le decíamos Calot, nos hicimos grandes amigos. El aprovechaba que los tíos y el padre estaban arando, que si hubieran estado en la casa no es cierto que iba a cazar. Había siempre algo que hacer. Por eso había que esperar que los dueños de casa salieran o estuviesen en los trabajos; no se podía ir a cazar cuando uno quería. Este muchacho Calot, Guglielmi, tenía dos o tres años más que yo. Vivía acá en el pueblo; ya nos conocíamos porque vinimos a la escuela juntos. Murió ese muchacho. Vivía en Santa Fe, pero tiene una hermana acá, en esta misma calle. Murió el año pasado. Cuando venía a visitar a la hermana me venía a visitar a mí aquí en casa. Infalible que venía a visitarme. Venía con la señora, era la segunda o tercer señora. De la primera se había separado. Después se juntó con otra mujer que tuvo mala suerte y se le murió. Me contó algo él. Después se juntó con otra, una maestra, pero ya jubilada.

Cuando venía contábamos las hazañas de aquellos tiempos. ¡Las risas..! Estuviera mi señora le podría contar. Los chacareros aprovechaban, después de cortar el trigo y emparvarlo, largar los caballos para que comieran las espigas que quedaban, algunas espigas que quedaban por ahí. El boyero tenía que vigilar que no fueran a los corrales donde estaban las parvas, porque sinó deshacían todo. Pisoteaban el trigo, se lo sacaban a los tarascones (como el Indio a las bolsas, el mancarrón ese que le conté). Y claro, había no solamente boyeros, sino también boyeras...

En aquel tiempo las mujeres trabajaban a la par de los varones. Cuando llegaba la chata en casa,

que había que descargar trigo, por ejemplo, las mujeres subían arriba y alcanzaban las bolsas y los hombres abajo las hombreadaban, para ganar tiempo. Como hacían ese trabajo también cuidaban los caballos que no se fueran a las parvas, y nosotros buscábamos arrimar los caballos a los de ellas. Parábamos un rato a la orilla de un alambrado, a la sombra de un paraíso. Había mucho sol, hacía mucho calor; nosotros ya estábamos boyereando a las tres de la tarde; a esa hora ya estábamos cuidando los caballos y buscando el motivo de poderse arrimar a las vecinas para poder decirles algo. Acá había una familia que tenía seis hijos y cinco o seis hijas. Una escalera. El más chico apenas caminaba y el mayor ya tenía libreta de enrolamiento. Levrino. Uno de los últimos de esos muchachos tiene boliche donde estaba el correo antes, una esquina vacía que hay en la plaza, en el rincón. Eran lindas chicas. Nosotros queríamos tener contacto con esas chicas para conversar, pero ellas nos disparaban. Cuando arrimábamos los caballos ellas agarraban los suyos y los llevaban más allá; nosotros volvíamos a arrimar y ellas más allá. Pero a veces tuvimos oportunidad...

Justamente con el amigo hablábamos de esas proezas, que nos costaba tanto trabajo. ¡Uf, si nos habrá costado trabajo! ¡Era difícil: disparaban! Pero, a la larga, mire, salíamos ganando...

* * *

En aquellos tiempos, ya un poco grandecito se acostumbraba así: íbamos a buscar las vacas, íbamos a buscar los caballos, íbamos a baldear agua, aparte de ir a la escuela.

Después de un tiempo a mi padre se le antojó colocar un malacate para sacar agua. Pero el balde volcador y el pozo antiguo siempre existió, por las dudas se descompusiera el malacate. El malacate tiene una cañería que se profundiza hasta el agua; tiene un cilindro; tiene un dispositivo de engranajes, una barra de tres o cuatro metros donde se pone el balancín y de ahí se ata el caballo, que da vuelta y produce el bombeo. Lo mismo que el molino a viento o el bombeador común, de esos que están en el pueblo.

Luego, cuando fuimos más grandes, teníamos que levantarse temprano a la mañana, oscuroito, a trabajar, y después venir a la escuela. Dejábamos la ropa de trabajo y se poníamos la ropa para venir a la escuela. Veníamos nomás, porque en aquel tiempo estudiar no se estudiaba nada. Se prac-

ticaba en los pizarrones, en los cuadernos, según las instrucciones que daba el maestro. Hasta tercer grado íbamos, después teníamos que repetir y dejábamos. No había otra escuela aquí cercana que nos enseñara hasta cuarto, quinto, sexto grado.

Ya grandecitos, atábamos los caballos al arado y salíamos. Al principio teníamos un arado de dos rejas: Olivier, recuerdo siempre. Importado. Le atábamos cinco caballos. Aquí no se hacían arados; únicamente de mancera. Después mi padre cambió ese arado por otro más grande, de corte. La reja, en vez de 14 pulgadas era de 18 pulgadas, entonces se ataba un caballo más porque era más pesado. Y mi padre estuvo en un gran error; por faltarle práctica no se dio cuenta: cuando la tierra estaba media húmeda el arado de 18 pulgadas hacía una correa muy grande que era más difícil de deshacer para la rastra que una correa de 14 pulgadas. Ahora se trabaja generalmente con el arado de 12 pulgadas. Se le pondrán seis, siete, ocho rejas, nueve, pero más angostas, para cuando se trabaje en tiempo húmedo no se haga una correa muy ancha, muy amplia, que es más dificultoso para la rastra deshacerla.

En aquellos tiempos no había caballos parejos, de fuerza, percherones. Todo el caballo, en general, era liviano, y entre esos livianos había también criollos. No se podía trabajar como debía hacerse, de dar más vueltas. En vez de una tercera parte de la cuadra, trabajar media cuadra por arado, por ejemplo; o en vez de media cuadra, tres cuartos.

Después había que rastrar; y a caballo. Yo recuerdo haber ido a caballo. Era muy peligroso porque muchas veces el caballo que uno montaba pisaba la rastra y quedaba enredado. Había que saltar abajo por temor que se cayera el caballo, y en ocasiones se largaban las riendas y disparaba. A mí no me pasó eso, pero a vecinos, a otros, les pasó de largar las riendas y que los caballos se dispararan.

Yo recuerdo que tenía más o menos la idea de agarrar dos ruedas, un eje, una lanza y atarlos a la balanza de la rastra, con un asiento de esos de las guadañadoras que venían de Norteamérica —y con otras máquinas también— un asiento de chapa, o de guisa, de material fundido, porque primeramente venían de guisa. Yo siempre tenía esa idea, pero no había inteligencia suficiente todavía.

Ya empezaba a correrse la bolilla de que se empezaron a fabricar los carritos para atar atrás de

la rastra. En vez de usar el caballo o de caminar de a pie —porque primeramente se iba de a pie: cinco horas, seis, caminar atrás de la rastra; se lastimaban todos los pies, se rompían todos los pies—. Un día mi padre consiguió dos ruedas del arado "garza", que se fabricaba en Esperanza. Schneider los fabricaba (algunos inmigrantes venían para trabajar la tierra y otros para instalar negocios). Entonces, con un eje —un fierro común nomás— con cuatro agujeros, dos chavetas del lado de adentro y dos del lado de afuera de las ruedas, para que no se salieran, una grampa para que agarrara la lanza y un fierro para ponerle el asiento arriba, hicimos el aparato.

La lanza inclinada hasta el balanzón de la rastra. Pero la rastra se va llenando de yuyos con las vueltas y hay que limpiarla para que trabaje mejor y rompa el cascote, y recuerdo que cuando había que levantar la rastra esa lanza del carrito molestaba. Tuvimos que poner un fierro abulonado al balanzón para levantarlo más o menos sesenta centímetros. Lo empujábamos para atrás y ahí enchavetábamos la lanza del carretón. Entonces podíamos levantar cuando queríamos la rastra.

Yo recuerdo, estuvimos pensando mucho en estas cosas. Uno, claro, ahora se extraña, pero antes estábamos en un principio de la revolución, de la evolución del sistema agrario.

Yo conozco la guadañadora esa que tenía el dispositivo del palo, que iba amontonando el cereal, yo la he visto. Recuerdo a la máquina pero no la vi usar. Los que venían atrás con la horquilla levantaban esos montones sobre el carro.

Cuando yo empecé a trabajar cosechábamos con la espigadora. Tenía una plataforma de doce pies con una lona que tiraba y embocaba en el elevador, llevaba el trigo directamente al vagón. Era una lona corrediza. Ese elevador tenía dos lonas porque cuando había viento, con una sola, el viento tiraba el trigo abajo, en vez con dos lonas que iban acompañándose —la de abajo iba para arriba y la de arriba iba para abajo— el viento no podía hacer caer el trigo.

Yo tuve que aprender a hacer el maquinista en la espigadora porque los más grandes, los más fuertes, los más prácticos, hacían el trabajo más pesado. El más joven arriba, que no tenía mucho desgaste físico. ¡Pero había que estar! Los que más sufríamos éramos nosotros porque éramos jóvenes. Aguantábamos, sí, pero con mucho sacrificio; tantas horas encima de la máquina, en pleno sol. Y sin capota, porque no había la in-

teligencia de atar una sombrilla ni aunque sea con una piola, así uno quedaba a la sombra. ¡Si no molestaba para nada! Sin embargo, no se hacía. Les habrá parecido que uno estaba muy cómodo, a lo mejor. Primero eso, después que si pasaba algo: "¡Y claro, van con sombrilla..!" Antes eran toscos. Era hosco el colono, era grosero.

Bueno, volviendo al asunto del arado, recuerdo que mi padre no andaba con esos arados de 18 pulgadas; muy grandes. Atábamos un caballo más, pero igual tenía una correa bárbara. Había que esperar tres, cuatro días después de una lluvia para salir a arar.

— Los otros ya están arando y nosotros tenemos que estar esperando obligadamente, porque sino con estas correas que nos hacen esos arados no podemos romper la tierra...

Entonces se decidió.

Un día viene al pueblo. El comerciante de aquí de María Juana, conversando un día, le había dicho que posiblemente iban a llegar en esos días arados norteamericanos de tres rejas.

Llega en casa mi padre y nos dice a nosotros ahí (a mi mamá, a nosotros directamente no. El viejo no aflojaba decirle las cosas a los hijos, únicamente que se sucediera un diálogo, pero sino, mientras que comíamos en la mesa, le hablaba a mi mamá). Dice:

— Hablé con fulano —el comerciante— Me dijo que en este mes posiblemente van a llegar unos arados norteamericanos de tres rejas.

¡Tres rejas! Nosotros paramos el oído. Yo y mi hermano, el más chico. ¡Tres rejas, un arado!, un lujo... Efectivamente, al poco tiempo mi padre se viene al pueblo. El mes de abril, me acuerdo, íbamos a empezar a arar. Habían llegado los arados. Se viene de vuelta allá a la casa y me dijo a mí:

— Mañana te vas a ver los arados a ver si te gustan. Hay dos o tres tipos. Hay el Triunfo, el Deering y el Olivier. Fijate vos, más o menos, cual te parece mejor. Yo más o menos lo tengo elegido.

Al día siguiente me vine a ver el arado. Uno era rojo pálido. El otro verde. Había un colorado. Miré ahí, a ver, y me gustó enseguida el colorado. Todos de tres rejas, dos de cada uno; había seis arados. Me fui en casa y le dije:

— A mí me gusta el Olivier. Tiene que ser un arado livianito. pesa menos que cualquier otro arado que hay ahí.

Quizá tuviera el mismo peso que uno de dos rejas, porque el de dos tenía unos timones bár-

baros y este tenía unos timones sencillos, pero de acero, fuertes. Calcule que eran importados, bien hechos, asegurados; ya venían probados esos arados.

Bueno, se viene otra vez —posiblemente al día siguiente— y hace negocio: se compra tres arados. El comerciante tenía dos nomás, pero en Buenos Aires había de esos arados. Los traía una firma muy poderosa: Robert Fusterla, una firma importadora. Entonces mandó un telegrama a Buenos Aires, que mandaran dos o tres arados más.

Llevamos los dos que tenía el comerciante y el otro tuvimos que esperar. Venía encajonado. Hubo que ir a buscarlo con la chata a la Estación María Juana. Dos cajones. Uno con los timones, los balancines, las cuchillas; y el otro, más chico, con las ruedas. Una madera de fresno que si la tuviéramos ahora sería un tesoro. De espesor de una pulgada. Pesaba más el cajón que el arado. Los norteamericanos nos han hecho muchos regalos a nosotros, ¿no?

Al final le pregunto a mi papá:

— ¿Cuánto pagó los arados?

— No sé, dice, pero voy a pagar mil cincuenta pesos.

Se pagaba en marzo, recién al año después. Mil cincuenta pesos la factura de los tres arados. Trescientos cincuenta pesos cada uno. Una maravilla, un lujo, por trescientos cincuenta pesos... ¡Hubiera visto lo que estábamos contentos nosotros cuando empezamos a desarmar! Nos pusimos a desarmar con palancas los cajones, ¡unos clavos!, no se sacaban así nomás, ¿no? Bien ensamblados, bien encajonados. ¡Qué alegría nosotros! ¡Tres arados! Dos armados, uno encajonado.

Nosotros mismos hacíamos los mecánicos, pero esta vez vino el mecánico. Vino para mirar si estaban bien armados, si estaban bien apretados los bulones, si estaban bien colocadas las cuchillas. Hizo alguna corrección y después nos enseñó cómo debíamos usar el arado, si marchaba de un modo o si marchaba de otro; el punto céntrico, para que el arado hiciera lindo trabajo, que marchara todo bien, junto con la vertedera. Por mil cincuenta pesos...

Seis caballos: tres cadeneros y tres tronqueros. Ya no teníamos más la caballada. Alguno siempre se ponía en desacuerdo con los otros, más poderosos, y quedaban atrás. Y hasta era una molestia porque había que estar castigándolos y muchas veces usted castigaba ese caballo que se quedaba, el otro sentía y tiraba demasiado...

Pero era mucho tirar ese arado de tres rejas para seis caballos: hacían tres o cuatro vueltas y después empezaban a perder paso. Nosotros, por setecientos cincuenta metros de largo hacíamos quince vueltas. Eso se llamaba desyunta. Quince vueltas a la mañana y dieciséis a la tarde. Desyunta venía del tiempo de los bueyes: se ataban dos bueyes al arado —dos bueyes, una yunta—; desyunta quería decir largar esos y atar otros, una yunta. O también se refería del momento que usted ató los bueyes al arado hasta terminar. Se volvía a atar a la tarde y hasta terminar se le llamaba otra desyunta. Eran dos desyuntas por día. Y quedó también para los caballos.

Después atábamos siete. Tres tronqueros, tres cadeneros (los tronqueros están atrás y los cadeneros están adelante), y con una balanza, aparte, tiraba otro caballo; que eso venía bien cuando amansábamos alguno, que no estaba práctico todavía para estar a la cadena y era muy peligroso. Porque la cadena tiene una roldana que va hasta la punta a enganchar en la pechera del cadenero, después hace la vuelta sobre la roldana del balancín, y de la punta del balancín iba al gancho del yuguillo de la pechera del tronquero: aflojaba el tronquero y se iba para adelante el cadenero, aflojaba el cadenero y se iba más adelante el tronquero hasta topetar la culata del cadenero. Era hermoso, pero cuando había moscas se enredaban mucho. Se empezaban a venir para atrás, molestaban. Teníamos que parar cada tres o cuatro vueltas, según el día —si hacía mucha calor—, para que descansen. A la mañana había mosquitos, a la tarde había moscas. Entonces, en ocasiones, en vez de parar cada tres vueltas parábamos cada dos, pero menos tiempo, para no darle tiempo al caballo que se le relaje el cuello, y arrancábamos. Todo es cuestión de ponerse práctico en el trabajo de campo.

* * *

Después del año 28 —ya éramos mozos grandes— empezábamos a entusiasmarlo a mi padre para que dejáramos de emparvar, que ya se había inventado una cosechadora motriz, una cosechadora de arrastre, una corta-y-trilla. Cortaba y trillaba a la vez. Se tiraba con caballos. Era un invento de mucha importancia.

Tuvimos la suerte nosotros de que acá en el pueblo de San Vicente estuvieran unos de los inventores de la máquina, que era una copia de la

espigadora y trilladora Ruston, esas trilladoras grandes que venían de Norteamérica. La noria, la plataforma, era copiada de la espigadora; el elevador, lo mismo, pero en vez de embocar en un vagón embocaba en la misma cosechadora, en el cilindro, y ahí iba trillando. Por supuesto, los cilindros eran más chicos que los de las trilladoras grandes, que eran de cinco, cinco pies y medio, y hasta seis pies. Esta tenía cilindros de tres pies nomás.

Bueno, el *pare*, al principio, ¡para hablarle de eso! Ya había comprado los arados hacía dos años, ahora comprar la cortitrilla, que valía seis mil ochocientos pesos...

— ¡Recién terminé de pagar los arados y ahora voy a meterme a pagar la cortitrilla..!

El que le decía era mi hermano, le decía más que yo, era más corajudo, más chico: el padre le amagaba pegar y él disparaba; pero yo ya era más grande, no podía disparar... Nunca me puso la mano encima, por supuesto, me hablaba, pero había que ir con cuidado. Era medio parecido al abuelo. Y para el ahorro lo mismo. Si hubiesen sido así todos los demás tíos, como mi padre, quizás tendríamos los cuadrados esos... Bueno, eso tampoco se sabe porque se casaron y, ¿vio?, empezaron las familias... qué se yo.

Muy bien, cada día se entusiasmaba más el padre. Una mañana estábamos arando pegados al camino central. Habíamos hecho unas dos o tres vueltas, unos diez metros adentro. En eso pasa un automóvil de aquellos de antes; los dos hermanos, Emilio y Juan Señor. Eran chacareros también, pero en el pueblo tenían una herrería. Eran grandes herreros. Cuando llegó a un cierto momento dejaron el campo, alquilaron el campo y se vinieron al pueblo a trabajar de herreros. Y ya se conocían esta gente con mi padre. Cuando lo vieron —los tres arados estaban trabajando: mi padre adelante, yo al medio y atrás un peón—, saludan. Mi padre saluda, yo saludo. Para el auto. Iban para el norte, y justamente nosotros también íbamos para allá. Iban de un vecino, después nos contaron; de Rocés iban.

— Y, ¿qué tal Rivolta?

— Y aquí estamos, trabajando...

Conversan ahí una cosa y otra, por ahí:

— ¿Y todavía siguen emparvando...?

— Y qué va a hacer, estamos acostumbrados así...

— ¡Nooo!, no emparven más, compren una máquina, una cortitrilla. Nosotros le vendemos

la cortitrilla...

— ¡No! Ya compré tres arados dos años pasados. ahora me quieren meter la cortitrilla, y ando siempre en deudas!

Se pagaba poco el cereal en aquel tiempo.

— ¡Pero no!, le damos dos años, tres años de plazo para que la pague. ¡Cómo no va a comprar una cortitrilla, no va a aprovechar nunca una oportunidad así!

— Bueno, vamos a ver, si la compro voy a San Vicente mañana.

En sulky viajaba mi papá, tenía una yegua mora. ¡Viajaba..!, de carrera era.

— Mañana voy para allá; si la compro voy seguro.

Al otro día, en la mañana, salió a trabajar con nosotros. A la tarde, al mediodía, lo veo medio indeciso, medio callado. Vino a la mesa a comer, casi no hablaba. Por ahí, cuando terminamos de comer, que nos íbamos a levantar de la mesa para ir a atar los caballos, nos dice:

— Esta tarde van ustedes a arar solamente. Yo me voy a ir a San Vicente, voy a ver qué es lo que hago con aquella gente allá...

¡Nosotros salimos contentos!

— Si va es porque la va a comprar...

Efectivamente, compró la máquina. Seis mil ochocientos pesos. No llegaba a siete mil. Póngale siete mil redondos. ¡Mire usted!: el motor Deering, toda la máquina, el material que tenía, por seis mil ochocientos pesos...

Bueno, se compró la cortitrilla. Preparamos todo y salimos a trabajar. Empezamos más o menos a las nueve y media, que ya estaba en condiciones el cereal. Al principio siempre hay que demorar unas horas para que el sol seque la espiga, que el trigo esté seco. Al mediodía venimos en casa a comer. Pero dejamos la máquina allá. Desatamos y con el trineo, entre tres sobre el trineo, vinimos. Yo manejaba, iba mi hermano y el costurero. Haciendo raya con el trineo íbamos. Nadie dijo nada.

— Si, va bien la máquina.

— Macanudo, ¡qué diferencia..!

Pero nadie decía nada de que los caballos no podían aguantar y que el tiro iba todo ladeado...

¡También, poca inteligencia!: la lanza venía al centro del eje delantero, podría haber venido un poco más del lado de la rueda de afuera, donde tiraba más, para que el tiro de los caballos tirara parejo, en vez así tenían que tirar ladeados.

Pero nadie dijo nada. Primero porque era de

mañana, pocas horas, y es más fresco que a la tarde, por supuesto. Bueno, a la hora del mate viene mi padre con el tiburú. Teníamos un sulky, que lo usaba casi exclusivamente él, y el tiburú. El tiburú era un sulky más reforzado, más grueso, con más pescante y el asiento más amplio, más grande, con buen respaldo; y tenía sus hierros apropiados para colocarle la capota. Nosotros la tuvimos poco porque es una molestia: ¿para qué sombra?, total en el sulky no se hacen viajes largos, y si aguantábamos en otros lados —arados, trilladoras—, ¿para qué?, ya estábamos acostumbrados a andar en el sol. Así que arrancamos la capota y la colgamos en un galpón, en el rincón, armada y todo.

El padre nos trae el mate, la merienda, y empezamos a discutir. Primero empezamos a hablar.

— No va con esos caballos. Los caballos ya no andan más...

— Ahora voy para las casas y traemos los otros caballos. —dice él.

Los mejores caballos se ataban del mediodía al mate, porque es la desyunta más dura.

—¿Y qué hacemos con los otros? Y después que si seguimos así arruinamos a todos los caballos. Tienen que hacer mucha fuerza: la tierra esponjosa, no ha sido apisonada, no ha llovido mucho, quedó esponjosa. Y después que van todos ladeados, tiran mal, se van a lastimar todos... ¡No, no, esto no va, esto no va, no..!

— ¡Como no va a andar! ¡Para ustedes no anda nada!

— No, esto no va. Quédense acá a mirar y va a ver usted...

No recuerdo si se quedó o no. Creo que se fue de vuelta porque estaba medio amargado. Fue y se vino con los otros caballos. Ah, sí, ahora me acuerdo bien: con el sulky pegó la vuelta y se fue a las casas. Yo pensé —ya conocía el genio de mi padre, por supuesto—: "*Se dio cuenta. Se va en casa, va a calcular las cosas*".

Bueno, llegamos al anochecer. ¡Hicimos fuerza..! Hicimos fuerza, ¿eh? Ocho caballos eran pocos: había que atar diez, y diez eran difícil de manejar. Pero ocho caballos eran poco, eran poco. Tenían mucha potencia, el Indio y la Negra tenían mucha potencia, pero no iban a estar tirando con todo cinco, seis, siete horas. Harán ese esfuerzo, pero después... Para el arado sí eran capaces de tirar, pero era otro peso y otro ambiente también, no tan caluroso como el tiempo de cosecha.

Llegamos en casa a comer, medio callados.

Vamos a ver quien inicia la conversación. Y el padre nos dice:

— ¿Y qué vamos a hacer entonces...?

— No, digo yo, esto no anda. Así no vamos a terminar nunca de trillar. No es ventaja esto. Ahora que tenemos la cortitrilla casi casi estamos peor que antes. Antes viajábamos, ahora no viajamos. Cinco horas sí, cortamos y trillamos, pero en vez de ponerle diez días como antes le vamos a poner veinticinco.

— ¿Y, qué vamos a hacer?

— Y, buscamos un tractor...

— ¡Ah, para ustedes un tractor, claro! ¡Vamos a comprar un tractor! ¡Compré los arados, ahora la trilladora y después vamos a comprar un tractor! ¡Estoy siempre metido! ¿Quién me da la plata a mí para que pague todo esto?

— Y bueno, la cosechadora tiene plazo, posiblemente también consigamos a plazo el tractor...

Pero no, el tractor no lo pudimos conseguir a plazos. También había la picardía del comerciante. Ya nos dió un precio y no hubo forma.

— Bueno, dijo mi padre, mañana a la mañana se van a ver si hay algún tractor en el pueblo. Yo no me encargo.

Claro, él sabía que ya hacia todo yo: pagaba las cuentas, sumaba, todo. Me vine de Depetris. Justamente llego, me bajo y le pregunto al dueño del negocio, Federico Depetris se llamaba:

— Dígame Federico, ¿no tienen algún tractor para vender..?

— Justamente llegó uno ayer, pero de los grandes...

Bueno, digo yo, no será como aquellos que usábamos en las trilladoras grandes, uno de vapor: pum, pum, pum!

¡Más grande que el 1530! De carrocería, por lo menos, aparentaba ser más grande. Y en vez de 1530 era 2236. Todo lo que precisaba yo. Más fuerte que el 1530, porque el 1530 sabía recalentarse. El 1020 no valía la pena ni probarlo en la cosechadora nuestra. Había que atar cuatro caballos adelante del tractor, como vimos mismo en los Bailone, al lado nuestro. Mientras estaba en terreno llano podía tirar el 1020 con grampas en las ruedas, pero cuando había declive, que había que subir, lo mataba: empezaba a patinar y a pistonear el motor.

Me fui a casa. Contento, ¡volaba en el sulky!, parecía que ni tocaba el asiento. Salto en el patio, voy adentro, estaba el *pare* —mi papá— y le digo:

— Bueno, hay un tractor allá. Depetris me dijo. Justamente llegó ayer, pero de los grandes...

— ¡Ah, qué grande, qué grande! Ustedes quieren todas para ustedes! ¿Y los otros, que no tienen tractor grande no están cosechando lo mismo?

— No, primero que nosotros tenemos una cosechadora pesada, grande, y después que nosotros estuvimos conversando y podemos atar dos arados con seis rejas cuando tenemos que romper algún potrero...

Potreros de alfalfa, que son duros de arar después de una lluvia. Nosotros lo hicimos.

Bueno, discutimos bastante. Vino mi hermano, vino el pistín, vino el otro, vino mi mamá, vino mi otro hermano, vinieron todos y ya todos le dieron la contra al viejo. Pero de a poquito, porque si le dan todos juntos la contra el viejo se enoja y nos manda al diablo a todos. "Si, si, *habría que comprar el tractor...*"; "Si, me parece que es más conveniente..."; así, en esa forma, ¿no?, demostrándose amigos.

— Bueno, dice, andá a buscarlo.

Pero primero dice:

— ¿Y cuánto vale el tractor?

— Cuatro mil seiscientos pesos.

— ¡Ehhhhh! ¡Cuatro mil seiscientos pesos!

Tuvimos una discusión también por eso.

— ¡Cuatro mil seiscientos! ¡Seis mil ochocientos! ¡Mil cincuenta! ¡No terminé de pagar los arados, no terminé de pagar la cortitrilla! ¡Todavía no entregué la primer cuota de la cortitrilla y ya se me viene el tractor encima! ¿Y da plazo? ¿Con quién hablaste?

— Con Federico.

Era muy amigo de mi padre.

— Decile a Federico que te dé más tiempo de plazo.

Me vengo y le digo:

— El precio, ¿es tal cual el que me dijo ayer, Federico?

— Sí, sí, sí, no vale la pena ni hablar.

— Porque a mi padre le parece caro, no se si lo va a llevar...

— Aprovechenlo, llevenlo si tienen que comprarlo porque el que va a venir va a ser más precio que ese.

— Ah, sí, me dijo también... usted, para marzo... ¿todo en marzo?, dijo que hiciéramos mitad en marzo y mitad más adelante...

— ¡No, no, no, no! Ya le dejo el último precio ese que le di. No puedo hacer rebaja y no puedo dar plazo. Para marzo necesito la plata.

Pagamos una sola vez al año nosotros las cuentas en aquel tiempo. Bueno, me vine con el costurero en el sulky. El quedó sentado arriba, a la sombra, de mañana. Le digo: "*Esperá un rato que yo arranque primero con el tractor*". Ellos tenían extracto —marchaba a extracto—; tenían un surtidor de nafta común y un surtidor de extracto. Arranqué. Me ayudaron todos. Arranqué fuerte porque si va despacito pegan las pezuñas justo en el mismo momento, juntas, y vibra todo.

Cargué el extracto, enllené el tanque y la piqué. El costurero atrás con el sulky, al paso, porque más que eso no iba el tractor. Al paso esforzado. Agarré el camino central. ¡Qué sabía yo que la Comuna me iba a correr después..! No se podía pasar con los tractores con pezuñas porque regaban el camino y la parte de arriba se hacía dura, entonces la pezuña, al entrar, lo rompía todo. Se veían las huellas de lejos. La comuna me llamó al orden, pero después...

Llevé el tractor a casa pero tuve que venir de vuelta a hacerme hacer una lanza. Pero me di una idea: como viajaba mal con los caballos, viajaba cruzado. Le hice hacer una horquilla larga y la otra corta: la corta del lado donde estaba la rueda separada, para que tirara bien al medio. Ese mismo día me hicieron la lanza, con grampas atrás, en lugar de la otra para poner su chaveta, y una grampa adelante con sus dos agujeros, donde va el tractor. Fuerte. En la misma tarde me la terminaron y salimos con la máquina.

¡Ehhh, qué diferencia! El costurero no daba abasto: "*¡Ehhhh, ehhh! ¡Un momento, un momento..!*" Llegamos en casa todos contentos. No nos pusimos a cantar esa noche porque, no sé, porque éramos nosotros nomás, los mismos de siempre, sino teníamos una alegría bestial encima. ¡Qué cosa bárbara, se expandía el corazón!

Y el padre, después, ya no era más huraño como antes: que esto, que aquello, de estar discutiendo porque nos habíamos metido en muchas deudas. Nada. Se había olvidado de las deudas, de todo, porque nos vio a nosotros alegres. Después, que veía que se hacía un trabajo bárbaro. Y también tenía un equipo: ¡Usted sabe lo que era una - máquina Señor de arrastre con un tractor 2236! Cualquiera que pasaba le sacaba el sombrero a mi padre: "*Adiós, don Francisco...*"

Trabajamos veintidós años en la máquina sin perder ni un minuto. Tengo testigos que lo pueden decir si no cree en mi palabra. Pero un año que llovía bastante yo mismo hice con la pala una zanja

para que desagotara el agua —cuando el trigo todavía estaba en pasto—; para que desagotara en la zanja del terraplén. Cuando fuimos a marcar nos olvidamos de eso, no nos dimos cuenta y pasamos con la trilladora por la zanja. Pegó un golpe tan en seco la rueda grande que cortó el eje. Perdimos toda la noche sin ir a dormir para poder sacar la rueda. A la mañana, a las nueve y media, teníamos

la máquina lista. Vinimos a hacer soldar el eje acá, de los Galo, que viven todavía. Ellos pueden decirlo. En veintiún años de campañas no perdimos ni diez minutos, pero cuando nos tocó perder perdimos medio día de trabajo; más, porque la tarde la perdimos por completo.

Bueno basta, ahora vamos a tomar el vermouth.

Notas:

1. Es muy posible que esta afirmación haya sido especulativa. Si bien la Ley de Inmigración de 1876, llamada Ley Avellaneda, preveía el pasaje financiado para los inmigrantes, esto nunca se hizo efectivo. Sólo durante la administración de Juárez Celman, en los años 1887/88/89 se aplicó un régimen de pasajes pagos, pero los italianos estaban expresamente excluidos de esa alternativa en virtud de la conocida estrategia de los hombres del ochenta, de procurar inmigrantes del norte de Europa. había otro procedimiento de pasaje prepago, conocido como *pasaje de llamada*. El mismo consistía en el pago adelantado del pasaje, que hacía efectivo algún pariente del inmigrante ya instalado en el país, o un contratista que traía inmigrantes para trabajar en obras o emprendimientos específicos, de modo que luego se cobraba con salario lo que había adelantado en pasaje. Los Rivolta, inmigrantes libres y sin parientes en la Argentina, difícilmente hayan venido con *pasaje de llamada*.

2. En el Hotel de Inmigrantes no había dependencias oficiales que dirigieran la ubicación y destino de los inmigrantes cuando llegaban. Al lado del Hotel había una oficina o bolsa de trabajo que recogía pedidos y los ofrecía a los recién desembarcados sin compromiso institucional de por medio. La orientación y posterior ubicación de los inmigrantes era espontánea y estaba regulada por las relaciones previas, de amistad o parentesco, que solía reagrupar en el nuevo país a los paisanos de origen. De hecho, la localización de alemanes e italianos en la Provincia de Santa Fe, que Rivolta presume dirigida, no lo era. Lo fue para las dos primeras colonias, Esperanza y San Carlos, cuyos fundadores fueron captados en Suiza, a través de contratos, por empresarios de colonización: Aarón Castellanos en el caso de Esperanza y Beck y Hertzog para San Carlos. Las colonias posteriores, fundadas en torno a las dos primeras, y algunas del noreste, como Helvecia, fueron ocupadas mayoritariamente por suizos y, en menor medida, italianos. Las fundadas a partir de los años '80 hacia el oeste y noroeste de Santa Fe y este de Córdoba, en cambio, fueron pobladas casi íntegramente por italianos. Este notorio agrupamiento regional por nacionalidades se produjo naturalmente, tanto en la tendencia de los recién llegados a convivir con sus connacionales, como

por el caudal inmigratorio que se produjo desde cada país de origen hacia la Argentina, en los períodos históricos mencionados.

El error de Rivolta, llamando alemanes a los suizos o descendientes de suizos, es común entre los descendientes de italianos de la zona. Hay anécdotas de los primeros tiempos que ilustraban esto, además de la rivalidad entre nacionalidades. Mi madre siempre repetía una de ellas. En discusiones e intercambio de sarcasmos, los italianos (o sus descendientes, se entiende) les arrojaban este piropeo a los "alemanes": *alemán cabeza cuadrada*, aludiendo a la supuesta incultura y primitivismo de los otros. A su vez los "alemanes" les respondían: *y ustedes la tiene redonda porque los piojos les comieron las puntas...*, recordándoles la pobreza, e incluso la miseria, que era frecuente entre los inmigrantes italianos, sobre todos los llegados después del '90, cuando las tierras ya estaban ocupadas o tenían un precio demasiado alto para ellos. Por último, es interesante señalar que muchos de los apellidos "alemanes" de la zona (Zurbruggen, Perren, Albrecht, Williner, por ejemplo, que aparecerán más adelante en este libro) provenían del cantón suizo de Valais, un origen prejugado como inculto y primitivo por los propios suizos no valesanos. Entre los suizos de lengua alemana de Esperanza, por ejemplo, el dialecto valesano desprestigiaba.

3. Rivolta llama gauchos o malones, indistintamente, a los matreros, es decir a los delincuentes rurales. De ningún modo se debe confundir con los malones indígenas, que no afectaron a las colonias cerealeras del centro de Santa Fe.

4. "La ley de enfiteusis de Rivadavia facultaba al gobierno a entregar tierras a los campesinos que las solicitaran mediante el pago de un canon o renta que debía fijarse cada diez años, sobre el valor calculado de la tierra que el enfiteuta ocupaba en el momento de la valuación. Dicho valor lo establecía un "juri" o comisión compuesta por los cinco propietarios más vecinos y regía hasta la valuación próxima. El canon variaba según que las tierras fueran de pastoreo o de pan llevar, siendo el de éstas el más elevado. En caso de que no hubiera el número suficiente de propietarios inmediatos al terreno a justipreciarse, el juez de mensura, el agrimensor y el interesado, designarían a pluralidad de votos las cinco personas que habrían de formar el "juri" (...) Como la ley no limitaba la

superficie de tierra que cada solicitante podía obtener, bien pronto aparecieron los especuladores. (...) Gente provista de mayores recursos o con más influencia que la demás, en las altas esferas del gobierno, obtuvo fácilmente toda la tierra que quiso. Una vez en posesión de ella, no pensó en trabajarla, pues no era ése su propósito, sino que la subarrendó haciendo un espléndido negocio y convirtiéndola en objeto de explotación, lo que debió ser una obra de bien común". (Jacinto Oddone, "La burguesía terrateniente argentina", Edit. Libera, 1967, pg. 67 y sgts.)

En 1853 el Poder Ejecutivo de la Provincia de Santa Fe fue facultado para dar en enfiteusis los terrenos de pastoreo "y de toda clase que sean de propiedad pública", y una ley del mismo año le prohibió la venta o enajenación de tierra fiscal a perpetuidad en todo el territorio de la provincia. Sólo la Junta de Representantes se reservó el derecho a ceder tierras públicas a las colonias que se establecieran en las fronteras, a las empresas de ferrocarril y a venderlas para otros establecimientos de conveniencia general. Sin embargo, dos años después, establecida la Asamblea Legislativa, se dictó una ley que facultó al poder Ejecutivo para que "pueda vender las tierras de propiedad pública dadas en enfiteusis", como asimismo las que estén en la actualidad al servicio del estado y el gobierno considere indispensable su enajenación" (Gastón Gori, "Inmigración y colonización en

la Argentina", Eudeba, 1964, pgs. 53 y sgts.) Esta circunstancia hace factible que la presunción de Rivolta, respecto del origen que tuvo la propiedad de las tierras de Espinoza, sea correcta.

5. Orba o borba: partículas de la paja del trigo desmenuzada, o restos de la paja adherida al grano después de trillarlo. Desconozco el origen etimológico del barbarismo.

6. Fábrica de chacinados de Rafaela, tradicional comprador de caballos para faenarlos. En la zona siempre se usó como metáfora para acreditar la ineptitud de un caballo: *No lo quiere ni Fasoli...*

7. Las mensuras de los terrenos destinados a colonización eran realizadas por agrimensores autorizados por el gobierno de la provincia, que trabajaban a su cargo o comisionados por personas particulares, generalmente los mismos propietarios o los empresarios de colonización, y eran aprobadas por los jueces competentes. (Ver Jorge Juan Gschwind "Historia de San Carlos", tomo 1, segunda edición, Edición de la Universidad Nacional del Litoral y el Banco Bica, 1989, pgs. 53 y sgts.) La demarcación divisoria departamental y provincial fue determinada por intereses y procedimientos políticos, independientes de los que regularon la tenencia de la tierra en propiedad privada.

LUIS BELLINI



Luis Bellini en el patio de la fábrica y taller familiar. San Carlos Centro. 1988.

Mi abuelo se llamaba Juan Bautista Bellini. Vino a la Argentina en 1892. Había estudiado ingeniería en el escuela nocturna de Torino, pero paralelamente necesitaba ganar para el estudio, entonces trabajaba en una firma metalúrgica. Seguía dibujo técnico y ingeniería mecánica, pero no llegó a terminar la carrera por el trabajo: antiguamente se trabajaba de sol a sol. De Torino pasó a Génova y ya la nocturna le quedó fuera de posibilidades.

En Génova se estableció con un taller de su propiedad. El se había especializado en máquinas de imprenta, máquinas de precisión, fuera de lo común. En Italia había una evolución muy importante de talleres artesanales de impresión, porque de varios países mandaban a imprimir propagandas y folletos.

Mi abuelo no alcanzó a recibirse de ingeniero, pero tenía capacidad para desarrollar cualquier máquina industrial. Aquí hay un torno hecho por él, y hasta hace poco todavía teníamos las matrices en madera. El oficio lo amamantó de nacimiento porque en su casa tenían taller, una fábrica de pesas y medidas que ya venía del abuelo de él. Era una tradición familiar. Cuando viajó a Turín para emplearse, el proyecto fue que estudiara ingeniería, porque era el eslabón que le faltaba a la fábrica de la familia. Usted vio que en todas partes, si un invento no tiene la firma de un ingeniero no tiene validez. Aunque el título no lo autoriza como inventor. Fíjese que un gran porcentaje de los inventores no eran ingenieros. Generalmente es el genio de una persona, el desarrollo natural lo que vale.

El había trabajado en la firma Tariz y Ansaldo, de Turín. Una firma grande: ya trabajaban 3.000 obreros en aquel tiempo. Después mi abuelo, en Génova, se dedicó a las máquinas de imprenta por una particularidad: Tariz y Ansaldo fabricaron la primera rotativa que se fabricó en Italia, que era de invención alemana. La fabricación de esa máquina coincidió con la inauguración de la exposición de París, en 1890, y para la atención mecánica de esa máquina, en la exposición, los patronos lo designaron a mi abuelo. El había contribuido a la fabricación de esa rotativa, por eso su especialización. En relación a todas las otras máquinas de impresión, que eran planas, esa máquina rotativa era una bomba. Fue la primera que se fabricó en Italia, la rotativa de Tariz y Ansaldo.

Allí ocurrió un episodio que reseña lo actuado por mi abuelo en esa firma. La rotativa era una máquina muy importante, muy complicada. La empresa tenía tres ingenieros a su disposición para los planos y diseños. Para entrar en competencia con las máquinas alemanas, la empresa le propuso a un cliente que el periódico que imprimía iba a salir doblado, plegado, listo para salir a la venta. Porque la máquina alemana sólo le daba un pliegue, y todavía no se había inventado el mecanismo para el otro pliegue. Usted sabe que la rotativa pliega los diarios, los arma, y también los cuenta. Entonces, al vender con esas condiciones, tenían que resolver el mecanismo del último pliegue, y allí se les presentó la complicación. Hacía tres meses que la máquina estaba lista, pero no podían entregarla porque no reunía las condiciones del contrato.

Mi abuelo era primer ajustador de la firma. Ese era su cargo, primer ajustador, el que termina las piezas. Porque en aquel tiempo se hacían a mano las piezas, las máquinas se terminaban a mano. Todo a mano, todo artesanal. Eran verdaderos artistas, cada cual en su especialidad. Por ejemplo, el que hacía perforaciones era un artista en perforaciones. Iban escalonados: para un agujero burdo, determinado operario, y para los agujeros más delicados —por ejemplo los muy largos, que empezaban a un metro y salían a los dos metros— había otro operario más especializado. Para hacer eso con las herramientas que había antiguamente tenía que ser un artista, porque no sólo se trataba de hacer el agujero, sino que además tenía que saber hacer la herramienta para perforar el agujero. En el comercio no existían las mechas. Si usted necesitaba una mecha de veinte milímetros tenía que construirse. Tenía que diseñar y hacer usted la herramienta. Mi abuelo contaba siempre que tenían que saber hacerse todas las herramientas: las mechas, los machos, las limas, porque en el mercado no se conseguía, no estaban estandarizados como ahora. Antiguamente el artesano cubría todo.

Cuando se presentó el problema con el último pliegue, mi abuelo estaba tan empapado con el mecanismo de la máquina, que hizo un movimiento de madera por su cuenta y lo ensayó en forma burda en su casa. Conociendo la mecánica de las empresas lo hizo en forma reservada. Cuando tuvo

la casi absoluta seguridad de que era la solución para resolver el problema, se presentó un sábado en el escritorio del empresario; de Ansaldo, porque Tariz ya había muerto. Antiguamente en Europa el sábado se trabajaba todo el día, el único feriado era el domingo. Ansaldo lo recibió en persona. Lo hicieron pasar y les llamó la atención que estuviera vestido de gala, porque mi abuelo se había puesto la galera —resulta que a él le gustaba escuchar ópera, y como antiguamente era una regla que tenían que estar vestidos de gala para asistir al teatro, porque vestido de burgués no lo dejaban entrar, él tenía su galera—. Cuando lo vio vestido así el patrón se asombró:

— ¿Qué le pasa, dice, tiene alguna desgracia en la familia?

Entonces mi abuelo empezó a decir:

— Mire, yo he desarrollado por mi cuenta, en mi casa, la solución del problema que tiene la máquina y creo que es un éxito.

— Y bueno, dice el patrón, ¿qué problema hay?

— Bueno, usted sabe que si yo lo presento paso adelante de los ingenieros y voy a quedar mal.

Entonces el patrón dice:

— ¡Pero si el problema es de la fábrica! ¡Hace tres meses que tenemos la máquina lista y no podemos entregarla, y eso nos lleva a la ruina!

Enseguida mandó a buscar los movimientos que el abuelo había desarrollado en madera, los trajeron a la fábrica, los ingenieros los estudiaron porque era orden del patrón, los desarrollaron y lo aplicaron a la máquina y fue una solución. Fue un invento. Pero el disgusto de mi abuelo apareció unos meses después, cuando vio en una revista especializada sobre las nuevas invenciones, que ya circulaba en Europa, que la firma Ansaldo había patentado un invento para plegar el diario y a él no lo mencionaban; y esa injusticia le caló muy hondo, muy hondo. Renunció y se instaló en Génova, con un taller especializado en atención de imprenta. Pero además tenía la representación exclusiva para Génova de los motores Otto, los primeros motores a explosión, a gas, que era la innovación del siglo. El los vendía y los colocaba. La gente no los compraba si no se lo colocaban. No se olvide que en esa época se podían emplear dos fuerzas para hacer marchar las máquinas: la humana —las máquinas accionadas manualmente, a sangre— o por medio del vapor. Y colocó muchísimos. Eran motores que funcionaban con gas de carburo, de alumbrado, no a gas de nafta, de bencina, como le decían antes. Eso vino después.

En Italia la industria estaba en una etapa muy evolucionada. En Génova, por ejemplo, estaban en auge las fábricas de chocolate. El chocolate virgen lo llevaban de América, y como allá había mucha capacidad artesanal para la confitura, querían instalar fábricas mecanizadas. Había una gran evolución, y mi abuelo se hizo en ese ambiente.

* * *

Como dije, mi abuelo vino a la Argentina en 1892 y se instaló directamente en San Carlos Centro. Con antelación, un hermano de él venía todos los años a atender las máquinas trilladoras y le dio la referencia de la evolución de la agricultura en esta zona. San Carlos fue una de las tres primeras colonias santafecinas agrícolas, después de Esperanza y con San Jerónimo del Sauce, mejor dicho El Sauce, donde se instaló San Jerónimo Norte después¹.

Esta zona era pura pampa, terrenos llanos, sin árboles. Aquí, en el mismo San Carlos, no había arboledas, había arbustos. Los que se encargaron de forestar fueron los mismo agricultores, para brindarle sombra a los animales, que eran sus verdaderas máquinas. Porque fueron los caballos y los bueyes los primeros medios para sacarle provecho a la tierra que ellos tuvieron. Optaron por el caballo, que es más ágil, más veloz, inclusive para moverse de un lado a otro. Fíjese que la primera industria que nació en estas colonias fue la de carruajes. Tanto que en San Carlos había tres fábricas: una en San Carlos Sur y dos en San Carlos Norte, y como fue un pueblo que nació mucho antes que los que después se fueron formando, esas fábricas suministraron los carruajes para las otras zonas. Verdaderamente ya eran pequeñas fábricas, y algunas de envergadura. Como todo se hacía manual —colocarle las llantas, los ejes, los elásticos—, trabajaban hasta cincuenta obreros. Los elásticos se importaban de Francia. Los carruajes, los coches, eran los vehículos de lujo de las familias pudientes. Y servían como diligencias. Por ejemplo, había una diligencia que iba todos los días de San Carlos a Matilde para retirar la correspondencia y los pasajeros que circulaban en tren, entre Santa Fe y Buenos Aires. Esa fue una gran ventaja de San Carlos, tener un medio de comunicación muy rápido. En el día ya tenía los diarios de Buenos Aires. Y le voy a decir algo importante para destacar la fuerza que tenía el pueblo: el primer telégrafo que se instaló en el

interior de la República Argentina fue el de San Carlos Centro, y en las primeras palabras que se transmitieron desde Buenos Aires a San Carlos intervino el Presidente. Fue una avanzada, un aporte muy importante de comunicación; por el gran desarrollo económico que tenía el pueblo, por supuesto².

Es raro que alguno de los agricultores diseminados por aquí, por la provincia de Santa Fe o Córdoba, no haya pasado por San Carlos Centro cuando llegó. En aquel tiempo en San Carlos había un encargado de consulado que aparte, como era costumbre, tenía una fonda —así se llamaba, antiguamente— con piezas y camas para dar alojamiento; no con la comodidad actual, pero les daban alojamiento. Después los canalizaban a distintas regiones, porque venían pedidos de gente que trabajara en el campo, de agricultores. Y la mayoría de los agricultores que venían eran del Piamonte. En Europa esta gente trabajaba para los condes, para los condados. Es de ahí que los agricultores especializados —manuales, claro, como se hacía antiguamente el trabajo— vinieran del Piamonte. Algunos pocos vinieron de Francia, otros de Suiza. Los suizos se especializaban en la lechería. En el Piamonte en la agricultura. Y Francia, que ya era un país mucho más grande, estaba dividido entre agricultura y ganadería.

Cuando mi abuelo llegó a San Carlos Centro su última especialidad no le servía para nada. Acá el problema era otro. Pero él trajo un taller completo; ya trajo torno, limadora, un montón de herramientas de mano, varios baúles que puso en el Ferrocarril Mitre hasta Matilde —él ya estaba informado por el hermano que el ferrocarril lo traía hasta Matilde— y de ahí trajeron todo en carruajes de tiro a sangre hasta San Carlos Centro.

Mi abuelo atendía cualquier tipo de máquina. Las cervecerías, por ejemplo, pero especialmente la maquinaria de los molinos. Había un molino harinero en cada pueblo. El último que se estableció fue el de Matilde. Había uno en San Agustín, otro en San Carlos Norte, en San Carlos Centro había dos, en San Carlos Sur había uno muy importante, que fue de Bauer. Ese molino era muy importante. Después se desmanteló y se importó a Bolivia, porque Molinos Río de la Plata le hizo una competencia tal que lo barrió. Barrió a todos los molinos. Fue una competencia muy desleal, puedo decirlo: para quitarle los clientes a los molinos le daba la harina a cada panadero a pagar después de un año. Así destruyó a los molineros particula-

res. Al de Matilde no lo pudo destruir porque era de la familia Gunzinger, y como eran agricultores muy fuertes optaron por cerrarlo. Lo tuvieron muchos años paralizado, hasta que las cosas volvieron a normalizarse y pudieron ponerlo en marcha de nuevo. Por supuesto, lo modernizaron.

Todos los molinos de aquel entonces eran clientes de mi abuelo. Abarcaba Rafaela, San Francisco de Córdoba, María Juana, porque en toda la zona, en todos los pueblos, había herreros pero no mecánicos. Especialistas para hacer carruajes, arados, esas cosas, pero no para maquinarias. Mi abuelo tuvo el primer torno que había en la zona, un adelanto muy grande. Y después estaba la capacidad del artesano, que resolvía todos los problemas. Después de las rotativas las otras máquinas eran un juego de niños para él.

Los planes que había traído, según él decía, eran movilizar una industria metalúrgica como había visto y vivido en Europa. Ese era su horizonte. Esa máquina que está fotografiada es un guinche volcador inventado por mi abuelo, yo diría, alrededor de 1900. Estaba diseñado para alimentar a las trilladoras, para llevar el trigo cortado de la parva a la plataforma de la trilladora. El llevó a la práctica los conocimientos que tenía de mecánica para solucionar un problema de tecnificación y ahorrar mano de obra, porque hasta ese momento ese trabajo se hacía a mano, a horquilla. Desarrolló el equipo y después hizo 18 unidades juntas; las empezó en serie, ya en aquel tiempo. Pero surgió un problema que casi lo lleva a la ruina: la patente fue demorada dos años, y sin el requisito de la patente él no podía vender las máquinas masivamente porque había firmas como Agar Cross que se le oponían. Paralelamente, mientras la patente se demoraba, se inventó otro aparato que dejó al suyo postergado. Ese aparato era el acarreador, una cinta sinfín que levantaba el cereal y lo embocaba en la máquina. Cuando llegó la patente ya se usaba el carril o acarreador y los guinches quedaron de clavo. Después ese guinche se ocupó para hacer parvas, como guinche emparvador; se le dio otra utilidad, pero mientras tanto mi abuelo quedó al borde de la ruina. Tuvo que empezar otra vez de abajo y frenarse en el desarrollo industrial. Y eso lo llevó a retraerse en su decisión de hacer evoluciones, porque le costó mucho recuperarse. Yo tenía la documentación del otorgamiento de la patente, que se me traspapeló, pero cuando la recibió ya era tarde; para los fines que el guinche había sido inventado ya era tarde.

No está comprobado que la competencia haya influido en paralizar los trámites de patentamiento. Comprobado no está, pero era evidente, porque demorar dos años para una patente... Está bien que según la ley tienen que averiguar si en alguna parte del mundo hay otra patente válida como patente de invención, que es distinta a patente de marca, pero dos años es demasiado...

Además de ese guinche, mi abuelo desarrolló un sistema de prensas para las queserías, especialmente la de Wutrich —con Wutrich se conocían desde Europa, fíjese la curiosidad—. Mi abuelo le instaló la quesería completa, que ya era moderna en su época, con caldera a vapor, por ejemplo; máquinas para revolver la leche, que también había hecho mi abuelo; prensas automáticas con pesas del tipo balanzas, que regulaban la presión automáticamente. Porque el queso va soltando el suero a medida que sufre la presión, entonces la máquina mantenía la presión constante y regulada; se ponían pesas de distinto tenor para darle la presión requerida y se la regulaba a voluntad. Después también hacía la reparación de toda la maquinaria. En fin, lo taparon de trabajo, prácticamente.

Lo que nosotros fabricábamos aquí, mayormente, era el cóncavo de la trilladora, comúnmente llamada camisa; era una especialidad nuestra. Mi abuelo inventó un torno para rectificar esos cóncavos. Porque al trillar se produce un desgaste del cóncavo, hasta que llega un momento que no trilla más. Es como hacerle un cambio de aros a un motor. Entonces hay que rectificar a los cóncavos de nuevo para que tengan vida útil. Pero el cóncavo está limitado a unas cuantas rectificadas, después hay que reponer toda la pieza, hay que hacer el cóncavo nuevo. Ese era uno de los trabajos especiales que nosotros hacíamos, muy renombrado.

El torno para rectificar los cóncavos fue un verdadero invento de mi abuelo, pero no lo patentó. Como ya había tenido la otra experiencia, a este invento no lo patentó. Ese torno rectificaba al cóncavo sin desarmarlo, mientras que el único medio viable que había antiguamente para rectificarlo era desarmar el cóncavo, usar la limadora para rectificar y después volverlo a armar. Pero eso era tanto trabajo que costaba más que hacerlo nuevo. Armar y desarmar esa pieza era muy complejo, porque aparte llevaba el alambre que hacía de zaranda. Entonces él hizo ese torno para evitar ese trabajo. Desde que yo me acuerdo ya

estaba. Lo inventó allá por 1900, 1901.

Mi abuelo, cada tanto, viajaba a Europa. No todos los años, pero cada tanto viajaba para ver las nuevas invenciones que se hacían. Allá tenía muchos familiares. Mi padre no viajó nunca. Cuando comenzó la guerra del 14 él no se presentó y quedó como desertor, porque él era nacido italiano. Después, cuando pasaron los años y ya no hubo ese peligro, él perdió el interés en viajar.

Le voy a dar un detalle de las cosas que traía mi abuelo. El primer equipo de soldadura autógena que se instaló en la zona, en veinte leguas a la redonda, fue de mi abuelo, y lo trajo en uno de esos viajes. Justo en uno de los años que él fue a Europa se presentó la soldadura autógena como invento, en una exposición. Parece ser que era un invento francés. El trajo todos los aparatos para poder armar el equipo. El manómetro, por ejemplo. El gasómetro, en cambio, lo armó acá. El ya tenía práctica en el manejo del gas porque en Génova el alumbrado era a gas de carburo, y el gas de carburo se hacía funcionar por medio del gasómetro, grande o chico.

Todavía no se había inventado el motor eléctrico. Curiosamente, el primero motor eléctrico alimentado por dínamo se presentó en la exposición de París, cuando mi abuelo atendía la rotativa. Allí lo conoció. Pasaron varios años antes que el motor eléctrico fuera una realidad aquí en el país. La usina que tenía San Carlos fue una de las primeras instaladas en toda la zona para el alumbrado público. Las lámparas que tenía para colocar en las esquinas eran de 2.000 volts. Porque no eran focos incandescentes. La luz se producía por un arco voltaico a través de dos carbones, como en las antiguas máquinas de cine. Era una luz extraordinaria, a mitad de cuadra usted podía leer el diario. Cada farol tenía un aparejo con un cable de acero de tres milímetros, para poderlo bajar y reponer los carbones. No sé cuántas horas duraban, pero yo me acuerdo cuando los cambiaban, allá en mi infancia. Cosas de la niñez que uno no se olvida. Era un mecanismo de relojería. Funcionaba como un reloj despertador, con engranajes y palancas para mantener la luz correcta, la distancia correcta entre los carbones para que se forme el arco.

* * *

Mi abuelo vivía con mi papá. Vivía con nosotros, en familia, como se estilaba antiguamente. Antes se

dependía únicamente de vivir en familia. Así nacieron los pueblos: un grupo de familias fundaron los pueblos. Yo tengo relatos antiguos y he visto edificaciones que ahora han desaparecido. Aquí en San Carlos Centro, por ejemplo, un barrio muy primitivo era el barrio Las Cuatro Esquinas, porque era la única esquina que tenía cuatro casas. Las habían construido así para defenderse de los restos de malones que todavía existían, de los gauchos, como se les llamaba; a veces dirigidos por extranjeros, que venían a saquear junto con ellos. No eran indios, ya no existía más el indio. Existían, sí, pero mansos. Los malones en cambio asaltaban las colonias, robaban los animales, robaban las mujeres, les hacían estragos. De ahí que, para defenderse, los colonos trataban de formar grupos de casas en las parcelas, que eran más bien chicas.

Yo compartí toda la niñez con mi abuelo. Tanto es así que nosotros, con mi hermano mayor, dormíamos con él, compartíamos el mismo dormitorio. De noche, para tenernos cerca, él nos conducía temprano a dormir y nos contaba "la historia". En Europa se estilaba contar los cuentos, o historias, en las noches largas de invierno. Era una costumbre antigua; en ese tiempo no había radio, no había periódicos, o llegaban pocos y eran pocos los que podían comprarlos. Y mi abuelo tenía predisposición para relatar. Tenía una memoria prodigiosa. Nos contaba las historias de las Mil y Una Noches, Veinte Mil Leguas de Viaje Abajo el Mar, de Julius Verne, todas esas novelas famosas. Nos contaba un trozo por noche y nos dejaba en las partes más interesantes, como hacen las novelas por televisión.

— Bueno, basta, hay que descansar y mañana hay que trabajar.

Y cortaba hasta otro capítulo en la otra noche.

Mi abuelo dedicaba permanentemente sus horas libres a la lectura. Recibía un diario en italiano, de Europa, y recibía una revista que se editaba en Córdoba, *La vita coloniale*. El nombre era en italiano, pero estaba escrita en castellano. Era mensual. El estaba abonado. Era una revista que fundó Don Bosco, en Córdoba. Pero lo que más leía eran novelas, especialmente toda la serie de Julio Verne, que sabía de memoria. Las obras clásicas de Verne las sabía de memoria. Después las iba contando en las tertulias, porque aquí también se había implantado ese sistema, como era costumbre en Europa. En invierno, acá también se hacían las tertulias entre las familias, donde uno

de ellos relataba novelas o novedades que surgían en el mundo. Generalmente era el que recibía un diario de Europa y estaba actualizado. Era el único medio de actualizar las noticias.

Mi abuelo era un hombre recto, de mando. Eso lo adquirió en el servicio militar. Le tocó tres años, el mínimo que hacían en Italia. Hizo el servicio militar en Artillería Pesada. Salió con el grado de suboficial, y eso casi le cuesta no poder viajar, porque cuando quiso hacer los trámites para venir a la Argentina él creyó que era fácil —confiado, porque su hermano venía periódicamente todos los años—, pero cuando fue a buscar el pasaporte a la Aduana, el Estado le exigió las condiciones de tiro porque era considerado un civil de utilidad nacional. El no lo sabía. Diez tiros. Antiguamente era así. Acá también, si usted rendía las condiciones de tiro, el servicio militar de un año se reducía a tres meses. Se tenía que presentar con las condiciones rendidas, con el certificado. A él le pidieron certificado pero no lo tenía. Hacía más de veinte años que no practicaba tiro. Entonces se tuvo que presentar a rendir. Y fijese que de los diez tiros tiró nada más que ocho, porque con eso ya cubrió el puntaje que exigía la ley. Los otros dos no los tiró. El oficial que le tomaba examen le rogó por favor que terminara:

— ¡Por qué no dispara los dos tiros, es una serie extraordinaria!

— Ya me cubre, dijo el abuelo. Basta.

Esa fue la única atribución que se tomó contra el Estado. Porque él consideraba que era una injusticia lo que le pedían. El había cumplido con su patria.

El abuelo era muy buen tirador, y muy afecto a la caza y a la pesca. Quizá fue uno de los atractivos que lo movió a abandonar Europa para venir a este lugar, que era completamente virgen en ese aspecto. Fijese hasta qué punto le gustaba. Antes de venir al país encargó tres escopetas de caza a la fábrica. En esa época ya se había inventado la escopeta de fuego central, era una novedad. Antes estaba la escopeta a la *fussé*. Y antes de ésa la primitiva, que se cargaba por la boca. El traje de las que se cargaban por la boca y una de fuego central, que fue la primera que hubo en la zona.

El llegó a San Carlos un día jueves y el domingo salió a cazar. Siempre lo contaba, me acuerdo. Se vistió a la europea, con el saco cazador, que tiene una bolsa para poner las presas logradas, y acá enseguida le dijeron qué aves había: la perdiz y la perdiz grande, o martineta. El enseguida se dedicó

a la martineta, porque decía que la perdiz chica no le pagaba el tiro. La martineta pesa novecientos gramos, en cambio la perdiz chica pesa ciento cincuenta gramos. En esta zona existía la martineta colorada. La gente no le podía dar caza porque no tenía ni armas ni habilidad, en cambio el abuelo tenía armas y era diestro. Pero no era depredador. Cuando cazaba una cantidad de presas para satisfacer una cena o una comida ya consideraba que era basta. Era deportista, no un depredador. Eso lo había visto allá en Europa, para no producir el exterminio.

No sé si fue en la primera salida o en otra oportunidad, pero dice que salió con tanto entusiasmo que cazó un zorrino —esa es una anécdota—. El zorrino es un animal muy vistoso, muy atractivo. El lo cazó, y con el entusiasmo lo puso en el morral, en la bolsa. Y siguió cazando. Al atardecer regresó a la casa, pero antes que llegara, la parienta que le daba alojamiento salió corriendo con una muda de ropa, porque ya sabía lo que traía. El no se había dado cuenta, el entusiasmo le había tapado el olfato... El creía que había cazado una pieza importante, pero los de acá ya sabían que al zorrino hay que dejarlo tranquilo.

Mi abuelo había nacido cerca del Po. Allá en Italia era aficionado a la pesca, porque la caza era solamente para los nobles. Tenían sus parcelas, con bosques y cotos de caza. En el Piamonte había nobles que tenían cotos de caza importantes, donde cazaban los príncipes de otros estados cuando venían, por ejemplo. Partidas de caza con perros amaestrados. Generalmente fomentaban la cría del ciervo para la caza mayor. La caza menor era la codorniz y el faisán. Por supuesto, en una partida de caza no hacían depredación, era una cosa deportiva. El faisán era importante porque después daba motivo a la cena para presentarlo como plato destacado.

El Po era un río con corriente bastante rápida y aguas cristalinas. Los peces que podían encontrarse eran muy limitados y muy perseguidos, por lo mismo eran ariscos y muy difícil de capturar. Algunos pocos pescadores del ambiente podían lograr pescar alguna pieza. Mi abuelo, sus tíos, en los momentos libres iban a probar suerte en el Po, a pescar. Para eso usaban un método muy refinado en la preparación de la carnada: la mosca artificial. Eso lo preparaban con un anzuelo, plumas del Africa e hilo de seda, para formar un bicho artificial muy parecido al auténtico. Porque uno de los peces más codiciados era la trucha, que es muy

astuto y desconfiado. El que lograba una pieza era todo un campeón, porque el pez se defendía con sus habilidades naturales. Si lograban una pieza de importancia era motivo para hacer una cena, un almuerzo, y festejar el logro. Generalmente era una cena. Invitaban a sus amigos íntimos y aprovechaban para hacer una comida, no sólo con el pescado, sino también chacinados.

* * *

Los piemonteses eran especialistas en materia de fiambres —chorizos, panceta, jamones— y cada familia se producía sus propios chacinados. Los vinos también se hacían en casa; y los aceites de oliva. Juntaban la fruta de sus árboles y la llevaban a una prensa. Se usaba mucho el sistema de trueque. Entregaban equis cantidad de aceitunas y el prensador le devolvía una cantidad de aceite, y una parte quedaba como pago por el trabajo. Lo mismo hacían con el trigo y el maíz: llevaban el grano al molino y retiraban la semita, el afrecho y parte de la harina, la otra parte era el porcentaje que tenían que pagar al molinero.

Ese sistema también lo trajeron acá, pero desapareció muy rápidamente, porque en Europa lo que se producía lo guardaban para todo el año. El clima del Piamonte era favorable, seco y fresco, muy benigno. Inclusive la fruta, la pera y la manzana, por ejemplo, la guardaban de una cosecha para otra en lugares apropiados, ventilados. El sótano era para guardar el chorizo a la grasa. Ese método de guardar las cosas en las primitivas heladeras, que eran los sótanos, también se utilizó en este pueblo. Muchos sótanos de las casas antiguas todavía existen, pero no se emplean más. Algunos eran de grandes dimensiones. Había casas de ramos generales que tenían una instalación subterránea del mismo tamaño que la edificación propiamente dicha. Porque el sótano tiene una particularidad: allí reina siempre una temperatura de 21 grados centígrados, tanto en invierno como en verano, es una estabilidad extraordinaria. El agravante es que se trata de una temperatura húmeda, hay mucha humedad, por eso los chacinados se guardan en latas con grasa, lo que los aísla es la grasa.

Esa modalidad del sótano la trajeron los piemonteses, porque vinieron algunos inmigrantes que eran especialistas para la construcción de sótanos. No hay que olvidar que no se conocía el portland, ni se empleaba el hierro para hacer el cemento

armado. El techo del sótano se construía con bóveda. un sistema milenario. Todos construidos en bóveda. Emparedaban con ladrillos que fabricaban ellos mismos. Usaban estiércol de caballo, paja y tierra. En los pisaderos empleaban solamente caballos, y no sé por qué, especialmente a las yeguas. Hacían un pisadero redondo, y en el centro estaba la persona que dirigía cuatro o seis caballos que daban vueltas en el barro. Era un barro de mucha calidad, porque el estiércol de caballo es un aglomerante muy bueno.

Las parras para la producción de vino fueron uno de los primeros arbustos que trajeron del Piamonte. Se encontraron con una tierra muy fértil y se desarrollaron muy bien, pero tuvieron un problema casi insalvable: la irregularidad de las lluvias. Es sabido que a las parras hay que darle mucha agua. En tiempo de primavera hasta se inundan los campos, pero en invierno no tiene que existir humedad porque se produce la putrefacción de la raíz y la planta se muere. Las lluvias producen una enfermedad en las hojas, y después, si sale el sol, favorece a la enfermedad; las hojas se caen y el fruto no alcanza a madurar. Por eso siempre hubo alguno que tuvo sus plantas de parra, pero no pudieron prosperar las plantaciones como para fabricar vino. Tuvieron que depender de Mendoza o San Juan.

Todos los años mi abuelo, con otras familias, traían un vagón de uvas de San Juan para vinificar. La uva que se usa para vinificar es de una calidad especial. Antiguamente se acostumbraba tomar solamente el vino tinto, bien tinto. Allá en Piamonte todo el mundo hacía vino casero sin dificultad, era fácil porque la naturaleza misma los acompañaba. Pero aquí en San Carlos, cuando intentaron hacer vino como allá, al menor descuido se les ponía agrio, se les convertía en vinagre. Y era por el clima, porque para que el vino no tenga problemas la temperatura del mosto no tiene que pasar de 28 grados. Si llega a 31 grados muere el microbio que produjo el vino y nace el que lo transforma en vinagre. Estos detalles los averiguó mi abuelo por medio de un libro editado por un ingeniero enólogo, donde describía el arte de hacer vino. Como tenía capacidad intelectual y una biblioteca bastante importante, logró saber estos detalles y pudo dirigir la vinificación de sus camaradas. Por supuesto, todo en sótanos, porque en el sótano tenían siempre 21 grados, que es una temperatura ideal para la fabricación del vino.

No sólo hacían el vino, sino también la grapa.

De invierno, cuando hacía frío, se estilaba una copita de grapa. Claro, por la gran cantidad de alcohol que tiene. Si la destilación ha sido bien conducida la grapa tiene 60 por ciento de alcohol, usted le arrima un fósforo y arde. La grapa que hacían ellos no tenía nada que ver con la que traían de Mendoza para vender en los negocios. Con lo que ellos hacían dos litros de grapa los otros hacían cincuenta o sesenta, porque la relación entre los kilos de orujo que se usan y la cantidad de grapa que se obtiene es del 2 al 3 por ciento. Es muy poca la cantidad de grapa que se obtiene. Cuando ya el orujo entregó lo máximo que puede dar el vino, el residuo que queda, la cáscara, se destila para sacarle el alcohol que contiene. Ese líquido que se extrae es el alcohol—grapa—. Para eso ellos tenían sus alambiques, que es un destilador. Los tenían afuera, por supuesto, porque hay que darles temperatura.

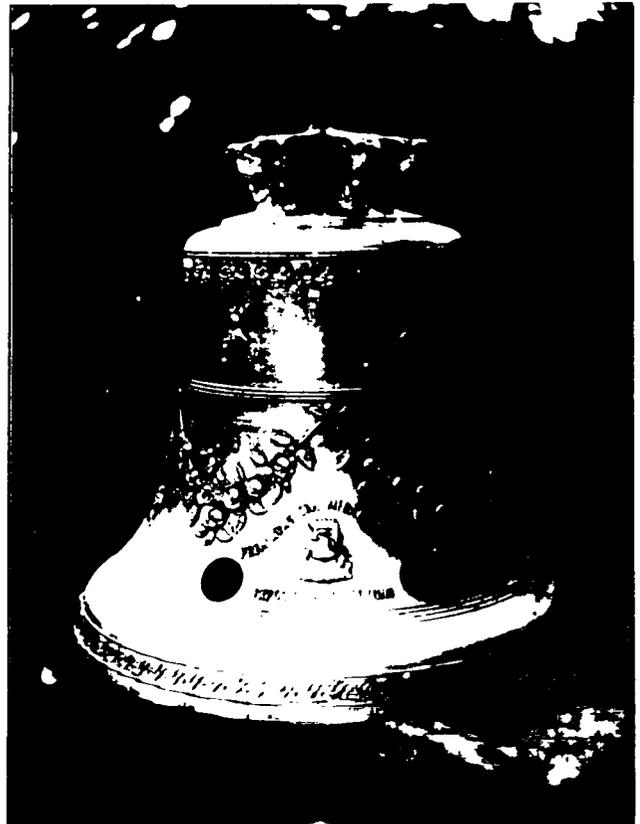
Nosotros teníamos un parral. Mi papá hizo un parral y lo defendía. Había años que se cosechaba mucha uva. Lo defendía con remedios, porque cuando llueve hay que darle enseguida el sulfato de cobre. Si es un año muy llovedor había que darle diez o quince veces, y así y todo muchas veces no se podía detener la plaga. No recuerdo bien el nombre que se le da a esa enfermedad. Es una arañuela que le absorbe el jugo a la hoja y la seca.

Con los chacinados era igual. Antiguamente acá en San Carlos todas las familias, de cualquier posibilidad y condición social, carneaban su cerdo. Por supuesto, las familias con más recursos carneaban más cantidad para abastecerse todo el año con chacinados. Lo último que guardaban en el sótano era el famoso chorizo en la grasa. Era para conservarlo hasta que viniera el otoño y empezar a carnear de nuevo, porque en el verano no se carnea. No había conservadora, heladera, nada. Todo se hacía a lo natural.

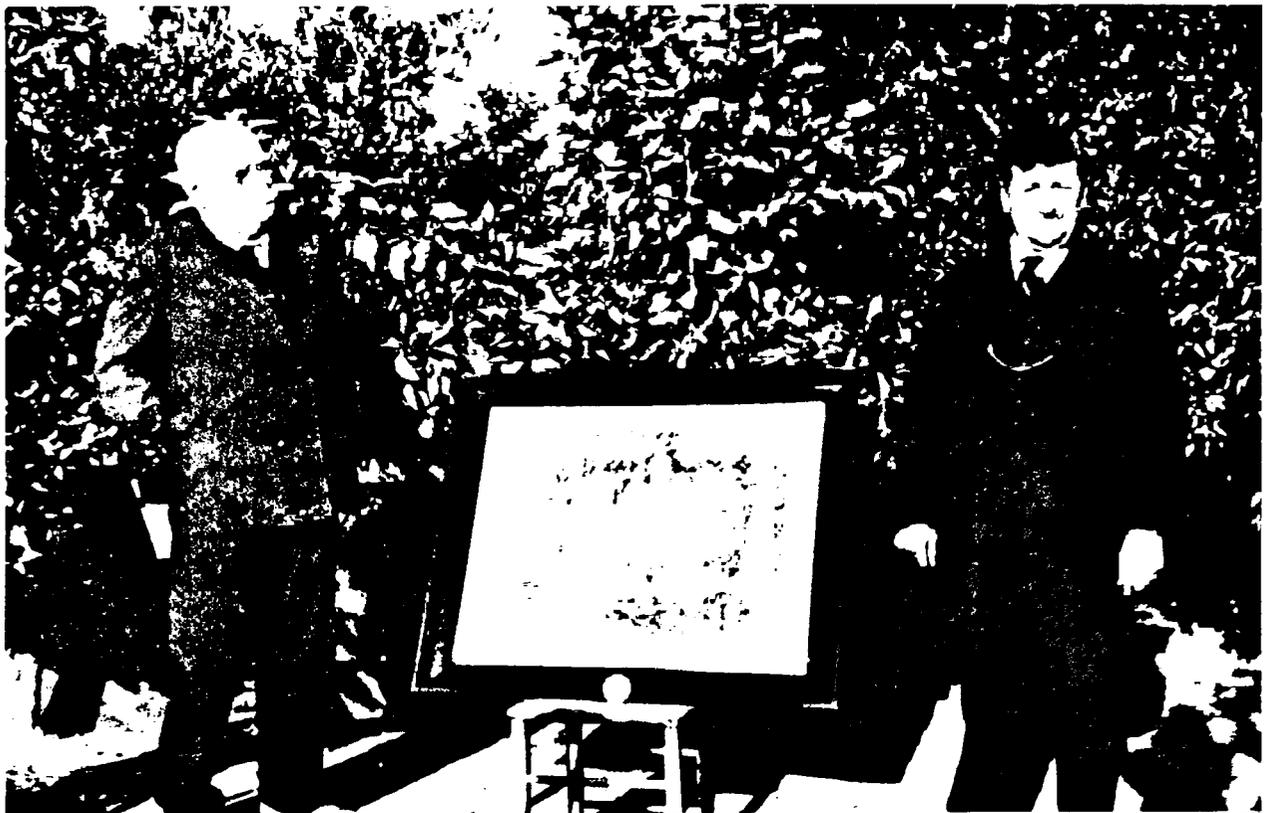
* * *

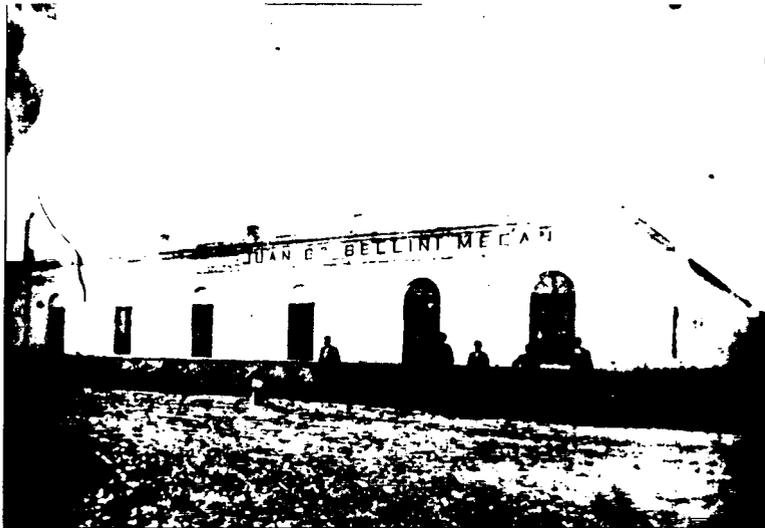
Mi abuelo, no sé por qué motivo, posiblemente por la finca que tenían en Italia, también conocía de injertos. Una de las primeras plantas que injertó era de mandarinos. En un viaje que hizo a Rosario pasó por el mercado y vio mandarinas, esas frutas, parecidas a las naranjas pero distintas. Porque el mandarino apareció muchos años después del naranjo. Las primeras plantas frutales antiguas que había en la zona eran naranjos. Los plantines se

"Nosotros no tuvimos la inquietud de mandar esta campana a la Exposición de Sevilla. Fue el Ministerio de Agricultura el que nos hizo participar, por medio de su gente, para que pudiéramos mandarla. Lo mismo hizo con Wutrich, que obtuvo el primer premio y medalla de oro con los quesos. Dos industrias de San Carlos Centro". ca.1915. Autor: Juan Diz. Col. Luis Bellini.



Juan Bautista Bellini y su hijo con el diploma obtenido en la exposición de Sevilla, España, donde sus campanas ganaron el primer premio y medalla de oro, ca.1915. Autor: Juan B. Bellini hijo. Col. Luis Bellini.





Taller metalúrgico de Juan B. Bellini. ca. 1910.
Autor: Juan Bellini (h). Col. Luis Bellini.

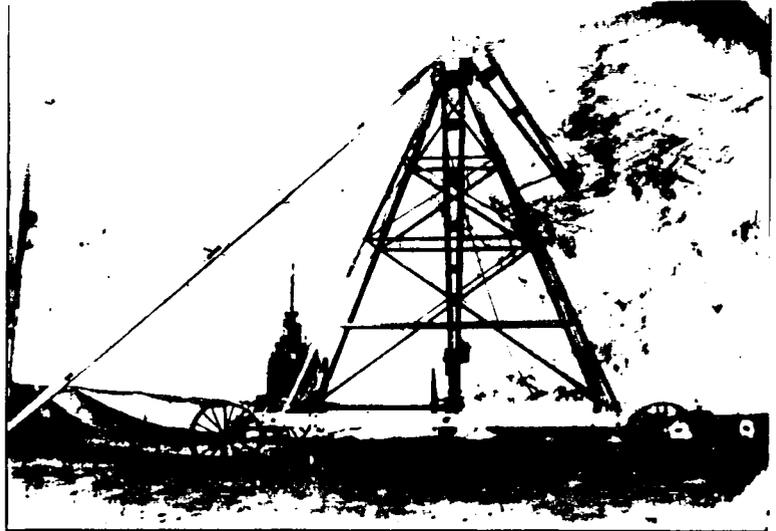


Parrales en la casa de Juan B. Bellini. ca. 1910.
Autor: Juan Bellini (h). Col. Luis Bellini.



"Esto lo sacó mi padre. La que está sentada es mi mamá. Al lado está mi abuelo. El que está en la falda de mi mamá es mi hermano mayor, que falleció. Ahora tendría 73 años, me llevaba un año, así que esta foto podría ser con exactitud de 1915, 1916, porque él era de 1915. El de la izquierda es mi papá." Col. Luis Bellini.

Guinche volcador fabricado por Juan Bautista Bellini hacia 1900. ca. 1910. Autor: Juan Diz. Col. Luis Bellini.



Prensas de queso de la fábrica Emilio Wutrich S.A. de San Carlos Centro, fabricadas por Juan B. Bellini. ca. 1915. Autor: Juan Diz. Col. Suc. Emilio Wutrich.



Campanas terminadas y en proceso de fabricación, en el taller de Juan Bautista Bellini. ca. 1928. Autor: Juan Diz (para un folleto de propaganda). Col. Luis Bellini.



obtenían en Coronda y en Rincón; principalmente en Rincón. Y cada casa tenía su naranjo y algún durazno, que se hacía con carozo. Entonces mi abuelo, allí en Rosario, de alguna manera consiguió una planta de mandarina e injertó algunos naranjos dulces sobre mandarina. Con el tiempo vinieron colosales de grandes. Sobre pie de naranjo dulce daba una fruta más dulce que sobre naranjo agrio o trepoliapa. De esto conozco algunos detalles porque también aprendí de mi padre a injertar. Mi abuelo le había transmitido el gusto por las plantas y los injertos y era muy aficionado.

Mi padre era un hombre muy activo. Llegó a experimentar con más de ochenta variedades de durazno para hacer una plantación comercial, como hay en Serodino, como hay en San Nicolás. Grandes plantaciones de duraznos, ciruelos, damascos. Porque hay variedades de durazno que son excepcionales para comer al pie de la planta, pero no admiten la comercialización. Entonces hay que obtener una variedad que, aparte de ser agradable al paladar, tenga vista y aguante el movimiento del mercado. Quizá el durazno es la fruta que más variedades distintas abarca. Distintos tamaños, gustos, tiempos de maduración, grandor, sabor, aroma. Acá antiguamente no había variedades, las plantas se hacían con carozo, y eso tenía la ventaja que no había enfermedades. Las variedades nuevas se trajeron del extranjero, pero con las variedades se importaron también todas las enfermedades de los árboles que existen en el mundo. Es por eso que apareció el mal del pie, que ataca a los naranjos dulces. Es una enfermedad que infecta la tierra. Después, cuando usted planta otras plantas, vuelven a tomar la enfermedad, porque la tierra queda infectada por muchos años. Conozco un poco del tema porque lo practiqué también.

Ahora los descendientes de extranjeros que eran aficionados a las plantas desaparecieron, murieron; ya quedaron los hijos de los hijos y entonces no hay la modalidad de plantar. Estoy seguro que acá en el pueblo ignoran que ésta es una zona excepcional para el durazno. Porque el durazno no necesita mayormente mucha agua, necesita una tierra negra de humus y un subsuelo de arcilla. La raíz del durazno no es tan profunda, se desarrolla donde está la greda y muere donde está la tierra arcillosa, que es la tierra colorada. Viene el humus, la greda y la arcilla, esas son las tres capas principales de la superficie. Y ésta es una tierra excepcional para el durazno. Aquí, al

principio, cuando se empezaron a hacer las plantaciones, lo que las limitó fueron las invasiones de langostas —las mangas llegaban cuando el trigo estaba en espiga. Venían siempre del Este. Venían cruzando el río Coronda y en estos campos desovaban. Primeramente arrasaban con todo. Después desovaban y nacían las saltonas, que sufren varias transformaciones antes de convertirse en voladoras. Mientras tanto se alimentaban bien y se reforzaban para tomar el vuelo de emigración. Siempre venían del Este y se iban al Noroeste. Se alejaban volando de noche, con la luz de la luna—. Ahora, que no viene más la langosta, esta zona es sumamente apta para el durazno, excepcional. Conocí dos plantaciones de una cuadra cada una que atendían los mismos agricultores. Las explotaban, y con una cuadra de durazno vivía tranquilamente una familia entera. Porque el durazno tiene la particularidad de que se puede plantar bastante cerca una planta de la otra. Más o menos dos metros y medio o tres, para dar lugar a pasar con la herramienta y extirpar las malezas.

Aquí, primitivamente, no había árboles, pero la tierra era muy fértil y los inmigrantes optaron por plantar árboles frutales. Una de las plantas que más rápido da frutos es el durazno. Ellos hacían las plantas fácilmente, con carozos que traían de Europa, y al tercer año ya tenían frutas. Hacían montes de duraznos de una cuadra o media cuadra, no sólo para aprovechar su fruta, sino también por la leña, para combustible. Porque en la zona no había leña. Los árboles naturales de la zona sólo se encontraban a la orilla de las cañadas. Eso era en Matilde, y en el arroyo Colastiné, que atraviesa la colonia San Carlos de norte a sur pero dista una legua y media del pueblo. En aquel tiempo, que no tenían medios de comunicación, le quedaba muy lejos ir a buscar la leña. Los primeros agricultores usaban un arbusto que era la chilca. Había grandes chilcales, y es un buen combustible, pero no es comparable a la madera. También usaban el estiércol de la vaca. Hacían secar las tortas de vaca y las guardaban para el invierno. También usaban los marlos de maíz. Recién tuvieron leña abundante cuando hubo grandes paraísales.

Sustituyeron el durazno por el paraíso porque es una planta que da más leña. El paraíso se importó, como los eucaliptus, que los trajo Sarmiento. Aquí había ejemplares de los primitivos eucaliptus que han desaparecido. Árboles que trajo el Ministerio de Agricultura en la época de Sarmiento, haciendo

difusión. En San Carlos Centro y San Carlos Norte hubo grandes plantaciones de paraísos. Plantaciones que hacían los mismos agricultores para ellos, para leña, y en parte para plantar en los contornos de su campo y darle sombra a sus animales. Y el resto vendían los plantines. Algunos aprovecharon y vendieron plantines para otros pueblos que se iban formando. Era notorio que vinieran de otros lugares a buscar plantines de paraíso a San Carlos Centro, en la época de la plantación. Inclusive vendieron parte de la leña para las calderas. A la curtiembre, por ejemplo. O para quemar los hornos de ladrillos. En San Carlos hubo siempre varios hornos de ladrillos.

* * *

La fabricación de campanas fue una artesanía, un oficio que mi abuelo transplantó acá. Fue una necesidad que surgió cuando se fueron formando los primeros pueblos. Fue por esa circunstancia y también, claro, por la necesidad de hacer otra clase de trabajo para mantener la producción. No se olvide que él recién empezaba a levantarse. Se hicieron campanas para San Francisco de Córdoba, para Rafaela, para San Vicente. Lo primero que hacían cuando se formaban los pueblos era la comuna y la iglesia. La mayoría de los inmigrantes eran católicos. Los franceses eran católicos, y los italianos, por supuesto, católicos. Los suizos eran protestantes.

Los moldes de las campanas, en principio, se hacen de cera, después se hacen las copias de arcilla. El negativo se hace de cera y el positivo con arcilla. Se utiliza la cera por el precocinado del molde. Ese sistema se llama de *cera perdida*, porque al cocinar el molde la cera se quema, es muy combustible y se vaporiza. Por eso se dice *moldeado en cera persa*³. Para que se ubique mejor, una obra hecha en *cera persa* es el Perseo, obra de Benvenuto Cellini, que está moldeada en cera. Porque la cera es muy maleable. El artista puede hacer lo que su capacidad intelectual le da, lo que no puede hacer con otro tipo de molde convencional. También tiene sus problemas técnicos, porque la cera es muy sensible a la temperatura. Es como el mercurio: si hace calor se pone muy blando y si hace frío se pone frágil, quebradizo. Entonces hay que trabajar con una temperatura adecuada.

Nosotros teníamos colmenares para producir la cera. Claro que la cantidad de cera que necesitá-

bamos no la producíamos nosotros, comprábamos en otros colmenares. Por eso también conozco bastante las cosas de las abejas. En una oportunidad empecé a fabricar un centenar de colmenas standard, modernas. Luego se las traspasé a otras personas porque nunca logré hacer funcionar el colmenar en forma moderna. No tenía la parte humana adecuada para atenderlo. Para mantener un colmenar le va una industria adosada. Inclusive hice todas las plantillas de las máquinas para hacer los cajones: las máquinas herramientas de carpintero, tupíes. Había hecho una sierra de carro. Había hecho una sierra de mesa. Después la sierra de carro la vendimos en Misiones. Era un ramo inmanejable para nosotros.

Después que empezaron a surtir de campanas a los pueblos vecinos, y con el correr de los años, mi padre hacía propaganda para hacerse conocer. Imprimía folletos. Esas fotos grandes que usted tiene fueron tomadas para hacer esos folletos por Juan Diz, un fotógrafo profesional. Mi papá le ayudaba, le preparaba las cosas porque tenía muchas nociones de fotografía, como aficionado que era.

Mi padre empezó a tomar fotos alrededor de 1900. Fue muy aficionado a la fotografía. Al principio tenía una máquina grande, que sacaba fotos con negativos de vidrio. Después tuvo una Kodak, que sacaba con rollo. Tenía su laboratorio; familiar, claro. En cambio Diz era profesional. Tenía un estudio con vidrios y cortinas corredizas, que le daban el grado de luz necesario para hacer las fotos. En ese entonces las fotografías se hacían con luz natural. Ahora es distinto.

* * *

Mi papá tenía doce años cuando vino de Italia con su padre. En ese entonces ya desde chicos, desde muy jóvenes, les enseñaban el oficio. Vale decir que los hijos amamantaban el oficio, sí o sí, pero no lo tomaban como un trabajo, sino como un juego de la niñez. De ahí nacían los artesanos, porque la artesanía de hacer las cosas se tomaba como un juego. Era un sistema muy distinto del actual. Yo tengo varios nietos y en el sistema actual ellos primero van a los estudios, y en los momentos libres, deportes. Exclusivamente estudios y deportes. En cambio, antes, en los momentos libres era el trabajo. Mi padre se hizo artesano al lado del padre. Le gustaba la mecánica también, pero no lo tomó como trabajo. Ahora los nietos

míos aparecen por la fábrica para jugar y está siempre todo revuelto, de ahí que es muy difícil lograr ahora los artesanos de los quilates antiguos. Claro, los tiempos cambiaron, ahora la máquina necesita un especialista para cada operación...

Nosotros vivíamos en contacto directo con el trabajo de mi abuelo y mi padre. Cuando ellos estaban trabajando nosotros ya estábamos metiendo la mano, como quien dice. Cuando yo conocí a mi abuelo él todavía trabajaba, pero no se mezclaba con los negocios y la marcha de la empresa, eso lo había pasado a dirigir mi papá. Trabajaba nomás, porque ya tenía su edad. Mi padre también tenía espíritu de invención, pero no tan desarrollado como mi abuelo, que había hecho estudios superiores.

Mi padre era un hombre muy comunicativo. Más comunicativo que mi abuelo, y más comunicativo que yo mismo. Era de estar en sociedad. Salía, iba al bar de noche para encontrarse con los amigos. Siempre lo practicó. En cambio yo me retiré de ese ambiente de sociedad. Mi abuelo no lo practicó porque en su época estaba limitado por las circunstancias. Después se fueron creando esos centros, la Sociedad Italiana, la Sociedad de Beneficencia.

La relación con mi padre fue muy cercana. Todo lo que él sabía, que había aprendido de mi abuelo, me lo iba transmitiendo. Todas las modalidades, todos los detalles de construcción, de fabricación, eso lo aprendí de mi padre, que a la vez lo había amamantado de su padre. Mi padre, juntamente con su padre y su tío, habían desarrollado muchas cosas juntos. Una fue el desarrollo de las máquinas para la cosecha. Porque el tío, que atendía muchas máquinas de la zona, traía las experiencias, tanto de Europa como de acá. Era un equipo de trabajo. Por eso el trabajo manual nunca faltó en el taller, pero no en forma organizada, como debería haber sido una industria. Porque las condiciones, en este país, no se dieron desde un principio. Se fue avanzando como se podía, improvisando. Por eso la nuestra fue siempre una industria de circunstancias.

Antes de tomar el comando del taller mi padre estuvo un año en Buenos Aires, al frente de una fábrica de marcos de cuadros. Eso fue en 1910. Las maderas eran talladas con máquinas especiales, que hacían las molduras y cepillaban en una sola operación. Ya estaba todo maquinado. El que armaba los marcos tenía que cortar nomás los trozos con una sierra de ángulo, de acuerdo a la

dimensión de cada uno, y hacerlos. Estuvo un año, después regresó otra vez al taller del padre y desde ahí empezó a tomar el comando.

* * *

Otra de las cosas que mi abuelo le transmitió a mi padre fue el gusto por la caza y la pesca. Mi padre era muy cazador y muy pescador, y yo le tomé el gusto al río con él. Le gustaba especialmente la pesca de chuza o fija, como le llaman. Era la pesca que más lo divertía. Cuando chuceaba un sábalo lo desvisceraba enseguida para que no tomara mal gusto, y después su deleite era comerlo asado. Muchas veces lo hacía en la misma isla. Nos trasladábamos a la mañana temprano porque la hora óptima para chucear es a las doce, cuando el sol está más caliente. Se chucea en los bañados, el pescado sube y usted lo ve nadar, chupar; es cuando la pesca es más factible, especialmente para aficionados como éramos nosotros. Los isleros ya tienen más práctica para chucear en otros momentos.

Los elementos para la pesca los preparaba mi abuelo, tenía muchos conocimientos. El tejía las redes, especialmente de mallas muy finas, porque los pescados que más apreciaba eran las mojarras y los pequeños peces, especialmente las mojarras. Era un deleite que sentía de comerlos; los prefería sobre los pescados grandes. No obstante también tejía redes y mallas para la pesca mayor. Las primeras pescas que hizo mi abuelo cuando vino fue en el río Coronda, en Sauce Viejo. Ahí acampaban. Ellos llevaban carne y los criollos le traían pescado. Ellos dejaban la carne por el pescado, especialmente el sábalo asado. Había una cantidad extraordinaria. Cuando yo era muchacho recuerdo que usted veía los peces a la orilla del bañado. Podía chucearlos desde la orilla. Ahora no hay más peces, y yo lo atribuyo sobre todo a la contaminación del agua. En el bañado frente a mi casa, en Sauce Viejo, sobre la costa, yo suelo encontrar petróleo. Cuando desembarcan petróleo en el puerto siempre hay pérdidas en el agua, y después el río lo trae aguas abajo. Viene a parar en las orillas y a invadir los bañados. Los arroyos desembocan en los bañados, y donde hay petróleo se forma una capa impermeable. Donde el agua está parada, que no corre, usted ve una capa de petróleo. En esos bañados donde íbamos a tirar las redes había cualquier cantidad de mojarras; de todas las especies, además. En cualquier época

que iba, sacaba. Si hacía mucho frío sacaba pejerreyes. Pero ahora se terminaron. Lo mismo pasa con los pájaros. Antes había una cantidad de pájaros incalculable, pero con la fumigación se terminaron. La fumigación abarca todo el campo y ellos comen las orugas envenenadas, pobres animalitos.

* * *

Mi abuelo decidió regresar a su patria al final del año '27. Como allá tenía bienes, pensaba disfrutar su vejez en Italia, en su pueblo natal. El este tema no lo tocaba mayormente. Hablaba de allá, de sus hermanos, cuñados, sobrinos, cuñadas, pero no solía decir que quería regresar a su patria, como ocurría con otros inmigrantes, que desde el primer día añoraban volver a su país. Porque ese fue el norte de la mayoría de los inmigrantes que yo conocí. Eran muy raras excepciones los que no añoraban volver a su país natal. Pero la mayor parte se quedó porque económicamente no fue fácil. Inclusive, muchos que volvieron a Italia con cierto dinero tuvieron que regresar, porque la vida allá se les hizo sumamente difícil. De alguna manera, y más antiguamente, aquí comer era fácil, era muy fácil. La comida era extremadamente barata. Allá había mucha evolución. Los pueblos eran verdaderas ciudades, con todos los adelantos al día, teatros y diversiones, pero era caro, había que tener dinero. Y a los que regresaron de acá se les hizo muy complicado. A uno que llegaba del exterior y trataba de afincarse, para hacer algo, se le hacía tremendamente difícil, porque allá estaba todo explotado al máximo.

El problema de mi abuelo fue otro. Al llegar a su pueblo y buscar a los viejos amigos, los viejos camaradas de antaño, se encontró con que habían desaparecido. Unos murieron, muchos emigraron, otros murieron en la guerra, de manera que él resultó un desconocido en su pueblo natal. Era un emigrante más. Y como ya estaba adaptado a la vida de aquí, porque la mitad de su vida la había pasado en San Carlos Centro, donde había madurado, se encontró que añoraba su última vivencia. Y volvió. Volvió después de varios meses de trámites, porque las leyes italianas no lo aceptaban como un simple inmigrante: para volver a la Argentina tenía que atestiguar que tenía bienes que lo respaldaran. Entonces mi papá tuvo que hacer gestiones por medio del cónsul para que pudiera regresar a San Carlos. Las dos veces que el

abuelo salió de Italia tuvo problemas.

* * *

Cuando yo comencé a trabajar en la fábrica el grueso de la producción era de campanas y repuestos para máquinas trilladoras. La cortitrilla todavía no estaba inventada. Acá las primeras que yo recuerdo eran modelo 26 ó 27. Cortitrilla de arrastre, y de arrastre a caballo, no con tractor. Aquí en Matilde, por ejemplo, que era muy agrícola, las primeras que se compraron eran de arrastre a caballo. El motor que accionaba la trilladora estaba sobre la cortitrilla, pero la máquina no tenía tracción propia; para avanzar tenían que tirarla, a sangre o con tractor. Era muy engorroso tirar una cortitrilla con caballos; enseguida optaron por el tractor.

Aparentemente, por los conocimientos que yo he tenido, la automotriz fue creada acá en la Argentina. Comenzó a fabricarse en Sunchales, en la fábrica Rotania. Pero los americanos y los europeos, especialmente los americanos, tienen un control y una organización mejor que la nuestra; enseguida se llevaron lo que acá se intentaba desarrollar y allá lo desarrollaron aceleradamente.

Aquí siempre hubo una capacidad artesanal extraordinaria. Las máquinas que llegaban se iban perfeccionando continuamente. La mayoría de las máquinas trilladoras que había acá, las que tenían más aceptación, eran de origen inglés. No obstante había una de origen alemán, motor y trilladora, una marca que se llamaba Lang. Pero las más comunes eran Clayton, Ruston, Marshall y Ramson. Estas ya menos, las más comunes eran Clayton y Ruston. A estas máquinas se les hacían modificaciones para resolver los problemas de la trilla que se presentaban concretamente en el campo. Esto era un verdadero laboratorio. Cada máquina era un laboratorio aparte. Y los conocimientos se iban divulgando de un maquinista a otro. Porque el capo de una trilladora era el maquinista, era el jefe. El hermano de mi abuelo, que vino a la Argentina a través de 18 campañas, de 18 años, tenía un apodo: lo llamaban "el doctor de las máquinas". El tomaba siempre la reforma y puesta a punto de varios equipos a la vez. Distribuía a la gente, la dirigía. Viajaba de un lado a otro organizando el trabajo de las reformas que le hacía a cada equipo, a cada máquina. Los maquinistas eran gente de mucha habilidad artesanal, que además hacían la trilla con un grupo de artesanos: un carpintero, un

hojalatero, un talabartero —¿por qué digo un talabartero?: porque todas las transmisiones eran a correa, y no existía la correa de goma, eso vino después; toda la transmisión de fuerza se hacía con correas de cuero. Solamente la correa principal era producida en Inglaterra. La correa motriz, que iba del motor a vapor al cilindro principal de la máquina. De ahí derivaban todos los otros movimientos, todas las otras correas.

Las modificaciones que se les hacían a las máquinas aquí, las aprovechaban los fabricantes de allá. Precisamente se hacían las reformas que no se pueden introducir en una fábrica en serie, porque las máquinas, para que tengan aceptación, necesitan respaldo de repuestos. Usted cambia un diseño de motor y tiene que cambiar toda la línea de matrices para hacer ese motor, y después todo se complica con el stock de repuestos. Antes de introducir una modificación tiene que estar bien probada, y éste era un verdadero laboratorio de reformas y pruebas.

Un ejemplo de esto que le digo fue el Ford T. El Ford T era un modelo de 1914 que comenzó a penetrar masivamente en el mercado por el año 1916 ó '17. El mismo modelo, con simples cambios en los agregados, en los artefactos, se mantuvo hasta el año 1926. Con pequeñas variantes fue siempre el mismo motor. Las otras marcas evolucionaron. Nosotros teníamos un Chevrolet modelo 1924 que ya venía con bomba de aceite, con distribuidor, con arranque eléctrico directamente de fábrica —mientras que en el Ford T, hasta 1924, venía opcional, tenía que aplicárselo—. El Ford T era mucho más barato que el Chevrolet, pero si se comparaba la evolución de uno y el otro la diferencia no era tanta. En 1924 el Chevrolet ya venía con válvula a la cabeza. Hasta 1926, y en los otros modelos siguientes inclusive —yo conocí el '37, el '40— el Ford venía con válvulas laterales, que técnicamente era un atraso.

Fue por conveniencias comerciales, para mantener un precio internacional competitivo, que los Ford se mantuvieron siempre con las mismas matrices, para hacer siempre las mismas piezas. Usted compraba un Ford T aquí, en la concesionaria de San Carlos Centro, y tenía repuestos desde la primera tuerca hasta la última chaveta del auto. Usted estaba seguro que no tenía problemas para conseguirlos. Tenía distribuidor, tenía platino, que se gastaba mucho, tenía guardabarros; todo, completo. Esa es una de las grandes verdades de por qué el Ford T, siendo un motor muy anticuado

con respecto de todas las otras marcas, se mantuvo: por el mantenimiento de repuestos. Para conseguir repuestos de las otras marcas usted tenía que dirigirse a centros como Buenos Aires, Rosario o Santa Fe. En cambio acá en cualquier boliche tenía repuestos de Ford T.

Con las cortitrillas pasó igual, con el correr del tiempo se le fueron agregando todos los perfeccionamientos que se habían logrado en las trilladoras. Y se instalaron fábricas. Señor, Bernardín, aquí en San Vicente. Los Señor tenían herrería y máquina trilladora, y eran clientes de nuestra casa; los repuestos para la trilladora los adquirían acá. Mire cómo dan vueltas las cosas. Y el que fundó la otra fábrica, Bernardín, trabajaba como primer oficial en una fábrica de carruajes de aquí, de San Carlos Centro. Ya tenía conocimientos de trilladoras y creó una máquina distinta a las otras: en vez de cuatro ruedas, sobre tres ruedas. Eso puede haber sido por el '26 o el '27, porque fue cuando aparecieron por acá las cortitrillas. La primera que empezó a andar por estos campos fue la Massey Harris.

La cortitrilla es la continuación de la trilladora fija, es una trilladora rodante, una pequeña trilladora montada sobre ruedas. Después se le acopló la cortadora, la espigadora, como se llamaba antiguamente. La espigadora era una máquina californiana, una máquina que cortaba, segaba; por eso primitivamente la llamaban *La California*. También estaba montada sobre tres ruedas, de ahí tomó el modelo Bernardín. Estaba montada sobre tres ruedas porque tenía que avanzar y cortar el trigo sin pisarlo, entonces lo tomaba de frente y el manejo era de atrás. Tenía un tubo bastante largo que empalmaba con el frente de la máquina, y en el interior iban seis animales, tres caballos de tiro de cada lado que la impulsaban hacia adelante. Ya venían así de Norteamérica. Eso fue a principios de siglo, cuando la agricultura se comenzó a desarrollar masivamente, extensivamente, que aparecieron los arados de asiento. Antes eran de mancera. Los arados de mancera se construían en la zona, los herreros los hacían en las mismas localidades. Una fábrica de arados muy importante era la Schneider, de Esperanza, que todavía sigue, aunque ya no es lo que llegó a ser, una gran fábrica de carruajes. Una gran fábrica. Yo la visité con el colegio, cuando era alumno, que estaba en pleno funcionamiento. Era una gran fábrica, bien montada.

* * *

Mis inquietudes por la industria fueron desarrollarla técnicamente para ahorrar mano de obra artesanal. Usar una máquina para hacer máquinas. Ese es el norte de un verdadero industrial. Hacer máquinas para hacer máquinas: no es un norte de relleno. Ese era el norte que traía mi abuelo ya desde sus comienzos. Nosotros tratamos de seguirlo, pero se pudo concretar parcialmente por las circunstancias del país. Para desarrollarse usted necesita otros aportes, otras relaciones, una comunidad de industriales. Es muy difícil desarrollarse aislado.

Quizás el oscurecer de las fábricas argentinas se deba a que falta un principio de planeamiento,

como el que optaron los americanos, por ejemplo, que son los que mejor planificaron las industrias para su evolución. En producción, en venta, en repuestos, en organización. La industria es una cosa, la comercialización es otra, y tienen que estar bien coordinadas para que funcionen correctamente. No tener baches, porque si no un elemento destruye al otro. Uno de los defectos de la industria del país es la falta de organización, de proyección. Aquí se hace sin ver el futuro para seguir funcionando y creciendo y siempre fue un país así, en desarrollo. Nunca llega a culminar. Nunca madura.

Notas:

1. Se refiere al proyecto del estanciero Ricardo Foster, de colonizar parte de sus campos en 1857. En efecto, Foster mensuró y amojonó 50 concesiones y se dispuso a esperar que inmigrantes espontáneos las compraran y habitaran. Espera infructuosa, ya que los pocos que llegaban se dirigían a Esperanza, la única colonia existente por entonces. El proyecto de colonia El Sauce fracasó porque se consideraba que la zona, quince kilómetros al suroeste de Esperanza, estaba expuesta a "las visitas de los indios", y los recién llegados preferían la relativa seguridad de una colonia en marcha. De todos modos, al año siguiente se instalaban en los terrenos amojonados de Foster las primeras familias de la futura colonia San Jerónimo, las "cinco familias fundadoras" de suizos valesanos, conducidas por Lorenzo Bondemann (Gabriel Oggier y Emilio Jullier, *Historia de San Jerónimo Norte*, Editorial Apis, Rosario, 1984, pág. 30 y sgts.). San Jerónimo del Sauce es un pueblo que data de 1825, aproximadamente, cuando Estanislao López fundó allí una reducción con indios abipones

trasladados del norte de la provincia. Está a unos diez kilómetros al sur de San Jerónimo Norte.

2. Juan Jorge Gschwind (*Historia de San Carlos*, Editorial Universidad Nacional del Litoral y Fundación Banco Bica, 1988, pág. 124 y sgts.) señala que la primera línea telegráfica que unió a San Carlos y San Agustín con Santa Fe, fue solicitada por los vecinos de ambas colonias en 1876, al gobierno de la provincia, "bajo las mismas condiciones que ha sido construida la línea de la Capital a la colonia Esperanza". El 3 de Noviembre de 1877 Tomás Lubary, presidente de la Comisión que tuvo a su cargo las obras, envió un telegrama al presidente Avellaneda, informándole solemnemente la conclusión de los trabajos, y al día siguiente se inauguró oficialmente el servicio teleográfico en la colonia San Carlos. Es posible que la versión errónea de este episodio, que ofrece Bellini, forme parte de los "hechos extraordinarios" que la memoria popular construye alrededor de los tiempos iniciales de su comunidad.

3. Persa: en italiano, perdida.

CAMILA CUGINO DE PRIAMO

El otro día vino la señora Passadori en casa y empezó a recordar la juventud de ella: ¡Ay, cómo quisiera tener quince años otra vez...! ¿A usted no le gustaría, doña Camila? Por supuesto que la

juventud es linda. ¡Es más lindo ser joven que ser viejo...! A mí también me gustaría tener quince años otra vez, pero para vivir diferente de lo que viví, porque para volver a tener la juventud que tuve... No, gracias, con una vez fue basta...

Mi madre, trabajando en el jardín de su casa. Santa Fe. 1969.



Yo conocí a mi abuelita cuando ya era viuda y se había casado con otro hombre. El primero era Bianciotti, que fue mi abuelo. El segundo era Molina.

La nona tuvo una vida bastante dura. No sabía leer ni escribir y le tocó a ella enfrentar las cosas.

El nono, antes de morir en el tiempo del cólera, ya se había armado de unos pesos, y le dejó esa plata a un amigo de él que había venido de Italia, casi se puede decir un abogado.

Ella iba trabajando y ese hombre le dirigía las cosas.

Llegó el momento que los hijos fueron más grandes y ella trabajó el campo con los hijos, pero como no sabía nada, no sabía leer ni escribir, el otro siguió haciéndole todo.

Aparte estaba la hermana del abuelo mío, la tía Girauda. Esa sí era viva. Sabía leer y escribir, sabía todo, y era muy amiga del tipo que le hacía las cosas a la nona, y entre los dos le hicieron un fraude a la pobre vieja.

Le hicieron firmar un documento donde decía que ella le debía tanta cantidad de plata a la cuñada y tanta cantidad al tipo.

Ella, confiada, firmó. Y así fue que le quitaron las dos concesiones que tenía.

* * *

Cuando el nono y la nona llegaron de Italia —mejor dicho de Francia, porque eran italianos pero vivían en Francia— se instalaron en Colonia Margarita.

Después se fueron a trabajar entre María Juana y Garibaldi. Allí era peor porque había indios todavía.

Eso me lo contaba la abuela. Contaba la vida mala que habían hecho. Salían a trabajar el campo en pleno día porque de mañana temprano tenían miedo.

Fue cuando empezaron a llevar el trigo todos juntos, con las chatas, al molino de Matilde, que te conté tantas veces.

Iban cinco, cuatro, tres chatas, según, pero nunca iba una chata sola porque los indios los agarraban y les robaban los caballos. Y los mataban, por supuesto.¹

Entonces se acompañaban. Todos juntos, todos armados para hacerles frente si hacía falta.

Allí fue donde el nono se hizo de unos pesos. Pero después murió y pasó lo que ya te conté.

El abuelo murió del cólera.

Era la época que la gente se moría como moscas. Contaban que al último agarraban a los muertos y los ponían encima de los carros sin el cajón, sin nada, y así los llevaban. Mirá el estrago que habrá sido.

El día que el nono murió ya se había levantado descompuesto. Tenía la chata cargada para ir a Matilde. Los otros venían en fila, pasaban cerca de la casa, y él, ahí, se colaba.

Esa mañana, cuando se levantó, dice que le dijo a la nona:

— Me voy, pero no estoy bien. Estoy descompuesto.

Entonces la nona le dijo:

— Quedate, te vas mañana.

— No, porque mañana no van los otros...

Tenía miedo, pobrecito. Y se fue igual. Y se quedó por el camino. Murió. Le agarró de golpe, fulminante, y lo liquidó.

Los que iban en el otro carro, atrás de él, se dieron cuenta que algo pasaba porque vieron que las riendas colgaban por el suelo, iban arrastrando. Fueron a ver y estaba caído encima de las bolsas.

De ahí la nona quedó sola. Quedó viuda con los dos hijos: mamá, que era la mayor, y el tío Luis Bianciotti, que fue el segundo.

Cuando ellos vinieron a la Argentina mamá tenía siete, ocho años. Era la única hija, porque el tío Luis venía en camino. Dicen que nació llegando a Buenos Aires. Cuando el barco llegó al puerto, nació él.

* * *

Yo mucho de la vida de ellos, antes que vinieran a la Argentina, no sé. Mamá siempre contaba que cuando era chica fueron a Marsella, y ahí el nono trabajaba en el puerto, de buzo. Creo que de allí vinieron a la Argentina.

Ellos no vinieron de Italia. Eran italianos, pero mamá nació en Francia, en una península que está entre Italia y Francia. Creo que es un lugar que Francia le quitó a Italia, o algo así. Ella lo nombraba, pero no me acuerdo.

Ella era hija de italianos, porque el nono y la nona eran italianos, pero estaba anotada como francesa. Eso siempre me lo contaba mamá, que se lo contaba la nona.

Después, cuando mamá tenía once o doce años, la abuela se casó con Molina. Con ese hombre tuvo dos hijos, el tío Bartolo y la tía Adelaida. Esos dos eran Molina. Pero tuvo mala suerte,

porque el segundo marido se murió también, y le dejó los hijos chicos.

De ahí la nona quedó sola otra vez. Entonces puso un hombre a trabajar en la chacra. Que fue mi padre.

Mi padre llegó allí que era joven. Llegó cuando a la nona ya se le había muerto el segundo marido. Papá entró a trabajar con la nona y entró a mandar él. Se casó con mamá, y allí ya empezaron a andar mal las cosas porque a papá, joven como era, ya le gustaba tomar, y con la nona no iba.

Fue en ese interín que la tía Girauda le hizo la tramoya a la abuela y lo sacó a papá escarpiendo. Así que mamá ya se tuvo que ir también. Se fueron a María Juana, y la nona quedó viviendo con el tío Luis Bianciotti, que todavía era chico, y los otros dos, tío Bartolo y tía Adelaida, que eran Molina.

* * *

La nona era una mujer muy buena, muy buena. Era un pedazo de pan. Era Camila, como yo, pero le decían Camilota. Con papá andaba malísimamente porque, claro, como por culpa de ella había perdido toda la herencia que hubiera sido de mamá, el yerno se enojaba y siempre se lo echaba en cara:

— ¡Usted fue una inútil. Se dejó robar todo. Se dejó sacar todo...!

Pero ella no sabía ni leer ni escribir, pobre mujer, y confiaba en la tuñada.

De allí en adelante yo sé poco y nada de la abuela, hasta que tuve diez, once años. Allí sí, me acuerdo que la tía Adelaida se casó con el tío Miguel Bianciotti, que era hijo de un cuñado de la nona, José Bianciotti. Antes muchas veces pasaba eso, quedaba todo en familia... La tía Adelaida murió joven, murió al dar a luz, de veintiún años.

Cuando murió la finada Adelaida la nona quedó sin casa, no tenía adonde ir. Mamá no podía llevarla a vivir con ella por papá, porque se peleaban con papá, entonces la hizo casar con José Bianciotti, que era el cuñado. Mamá hizo que se casaran. Por lo menos la abuela tenía casa. Así que la nona se casó tres veces. Dos veces con dos hermanos: el primero, Juan Bianciotti, y el último, José Bianciotti. Y el del medio, Molina. Pero la última vez no tuvo hijos.

Mamá tenía quince años cuando se casó. Papá tenía veintidós.

El contaba que en Italia ellos estaban muy bien, era gente que estaba muy bien. A él lo mandaban a un colegio de curas. Tenía una tía que era

monja, un tío que era cura y otro tío que era obispo. Así que estaban en un nivel... católico, alto. Papá nombraba de dónde eran, pero ya no me acuerdo.

Cuando llegó a los quince años empezó a andar mal con su padre. Chocaban. Andaban muy mal porque papá siempre fue un hombre revoltoso. Nunca fue un hombre tranquilo, un hombre pasivo. A él le gustaba mandar... Y cuando tuvo quince años, un amigo que iba con él al colegio estaba por venir a la Argentina, la familia tenía idea de venir a probar fortuna a la Argentina. Y a papá se le puso en la cabeza de venir también.

Un día llegó a su casa y le dijo al finado abuelo:

— Me voy a la Argentina.

— Vos vas a ir a trabajar conmigo, no a la Argentina, dice que le dijo el nono.

Entonces papá fue y le pidió a esta gente que fueran a hablar con el nono para que lo dejara venir junto. Ellos ya tenían todo listo para venirse.

— No, yo eso no lo hago, dijo el dueño de casa. Si te deja ir tu padre, bien, si no, no.

Imaginate, hacerse cargo de un muchacho de quince años no es tan fácil.

Entonces papá se escapó. Se le escapó al nono, pero en la forma que hizo, no sé. Lo que sé es que entró como polizón. Como el otro hombre no lo quiso traer, él entró de polizón.

Pero vos sabés que a los polizones los mandan de vuelta si los descubren, y cuando el barco llegó a Montevideo pasó eso. Cuando esta gente supo que iban a fletar de vuelta a un chico polizón —vos sabés que una cosa así enseguida lo comentan—, se dieron cuenta que era papá. Entonces fueron y atestiguaron que lo conocían y que se iban a hacer cargo ellos de ese chico. Y se lo dejaron.

Esta gente desembarcó en Montevideo. Quedaron un año en Montevideo. Pero papá fue siempre un hombre callejero, un hombre que le gustaba rondar, andar, y no quedó ahí. Se vino con otra familia conocida que iban a Chile.

— Pucha, yo quiero conocer, le dijo al hombre.

— Yo no me hago cargo de vos, le dijo el otro. Si te dan permiso, puede ser...

El otro hombre, que estaba encargado de papá, le dio permiso y se fue a Chile con ellos.

En Chile trabajó dos años papá. El decía que en Chile no le atraía nada. Le gustaba más Montevideo. No le llamaba la atención Chile. Y como era andariego y le costaba poco tomar el camino y caminar...

Dos de los hijos de este matrimonio que llevó a

papá, tampoco se quisieron quedar en Chile. Entonces dispararon. Vinieron caminando por la nieve, cruzaron la Cordillera. Papá contaba que tiró hasta lo último que traía, porque si no con la bolsa al hombro se enterraba en la nieve. Uno de los otros murió, no aguantó. Cuando llegaron a la frontera argentina —que ya no recuerdo en qué lugar fue— los agarró la policía. Le preguntaron esto y aquello y los tuvieron unos cuantos días, pero después los largaron. Entonces se vinieron a Santa Fe.

De allí bajaron a María Juana, a Margarita, donde estaba mamá, porque necesitaban un peón para el campo. Como ellos en Italia tenían dos vacas y él era el que las cuidaba, le pareció que aquí era igual. Pero resulta que ahí de la abuela era para sembrar, arar, cuidar los animales, para la chata, para todo. Y a él eso no le gustaba mucho... Pero, le gustó la chica y se quedó... Eso lo contaba siempre la abuela, porque papá no lo contaba. El trayecto de Chile sí, siempre, pero las fechorías no las contaba...

* * *

Cuando mamá y papá se fueron de la casa de la nona fue enseguida después de casarse. No tenían hijos todavía. Vinieron a María Juana pero estuvieron poco tiempo, porque papá no consiguió trabajo. Entonces se trasladaron a Margarita, donde estaban los tíos Bianciotti, los hermanos del abuelo, que eran José y la tía Girauda Bianciotti, la vieja que le sacó la herencia a mamá. Le decían Mañapina, porque era Josefa, igual que mamá.

En Margarita estaba don Victorio Germano, un hombre muy bueno, que tenía una casa de comercio grande, y la señora era conocida de mamá, eran muy amigas. Esta mujer le dijo:

— Mirá Pinota, vení en casa, yo te doy trabajo. Para comer vos, vas a tener.

Mamá trabajaba todo el día ahí y a la noche iba en casa. Papá empezó a trabajar de peón de albañil, pero él, plata que ganaba, plata que chupaba... Llevaba muy poco en casa. Pero tanto hicieron que al final se alquilaron una casita.

Cuando tuvo los hijos, mamá tenía que llevarlos donde trabajaba. Después unas chicas Cristino, de una familia vecina de mamá —que todavía hoy existen las bisnietas de la señora Cristino, que era muy amiga de mamá— le cuidaban los más chicos para que ella pudiera ir a trabajar.

La mayoría de los hijos nacimos ahí en Margari-

ta. Nací yo en Margarita. Cuando yo nací, papá tenía un bolichín. Mamá ya tenía cinco de los chicos: José, Espiri, Marieta, Luis, Asunta y después yo. Seis conmigo. Papá trabajaba de albañil y mamá atendía el boliche con los chicos.

Hasta que nació Inés, que la atendió una señora, a mamá siempre la atendió papá en los partos. Pero cuando nací yo, como papá tenía que atender el boliche, había una vecina, que era la vieja Butta —le decían La Butta—, que atendió a mamá. Y lo primero que me dieron a tomar fue vino. ¡Por eso odio tanto el vino...! (ríe).

La vieja Butta fue y le dijo a papá:

— Es una chancleta.

Entonces él vino, me agarró, me llevó al boliche y me mostraba a los amigos. Después mojó el dedo en un vaso de vino y me dio una gota. Eso me lo contaba siempre mamá:

— A vos te hizo tomar el vino ni bien nacistes... Esto fue el nacimiento mío.

* * *

Nosotros siempre vivimos en Margarita. Rumbiando, íbamos y veníamos. Porque después vivimos en Traill, que también es cerca de Margarita, no es muy lejos. Fuimos de medieros. Yo habré tenido cinco, seis años. Ahí trabajábamos el campo. Quedamos un año, dos, más o menos. Papá era de los que no aguantaban mucho tiempo en el mismo lugar, y nos vinimos otra vez a Margarita.

Allí en Traill pasamos bastante miseria. Eramos bien, bien pobres, porque no teníamos nada. Mamá tenía que darse maña para darnos de comer. Muchas veces nos conformaba con cualquier cosita. Por ejemplo, cuando no había leche —porque siempre tenían vacas para leche, pero eran pocas, les daban dos o tres vaquitas, y se secan también—; cuando nosotros pedíamos leche y ella no tenía, hacía hervir el agua, ponía azúcar y después le echaba harina disuelta con agua fría. Eso quedaba medio blancuzco. Nos ponía eso en la taza, con pan, azúcar, y nos decía que era leche. Que había poca, y por eso quedó así, blancuzca.

Se comían comidas baratas. Se hacían, como ser, muchas sopas de porotos; sopas de arvejas; se asaban las batatas; se hacía polenta con leche —primero se hacía la polenta sola, con agua, y después se le agregaba leche cruda y se comía así—. Se comía la ensalada con tocino frito, por falta de aceite; se cortaba en fetas chiquititas y

cuando estaba derretido se le echaba encima la ensalada y se ponía en la mesa para comer. Con carne, si había, y si no con chorizo nomás. Y si no había chorizo, con charque, porque en esa época se hacía el charque.

Después, para conservar los zapallos mamá los despedazaba; los cortaba a tajadas, los ponía al sol y a la noche los entraba. Al día siguiente los sacaba al sol otra vez hasta que se secaban. Después, para ponerlos en la comida los dejaba en remojo, entonces se volvían a ablandar y con eso hacía la sopa.

Allí casi toda la comida se hacía en casa. Se hacía el pan en casa —imagínate, el panadero pasaba cada ocho días—. Teníamos la mesa a propósito: como si fuera una batea, con la tapa arriba. Se hacía el pan para ocho días y ese pan, duro o no duro, había que comerlo igual. Mamá cocinaba el pan en un horno que había hecho papá, de ladrillos, revocado en barro. Una vez cocinado, el pan se dejaba enfriar. Cuando estaba frío se lo ponía en esa mesa, adentro, y de allí se iba sacando para comer.

Nosotros en Traill teníamos que comprar la leña para cocinar. El patrón no nos dejaba cortar los árboles. En aquel tiempo no era como ahora, que todos los colonos tienen su montecito para la hacienda. Antes plantaban cada en cuando un paraíso para sombra de los animales, y para ellos, para leña en la cocina. Un año podaban de un lado del potrero, y al otro año, o a los dos años, podaban la hilera del otro lado. Cada uno o dos años iban podando de un lado y del otro, pero el mediero no podía cortar esos árboles, eran para el patrón. Entonces nosotros, cuando se hacía la cosecha, emparvábamos la paja del lino, y con eso y un poco de yuyo —unos yuyos blancos, gruesos, que ya no me acuerdo el nombre, que también sirven para leña cuando están secos—, calentábamos el horno para hacer pan. Poníamos la torta, que le decíamos, que era la bosta de vaca seca. La bosta de vaca, cuando se seca, queda una cosa dura, y si vos la ponés en el fuego te hace brasa y calienta. Entonces mamá ponía cuatro o cinco de esas tortas en el horno, arriba de la paja del lino y los yuyos —y de la poca leña que ponía— y con eso calentaba el horno. Después se limpiaba bien con una bolsa limpia, se tapaba y se horneaba el pan.

A veces nosotros íbamos de algunos colonos que ya tenían montes grandes y les pedíamos permiso para levantar esos pedazos de leña que

las tormentas tumban. Algunas veces veníamos en casa con una carrada de leña que juntábamos así. Teníamos que pedir la leña, o comprar, porque el patrón no nos daba. Todo era del dueño. La casa, las herramientas, los animales. Nosotros no podíamos tener animales nuestros aunque hubiéramos tenido plata para comprarlos, que no teníamos. Lo único que teníamos nuestro era el sulky. Lo demás era todo del dueño.

Otra cosa no nos limitaban. Nos dejaban ir a trabajar a otro lugar, por ejemplo. José, que trabajaba ahí, sembraba y después iba a hacer otros trabajos a otra parte. Con papá, por ejemplo, de albañilería. Salían y nos les decían nada. Pero cuando había que arreglar los alambrados, o cuidar los animales, o arreglar el molino a viento, entonces ya no los dejaban salir. Aunque molino a viento, allá en Traill, no teníamos. Teníamos el malacate.

El verdulero pasaba de vez en cuando, y había años que no se podía tener toda clase de verduras. Pero papá, que era muy quintero, siempre traía semillas del pueblo para sembrar en la quinta —cuando íbamos, porque estábamos a seis leguas del pueblo—. Yo me acuerdo, cuando fui un poco más grandecita, que le íbamos a robar las zanahorias; las lavábamos y las comíamos crudas. El se daba cuenta y se enojaba...

Los huevos que sacábamos de las gallinas que teníamos se comían, porque no había suficiente para vender. No quedamos muchos años en Traill. El gallinero era chico. Cuando uno está muchos años en un lugar se defiende más con las cosas.

Además de las vacas y las gallinas teníamos chanchos, para carnear todos los años. Ahí se hacían los chorizos, que era lo que salvaba a mamá para tener carne cuando no venía el carnicero, que venía también de cuando en cuando, una vez por semana. Y no había heladera, así que había que darse maña para comer carne.

Me acuerdo que salían con la escopeta al campo, al monte, porque allí en Traill había bastante monte todavía. Allí ellos cazaban, por ejemplo, mulitas, liebres; cazaban peludos, bichos, en fin, para comer. Y si no, muchas veces nos hicieron comer lechucitas por perdices... Una vez vino el tío Luis Bianciotti y nos mandó a todos a la fiesta del pueblo y él se quedó en casa. Dijo que él iba a hacer la comida. Le preguntaron qué iba a hacer y dice:

— Voy a cazar una liebre.

Cuando llegaron de vuelta tenía un guiso de

papa flor y flor. Todos comieron, lo felicitaron por la comida rica que había hecho y cuando se levantaron les dice:

— ¿A que no saben qué comieron?

— Y, comimos la liebre que vos trajistes, dice el tío Miguel.

— No, comieron el gato que había acá... (ríe).

El tío Luis tenía muchas travesuras así, que ahora no me acuerdo.

* * *

Para conservar un poco la carne, y para no carnear las gallinas, que después le iban faltando, mamá la cocinaba, por ejemplo, en estofado. O si no la hervía. La hervía, la envolvía y la ponía en el fondo de un balde. Y en ese balde ponía la manteca, por ejemplo. Porque ahí nosotros poníamos la leche a descremar en el sótano. Arriba de la leche se forma la crema, entonces nosotros sacábamos esa crema y hacíamos la manteca. Cuando se podía, porque no siempre había leche para hacer eso.

Otra cosa que hacía mamá era dejar cuajar la leche, y después mezclaba la leche que ordeñaba a la mañana con el suero del cuajo, de la leche cuajada, y lo ponía en un lugar fresco hasta el otro día, tapado, para que asiente. Entonces al otro día le sacaba la crema de arriba y quedaba la cuajada, que ahora le dicen yogurt. Eso es bueno. Eso nos daba, y nosotros comíamos.

Después, con lo que sobraba, agarraba un lienzo y lo volcaba adentro. Allí goteaba todo el suero y quedaba como una torta blanca, que era la cuajada seca. Agarraba un poco de eso, lo ponía en un plato y hacía una ensalada con ajo y un poco de perejil. Después le volcaba dos o tres cucharadas de crema, un poco de queso, y nosotros comíamos eso como si hubiera sido un manjar.

Ahí en Traill pasamos un momento muy malo, muy bravo. Mamá podía comprar pocas cosas. Eramos todos chicos. Papá era un hombre que tomaba mucho. Lo que ganaba se lo tomaba, y las pocas monedas que traía no le alcanzaban a mamá para atendernos a nosotros. Entonces ella trabajaba medio día de una vecina, y medio día estaba en casa. Eso es lo que pasaba cuando yo era chica.

Un día, yo era un poco más grandecita y José, mi hermano, que trabajaba de peón con el mismo patrón que nosotros, me mandó a buscar algo. No me acuerdo qué cosa. Algo para arreglar el alambardo, me parece. Mamá demoró en dármelo y yo

volvía despacio. El me gritaba de allá:

— ¡Corré, corré!

Y yo, nada. Claro, era chica, iba distraída mirando una cosa y otra. Cuando llegué agarré lo que le llevaba y me dijo:

— ¡Vos te merecés esto!

Y me largó un latigazo que me lastimó la pierna. Flor de latigazo. Recuerdo eso porque me quedó impactado. Así era José, bastante malo. Era el que más nos prepeaba a todos los hermanos. Espirí era gritón, pero era muy difícil que me pegara, muy difícil. Y Luis era más bien juguetón, nos hacía travesuras pero siempre fue bueno con nosotros.

Era muy compañero con nosotras. A veces nos llevaba al baile. O cuando estaba en casa nos conformaba, nos tocaba la guitarra, cantaba. El empezó tarde a bailar, a los veinte años recién. Nosotras ya bailábamos y él todavía no. Yo empecé a los trece, y cuando ya bailaba bien, a los quince, más o menos, él me decía:

— Che, enseñame a bailar el vals. Tengo ganas de aprender el vals.

Las demás piezas ya las bailaba bastante bien, pero el vals todavía no. Entonces, a la claridad de la luna, ponía el fonógrafo y bailábamos el vals.

Teníamos cuatro leguas y media, cinco leguas, para ir al baile, y teníamos que ir en sulky. A veces me decía:

— Andá a buscar el caballo vos y traelo. Atá el sulky y te preparás. Te llevo al baile esta noche.

Entonces el señor se bañaba, se afeitaba, mientras yo hacía todo el trabajo. Cuando terminaba, él decía:

— Oh, me olvidé que tengo que buscar a Fulano de Tal para llevarlo al baile, así que no te puedo llevar...

Y yo me tenía que quedar nomás... Era así, juguetón, pero era bueno.

Otra vez agarró el sulky y los cargó a Julieto, Inés, Adelina. Yo no quise subir porque era más grandecita y ya lo conocía a mi hermano. Mamá no estaba en casa. Y él empezó a dar vueltas a todo lo que daba alrededor de la parva. Pero resulta que en la parva había una parte que tenía como si fuera un escalón, porque teníamos un cuchillo para cortar el pasto de la parva derecho. Iban cortando a medida que iban sacando para los animales, entonces en la punta de la parva había quedado un alto más o menos de sesenta centímetros. El fue y pasó sobre eso con la rueda. ¡Ay, no sabés los tumbos que hizo el sulky con los chicos arriba! No se dio vuelta porque Dios fue grande. ¡Yo me

agarré un susto! Mirá, no lo mató ese día porque no lo pudo agarrar... Así era Luis, muy travieso.

Otro día nosotros estábamos jugando. Yo era chica todavía. Estábamos jugando con Asunta y otras dos pibas, que eran las de Bértole. Jugábamos a la casa, a las señoras, porque ahí no había juguetes todavía. Nosotros imitábamos a las madres, imitábamos los trabajos de los padres, lo que se hacía en la casa. Hacíamos como que venía la visita y preparábamos la mesa. Hacíamos la comida y esas cosas. Entonces fuimos a buscar un poco de pan que nos daba mamá, para invitar a comer a la visita... Cuando llegamos a la mesita que habíamos preparado, encontramos que él había ido al excusado y había puesto en el plato lo que había hecho, bien en el centro de la mesa. Esa era la torta...

— ¡Ahí tienen la torta...!

¡Se armó una! Nosotras nos largamos a llorar. Mamá vino y lo corrió, y el desgraciado se mataba de risa. Tenía cada ocurrencia... Nos hacía una por color.

Me acuerdo que una vez Marieta estaba de Perren y se vino en casa. Luis le dice:

— A que no sabés montar ese caballo.

— Pucha que no voy a saber, mirá..., dijo la otra, y se plantó encima del caballo. En pelo, sin riendas ni nada. Y él le pegó un latigazo. ¡Salió el caballo al galope todo alrededor del potrero, y ella prendida de las cinas, con el cabello largo que le iba volando, atrás! El otro a las carcajadas, y mamá rezando...

Una noche, que no me olvido más, mamá había hecho huevos fritos con bifés. Papá había llegado chispeado, y se agarraron a pelear con Espiri. Luis estaba en la mesa. El, mientras los otros peleaban, se comió su bife con los dos huevos fritos. Los otros seguían peleando. El agarró el plato de Espiri y se lo comió también. Cuando los otros dejaron de pelear, que fueron a la mesa, no había más comida. ¡El tipo se llenó la panza y se mandó a mudar! Y los otros quedaron echándose la culpa. Tuvieron que comer chorizo esa noche... (ríe).

* * *

De Traill nos vinimos a Margarita. Estuvimos poco, uno o dos años, porque ahí no teníamos ni harina para hacer el pan. Pagaban muy poco. A José le pagaban como peón. A papá le daban un tanto por ciento de las ganancias que hacían. No me acuerdo cuánto era pero era poco. Entonces nos vinimos

a Margarita otra vez.

Ahí papá se puso definitivamente a hacer el albañil. También la pasamos bastante mal porque papá se puso peor que en Traill. Allá había días y días que no había vino, en cambio en Margarita tenía vino cuando él quería.

Mamá volvió a conseguir trabajo de Victorio Germano, y también le ayudaba a la señora, en el hotel. Yo habré tenido ocho años, más no tenía. Mamá trabajaba medio día en el hotel, y todos los días, a las doce, traía la comida que le daba la señora. Traía puchero, sopa, en fin, todas esas cosas que a ellos les sobraba porque ya no venía más gente. Ahí también la pasamos bastante mal. Muchas veces no alcanzaba para todos.

* * *

Allí fue donde mamá me mandó a la escuela. Nos empezó a mandar a todos. A Luis, Asunta, yo, que era la más chica. El director del colegio, que era maestro también, porque el pueblo era chico y hacía las dos cosas, tenía una hija de veintidós años que era maestra y estaba sola. Esta chica le decía a mamá:

— ¿Por qué no me deja a Camila? Yo se la voy a criar y siempre le voy a decir cuál es su familia. No la va a perder...

Pero mamá tenía miedo que me quitara el cariño y le dijo que no. En ese interín vino a buscarme la tía de María Juana.

Hacía tres meses que yo iba a la escuela y me gustaba de alma. Cuando cantaban el Himno Nacional me ponían la primera. Cuando hacían el desfile me ponían la primera. Era una escuelita chica, iban chicos pobres, sin guardapolvos, algunos descalzos. Tenía una sola aula. A la mitad le daba clases el director, y a la otra mitad la hija. A la mañana él y a la tarde ella. Eran ellos dos solos, de lo que yo me acuerdo. Después me llevó la tía y no me mandó más a la escuela. Así que yo, todo lo que fui al colegio fueron esos tres meses.

Aprender a leer, ahí, no aprendí, pero era tanto lo que me gustaba que después agarraba las revistas, iba de uno y le decía: leeme esto. Iba del otro: leeme esto. Iba de otro: leeme esto. Y así aprendí. Francamente aprendí así, porque yo a la escuela no fui más.

Mamá tenía muchos hijos, todavía no éramos los diez pero le faltaba poco. Entonces vino la tía Girauda y le dijo:

— Ya que tenés tantas chicas, vos, por qué no

me das una a mí que yo te la mando a la escuela, te la mando a la doctrina...

Te la mando aquí, te la mando allá. Entonces mamá me sacó de la escuela y me mandó con ella a María Juana. Pero resulta que cuando llegué allá, los que ella mandaba a la escuela eran los tres nietos que tenía, y a mí me hacía quedar en casa para cuidar la vaca y limpiar la cocina. Así que yo a la escuela no fui más.

Ahí habré tenido unos ocho años. Apenas podía levantar las cacerolas. Tenía que subir a un banquito para lavar los platos. Me ponían un banquito, yo me paraba ahí arriba y lavaba los platos. ¡Pero guay con romper un vaso! ¿no?, porque el día que rompía un vaso algún castigo me daba. La limpieza en sí de la casa yo no la hacía. Tender las camas, todo eso, lo hacían las nietas de ella, pero a lavar los platos de la cocina me ponían a mí. Como a ellas no les gustaba ensuciarse las manos y refregar, me ponían a mí...

Yo tenía que barrer el patio, lavar la vereda, limpiar la cocina, los mandados, cuidar la vaca en la calle. Ella estaba ahí en María Juana, en el pueblo, pero tenía el campo que le había sacado a la nona y el que había comprado ella. Tenía campo y tenía máquina trilladora. Tenía vacas también, entonces no quería comprar la leche en María Juana y llevaba una vaca con el ternero chico. Allí tenía un potrerito chico, de unos veinticinco metros, para ponerla a la noche, y a la mañana la ordeñaba.

Una vez que la ordeñaba, yo tenía que agarrar el ternero de la correa y salir. Salía por la calle y la vaca venía atrás del ternero, adonde yo iba. Venía caminando y comiendo. Yo iba, me sentaba abajo de un paraíso y esperaba que la vaca comiera. Así hasta las doce. A las doce volvía otra vez con el ternero y la vaca. Ella encerraba el ternero, comíamos nosotros, y después, a la tardecita, volvía a sacar la vaca y el ternero a pastar, que le dicen. Así todos los días. Cuando llovía le daba pasto seco, alfalfa seca, que siempre había en el galpón. Eso era cuando ella estaba en María Juana, que me tenía a mí de boyera, como quien dice.

Porque ella le dijo a mamá que me iba a mandar a la escuela pero era mentira. Nunca me mandó, ni al colegio ni a la doctrina. Tal es así que un día vino un circo en el pueblo. Los nietos de ella iban todos a la doctrina y a la escuela. Cuando vino este circo, el cura les dio la entrada libre a todos los chicos que iban a la doctrina. Entonces ese día ella me mandó también a mí. Allí sí me mandó.

Nunca me había mandado, y ese día me mandó para no tener que pagarme la entrada.

Yo no quería ir, por supuesto. Tenía vergüenza, tenía una vergüenza bárbara. ¡Si yo nunca había ido, cómo iba a presentarme porque el cura me pagaba la entrada al circo! No quería ir. Lloraba.

— ¡Vas a ir igual!, me decía.

Y tuve que ir. Los nietos de ella se reían. Claro, sin ir a la doctrina, ni a la escuela, ni nada, aprovechaba ir ahí... Entonces cuando llegamos a la iglesia me escondí detrás de la puerta. Todos los chicos fueron al frente y yo me escondí atrás de la puerta, llorando. No tengo vergüenza de decirlo.

Ahí estaba, llorando, y el cura me sintió. Y como me conocía, y conocía a la tía, que era una arpía, esperó que los chicos llegaran al frente, para la doctrina, y vino a buscarme. Yo ya me estaba por disparar. Vino y me dijo:

— ¿Qué te pasa?

— Usted me conoce..., le digo.

— Sí, sí, ya sé quien te mandó. Tu tía, esa vieja...

Me agarró de la mano y me llevó:

— Vení, no te aflijas, me dijo. No te aflijas, que yo sé lo que pasa ahí. Vení conmigo, nadie te va a decir nada.

Me llevó adonde estaban los otros chicos, pero adentro, a la sacristía. Pasamos enfrente de todos los chicos y me dejó en la sacristía. Allí me tuvo hasta que fuimos al circo, y siempre me llevó de la mano, no me largó más. Después se sentó al lado mío, con todos los chicos. Bueno, vi el circo y después ya nos fuimos en casa. Los otros se burlaban porque a mí me había llevado el cura de la mano. Cuando llegamos los otros se reían y yo, claro me largué a llorar. Mañapina los sacó con el talero, después cenamos y me mandó a la cama.

Ahí fue otra vergüenza que me hizo pasar esta mujer. Yo no sé por qué me lo hacía. ¡Y yo diciéndoselo a mamá! Pero mamá nunca hizo nada. Yo creo que era porque era chica, y ella no le creía a los chicos, creía que yo le mentía.

Pasaron unos cuantos meses. Ya era más grandecita yo, ya tenía más mañas también... Y un día me dice:

— Hoy te vas a quedar sola porque tengo que ir a ver a los peones.

Y yo:

— Bueno —porque yo, todo lo que ella decía era: "bueno". ¡Qué iba a hacer!— Cuando se iba al campo siempre me dejaba sola. Me ponía algo de comer arriba de la mesa de la galería y se iba.

Cerraba la puerta y se iba. Me dejaba afuera. Me dejaba un pedazo de pan y un pedazo de queso, y eso era lo que yo tenía para comer a las doce. Y con eso pasar la tarde hasta la noche, así que yo no comía más nada hasta que ella no llegaba de vuelta.

Pero al lado de la tía había una vecina que me quería con locura. La Bocha, que todavía existen las hijas en María Juana. Bien pegada a la casa de la tía. Y cada vez que la vieja se iba al campo ella me llevaba a su casa.

— Dejala que se vaya esa vieja, vos vas a venir a comer con nosotros, me decía.

Eso me acuerdo bien, que yo lloraba de alegría. Me llevaba adentro, me daba de comer y después jugaba con las chicas y pasaba la tarde.

Y esa vez la vieja se fue y dejó una ventana abierta. En la mesa había una frutera, toda con naranjas, bien a la vista. Yo las miraba y les tenía ganas. La señora me había dado de comer a las doce pero yo igual quería las naranjas. Y como le tenía tanta bronca a la tía, fui a la ventana y probé de entrar. Probé a ver si pasaba la cabeza por los barrotes y no había caso, no pasaba de ninguna forma. Y por ahí, tanto probar, pasé la cabeza, pasé el cuerpo, fui y saqué dos o tres naranjas —ya no me acuerdo cuántas— y salí disparando afuera otra vez. Fui al galpón y me las comí, y para que no viera las cáscaras las tiré en el excusado.

Cuando ella llegó tenía las naranjas contadas y se dio cuenta que le faltaban.

— ¡Así que vos me robastes naranjas!

— No, le dije. Yo no robé nada.

— ¡Sí, me robaste vos! ¿Quién va a ser sinó?

— Usted dejó la ventana abierta. Alguno de los chicos tiene que haber entrado.

— ¡Vení acá!

Me agarró la cabeza y probó a ver si pasaba por los barrotes. Pero probó derecho, y yo había entrado medio al cejo, así que mi cabeza no pasó. Como yo sabía que no iba a pasar la dejaba no más y me reía entre mí.

— ¡Entonces es otro guacho que vino!

Y ya empezó a pelear con la vecina, porque ella también tenía hijos. Y yo, calladita, con las naranjas en la panza... (ríe).

Si me descubre me daba una paliza en forma, porque tenía el talero detrás de la puerta y enseguida nomás lo agarraba. El talero atrás de la puerta tenía Mañapina. Ella no iba con vueltas, y no era un chirlo nomás, ¿no...?

Un día los nietos habían hecho una travesura y

me dieron la culpa a mí. Siempre me echaban la culpa y yo la ligaba. Ese día Angelito, el que era de mi edad, hizo un muñeco, y en el muñeco le puso ya sabés qué, y lo dejó encima del aparador. ¡Para qué! Cuando lo vio la vieja me dieron la culpa a mí y la ligué yo. Ahí me enojé.

— Bueno, no me vas a ver más la cara, dije entre mí.

Después se lo dije a Angelito, Petronila, la negra:

— Yo me voy a disparar.

Ellos fueron y se lo dijeron a la vieja. La vieja me dijo:

— ¡Cuidado con disparar que te voy a hacer agarrar con la policía!

Yo no hablé:

— Son mentiras.

Pasó un tiempo y otro día me dice:

— Vamos a ver a tu madre. Te quiere ver.

Mamá había mandado decir con la hija de ella, que era mi madrina, que quería verme. Entonces fuimos, pero yo ya iba con la intención de no volver más.

Fuimos de la abuela, que ya estaba casada con el tío José Bianciotti.

— Te dejo aquí de la nona Camilota, tu madre va a venir a verte acá, me dice la vieja.

Me dejó de la nona y ella se fue a comer de la hija, que no estaba muy lejos, quinientos o seiscientos metros.

Ni bien se fue yo le conté todo a la abuela.

— Esperate que yo te ayudo, me dijo ella.

Al ratito cayeron papá y mamá. Papá ya estaba medio chimeado. El nunca la quiso a Mañapina. Cuando afilaba con mamá, ella quería a toda costa que se casara con su hija, pero él no la quería y se casó con mamá. Después la vieja, para colmo, se quedó con todo, así que no la podía ni ver.

— ¿Por qué no querés ir más? dice mamá.

— Porque ella es mala conmigo.

— ¡Claro que no tiene que ir! ¡No quiero que la mandes! ¡No pises más de esa vieja!, dice papá.

— No, dice mamá. Yo quiero que vaya porque ella la va mandar a la escuela...

— ¡Si no me manda!, le dije yo. ¡Si no me mandó nunca, menos me va a mandar ahora que soy más grande!

La nona me dio la razón:

— No vayas más con esa porquería, es una bestia.

Mamá se enojó y la retó, y la nona le contestó:

— Si vos tenés el coraje de dejar que te maltra-

ten a tu hija así, yo no.

Entonces mamá se calló y no dijo nada.

Cuando la vieja volvió yo estaba abajo de la galería. No comí ni la merienda esa tarde, no comí nada. Ni bien se bajó del sulky empezó a pelear con papá. ¡Una pelea única tuvieron los dos viejos ahí! Papá la agarró de la ropa y la empezó a estrujar, y cuando vi que ella le pegaba en la cabeza fui corriendo, y de la bronca que le tenía le agarré las polleras de atrás y tiré para abajo, se la arranqué y salí disparando. La venganza mía fue esa...

Disparé y pasé por la cocina, y la finada abuela me dice:

— ¡Andate, andá por el potrero que yo no voy a decir nada. Andá, escondete!

Fui y me escondí lejos, bien agachada entre medio de los pastos, atrás de un bebedero.

Primero me llamó mamá:

— ¡Camila, veni Camila...!

Y yo, nada, porque Camila no iba a ir más seguro... Bueno, ellos se fueron y al rato salió la vieja a buscarme. Fue atrás del galpón:

— ¡Camilota, vení! ¡Vení, vamos en casa que te doy las masitas...!

Te doy esto, te doy aquello. Y yo nada, acostadita nomás en el suelo. No estaba muy lejos de donde yo estaba escondida, pero claro, yo estaba entre los yuyos y ella no podía entrar con las polleras que le arrastraban. Yo la escuchaba y decía:

— Andate nomás, vieja, lo que soy yo no voy a ir más con vos seguro...

Y así fue, se tuvo que ir y yo no fui más. Recién cuando la nona me llamó salí y fui para allá.

A los tres días volvió otra vez a buscarme. Entonces yo ya estaba en casa, porque mamá me había prometido que no me iba a mandar otra vez. Y así fue. De allí no la vi más, porque yo no la quería ni ver a esa vieja.

* * *

Cuando tenía más o menos once, doce años, que ya estábamos de Aira, viene un día el tío Miguel y le dice a mamá:

— Pinota, vengo a buscarte porque la tía está grave, está por morir.

Cuando yo lo sentí, que Dios me perdone, ¡pero fue tanta la alegría!, que me salió de adentro:

— ¡Bien hecho, que *crepe* enseguida...! (ríe).

Mamá me largó un cachetazo a la cabeza.

— ¡Y vas a venir conmigo a pedirle perdón!

— ¿Perdón? ¡Yo no voy nada!

— ¡Sí señor, vas a venir!

Y tuve que ir, porque era autoritaria mamá, algunas veces.

Cuando llegué allá y la vi a la vieja sentada en el sillón, bien tirada para atrás —es un pecado lo que digo—, con los pies que le chorreaban el agua, la miraba y decía entre mí, solita:

— ¡Tan mala... Vas a reventar... Vas a dejar de joder... Bien hecho!

Le salía el agua por abajo de los talones, porque tenía una enfermedad que la sangre se le vuelve agua, la hidropesía. Le salía el agua por abajo de los pies, y chorreaba. La quedé mirando un buen rato. Ella me miraba, pero no hablaba más. Me miraba, y yo la miraba, y por adentro me reía, contenta... Después me fui afuera y no quise más ir a verla. Y la vieja murió.

Que Dios me perdone, pero a mí me ha hecho tanto daño esa mujer que no puedo recordarla bien ni hoy todavía. A veces voy a misa y quiero rezarle para ella y no puedo. Tanto es el daño que me hizo...

* * *

Después quedamos en Margarita hasta que yo tenía, más o menos, diez años. A Marieta mamá ya la tenía de sirvienta. Asunta ya iba de niñera también. José trabajaba de cadete en el negocio y Espiri hacía mandados en un taller. Entonces a papá, uno que era colono, de Margarita, y había comprado un terreno en Córdoba, lo llevó como capataz. Ahí era para atender a los peones que desmontaban y para arar el terreno que ya estaba desmontado. Ahora no me acuerdo más si era del otro lado de San Francisco, cerca de Freyre, por allá.

Quedamos poco también allí. Quedamos hasta que la tormenta nos llevó el techo. Yo esa noche que la tormenta le llevó el techo a mamá no estaba en casa. Estaba en la casa del patrón, durmiendo con la hija. Tenía una hija más o menos de mi edad y siempre íbamos y veníamos, y esa noche yo estaba durmiendo allá. Y el hijo de ellos, que era muy amigo de Espiri, vino a dormir con él.

Cuando el techo se voló, la pared le vino encima de la cama donde estaban ellos. Suerte que las camas de antes eran altas, de hierro, y la pared cayó encima del respaldo y se quebró. Espiri quedó en el suelo, porque él sintió y se tiró abajo de la

cama, pero el otro quedó abajo de la pared y gritaba. Mamá había metido a Carlitos abajo de la mesa. A Adelina también la puso abajo, y empezó a sacar los ladrillos para poder salvar al muchacho. Cuando lo sacó estaba semiasfixiado. Para ella eso fue una lección, porque después nunca más nos dejó ir a dormir a otra parte, ni agarró más chicos a dormir en casa.

Claro, al llevar el techo la tormenta, nosotros nos quedamos sin casa. Entonces, ¿a dónde ir? Mamá no quiso quedar más en Monte Cevedo —me parece que existe todavía ese nombre— y dijo:

— Vamos con los parientes, por lo menos tenemos donde refugiarnos.

Entonces agarró a los dos más chicos, que eran Adelina y Carlitos, y se vino a María Juana. A nosotros nos dejó allá con papá, porque él quería quedarse en el pueblito.

Pasaron ocho días y papá vio que mamá no volvía y no volvía, entonces agarró todos los muebles, nos cargó en el tren y nos vinimos todos.

En esa época yo cantaba, me gustaba cantar, cantaba lindo, y en el tren como el viaje era largo —veníamos hasta la Estación María Juana, ahí bajábamos—, papá me dice:

— ¿Por qué no cantás?

Claro, como el tren venía lleno de italianos, él me hacía cantar el *Mazorín di fiore...* Cantá ésta, o aquélla, todos cantos italianos. Y a los otros les gustó tanto cómo cantaba que pedían ellos las canciones, entonces papá me ayudaba a cantarlas, y mientras tanto chupaba. Porque los otros comían y tomaban vino. Me hacían cantar a mí, me daban regalos, y le servían vino a él, entonces él chimpaba... Ese es el recuerdo que tengo de papá. ¡Cuando llegamos no podía caminar de la chupa que tenía...! (ríe). Eso me acuerdo todavía y me veo en el tren...

* * *

Yo aprendí a cantar de mamá. Siempre cantaba. Dejé de cantar después que tuve los hijos, que siempre le digo eso a tu hermano, al Neco. ¿Por qué? ¡Tanto que me gustaba cantar de joven...! ¿Qué me impactó? No sé. No sé por qué, pero yo dejé de cantar. Marieta canta ahora todavía, pero a mí no se me da más por cantar.

A mamá le gustaba mucho cantar. Era una mujer muy alegre. Tenía sus ratos, como los tenemos todos, pero siempre fue una mujer muy

bueno. Era muy trabajadora, muy cumplidora, muy amable con la gente. Cuando podía hacer un bien lo hacía. Tan es así que para ella todas eran amigas. Por eso en María Juana la querían tanto. Hoy mismo, cuando hacen hacer una misa para ella, van todas las viejas todavía; todas, porque la querían muchísimo. Ella iba bien con todos, y nunca estaba triste, a pesar de la vida que llevaba, que no era fácil. Tenía que trabajar ajeno, porque papá no traía, y lo que ganábamos nosotras, nomás, de sirvientas... Vos sabés que antes se pagaba poco al personal.

Trabajaban los muchachos, trabajábamos nosotras de sirvientas, se lavaba y se planchaba en casa, se hacían de todos trabajos pero, ¡qué va a hacer! Cuando no hay control en la casa, control estricto, no se puede. Y cuando los muchachos empezaron a ser grandes, la plata que ganaban se la metían al bolsillo. Así que era lo que ganábamos nosotras nomás, las chicas, porque las chicas siempre le dimos la plata a mamá, pero los varones no. Los varones, cuando ya empezaron a hacerse su bolsillo, se fueron de casa y se terminó.

Sí, mamá ha sido una mujer muy alegre. Siempre estaba canturreando. O rezando. Una de las dos estaba haciendo. Cuando no era un canto era otro. Cuando no era una risa era un chiste. Cuando no era un chiste era un beso. Y después, muy compañera. Pero con el nono, era otra cosa.² Porque al nono le gustaba chupar, y ella le tenía bronca a los que chupaban, igual que yo. Entonces cuando el nono llegaba borracho y le decía algo, ella saltaba enseguida y le contestaba. El nono se enojaba y ahí empezaban los líos.

Papá le pegaba a mamá. Una vez sacó la tapa de un tarro de los chorizos en grasa, que estaba en la cocina, y se la tiró en la cara, que le hizo un tajo en la frente. Yo justamente entraba y la vi en el suelo, toda llena de sangre, porque quedó como desmayada. No sé... No sé cómo me contuve. Era chica, habré tenido doce años, que si hubiera sido grande no sé lo que le hago esa vez.

Después papá se acostó. Al día siguiente, cuando se levantó, la vio a mamá así, toda vendada, y le dice:

— ¿Qué te pasó?

Y entonces mamá le dijo:

— ¿No se acuerda lo que me hizo?

— Yo no te hice nada.

— ¡Cómo no! ¡si me tiró con la tapa de los chorizos...!

— No puede ser, ¡yo no lo hice!

Salté yo y le dije:

— ¡Sí señor, lo hizo usted y casi la mata!

Eso fue lo que pasó ese día. Después le pedía perdón y lloraba, pero mientras el mal ya lo había hecho.

El nono era un hombre de doble personalidad: cuando estaba fresco era un santo, pero cuando estaba borracho era un demonio. Cuando él estaba borracho en casa nadie dormía, nadie vivía tranquilo. Continuamente peleando, continuamente insultando. Era algo fatal. Eso le hacía el vino a papá. Cuando estaba fresco era un pan de Dios, por eso uno le perdonaba muchas cosas. ¿Por qué mamá lo quería?: porque cuando estaba fresco era un hombre bueno. Le ayudaba a hacer la comida, le ayudaba a limpiar, era divertido, alegre. Pero cuando estaba borracho... ¡Dios mío! El vino lo perdía.

¡Mirá cómo habrá sido que una vez le tiró a Espiri con la escopeta...! Espiri y Luis tenían una escopeta colgada en la pieza, cargada. Ellos iban a la cañada a cazar y la tenían siempre lista. Una vez papá se enojó con Espiri, no me acuerdo por qué, buscó la escopeta y lo corrió. Lo corría por el potrero. Decí que Espiri fue rápido y se iba escondiendo atrás de los árboles, y el tiro pasó. ¡Al propio hijo, tirarle un tiro! Cuando mamá se lo contó al otro día, que ya estaba fresco, él dijo que no podía ser, que él no podía haber hecho eso. ¡Cómo lo perdía la bebida a ese pobre hombre! Por eso los muchachos nunca le hicieron daño, porque veían que era una desgracia la que tenía papá. Pero a veces los cansaba, y ellos se desquitaban.

Una vez entre Luis y Espiri lo agarraron una noche para darle un escarmiento. Todavía estábamos en la cañada. Ellos se levantaban a las tres de la mañana para sembrar, y papá no dormía. Peleaba y runruñaba y no los dejaba dormir. Hasta que los cansó: se levantaron, lo agarraron, lo sacaron al patio, lo ataron en el paraíso y lo empezaron a bañar. Hacía calor, así que no había peligro que se enferme. El viejo gritaba, peleaba, nos decía de todo, y ellos seguían con el balde. Mamá los miraba pero no les decía nada porque, francamente, tenían razón. Nosotros éramos más chicos, y los mirábamos también, y nos daba lástima. Pero él estaba muy fresco. Esperaba, y dele blasfemiar. Lo dejaron un rato ahí, después lo soltaron y se fue a la cama. Y durmió tranquilamente. Mientras tanto los otros se quedaron sin dormir y se tuvieron que levantar para ir a trabajar. Y mamá no durmió en toda la noche, porque a ella la afectó mucho lo que

le habían hecho los muchachos. Por eso, querido, la vida que pasamos con papá no fue tan fácil. Era un pobre hombre, y a todos nos tocó una parte. Pero no era malo, así que nosotros lo quisimos igual...

* * *

Después que vinimos de Monte Cevedo quedamos poco en María Juana. Me parece que de ahí nos fuimos a San Francisco enseguida. Allí en San Francisco pasamos una vida bastante mejor, porque todos trabajaban y traían algo de plata. Papá seguía haciendo la misma vida. Tenía changas, trabajitos así nomás. Espiri estaba en Tampieri. José estaba en una curtiembre y Luis había quedado en el campo. Mamá lavaba ajeno y traía también. Pero todas las tardes la pobre vieja tenía que ir a buscar al viejo en el calabozo, porque siempre estaba borracho. Todas las noches, con la santa paciencia, tenía que buscarlo y traerlo. Y eso la cansó. No quiso quedar más en San Francisco y pegamos la vuelta otra vez.

Fuimos a María Juana directamente, pero papá no conseguía trabajo, no nos podíamos quedar por él, así que nos fuimos a Margarita. Allí empezó a trabajar de albañil, en una obra, y un día se cayó del techo. Estaban preparando para ponerle las chapas de cinc y se cayó de allá arriba. Porque ya cuando iba a trabajar había tomado sus vasos de vino, entonces... Allí nos agarramos otro susto bárbaro.

Yo tenía diez, once años, y ya empezamos nosotras también a trabajar afuera. A mí me ponían de niñera. En ese tiempo me pasé unos meses lindos con la finada abuelita. Mamá no la podía llevar nunca en casa porque se peleaba con papá, entonces ella quería que yo fuera a su casa. Ellos estaban en el campo, con el tío José Bianciotti. Allí la abuela tenía de todo. Ellos sí, porque el tío José estaba bien. Me pasé unos días lindos con ella, porque era muy buena. Cuando yo volvía a mi casa, a la tardecita —porque era cerca del pueblo donde ellos vivían—, me cargaba el bolso con comida: huevos, queso, leche.

Después fuimos de Aira, ahí en Margarita, de medieros. Estuvimos un tiempo hasta que se nos murieron todas las vacas porque vino la mancha, una enfermedad que ya no existe. Ahí estábamos muy cerca de la cañada y había gente que traía animales enfermos a pastar. Nosotros también llevábamos las vacas, las lecheras, a la cañada

para que comieran, porque había mucho pasto. Y ahí contagiaron. Una mañana nos levantamos todos a ordeñar y cuando entramos al corral vimos dos vacas muertas. Entonces mamá dice:

— Parece que acá hay algo, hay dos muertas, no es una sola.

Cuando fuimos a largar los terneros había uno que temblaba como una hoja y no quería mamar. Enseguida llamaron al patrón y dice:

— No, acá está pasando algo. Voy a Rafaela a buscar el veterinario.

Pero cuando volvió con el hombre a nosotros nos quedaban diez, quince terneros, los demás se habían muerto todos.

Después de Aira fuimos de Perren, en Campo Zurbriggen, por allá fuimos. Papá supo que necesitaban un mediero, fue a averiguar, y era de Julio Perren. Allí puso tambo, como mediero.

Los muchachos ahí sembraban. José y Luis, porque Espiri nunca estaba en casa, siempre iba a trabajar afuera. Asunta estaba con la madrina. Marieta también estaba afuera. La única que estaba con mamá era yo. Pero mamá procuraba turnarnos afuera de la casa: un poco Asunta, un poco yo. Así que fui de niñera. Ya era grandecita, pero lo mismo me puso de niñera.

Me llevó una señora, buenísima, que era la finada Elena Zurbriggen, casada con Teodulo Williner. Pero vivía con la hermana, que era otra arpía, y era la que mandaba la batuta en la casa: la finada Rosa Zurbriggen, que era soltera.

Esa gente sí tenía plata. ¡Hasta pavo real tenían! Andaba por el patio, orgulloso. A mí me gustaba verlo cuando abría la cola. Pero este desgraciado venía y abría la cola siempre justo enfrente de la puerta de la cocina, como si supiera que yo me tentaba. Entonces yo me escondía y de adentro le tiraba la cola, y le arrancaba las plumas. Una vez me vio y me saltó en la cara, que casi me saca los ojos. Encima me vio la finada Rosa. ¡Me pegó una *biava* ese día! Me pegó y, claro, quedé con rabia. De allí ya no quise quedarme. Quedaba con tristeza.

Cuando veía la finada Elena que yo empezaba a sentirme así, media nostálgica, me decía:

— ¿Querés ver a tu familia?

— Y, sí, le decía yo.

Mamá estaba cerca de allí, como a mil metros estábamos nosotros. Entonces me daba el largavistas que había traído de Alemania el padre —porque ellos vinieron de Alemania, los cinco hermanos, que a uno lo mataron los indios ahí, en

campo Zurbriggen, justamente—. Ellos tenían los gemelos cortos y ese largavistas. Entonces la finada Elena, que era una santa, me decía:

— Tomá, ahora que no está Rosa, subí encima del techo y llevate esto, así la ves a tu mamá.

Y así hacía. Subía al techo, me sentaba, y con el largavistas miraba para allá. La veía a mamá, que iba y venía por el patio, y lloraba un rato. Veía a los chicos, que jugaban, y lloraba otro rato. Ella me vigilaba. Pero eso lo hacía mientras no estaba la otra, porque si me veía me mandaba bajar y me sacaba el largavistas.

Quedé un año ahí. Al año mamá me llevó porque hacía falta en casa. Había puesto a Asunta de sirvienta y me llevó a mí, como ya era más grandecita y allí no me pagaban, porque no me daban más que la comida y la ropa, me llevó en casa. A Asunta, que le pagaban, la mandó de sirvienta.

Un día estábamos transplantando plantas con la Rosa y Elena, y me dice la Rosa:

— Andá a buscar agua para ponerle a esta planta.

Yo agarré una palangana y ella me dice:

— No, la palangana no, andá a buscar el balde al tambo.

— No, yo voy con esto, le dije yo, y me fui con la palangana. Cuando vine de vuelta me pegó una cachetada y me dijo:

— Mañana te vas a tu casa.

Y justamente era porque mamá ya le había dicho que me iba a sacar. De la bronca me hizo eso:

— Mañana te vas a tu casa...

Como si me mandara ella, cuando era mamá la que me sacaba.

De ahí estuve en casa una temporada, hasta que vino María Albrecht a pedirme. Mamá no tenía a Inés todavía. Tenía a Julieta, que le estaba dando de mamar. Le daba a él y a Atilio —Atilio Perren, que fue el último hijo del tío Julio con la primera mujer—. Esos dos mamaron de mamá, juntos. Estaba Adelina, que era chica también. Estaba Carlitos, estaba Luis, estaba Espiri. Luis y Espiri tenían el tambo juntos. José no iba al tambo porque era lerdo para ordeñar, entonces a la mañana era mamá la que se levantaba con ellos para ir al tambo. Y a la tarde los muchachos tenían el campo, con José, y allí sembraban.

Habrá tenido veintidos años, María Albrecht. Como era una chica sola, porque el padre era viudo y el hermano se iba a casar, entonces le

hablaron a mamá para que me dejara ir. Asunta o yo, una de las dos, y como Asunta estaba trabajando, mamá me mandó a mí.

Vino el padre a hablar con mamá, Juan Albrecht:

— Déjemela venir. Yo mañana voy a mandar a mi hija para que la vea, así la chica se va acostumbrando con ella.

Al otro día vino María, y la vi tan buena que enseguida fui. ¡Total, estábamos tan acostumbradas a salir! ¡Si andábamos como maleta de indio, nosotras...!

Allí no era mucho el trabajo que tenía. Me pasé una buena vida. Lo único que hacía era buscar las vacas, buscar los terneros, encerrarlos, encerrar las vacas, ayudarles a ellos a apoyar los terneros, y después limpiar un poco la cocina y cebarlos mate. Eran buenísimos conmigo, y me querían mucho. Pero yo creo que toda criatura quiere estar con sus padres, con sus hermanos, y eso llama.

María me mandaba poco en casa, de miedo que yo no viniera más de vuelta. Un día me mandó de la vecina a buscarle algo, y como la casa de mamá no era lejos, agarré y me fui para allá. Demoré un rato bastante largo, y cuando vine de vuelta me preguntó dónde había estado.

— Estuve jugando con las chicas..., le dije yo.

— No puede ser, porque tardaste mucho. Decime la verdad, que yo no te voy a retar; ¿dónde fuiste?

— Fui en casa a verla a mamá, y me puse a llorar.

Entonces el padre le dijo:

— Tiene razón, hace rato que no la llevás.

Don Juan era un pan de Dios. Juan Albrecht, también un gringo que había venido de Alemania.

Pasó un año, más o menos. Creo que tenía trece años cuando salí de allí. En ese interín me hizo pasar la comunión. Para ir a la doctrina me vestía como si hubiera sido una hermana de ella, porque María me adoraba. Pero yo no estaba cómoda, yo quería ir en casa. Pasé la comunión y habré quedado unos tres meses más, hasta que un día vino Asunta a visitarme. Vino de a pie. Cuando se fue me dice María:

— Bueno, andá a acompañarla hasta el monte y después te venís.

Había un monte grande, que le decían el monte de los Zurbrigen, y para llegar en casa de mamá había que pasar al otro lado.

— Bueno, dije yo. Pero en vez de volver me puse de acuerdo con Asunta: ella volvió de María

y yo me fui en casa...

Pero no me animaba a llegar en casa, y me escondí atrás del tambo. Carlitos me vio, entonces fue y le dijo a mamá:

— Ahí está Camila atrás del tambo. Está sentada y no sabe qué hacer, si venir o no. Se le escapó a María.

— ¿Y Asunta?, dice mamá.

— Asunta se quedó allá.

— Y bueno, decile que venga...

Cuando llegué, ya sabés: un reto en forma.

— ¡Y bueno, yo quería venir a verlos...!, le dije yo. Me agarró, me besó, no me dijo más nada.

A la mañana siguiente llegó María Albrecht. Llegó temprano en el sulky, con Asunta.

— Doña Josefa, vengo a buscar a Camila, que ayer se me escapó.

— Es porque vos la traés poco. Traéla más seguido, le dijo mamá. Cuando van a misa los domingos dejenla aquí conmigo, después de vuelta se la llevan otra vez.

Lo que pasaba es que ella quería llevarme siempre junto. Era buena, pero yo ya no quería más quedar. Esa vez pasó, pero al tiempito nomás volví en casa, y de allí mamá no me sacó más. Porque yo cosía, yo le lavaba, le planchaba, le ayudaba a cuidar los chicos, yo iba al tambo —Asunta no servía para el tambo, para coser tampoco, era muy trabajadora, pero para esas cosas no—, y mamá necesitaba una ayuda, porque eran muchos y ella estaba sola para todo. Entonces ella cocinaba y yo me hacía los trabajos de la casa, aunque era joven, tenía trece años.

* * *

Ahí de Perren nosotros sembrábamos trigo y lino, además del tambo de mañana y de tarde. Y además de lavarle la ropa a todos los Perren. Mamá y yo lavábamos. No era sirvienta porque estaba en casa de mamá, pero le lavábamos la ropa. La tina completa, a mano, dele nomás con la tabla... Primero ordeñábamos, después veníamos y hacíamos todo el trabajo de la casa. La comida, todo. Papá har la quinta, y algunos trabajos para el patrón. Espiri, José y Luis araban y sembraban. Pero José nunca iba al tambo.

Un día Luis tuvo que salir, o estaba enfermo, no recuerdo bien, y vino José. Yo habré tenido, ponerle, catorce años, y era bastante ligera para ordeñar. Entonces, a la entrada nomás del tambo, le dije:

- Yo te voy a ganar a vos hoy.
 — ¡Qué me vas a ganar vos, mocosa...!, dice él.
 — Te voy a ganar..., le dije yo.

Asunta era la que apoyaba. Apoyar es cuando largás el ternero, agarrás la vaca y hacés que el ternero le haga bajar la leche. Lo hacés mamar, pero siempre sacándole la teta de la boca: primero una, después otra, otra, así. Sin que chupe mucho, porque si no se lleva la leche él. Después atás el ternero y se pone la vaca a ordeñar. Eso es apoyar. Y como Asunta era lerda para ordeñar —¡cómo será que se le formaba crema arriba de la leche, cuando ordeñaba...!—, ella apoyaba.

Esa mañana le gané a José. ¡Qué bronca tenía! Claro, él tenía que ordeñar las vacas de Luis, que estaban acostumbradas a las manos del otro, entonces le daban poca leche. Fuimos a la tarde y le volví a ganar. ¡De la bronca no fue nunca más al tambo! Tiró el balde y se fue en casa. No volvió más. Todo porque yo le había ganado... (ríe).

La vaca se acostumbra a la mano del que la ordeña. Yo tenía mis vacas acostumbradas a ordeñar cantando. Las que yo ordeñaba —porque cada cual teníamos nuestras vacas— no le bajaban la leche a nadie. Mamá, por ejemplo, tenía las vacas más duras. Hay vacas duras para ordeñar, le sale poco la leche. Ella tenía seis o siete vacas, las más duras. Yo tenía hasta quince. Cada vaca, cuando eran las holandesas, le sacábamos catorce, quince litros. Especialmente las holandesas negras.

Yo alcancé a ordeñar cien litros por mañana, aunque te parezca mentira. Agarraba el banquito, me sentaba abajo de la vaca, y mi vaca tenía el canto. Ordeñando, a mí nunca me sentían callada. Yo siempre cantaba, y la vaca rumiaba. Ella rumiaba y yo cantaba, y me bajaba la leche.

Una vez que yo no estuve fue Espiri a ordeñar mis vacas. Y él era bruto con los animales, era un tipo nervioso, les pegaba. ¡Era de rápido para ordeñar! Las mejores vacas las tenía Espiri, y Asunta le apoyaba a él. Pero cuando él se sentaba abajo de la vaca el animal le tenía tanto miedo que temblaba entera. ¡Les temblaba la carne del miedo que le tenían! Porque si no le bajaban la leche les daba cada *biava* que las dejaba idiotas. Y cuando fue a ordeñar mi vaca a su modo, en vez de darle la leche lo agarró a patadas. ¡Lo pateaba, y no le dio ni una gota! La poca leche que le sacó se la tiró en el trasero, de la bronca:

- ¡Estas vacas yo no las ordeño más!

Tuvo que ir mamá a ordeñarlas. Ella sabía y se daba cuenta, porque el animal ya estaba acostum-

brado a mi modo. Yo las manipulaba tranquila, cantaba, entonces la vaca estaba tranquila y me daba la leche.

A las tres de la tarde se encerraban los temeros. Se apartaba al ternero de la vaca. En un potrero se encerraban los terneros, y las vacas en su potrero. Después, a la una de la mañana, una y media, se levantaba Luis. El primero que se levantaba a la mañana era Luis. A él le gustaba tomar mates y comer un pedazo de pan. Tomaba mates, más o menos, hasta las dos. Ya se levantaba mamá, tomaba unos mates con él y nos despertaba a nosotros. Luis ya se iba y traía las vacas al tambo. Nosotras tomábamos dos o tres mates cada una y salíamos a trabajar también. Luis ya empezaba a ordeñar, porque siempre fue el primero en levantarse. Y Espiri siempre fue el último. El se levantaba y se iba sin tomar mates ni nada. Era el último en entrar al tambo. Y Asunta apoyaba. Mientras Espiri no venía, ella apoyaba a Luis. Cuando llegaba Espiri, ya tenía que apoyarlo a él. Luis se tenía que arreglar solo. Y yo igual.

Se llegó a ordeñar, una mañana, quinientos noventa y nueve litros. Faltaba un litro para llenar el tarro que llegaba a seiscientos. Entre cuatro: Luis, Mamá, Espiri, yo. Quinientos noventa y nueve litros.

En ese tiempo ya teníamos a Carlitos, que tenía sus buenos años, y lo poníamos para agarrar los terneros. Pero era tan haragán, que no había forma de levantarlo a la mañana. Mamá iba con un vaso de agua y le tiraba en la cara. Ahí se levantaba y venía. Pero no hacía más que hacer renegar, porque él, el trabajo... Así que con Carlitos no se podía contar. Y papá, él se quedaba en la cama. Cuando se levantaba iba y se sentaba en la puerta a leer el diario, y de allí nos miraba a nosotros... (ríe). Sin embargo mamá nunca, nunca lo quiso dejar. Nunca. Las mujeres de antes, ¿no? ¡Qué paciencia, qué paciencia...! Tenerle paciencia hasta que murió de viejo... La vida de antes era dura, querido, dura, no te creas...³

* * *

Después Espiri se fue. Salió de nosotros y se fue a hacer el ladrillero. Así que los cuatro que quedamos tuvimos que hacer todo. Teníamos que ir al tambo; llevar la leche a la cremería; cuando veníamos de vuelta había que lavar los tachos y ponerlos boca abajo; desatar los caballos y llevarlos al potrero; y después empezar con los

trabajos de la casa.

Cuando fui un poco más grande tenía que hacer otras cosas también, porque en el tiempo de cosecha José y Luis necesitaban un peón. Había que ir a tirar la sogá de la máquina para hacer los montones de lino. La máquina iba cortando el lino, vos tirabas y hacías los montones, después venían los vagones y los cargaban. A veces, por falta de Carlitos, que no podía ir —o no quería, porque siempre fue un chico que hizo su voluntad, que nadie dominó nunca, igual que su padre—, entonces José me hacía ir a mí a tirar la sogá. Eso lo tenía que hacer yo también, y a la tarde venir a ordeñar otra vez. Esos días, querido, te garantizo que los brazos...

Una mañana Carlitos seguía durmiendo, entonces nosotros fuimos y le atamos el dedo grande del pie a la pata de la cama. Tenía una cama que era de hierro. Después Espiri, de afuera, le pegó el grito:

— ¡Che, Carlitos, vení corriendo, vení corriendo que mamá te necesita!

Cuando el otro se levantó se fue al suelo:

— ¡Así vas a aprender a levantarte cuando te llaman....!

Pero igual no vino a ayudarnos...

Otra mañana le pasamos caca de gallina con una pluma, por abajo de la nariz. Le pusimos una pizquita entre los pelitos de la nariz, cuando él dormía. Cuando se despertó empezó a oler para todos lados, buscando:

— ¿De dónde viene tanto olor?

Y nosotros al otro lado nos matábamos de risa. Eso se lo hacíamos porque nos daba rabia que fuera tan haragán. Cuando fue un poco más grande mamá se lo dio a Espiri.

En ese tiempo el finado Julio quería agrandar la casa y entonces puso a papá de albañil y a Espiri a hacer los ladrillos, porque Espiri sabía trabajar en ladrillería. Papá trabajaba de albañil y de quintero, ahí de Perren. Sembraba papas, zanahorias, choclos, chauchas, toda clase de verduras, porque ahí todo se cosechaba en casa. El hacía ese trabajo y nosotros seguíamos con el tambo y sembrando lino. Se sembraba un poco de maíz, y después nada más que lino. Y yo le ayudaba a mamá. Mamá hacía las comidas, que eran más o menos como las de ahora. Hacía la polenta con pollo, polenta con pato, papas y choclos que se cosechaban allí, porque papá traía la verdura de la quinta. Tenía tres cuadras para quinta.

Espiri le hizo dos hornos de ladrillos al finado

Julio, y se los quemó. Y para hacer el barro, ellos ponían una tropilla de caballos a dar vueltas en la cancha, que le llamaban. Cuando estaba el boyero los hacía dar vueltas por adentro, a caballo, daba vueltas con toda la tropilla. Y si no de afuera, con el látigo. Un día Espiri, sin querer, puso un caballo entero —que vos sabés muy bien lo que es, un padrillo— junto con los otros animales, caballos y yeguas, allí adentro. Cuando este animal se encontró encerrado ahí, empezó a pelear con otro caballo. Y en una patada que le tiró lo agarró a Carlitos de lleno en la cara y lo desmayó en el barro. Suerte que lo vieron, que si no los caballos lo matan.

Lo levantaron, lo llevaron a la casa, lo lavaron bien y ya lo llevaron a Plaza Clucellas. Allí llamaron un médico de Rafaela, porque creían que tenía una conmoción cerebral. No daba vida. Los ojos no los perdió, la vista estaba, pero le aplastó la nariz completamente y le sacó todos los dientes. Cuando el doctor lo curó le levantó el cartilago y le acomodó la nariz como pudo, pero vos te acordás cómo le quedó aplastada, porque francamente quedó desfigurado, pobrecito.

Cuando pasó eso yo estaba otra vez de sirvienta. Había ido de Juan Zurbriggen. Estuve cinco o seis meses. Cuando volví, mamá me contaba que cuando el médico le sacó las vendas, Carlitos pidió un espejo. Mamá no se lo quería dar, entonces el médico le dijo:

— Déselo, tiene que enfrentar esto.

Y cuando él se miró le dijo:

— ¿Por qué no me dejó morir, doctor? Por lo menos no me hubiera estado viendo en este estado. Pero yo me voy a matar.

— No te aflijas, le dijo el doctor, que ahora se están haciendo arreglos en los huesos. Cuando llegue aquí, a vos te arreglo la nariz que vas a quedar mejor que antes.

Y era la cirugía estética, que ya se hablaba en aquel tiempo, pero todavía no estaba.

Pero Carlitos quedó muy aplastado. Cuando vino en casa se puso más malo que antes. Era algo que no se podía más contar con él. Y había que esconderle las cosas. Mamá escondía las sogas. Papá escondía la navaja. Había que esconderle los cuchillos, de miedo que se matara. Pero eso fue una temporada, después se le pasó. Como era joven, le pasó, pero la amargura la llevó siempre. Porque la cirugía estaba, pero estaba en la ciudad, y no era para los pobres tampoco.

Después que pasó eso Espiri quedó mortificado,

Número de orden	A CUAL ISSU		B En varas o mujer	C Cuántos años ha cumplido	D Que parentesco tiene con el jefe de la familia	E Es casado, viudo o soltero	F Si es jefe de familia	G Que profesión, oficio, ocupación o medio de vida tiene	H Profesión, oficio u ocupación	I Que religión tiene	J A que nación pertenece	K Dónde ha nacido	L Dónde vive la mayor parte del año (fundamentalmente)	M Instrucción		N CONDICIONES ESPECIALES en ALGUNOS EMPADRONADOS
	APPELLIDO?	NOMBRE?												Letra	Número	
1	Franciotti	Luis	4	32	Jefe	C.		Agropecuario	Latino	C.	Italia			S.	S.	Illegítimos
2	Siron	Calarina	M.	25	Cesposa	C.	2.	Agropecuaria		C.	Italia			U.	D.	Están enfermos
3	Franciotti	suave	4	3	Hijo					C.	Italia					Alienados, locos o demencia
4	Franciotti	gasi	4	34	Hermano	S.		Agropecuaria	Latino	C.	Italia			M.	M.	Sordo-Mudos
5	Franciotti	Camela	M.	30	Levantada	F.	3.	Agropecuaria		C.	Italia			N.	N.	Ciegos
6	Franciotti	Luis	4	3	Hijo					C.	Italia	Italia				Cretones, imbeciles, estupidos, opes, etc.
7	Franciotti	Josefa	M.	11	Hija					C.	Italia					Invalidos
8	Lecher	Miguel	4	45	Jefe	C.		Agropecuario	Latino	C.	Italia			S.	S.	En acción de guerra
9	Costa	maria	M.	10	Cesposa	C.	13.			C.	Italia			S.	S.	Por diversos accidentes
10	Pelvio	Justina	4	22	Hija	S.		Agropecuaria	Latino	C.	Italia			S.	S.	De padre

Reproducción de una página original del primer censo provincial, de 1887, donde está la familia Bianciotti. El censista que se ocupó de ellos no fue muy puntilloso. Otros consignaban el lugar de nacimiento de las personas, en la columna K, que éste dejó vacía excepto para Luis Bianciotti, tío de mi madre y el único nacido en la Argentina. Esta omisión impide conocer el nombre de la aldea donde nació la nona Josefa. El relevamiento fue en junio de 1887. El *pare* Juan Bianciotti había muerto el año anterior, durante la gran epidemia de cólera. Y la viuda, Camila Bianciotti, todavía no se había casado por segunda vez. Se observa que si bien aparece un solo *jefe*, Luis Bianciotti, y el rango de todos los demás se refieren a él (era el único jefe de familia vivo entre los Bianciotti), también su hermano mayor, José, figura como *patrón*, es decir como dueño de la tierra. Por último, la nacionalidad de todos, excepto la del pequeño Luis, es la italiana. Aunque el individuo hubiera nacido en Francia, u otro país europeo, se lo anotaba como italiano. Esto contradice el testimonio de mi madre, respecto de que la nona Josefa fue anotada como francesa. Un error de información o de memoria, evidentemente.



Cuatro generaciones. A la derecha, sentada , la bisabuela Camila Bianciotti. A la derecha su hija, Josefa Bianciotti de Cugino. De pie, detras la nieta, Maria Cugino de Perren. ca. 1922, autor anónimo.



Los Cugino sentados de izq. a der. José, el hijo mayor; la nona Josefa Bianciotti de Cugino; el nono Bautista Cugino; María (Marieta), la hija segunda. De pie, de izq. a der.; Adelina; Carlitos; Julio (Julietto); Camila; Inés; Luis asunta y espíritu (Espiri). Tomado en la chacra de Julio Perren hacia 1925. Autor anónimo.



La familia Cugino completa, con sus nueras, yernos y nietos. Los padres de familia están sentados. Detrás de cada uno, su esposa. De izq. a der.: Espiri Cugino y Yolanda Mantovani; Julio Perren y Marieta Cugino; Bautista Cugino y Josefa Bianciotti; José Cugino y Elena Pascarelli con su hija Dita; Riquelmo Meroy y Asunta Cugino con su hijo Nelson. Parados detrás, de izq. a der.: Carlos, Camila, Luis, Adelina y Julieto. Sentados en el piso, de izq. a der.: Inés Cugino, Federico Perren, Iridis Perren, Gabriel y Nilda Perren. La foto fue tomada el mismo día que la anterior.

Camila Cugino hacia 1924, a los veinte años.



Sentada, la nona Josefa Cugino. De pie, mi madre y sus hermanas, Adelina e Inés, ca. 1935.



porque Carlitos siempre le decía:

— Por culpa tuya mirá cómo estoy.

Y claro, era cierto.

Nadie iba al médico en el campo, en ese tiempo. Todo se curaba en casa. Y si no, el curandero. Nosotros mismos, al principio que estábamos casados, para ir al médico, desde Franck, teníamos que venir a Santa Fe.

Lo primero que hacían cuando una persona estaba enferma era purgarlo. Si tenía mucha fiebre lo envolvían en una sábana, o en un toallón mojado con agua y vinagre. Le ponían ese envoltorio en todo el cuerpo, y en la frente y las muñecas, paños fríos. Y después los purgaban. Tenían yuyos también. Yo sabía el nombre de los yuyos que nosotros hemos tomado. Para la circulación de la sangre, para los riñones, por ejemplo, para todas esas cosas, pero ya me olvidé.

Lo primero que hacía mamá, cuando nosotros éramos chicos, era llevarnos del curandero. Mismo yo, cuando Ismael tuvo el empacho grande, lo llevé de una curandera a San Carlos. Dice:

— Caramba, tardó mucho usted en traerlo. Está muy avanzado el empacho. Yo se lo voy a curar, voy a hacer lo posible, pero no le aseguro nada.

Después me dice:

— ¿Quién se lo curó?

— Lo tuve en tratamiento médico. Hace dos meses que lo tengo en tratamiento médico.

— ¿Y no le hizo nada?

— No, hasta ahora no. La diarrea no se corta. El chico sigue mal y ahora tengo miedo.

Entonces me dice ella:

— Mire, yo le voy a dar esto.

Y me dio nueve hojas.

— Hágale un té todos los días con una de estas hojas. Si a los nueve días el chico reacciona, estamos bien. Pero si antes de los nueve días el chico se descompone peor, esto ya no tiene remedio.

A los cinco días que le daba el té, la diarrea se le fue cortando. Fue mejorando, y empezó a pedir de comer. A los nueve días se lo llevé:

— Bueno, ahora sí ya puede ir tranquila. Y otra vez que se le empache no lo lleve al médico. Tráigamelo a mí, que yo se lo curo.

Desde aquella época, siempre que tuve los chicos empachados, los llevé a la curandera.

Cuando yo era chica también. Cuando nos enfermábamos de gripe, por ejemplo, mamá nos llevaba del curandero. Después nos ponían el cataplasma de lino. Un cataplasma de lino en el

pecho y otro en los pulmones. El curandero le hacía hacer un jarabe con nísperos, con hojas de laurel, con cáscara de naranja, y la pasábamos con eso. En aquel tiempo no había geniol, no había nada, así que teníamos que arreglarnos con esas cosas. Era así en el tiempo de antes.

Un hermano de tu padre, que le decían Tofo, murió de una peritonitis cuando tenía catorce años. Todavía no había nacido tu padre, así que es de antes de 1900. Esa vez tu abuelo salió con toda la familia en la jardinera para ir a Sastre a visitar a Diale, que era cuñado de él. Te imaginás, de Franck a Sastre demoraba un día entero, ciento y pico de kilómetros con los caballos. A mitad de camino Tofo empezó a llorar. Decía que le dolía la barriga. Entonces el nono dice:

— Este chico debe estar empachado.

Y empezaron a friccionarle el vientre. Cuando llegaron allá el chico seguía llorando, entonces el *pare* Diale dice:

— No, esto es otra cosa; hay que hacerle un enema.

Le hicieron el enema y era peor. Mientras uno decía que era una cosa y el otro que era otra, el chico pegó unos gritos fuertes y empezó a despedir sangre, se iba en sangre por abajo. Y se fue así, murió desangrado.

* * *

Ahí de Perren estuvimos un tiempito más. José y Luis dejaron el campo con nosotros y se fueron a alquilar de Teodulo Williner, al otro lado de la vía. Y nosotros nos fuimos a Plaza Clucellas, a un terreno que era del finado Julio también. Fuimos a trabajar con Espiri, porque él lo había alquilado.

En ese interín murió la señora de Julio Perren. Ahí quedó Marieta nomás. Papá se vino a la Plaza —Clucellas— con nosotros y se dedicaba de albañil. Asunta estaba de sirvienta en una casa, cerca de donde nosotros vivíamos. Yo iba a lavar y planchar ajeno para ganarme unos pesos más, y podernos comprar ropa, porque en casa se ordeñaba muy poco. Y con eso compramos la máquina de coser que todavía hoy tiene Adelina.

A la mañana ordeñaba en casa. Después, a las doce, iba y trabajaba en el hotel. Salía del hotel a la una de la tarde, una y media, y me iba a la panadería a lavar y planchar. En el hotel estaba en la cocina. Yo le daba los platos a la cocinera para que sirviera, lavaba los platos, y a veces me tocaba servir las mesas también. Tan es así que

un día casi me pegan un tiro, sirviendo las mesas. Resulta que había un señor muy altanero —era amigo de papá ese hombre—, que iba mal con el comisario, y discutieron allí. Yo ese día estaba sirviendo las mesas porque el chico que hacía ese trabajo no había venido, y estos dos peleaban. En eso, cuando yo paso al lado de la mesa donde estaba ese hombre, el comisario le tira un tiro. No lo agarró, o no lo quiso agarrar, no sé, pero el caso es que me salvé a duras penas. Y del susto que me agarré no quise quedarme más, me fui del hotel.

En esa época creo que me daban cinco pesos por mes, seis. Ellos le pagaban a mamá. Yo nunca vi el dinero porque iba directamente a mamá. Todo. Dejé de trabajar ahí y entré en la farmacia, y lo mismo: todo cobraba mamá. Papá no cobraba, porque plata que agarraba, plata que chupaba.

En la panadería eran gente muy buena, tan es así que me daban pan para llevar. La señora era muy amiga de mamá. Eran de apellido Baggi. El patrón era gringo, también, y era muy amigo de papá. Una noche se pusieron en curda los dos, porque también le gustaba la chimpa a ese viejo. Cuando salieron del boliche, papá le dijo:

— Te acompaño hasta tu casa.

— Y bueno, acompañaime.

Llegaron, entraron, y cuando la señora los vio cómo estaban le dijo a papá:

— Cugino, quédese a dormir acá. No vaya, porque usted no va a llegar en casa.

Entonces el marido la miró y le dijo:

— ¡Sí señor, va a llegar, porque yo lo voy a acompañar!

Y salieron los dos otra vez juntos. Pero claro, de la panadería de Baggi había como seis kilómetros, por lo menos, hasta donde nosotros vivíamos, porque la panadería estaba en el pueblo, y la casa nuestra era del otro lado del cementerio. El viejo caminó un buen trecho y cuando salió del pueblo le dijo a papá:

— Bueno Batistín, ahora andá vos solo, yo me vuelvo.

— ¡Ah, no! ¿Cómo te voy a dejar ir solo? Si vos me acompañastes hasta acá, yo te acompaño hasta allá.

Y volvieron... (ríe).

Los vio el comisario, y se divertía con ellos, porque no hacían ningún daño. Cuando llegaron de vuelta los agarró la señora:

— Bueno, vengan ustedes dos, pasen a dormir acá...

Pero en ese interín ya se había hecho de madrugada, y ellos se levantaban temprano en la panadería —a las cuatro, cuatro y media ya estaban levantados—, entonces los dos viejos, en vez de dormir, se pusieron a chupar otra vez mientras los otros trabajaban. Hasta que llegué yo con el sulky, que venía a traerles la leche —primero dejaba la leche en la panadería, después del doctor, y la otra la llevaba a la cremería, que tenía una maquinita desnatadora y hacían un poco de crema. En ese tiempo no existían las cremerías grandes todavía—. Cuando llegué, papá subió al sulky y nos fuimos en casa. Mamá le preguntó dónde había estado y él le contó. ¡Ah, cuando se juntaba mamá con esa señora de Baggi, cuántas risadas han hecho esas dos viejas...!

Cuando llegaba el tiempo de cosecha yo tenía que ir a hacerle la comida a José y Luis, que estaban en el campo de Teodulo Williner. A la mañana ordeñaba con mamá. Después ella agarraba la chata y llevaba la leche a la cremería —Espiri no podía ir porque trabajaba el campo—, y yo me iba de José y Luis. Fuera del tiempo de cosecha ellos se hacían las cosas, pero en tiempo de cosecha, ya no podían, entonces iba yo. Agarraba el sulky, cargaba uno de los chicos, Inés o Julieta, y salía. Muchas veces me iba sola.

Me acuerdo que una vez volví tarde, ya era de noche. Los muchachos sacaron un caballo de la máquina y me lo ataron en el sulky. El caballo, cansado, venía despacio —que después se murió de cansancio, pobre animal—. Llegué en casa que eran las doce. Esa noche todavía no me olvido. Un auto me acompañó desde la Estación Clucellas hasta la tranquera del terreno donde estaba mi casa. Se 'io cuenta el muchacho, que algo pasaba, y me acompañó. Cuando llegamos me dice:

— Chau, Camila.

Y yo no supe quién era. Nunca lo supe. Hoy todavía no sé quién fue...

Me acompañó porque en ese tiempo había muchos crotos por el camino. Otra noche me agarré un susto de la gran siete. Decí que esa vez me dieron un pingo que volaba. Venía sola y vi a esos dos tipos, uno de cada lado del camino, y le pegué un chirlo al caballo —de miedo, imaginate, ¿qué tenía yo?, quince, dieciséis años— y pasé con todo lo que daba.

Cuando terminaba la cosecha, volvíamos como

antes: mamá y yo ordeñábamos, y Carlitos venía a ayudarnos una que otra vez —porque a ese no había que contarle, estaba enfermo, qué va a hacer—. De allí yo llevaba la leche a la cremería y mamá seguía con su trabajo en la casa. Espirita araba y sembraba. Y sembraba dos clases de cosas. En aquel entonces ya sembraba nabos. Sembraba nabos con lino. Primero cosechaba el nabo, porque ese viene rápido, y después cosechaba el lino. Se estropeaba un poco la planta de lino, pero igual sacó sus buenos pesos con esas dos cosechas de nabos, que ninguno lo había hecho todavía en Clucellas.

Papá iba a la Plaza —Clucellas— a trabajar un poco de albañil, y después hacía la quinta. El se dedicaba a esas cosas porque no podía tener un trabajo fijo. Como ser de Boero. Cuando era más joven entró de Boero y se quedó una temporada. Trabajaba en el escritorio, porque era hombre preparado, pero después plantaba el trabajo cuando quería, y entonces Boero no podía tenerlo. Que si hubiera quedado allí podría haber sido un excelente empleado, porque Boero lo apreciaba mucho. Pero él siempre hizo así: trabajaba cuando quería, y cuando no tenía ganas, no iba. Total, de comer tenía, así que él no se apuraba. Después, con eso que le pasó de Boero hizo un chiste, porque decía que él y Boero habían sido socios, y como andaban mal se separaron y repartieron:

— Boero se quedó con el molino y yo me quedé con el camino... (ríe).

Pero él lo decía en piemontés.

* * *

Marieta ya estaba casada con el finado Julio y tenía los dos mellizos, Nilda y Gabriel. Después tuvo a Federico, y en ese tiempo el finado Julio tuvo que ir a Córdoba a hacer un tratamiento, porque era un hombre muy enfermo, y Marieta lo acompañó. Llevó a los cuatro más chicos, los dos de Perren y los mellizos, y al finado Federico, que tenía nueve o diez meses, lo dejó con nosotros.

Y resulta que papá había quedado ofendido con el finado Julio, porque se había casado con Marieta sin el consentimiento de él. Claro, Julio sabía que si le pedía a Marieta, el viejo no se la iba a dar. Le llevaba más de veinte años a Marieta, era viudo, tenía doce hijos... Papá no quería saber nada. Entonces se casaron sin decirle nada. ¡Cómo se ofendió! Después se le pasó, pero al principio estaba muy ofendido. Y cuando le trajeron a

Federico no dijo nada, porque era el nieto y lo quería, pero cuando estaba en curda la peleaba a mamá:

— ¡Qué tenés que criar hijos ajenos! ¡Demasiado criastes los tuyos para tener hijos ajenos!, que aquí, que allá...

Una noche, me acuerdo siempre que era víspera de Pascuas, en el pueblo había baile. Esa noche y al otro día también. Y yo estaba con todo para ir al baile, contenta. Pero el viejo llegó en curda y empezó a pelearla a mamá. Entonces me tuve que quedar, porque no la quería dejar sola con el nene. Se fue Luis solo al baile y yo me acosté. Yo dormía con la cuna de Federico al lado mío, porque mamá la sacaba de al lado de su cama para que papá no le hiciera nada cuando llegaba, que siempre llegaba en curda.

¡La peleó tanto a mamá esa noche, tanto, por ese chico que teníamos allí!, que yo me enojé, me levanté y lo empecé a provocar. Lo incitaba a que me peleara. Cuando él estaba así yo siempre hacía eso, le llamaba la atención hacia mí, para que no le pegara a mamá. Me empezó a pelear, entonces yo salté por la ventana y empecé a correr, de noche, por el potrero. Y de allí lo llamaba:

— ¡Venga, agárreme, a ver si puede...!

Me siguió por todo el potrero, corriéndome con un palo. Yo lo hacía correr para cansarlo bien, y que después se fuera a dormir tranquilo. A veces yo misma lo llevaba, y se dormía. Eso le hacía yo a papá. Sin ninguna maldad, pero lo tenía que hacer para que no molestara a mamá. Por eso, a veces, mis hermanas me dicen que yo era mala con papá. Pero yo no era mala con papá. Lo tenía que hacer porque me daba lástima mamá, cómo sufría.

Esa noche lo cansé bien, y una vez que estuvo cansado se volvió. Mamá estaba con el nene en la cocina, porque cuando él me corrió, ella se levantó, agarró a Federico y lo llevó a la cocina. Y allí se quedó, mientras él se acostaba y seguía peleando. Pero entonces ya peleaba contra mí, así que yo no pude entrar más, porque si entraba era lo mismo que antes.

Entonces me quedé afuera, atrás de una parva, en un hueco que había en la parva. Ahí esperaba que él se fuera a dormir. Cada en cuando iba y espiaba por la ventana, pero él seguía peleando. Volvía atrás de la parva y escuchaba la música que tocaban en el baile. Hasta la santa hora estuve ahí. Me acuerdo como si fuera hoy que yo pensaba: ¡Qué triste es esta vida! ¡Tener que dispararle al

propio padre y dejar de ir al baile... con los quince años que yo tenía! Pero no importa, ya pasó...

* * *

Papá hizo dos viajes a Italia. El primero fue muy pesado para mamá. Le quiso dar ese gusto, así que nos costó trabajar a todos para que él pudiera ir a verlo a su padre, que estaba enfermo. Se quedó allá como dos meses. Mamá decía:

— ¡Ojalá se quede, ojalá se quede...!

Pero el viejo vino de vuelta. Llegó enfermo, sin plata, sin nada. El caso es que, pobre vieja, tuvo que agarrar el clavo otra vez... (ríe).

El segundo fue porque el padre había muerto y tenía que ir a retirar la herencia. Mamá estaba contenta, porque tal vez iba a traer unos pesos. Esperaba y esperaba, pero pasaron dos, tres meses y el viejito no venía. Cuando volvió, llegó con los bolsillos volcados. No tenía ni cinco centavos. Se había comido lo poco que sacó de la herencia. Pasó por Génova, pasó por París, fue a pasear por todos lados, pero lo que menos trajo en casa fue plata.

Cuando volvió la última vez de Italia estábamos de Perren. A veces Julio lo llamaba para que fuera a trabajar de albañil. Pero cuando había vino, el trabajo se terminaba. Y empezaba la pelea con Julio, entonces se venía en casa. Y si no había vino, cuando terminaban de comer él agarraba el diario y empezaba a leerle al finado Julio, que fumaba el cigarro y escuchaba. Porque era un hombre que sabía interpretar muy bien las lecturas, y le gustaba mucho leer.

Le gustaba mucho contar cuentos de las mil y una noches. Yo era chiquita y después de cenar, en la mesa, le pedíamos que nos contara un cuento. El empezaba, y en lo mejor lo cortaba. Uno quedaba pidiéndole por favor que siguiera, pero él se iba a dormir. A la otra noche, si estaba sano, seguía, y si estaba borracho... Papá tendría que haber sido un maestro, porque era muy inteligente, pero desgraciadamente el vino lo perdía.

Mamá, en cambio, no sabía leer ni escribir. Nunca la habían mandado al colegio. Ella se crió en el campo, arando, sembrando, ayudándole al padre. Y una vez que murió el padre, ayudándole a la madre. Así que nunca pudo estudiar. Una vez el hermano de papá, que estaba en Italia, vino a verlo acá y le dijo a mamá:

— Pobre Pinota, este hombre necesitaba una mujer de la ciudad, y no una campesina como vos.

Vos sabés que a él le gusta lo fino, y vos, pobrecita, sos una mujer muy trabajadora, muy buena y todo, pero él eso no lo reconoce. Por eso se la pasa así...

Aparte de todo lo que tenía, papá era un hombre muy religioso. Tenía quince años cuando dejó el colegio, en Italia. Era un colegio de curas, donde estaba el tío de él que era obispo. Por más borracho que estuviera papá, sus tres Ave María, a la noche, los rezaba siempre. Tan es así que un día nosotros estábamos ordeñando en el tambo y vimos llegar la yegüita que él tenía y su sulkycito. Y vimos una cosa colgando abajo, que parecía un brazo. Mamá pegó un grito:

— ¡Ay, papá viene muerto en el sulky!

Y salimos corriendo. Cuando la yegüita paró enfrente del portón, llegamos y vimos que papá estaba durmiendo en el pescante, y lo que colgaba era la manga del saco...

— ¡Qué hizo!, le dijo mamá. Salimos todos corriendo por culpa suya.

— Y bueno, yo venía durmiendo, la culpa no es mía...

Así era mi padre. Tenía un Dios aparte, porque dos por tres se dormía arriba del sulky y nunca le pasó nada. Tenía una yegüita mansísima, pero igual podía espantarse, y con las riendas colgando por el suelo, tumbaba el sulky con toda seguridad. Pero siempre lo trajo en casa.

* * *

En esa época que estábamos en la Plaza —Clucellas—, viene que se casa José. Y llevó a la señora donde estaba con Luis, ahí de Teodulo Williner. Y la gran señora se levantaba a las diez de la mañana. No le mandaba el café a Luis, en el campo, y encima José también se quedaba durmiendo hasta la santa hora. El caso es que Luis se peleó. Lo echó a José y nos trajo a nosotros con él.

En ese interín Espiri se casó también, y se quedó con su mujer, que es Yolanda, en Plaza Clucellas. Así que nosotros vinimos con Luis en el campo de Teodulo. Ahí se casó Asunta, de Williner, del otro lado de la vía, pegado a la vía que venía de Estación Clucellas a Santa Fe. Tan es así que ya conocíamos a los maquinistas de los trenes, y de vez en cuando les dábamos verduras, chorizos, y ellos nos tiraban leña en el patio...

Justamente por esa vía venía el tío Bartolo, que yo les conté tantas veces. Bartolo Molinas, que murió, pero no sabemos cómo. Porque no supimos

más de él nada. Nada, completamente. Era sordo, y en ese tiempo que vivíamos de Williner él estaba cerca de Angélica, en el campo, con el tío Luis Bianciotti. No era lejos de donde nosotros estábamos, y venía a visitarnos por la vía. Nosotros lo veíamos venir de lejos con el perro. Tenía un perro bulldog que lo acompañaba siempre.

Un día ese perro lo salvó del tren, que lo pisara. El tío Bartolo venía por la vía, cerca de casa, y el perro le agarró el pantalón, entonces él se dio vuelta y vio a la máquina que ya lo agarraba. ¡Eso lo vi yo! Cuando el tren tocó pito por primera vez el perro no le hizo caso. El tren siguió tocando pito, y nosotros vimos que el tío no escuchaba. ¡Yo gritaba de allá como una loca y saltaba! Mamá lloraba... Cuando el perro vio que la máquina venía y venía y el tío no salía de arriba de las vías, lo agarró del pantalón y tironeó. Tironeó hasta que el otro miró para atrás y vio el tren. Entonces se apartó. Cuando él se apartó, pasó la máquina. Llegó en casa blanco como un papel. ¡Vos sabés que mamá agarró al perro y lo besaba! ¡Lo besaba al perro...! Eso lo vi yo con mis ojos.

Nosotros estuvimos varios años allí con Luis. Después él se fue a Las Varillas, en otro campo de Teodulo Williner. Y cuando se fue quiso llevarlo al tío Bartolo, porque era muy bueno para el campo, muy trabajador, y era un pan de Dios. Lo quiso llevar, pero el tío Luis Bianciotti no se lo dio. El tío Luis lo tenía de peón, de acá para allá. Iban de peones los dos, pero él lo mandaba. Luis Bianciotti... Ese era terrible. Un día lo agarró al tío Bartolo y se fueron al otro lado de San Francisco, no me acuerdo más el punto que era. De Angélica se fueron allá, y fue en ese viaje que desapareció el tío Bartolo. De ahí no supimos más nada, no sabemos adónde fue a parar. Ni la policía, porque el finado Julio fue a la policía y dio parte, pero nunca se pudo saber qué le pasó. Y el perro de él tampoco apareció. Nosotros siempre pensamos que el tío Luis le hizo algo. Porque si no, ¿de qué otra forma...?

* * *

El tío Luis era un hombre grandote. Tenía unas manos que eran así, unas manazas. Era un hombre muy trabajador, pero como era trabajador era buscapié, de esos que buscan camorra.

Marieta el otro día me contó que ella no lo perdona al tío Luis todavía hoy. Dice que ella se acuerda bien cuando era chica, que el tío llegaba

de trabajar y lo primero que hacía era alzar a la nona Camila. La llevaba como una nena, haciéndole hamaca. Yo también me acuerdo que hacía eso. Claro, era para jugar con la madre, pero era un juego rústico porque la vieja, pobre diabla, tenía miedo de caerse y gritaba. Y a Marieta eso le daba rabia.

Era un tipo así, muy cargoso. Mamá se llevaba bien con él, pero cuando venía en casa la cargoseaba. La besaba, la estrujaba y papá, celoso, se peleaba con él. Mamá le decía:

— Andate, andate, por favor, porque vos ves cómo es éste, cuando vos venís acá...

Del tío Luis Bianciotti te puedo contar poco, porque era un hombre que viajaba, que andaba mucho. Primero trabajó de peón en el campo, con la nona, pero cuando ella se casó con el último marido, que era José Bianciotti, el tío Luis ya no pudo quedar ahí, porque estaban los hijastros de la nona. El venía, comía, dormía, pero después tenía que ir a trabajar afuera para ganar plata.

Ahí fue que Victorio Germano, que ayudó mucho a mamá, a papá, a todos nosotros, en fin, le consiguió trabajo de cambista en Estación María Juana, en el ferrocarril. De ahí lo trasladaron a otra estación, que no me acuerdo cuál era. El caso es que él era un tipo buen mozo, tenía ojos celestes, era alto, y las mujeres lo seguían. En la estación que lo trasladaron había un hombre que trabajaba con él y tenía una hija, grande, que empezó a seguir al tío. Y el tipo le agarró bronca.

Una vez, para la fiesta del pueblo, hicieron una cinchada. Anteriormente se hacía mucho en las fiestas así, campestres: se ponían los solteros de un lado y los casados del otro, a ver quién ganaba, tirando la soga. Como el tío era un tipo fortachón, lo llamaron, y ganaron los solteros. Entonces el tío, que era tan buscapié, empezó a chichonear a este otro, y el tipo lo amenazó. Pero ahí no los dejaron pelear, los separaron, y el tipo quedó con la sangre en el ojo.

Tenía un hijo grande con él, allí, que lo acompañaba. Y el yerno, porque tenía una hija casada, en el mismo pueblo. Y quedaron ahí, los tres, comentando que lo iban a hacer sonar al tío, y que esto y que aquello... Pero, siempre hay aquel que avisa. Fueron y le dijeron al tío Luis:

— Mirá que este tipo está con la sangre en el ojo, y hay que tenerle miedo...

Ya el mismo jefe de la estación se lo había dicho:

— Cuidese, Bianciotti, porque este tipo, es de

los que...

Entonces el tío fue a la comisaría y dio aviso al comisario. Dejó aviso que esa gente lo había amenazado, que le había dicho tal y tal cosa, y si pasaba algo, la policía estaba al tanto. El no se hacía responsable. El comisario no le dio importancia, y el tío se fue a la fiesta otra vez. Pero eso fue lo que después lo salvó que le dieran más años de cárcel. Porque estuvo dos años encerrado por esa muerte, el tío Luis, que si no hubiera dado aviso vaya a saber lo que estaba.

Cuando llegó la noche —la madrugada, más bien, porque era la una o las dos de la mañana— volvió a su casilla. Como era cambista, trabajaba y vivía en la estación, en una casilla que le daban. Pero ya iba prevenido. Carpeteando, como quien dice. Y cuando ya iba llegando a la estación, alzó un fierro que había en el suelo, por las dudas, para defenderse.

Para llegar a la casilla él tenía que cruzar las vías, porque estaba del otro lado. Y estaba lleno de vagones, así que tenía que cruzar entre dos vagones. Cuando el tío fue y saltó por arriba del enganche de los vagones, los otros lo estaban esperando del otro lado y se le vinieron encima. El viejo, el hijo y el yerno, los tres. Pero el único que tenía cuchillo era el viejo, los otros vinieron con palos. Uno alcanzó a pegarle, pero el tío le dio un empujón y lo tiró al suelo, y cuando el viejo lo quiso chuciar, el tío le dio un fierrazo y lo tumbó. Y cuando lo tumbó, le sacó el cuchillo y ahí no más... lo abrió. Cuando los otros vieron que mató al viejo, salieron disparando. Entonces el tío fue y se presentó a la policía.

El finado Julio trabajó mucho para poderlo sacar. Más de un año lo tuvieron adentro, encerrado. El jefe salió de testigo en contra de los otros. Y el mismo hijo del viejo que mató, tuvo que decir la verdad. Pero vos sabés cómo son esas cosas. La llevan a la larga, a la larga, y cuando volvió a Margarita ya lo dejaron a un lado. Ya tenía la falta. Hasta de los parientes se distanció, porque no lo querían más. Ni los primos. Los Bianciotti no lo querían más, porque ya tenía su falta. Vos sabés que antes, cuando la persona tenía una falta así, lo dejaban a un lado. Entonces el tío Luis se vino a Clucellas con el tío Bartolo. Fueron cerca de Angélica, que era cuando el tío Bartolo venía a visitarnos por la vía.

Una vez Espiri se peleó con el tío Luis, pero esa pelea no la sé toda, porque fue en Colonia Margarita. Después que salió de la cárcel, los muchachos

le habían dejado de querer bastante —y eso que Espiri y Luis eran bastante parecidos a él, bastante camorberos...—. Pero antes era así: ¡tenía la falta, qué va a hacer! Le decían criminal, y a él esa palabra no le gustaba. Porque, francamente, mató al otro en defensa propia. Yo lo reconozco, pero antes no lo reconocían. Mamá pasó un disgusto muy grande porque le decían en la cara:

— Callate, que tu hermano es un criminal.
Mamá sufrió mucho con eso.

* * *

Antes era más peleadora la gente. Yo les conté muchas veces la última pelea que hicieron, en un baile de Estación Clucellas, entre Luis, Espiri, los Molinero, los Boasso, de allí, de Estación, que todavía existen algunos. Eso fue un desastre tan grande, tan grande, que el pobre bolichero lloraba. Yo me acuerdo que ahí volaron todos los vidrios del boliche. Agarraban las sillas, las tapas de las sillas, rotas, y era pegar y pegar. Ya no se sabía quién pegaba a quién.

El salón no era grande, era chico. Ahora hay un comercio ahí, existe todavía hoy el salón ese en Estación Clucellas. El salón de Figari. En esa pelea yo estaba bailando con Domingo Russi, me acuerdo siempre —murió el otro día, no hace mucho—. Era un carnaval. Fue por una chica —no me acuerdo más el apellido— que afilaba con un Molinero. Pero había dos familias Molinero. Había un Molinero que era muy amigo de Espiri y de Luis. Y estaba la otra familia Molinero, que no se querían entre primos. Entonces esos tampoco querían a Luis y a Espiri. Y uno de esos era el novio de la chica. Al poco tiempo ellos se iban a casar, antes de la cuaresma. Así que era en víspera, se puede decir, del día que se casaban.

Esa chica había tenido medio un entrevero con Espiri, y se vino al baile de Carnaval vestida con toda la pompa. ¡Amigo, ella era la reina del baile...! Pero enseguida nomás, Luis y Espiri empezaron con los pomos. Y si no tiraban con el jarrito, con el vaso, con lo que tenían tiraban agua. A mí también me mojaron, pero como a mí me importaba un pito, como no tenía por qué afligirme, yo seguía bailando. Pero esa chica se enojó, y se quejó con el novio.

Nosotros estábamos bailando atrás de Espiri, y Domingo Russi me dice:

— Acá se va a armar, Camila. Acá se arma.
¡Esto va a ser lindo...!

Porque eran camorroneros al cien por ciento. El vio que esta chica y el novio iban a pasar al lado de Espiri, y se dio cuenta que iba a pasar algo.

— ¡Entonces yo disparo!, le dije yo.

— ¡No, no, no!

Y siguió bailando atrás de Espiri.

Cuando llegó cerca de Molinero, Espiri le hace así, a la novia, con una botellita que tenía en la mano. ¡Para qué! El otro se dio vuelta y con el puño le pegó abajo de la pera. Era petizo el tipo, rechoncho, y Espiri era alto. Cuando le tira el puñete, Espiri se hace para atrás y con el puño le pega en la cabeza y lo tira al suelo. Y ahí empezaron.

Enseguida cayeron los otros Molinero, los que estaban en contra de Espiri. Cayeron muchos, pero Espiri tenía una barra de amigos que había que tenerles miedo. Los Boasso, los otros Molinero, Domingo Russi, José Russi, otro Russi que no me acuerdo el nombre, todos hermanos. Eran terribles también. Y ahí empezó la batahola.

Había una vieja gorda que atinaba a salir de la pista, y no podía hacer cancha. Yo no sabía por dónde salir, entonces me abracé a la vieja, al cuello, y cuando hizo cancha salimos.

Cuando salí afuera vi que estaban por tirar a uno en el pozo. Lo tenían en el brocal, por tirarlo, el sombrero ya estaba adentro. Entonces pegué un grito. Qué se yo, me salió de adentro:

— ¡No, por favor...!

Las mujeres empezaron a agarrarlo por las piernas, a este muchacho, y se ve que lo sostuvieron y los otros no lo pudieron tirar.

En eso viene Teodulo Williner con una bocha, entonces le digo:

— ¿Y a quién va a tirarle esa bocha?

— ¡Alguno la va a ligar!, me dijo él.

— ¿No tiene vergüenza?, le digo yo.

— ¡Déjese de meterse!

Entonces yo agarré y me metí en la cocina con la señora Figari, que todavía vive hoy —ella te lo podría contar todo—. Y de ahí espiaba.

En eso veo que Luis viene de afuera, corriendo. Agarra una silla rota, que estaba ahí, y se va con la pata en la mano, para pegarle a uno. Yo corrí y le agarré la pata de la silla de atrás, de miedo que lo matara.

En una de esas veo que la mano de José Russi estaba así, levantada, con otro brazo. No sé de quién era, pero en la punta lucía un cuchillo. Brillaba ese cuchillo. Eso no me lo olvido tampoco.

Esa noche no hubo muertos porque la gente

ayudaba. Si a ese tipo no le agarraban el brazo, mataba a alguno. No me acuerdo si era un Molinero o quién era, lo que sé es que era contrario de Espiri y de Luis. Mirá, todavía se acuerdan hoy de esa pelea, en Estación Clucellas. Cómo habrá sido. Las botellas se caían de la estantería. Al bolichero no le quedó nada, pobre diablo.

Vino la policía y empezaron a sacar a los cabe-cillas. Al primero que sacaron fue a Espiri. Pero en vez de llevarlo a la comisaría, el comisario le dijo:

— Andate, Cugino. Andate y dejá de joder. Te van a matar acá.

No lo llevó porque mamá estaba allá, en la comisaría, tomando mates con la señora de él. Nosotros parábamos en la comisaría. Eramos muy amigos, comíamos y todo ahí. Entonces lo largó, y apaciguó las cosas. Pero mirá cómo habrá sido buscapié Espiri —por eso te digo que era bastante parecido al tío Luis—, que cuando se iba por el patio empezó a bailar, salió bailando... ¡Yo lo veo, lo veo...! Bailaba mientras se iba, como si tal cosa... (ríe). Y de ahí fue que Teodulo Williner le tomó un odio bárbaro a Espiri, un odio bárbaro.

Allí se la sentenciaron a Espiri. Lo tenían sentenciado que lo iban a chucear. Ocho días después vino a otro baile, pero se trajo una barra de Plaza Clucellas que eran como veinte. Entonces no se animaron a decirle nada. Espiri era un tipo muy querido, a pesar de que era así. Tenía muchos amigos. Había un muchacho que le decían Lauchita, que tenía una vituret y lo invitaba a ir a los bailes a San Francisco, a Rafaela, lo invitaba a todas partes. Después se la vendió. Con eso andaba que parecía un avión. Cuando se casó todavía la tenía. Después que él se casó, y que se fue Luis, se terminó todo. Se apagó eso de pelear con la gente.

* * *

Los bailes de aquel entonces eran bailes divertidos, porque se bailaba toda la noche. No como ahora, que la juventud se la pasa sentada en las mesas, y fuman y toman, y vos no los ves casi bailar. Nosotros bailábamos el swing, que le decían, el movedizo. Después el vals, el tango, la tarantela de los italianos. La valesana la vine a bailar recién cuando fuimos a Clucellas. En Margarita no se bailaba todavía la valesana. Los músicos que iban a Margarita venían de San Francisco, de Rafaela, y la valesana salió de San Jerónimo Norte. Yo la conocí después de grande.

Los bailes eran muy raros. Ibamos cada dos, tres meses; cuatro. A veces dos bailes por año, según. Y otras veces se bailaba en las casas de familia. Así eran los bailes de antes. No era como ahora, que hay bailes todos los sábados y domingos. Ahora van a los cafés y bailan. Antes no. Se hacían bailes en las casas de familia, y si no cuando llegaba la fiesta del pueblo. O el día de Pascuas, que también se hacía el baile. Y algunos que otros, que hacía algún bolichero.

El día de la fiesta ponían las lonas, como los circos. Los pabellones, que le decían. En esa época no había salones, como ahora. Se armaban los pabellones, y ahí entraba mucha gente. Era una carpa, como la que arman los circos grandes de ahora, pero en vez de la tierra firme, en los pabellones se ponía piso de madera. Después, alrededor de la pista de madera, donde venía la tierra, ponían las sillas. Y afuera hacían como una galería a la entrada del pabellón, de la carpa. Ahí estaban las mesas para los que querían tomar. Adentro iban los que estaban sentados, los que quedaban parados y los que bailaban. Ese era el pabellón de antes.

A veces tampoco era fácil ir al baile, porque quedaba lejos. Por ejemplo, cuando estábamos en el campo con Luis, para venir de Clucellas a Margarita había leguas, kilómetros y kilómetros. Había que caminar más de una hora con el sulky. No era cerca. Esos días Luis dejaba el trabajo temprano, desataba los caballos y se iba a dormir. A la tardecita yo iba, buscaba los caballos, ataba el sulky. Después me bañaba y me arreglaba. Había veces que no me vestía en casa, me iba a vestir de las chicas de Chucarello, en la casa de mi madrina, en el pueblo.

Otras veces Luis me hacía atar el sulky, después se levantaba y se iba solo, y a mí me dejaba en casa. Y allí me quedaba, llorando. Me lo hizo muchas veces. Claro, mamá le decía:

— Yo no voy, pero vos cuidá a tu hermana.

Entonces llevarme a mí ya era una responsabilidad para él, por eso el sinvergüenza mezquinaba de llevarme. Cuando íbamos de las Chucarello él se desligaba. Yo iba con la tía, con las chicas, y él estaba libre, podía hacer lo que quería. Cuando terminaba el baile me decía:

— Vamos en casa.

Y ya está.

El mejor bailarín de todos nosotros fue Carlitos, y de las mujeres, Inés. Inés y Carlitos fueron los dos mejores bailarines. Ahora, nosotros bailamos

todos. Gracias a Dios, mientras fui joven, yo bailé siempre. Después, cuando ya tuve el novio me distancié un poco del baile, porque Juan estaba lejos, estaba en Franck, entonces...

Pero en Colonia Margarita yo entraba y bailaba toda la noche. Yo digo siempre que antes de casarme, yo me divertí. Por eso le dije a la Mary el otro día:

— Divertite, no te casés todavía...

Pero la juventud de hoy tiene otro modo de pensar de la vida. El primer novio que yo tuve fue cuando ya tenía veinte años. Y no era novio, sino bailarín no más; porque novio, novio, el único que tuve fue tu padre. En cambio ahora tienen trece años y ya tienen el novio a la par... ¡y ya no se pueden despegar!

Yo no me puedo quejar. Y Asunta tampoco, tenía muchos bailarines. Pero Asunta tenía, más bien, los colonos. Tenía, por ejemplo, Meroy. Por ejemplo, Botto, de Margarita. Tenía Aira. Todos colonos. En cambio yo bailaba más bien con los de María Juana, del pueblo. Los de San Vicente, del pueblo. Los de San Martín de las Escobas, los Lothenferg, que uno de los muchachos es médico. A mí me gustaba bailar con esos, porque eran muy bailarines y muy conversadores. Y a mí me gustaba charlar. Entonces les hacía contar los viajes que ellos hacían, de los cines, porque yo cine no veía. Entonces ellos me contaban de las cosas que veían por ahí, me contaban de las películas. Todo eso me gustaba. Después estaba el Lolo Gómez, de María Juana. Vidal, de María Juana. Esos eran mis bailarines.

Una noche Teodulo Williner nos llevó al baile con el auto. Cuando enviudó, Teodulo empezó a ir atrás de Asunta. Entonces venía a buscarnos en auto y nos llevaba a Margarita. Pero, con nosotros siempre venía mamá... (ríe). Esa noche, ni bien entramos al baile, vino el Lolo Gómez y me invitó a mí. Empecé a bailar. Teodulo enseguida la sacó a Asunta. Después bailé con Vidal. Mucho, porque Vidal venía, bailaba y después quedábamos conversando. Empezaba la otra pieza y bailábamos otra vez. Después él se iba, yo bailaba con otros, y así. Y esa noche terminé el baile con él. Porque nosotras siempre *barriamos* el salón, como le decían, siempre éramos de las últimas. Los que se quedaban para la última pieza se decía que *barrián* el salón. La última pieza siempre era un pasodoble, en esa época, siempre un pasodoble.

Esa noche salgo, me voy para afuera, y dice Teodulo:

— Vengan a tomar algo.
Galante, él...

Pero yo en esa época ya no tomaba. Nunca fui de tomar. Entonces pregunta:

— ¿Qué quieren tomar?

Asunta le dice:

— Un anís.

Entonces sirvió un anís a mamá, un anís a Asunta, un anís a mí. Y conmigo venía Vidal. Yo agarré la copa y se la di a Vidal, para que tomara, y yo no tomé. ¡Cómo se enojó Teodulo! Cuando el otro se fue me dice:

— ¡Qué tiene que darle a ese pobre infeliz, si yo le pagué a usted!

Pero el otro estaba ahí, cómo iba a tomar yo adelante de él, si él no tomaba. Me daba vergüenza. El se fue contento y el otro me cafeteó a mí... (ríe). Y así, de esas cositas... La vida de uno...

* * *

Estuvimos unos cuantos años con Luis, al lado de las vías. Ahí se casó Asunta, y se fue. Después llegó el momento que Teodulo le hizo la propuesta a Luis, de mandarlo a Las Varillas. Mamá no quería, porque nosotros quedábamos en la viola, no teníamos dónde ir. Teodulo le dijo que podíamos ir juntos:

— Luis va a estar mejor allá. Yo sé cómo me trabaja el campo, y le hago una buena propuesta...

El caso es que Luis se fue a Las Varillas, que yo siempre cuento lo que pasó con la mujer que estaba allí, donde iba él.

Esta mujer había quedado viuda, con cinco hijos, y cuando Luis fue a ver el campo, le dijo:

— Vas a venir vos, entonces...

Luis era joven, tenía veintidós años:

— Y, no sé, yo muchas ganas no tengo... Veo todos estos chicos... le dice, porque la mujer quedaba afuera.

Y le dice ella:

— No te aflijas por eso, que yo tengo dónde ir, pero este tipo me las va a pagar cara...

Y ese tipo era Colombo, que le administraba las cosas a Teodulo allá en Las Varillas. Era el que la fletaba del campo.

Antes que ella se fuera del campo, Colombo se enfermó. Lo llevaron a Córdoba, lo llevaron a Rosario, lo trajeron a Santa Fe, lo llevaron a todas partes y los médicos no sabían qué es lo que tenía. Cuando los hijos vieron eso —¿cosa de brujería? No sé, pero eso lo vio Luis, que siempre

me lo contaba—, cuando vieron eso consultaron a una señora:

— ¿Por qué no llevan el orín de su papá a Fulano de Tal, en Córdoba? El va a saber decirle qué es lo que tiene, les dijo ella.

Era de Cosquín ese hombre. Le llevaron el orín, y cuando lo vio, el hombre le dijo al hijo:

— Bueno, esto ya es tarde. Vinieron muy tarde ustedes. A este hombre le han hecho una herejía que ya no puede salvarse. Si va un mes, un mes y medio, es mucho. Pero quédense siempre al lado de él, por lo menos una persona, y escuchen bien, porque al morir él va a nombrar a la persona que le hizo esto.

Entonces los hijos empezaron a pasarse las noches, y los días también. Y junto con los hijos fue Luis, a ayudarles, que nunca faltara una persona al lado del padre.

Cuando estaba muy grave, por expirar, en los últimos suspiros —esto lo vio Luis con sus ojos— dijo:

— ¡Ay, María, María, qué me has hecho...!

Y María se llamaba esa mujer... Colombo era un hombre alto como vos, y cuando murió lo pusieron en un cajón para un chico de doce años...

* * *

Cuando Luis se fue a Las Varillas nosotros nos fuimos de Julio Perren otra vez. Ellos tenían una casa grande. Vos no te podés acordar porque todavía no eras nacido, pero tus hermanos se acuerdan. Tenía nueve habitaciones; sin la cocina, sin el comedor diario, sin la despensa; solamente dormitorios. Y al lado del tambo, cerca del tambo, había una casa con dos piezas y la cocina, donde fueron a vivir papá y mamá. Pero una de las piezas la usaban para hacer los quesos, porque el finado Julio también tenía una pequeña quesería.

El fue uno de los primeros que trajo la máquina ordeñadora en la Argentina. Tenía una flor de estancia. Ahí se hacía de todo. Tenía una cremería chica, con una desnatadora. Tenía la feria, que en aquel entonces los únicos que tenían feria eran los que se dedicaban a eso, pero él la tenía en su campo. Tenía toros finos. Traía vacas finas para cruzarlas con sus animales, para mejorar la raza. No de lecheras, sino para carne. El finado Julio fue el primero en hacer ese trabajo en Clucellas.

Ahí de Perren trabajábamos todos. Papá cuidaba los chanchos y las gallinas, y hacía la quinta. Mamá lavaba, ayudaba a planchar, remendaba,

todas esas cosas de la casa. Pero en su casa, allí, en esas dos piezas que te digo. Y yo empecé a salir a coser y trabajar. Fui de una familia de Eustolia. Genesio, se llamaban. Después fui de Luis Zurbriggen. Después fui de Juan Zurbriggen, y ahí estuve cinco años. Con cama adentro, porque tenía que dormir con los chicos. Tenían cinco varones, que los mandaban al colegio. De ahí fui a ayudarlo a Marieta a coser, y estuve con ella casi dos años. En ese interín me vino a buscar mi madrina para que fuera a cuidarla a ella, que iba a tener familia en Franck. Y vine a Franck. Ahí lo conocí a tu padre, y de allí ya sabés la vida nuestra.

* * *

Mamá y papá siguieron viviendo de Perren hasta que murió el finado Julio. No, miento: hasta que se mató Federico, porque Julio murió primero.

Federico había tenido esa desgracia en el ojo, que ya les conté. Un día Marieta lo fue a buscar al colegio, donde él estaba, y lo trajo en casa. El se fue al galpón para ayudarlo a Gabriel a cortar pedacitos de alambre, para cazar pajaritos con la gomera. Gabriel tenía las tijeras y él cortaba con el cortafierros. En una de esas él pegó el martillazo y el recorte saltó y lo pincho en el ojo, y se lo hizo perder. Lo llevaron a Santa Fe y el doctor Beney se lo quiso sacar, pero el finado Julio no quiso. Entonces Beney le dijo:

— Si yo no le puedo sacar el ojo, no le aseguro la cura, porque los ojos se comunican la infección.

Y así fue. Federico tenía once años, máximo, cuando le pasó eso. Cuando le tocó el servicio militar ya no veía. Veía al metro, metro y medio.

Un día fueron todos a Santa Fe y yo los acompañé. Fueron del abogado, porque ya había muerto el finado Julio y no tenían las cosas bien arregladas. Se bajaron Gabriel, Marieta y Nilda, y yo quedé con Federico arriba del auto. Entonces me dijo:

— Tía, yo me voy a matar.

— ¡Pero qué estás diciendo, Federico!, le dije yo.

— Yo me voy a matar tía, porque no quiero ser un estropajo de nadie. A mi edad no estoy para quedar ciego.

Eso me acuerdo como si me lo estuviera diciendo ahora.

Cuando salimos de allí yo le dije a Gabriel, por el camino, en un momento que quedamos solos:

— Cuidá a tu hermano porque me dijo que se va

a matar.

— ¡Ma, qué va a hacer eso! Federico no lo va a hacer.

Y al final lo hizo.

A mí me avisaron urgente. Yo ya estaba casada, por supuesto. Estábamos tomando mates con tu padre. Tus hermanos jugaban abajo de la galería, que todavía no estaba cerrada. Yo estaba cosiendo y llegó Marino Poledri —¿era Marino? Ahora no estoy más segura—. Llegó y avisó que fuera urgente a Estación Clucellas porque había muerto Federico. Cuando yo entré a guardar la máquina, los trapos y eso, le dijeron a tu padre que se había matado. Entonces viene adentro y me dice:

— Mirá Camila, yo te lo digo, total, vos sos fuerte: Federico se mató.

— Yo malicié, le dije, porque él me había dicho que iba a ser así.

El día que se mató, Julieta y Gabriel tenían que ir a la Estación —Clucellas— y pasaron enfrente de esa máquina de desnatar que tenían allí, que le llamaban la cremería. A esa máquina hay que prepararle los platillos, que son como doce. Vienen uno adentro del otro hasta arriba, de mayor a menor. Federico la estaba preparando, y como no veía, hacía mal el trabajo. Pasó Gabriel y lo retó:

— ¡Vos sos siempre el mismo, hacés las cosas a medias! —por eso todavía hoy lleva el arrepentimiento en la espalda.

— Sí, sí, andá nomás..., le contestó Federico.

Eso me lo contó Julieta el otro día:

— Yo me acuerdo como si fuera hoy, Camila, las palabras de Federico: Sí, sí, dejalo nomás.

Y me contaba que él le dijo a Gabriel:

— Che, mirá que ya no ve, pobre diablo. ¿Por qué lo retás todavía?

— Porque siempre fue así, le contestó Gabriel.

Agarró la jardinera y se fue. Cuando él estaba en la Estación, el hermano se pegó el tiro. Hacía ocho días que tenía el revólver guardado, y se mató unos cuatro o cinco días antes de presentarse al servicio militar.

El tenía mucha confianza conmigo, porque yo lo cuidé cuando era chiquito. Además yo viví muchos años con ellos, con Marieta. El se apegó mucho a nosotros. Mamá vivía en el patio. Estaba muy apegado a mamá, a papá, conmigo, con Espiri, con Luis, Carlitos, Julieta. Casi estaba más apegado a nosotros que a la familia de él. A Irides la quería mucho porque era la más chica.

Esa mañana que se mató estaba escribiendo las tres cartas —porque dejó tres cartas escritas—,

mientras Irides cebaba mates. Ella tenía doce años, trece, más o menos. Cada vez que le llevaba un mate él ponía un papel arriba de la carta que estaba escribiendo.

— ¿A quién le estás escribiendo con tanto recelo que yo te vea? ¿A tu novia?, le dijo Irides.

— No, es una poesía, le contestó él.

Porque le gustaba mucho leer. Joven como era ya tocaba la guitarra, cantaba, leía mucho. ¡Vos vieras lo que era Federico...! Entonces le dijo a la hermana que era una poesía, y que no quería que la leyera hasta que la hubiera terminado.

Estaban Camilo, Atilio, Irides, él y papá. Mamá ese día no estaba. Había ido con Inés a Margarita. Marieta había ido a San Francisco con Nilda, para hacerla ver con el médico, porque tenía que operarla de apéndice. Entonces él aprovechó ese día, que no había nadie que lo molestara.

Cuando terminó la carta le dijo a Irides:

— No quiero más mates.

Puso cada carta en un sobre. Una: "Para el sumariante de Rafaela". La otra: "Para mi madre" —así ponía arriba del sobre— y la otra: "Para mi novia". Dejó las cartas en el escritorio y se metió en la pieza, y de allí no salió más. Allí había un ropero grande, con un espejo grande. El fue adelante del espejo, agarró el revólver y se pegó un tiro. Y ahí no más cayó.

Cuando los otros escucharon salieron corriendo. Papá entró y lo agarró del suelo, lo levantó, pero ya estaba muerto. Se embadurnó todo de sangre. Irides y Atilio le empezaron a gritar:

— ¡Don Bautista, nono, se mató y usted está ahí. La policía lo va a tener en jaque todavía...!

— ¡Es mi nieto!, les gritó él, y lloraba.

Entonces Camilo fue a la Estación y trajo a la policía.

Cuando llegué con los chicos todavía no habían limpiado la pieza. Yo fui a juntarle los sesos que habían quedado pegados en el piso. Porque al caer, con el tiro, todo eso chorreó con la sangre y quedó pegado ahí. Yo fui a limpiarlo y lo puse en una caja, para que lo llevaran al cementerio. Pero hasta la hora del entierro había que ponerlo en alguna parte. Entonces lo pusieron en el ojo de buey del baño, allá arriba. Me acuerdo que tu hermano, el Neco, que era chico y sabía lo que había adentro de la caja, no se animaba a entrar al baño. Preguntale y te va a contar. Miraba aquello allá arriba, y le daba miedo...

Federico, pobrecito... Cuando me acuerdo me da tanta lástima. ¡Tan joven...! Pero, de una parte,

yo pienso que tuvo su razón. Es de cobardía, me dicen siempre. Dicen que fue un cobarde en matarse, en no enfrentar lo que tenía. Pero yo pienso distinto. ¿Vos no hubieras hecho lo mismo si sabías que te ibas a quedar ciego completamente a los veinte años? Yo le doy la razón.

Después que murió Federico papá se puso mal, lo afectó mucho. Agarró una enfermedad muy grande, una broncopulmonía fulminante. Me acuerdo que yo también vine a cuidarlo. Me quedé quince días con mamá, para ayudarlo. Cuando murió papá, las chicas de Perren ya no estaban, vivían en Córdoba. Yo estaba casada. Asunta estaba casada. Luis estaba en Las Varillas. Espiri estaba casado. Quedaban Inés, Carlitos, Julieto, que eran chicos todavía. A Inés y a Julieto los llevaba siempre José. A Inés para que ayudara a su mujer, y a Julieto para que lo ayudara a él. Adelina nunca estaba en casa porque ella siempre trabajaba afuera. Si no era en un lugar era en otro, pobre diabla. Casi nunca estuvo en casa, siempre afuera.

Papá no era un hombre de estar enfermo. Aparte de esa pulmonía que agarró, siempre fue un hombre sano. Nunca iba al médico. Tenía la presión alta, lo que tengo yo ahora, pero como en ese tiempo no le llevaban el apunte a la presión, y él nunca iba al médico, seguía.

Una noche —era sábado— Inés, Carlitos, Julieto, se fueron todos a la Estación, al cine, y mamá y papá quedaron solos. Empezaron a jugar a las cartas, a la escoba, y jugaron hasta las doce esperando que volvieran los otros. Porque papá le decía:

— Qué feo es quedar así, solos, en el campo, lejos. Podría pasarnos cualquier cosa a uno de los dos. No nos vamos a quedar más solos.

Eso se lo dijo antes de morir. Mamá me lo contaba siempre.

Ella estaba enojada porque no le había podido ganar ni un partido. Estaba cabrera. Entonces le dice:

— ¡Bueno, bueno, termine de hablar pavadas y juegue, que quiero ganar un partido!

El se largó a reír:

— Por más que jugués, vieja, esta noche no me vas a ganar ni un solo partido.

Así le dijo, como sabiéndolo.

Jugaron hasta las doce y media y mamá tiró las cartas arriba la mesa.

— ¡No juego más!

Había perdido de nuevo y estaba enojada.

— No te enojés, yo te había dicho..., le dijo él.

Todavía la cargaba... Fue, tomó un poco de agua y se acostó. Pero antes de acostarse tenía la costumbre de rezar tres Ave María a la Virgen de la Guardia. Siempre, por más que estuviera borracho. Cuando terminó se acostó.

Ni bien se acostó le dice a mamá:

— Sabés Pinota, no me siento bien.

— Bah, le dijo ella, es porque estuvo ganando, de contento que está.

Se dio vuelta y lo dejó. Se ve que papá se quedó dormido, pero se sintió mal. La llamó, se bajó de la cama, dio toda la vuelta y la abrazó a mamá con todas sus fuerzas. Tan es así que mamá no lo podía desprender:

— ¡Eh, qué pasa! ¿Qué tiene encima esta noche?, y lo miró a la cara. Cuando él quiso hablar, se le dobló la lengua. Ahí se dio cuenta mamá que tenía un ataque, entonces lo tiró en la cama. Pero no sabía qué hacer. Se enloqueció, pobre mujer, sola en el campo. Y lo único que atinó fue encender las luces. Encendió todas las luces de la casa para llamar la atención de los muchachos que volvían.

Los primeros que llegaron fueron Carlitos y el hijo de Dufau, que era el mediero que habían dejado los Perren allí, ahijado de Marieta. Los dos venían en la jardinera. Cuando Carlitos vio las luces se dio cuenta que algo pasaba y empezó a pegarle a los caballos. Venían que daba miedo. Cuando llegaron, mamá estaba a los gritos en la pieza. Carlitos lo vio así a papá y le dijo a Dufau:

— ¡Volvete vos, rápido, a la Estación, y buscá al doctor y a los otros!

Cuando este muchacho viene de vuelta, los cruza a los otros, que ya volvían. Pero ellos volvían en auto —los Perren tenían un fortachín, de los primeros que salieron—, Atilio, junto con Inés. Entonces dieron vuelta y lo buscaron ellos al médico. Vino el médico y lo cargaron, porque lo quería llevar a la Estación para hacerle un lavaje de estómago. Pero cuando lo cargaron en el auto ya se había cortado. El doctor dijo que no había nada que hacer:

— Ya se cortó.

No valía la pena.

Un año después mamá todavía estaba descompuesta por el susto que se llevó. Estuvo enferma por culpa de eso. ¿Vos sabés lo que es estar sola en medio del campo, con tu marido que tiene un ataque, y vos no sabés qué hacer? Porque papá no murió enseguida. A lo mejor, si el médico hubiera llegado enseguida, lo salva. Pero demoró.

Después mamá quedó con Atilio un tiempito más, ahí de Perren. Se casó Inés y Adelina volvió con mamá. Allí se fueron a Estación Clucellas. Adelina empezó a trabajar con el doctor, atenderle los enfermos, poner inyecciones, todas esas cosas. Y ahí la conocistes vos, que ya eras grandecito.

* * *

Antes de casarme fui a ayudarlo a Luis, para una cosecha, en Las Varillas. Ahí conocí a los Colombo, a la familia Colombo, y las chicas me hicieron el jueguito de la mesa, que siempre les cuento.

Una de las chicas me dice:

— Vení, yo te voy a decir cuántos meses te faltan para casarte.

Yo ya afilaba con tu padre. Entonces agarró una mesita alta —una columna, venía a ser— de tres patas. Puso una mano arriba y la mesa empezó a moverse. Se levantaba una pata y caía, golpeaba. Golpeó nueve veces:

— Dentro de nueve meses te vas a casar.

— ¡Ma, qué sabés vos, pobre mujer, si a eso lo estás moviendo vos!

Ella tenía mi edad.

— ¡No, yo no la muevo!, me decía.

— ¿Querés comprobar si yo la muevo? Te lo voy a hacer otra vez. ¿Tenés plata en el bolsillo?

Yo me acordé que tenía cinco centavos.

— Sí, tengo plata en el bolsillo.

— Bueno, yo te voy a decir cuánta plata tenés.

— Está bien, pero poné las manos bien alto, que quiero ver si tocás la mesa.

Ella levantó las manos y yo me puse bien enfrente de la mesa, mirando las patas a ver si ella las tocaba con el pie, o algo. Ella dijo algo que no entendí, porque movía la boca no más, y la patita golpeó cinco veces. Quedaba en dos patas y caía, volvía a quedar en dos patas y caía otra vez. Entonces me dice:

— Vos tenés cinco pesos o cinco centavos en el bolsillo.

A mí me daba vergüenza decirle la verdad, ¡porque eran cinco centavos no más lo que tenía! Pero, francamente, me lo había adivinado, así que tenía que decírselo.

— ¿Viste que yo no toqué la mesa...?

¿Qué era lo que hacía mover la mesa? Lo tengo que saber hoy día todavía, pero el caso es que eso me pasó a mí. Y después llevé la cuenta, de los nueve meses que me había dicho, y justo a los nueve meses me casé. ¿Qué me decís vos...? (ríe).

Notas:

1. Mi madre repite aquí el relato de don Primo Rivolta, excepto en lo que se refiere a los asaltantes que acechaban a los colonos, que ella identifica como indios. Las referencias históricas indican que no eran tales, sino delincuentes rurales y, en general, criollos matreros. Durante la década del '70 fueron frecuentes los episodios violentos en las colonias agrarias santafecinas que involucraron a bandidos, jueces de paz y colonos, que sospechaban connivencia entre las autoridades y los delincuentes. *Una fuente permanente de tensiones provenía del hecho de que el blanco preferido de los bandidos rurales lo constituían los residentes extranjeros, tanto ganaderos como colonos. Además, con demasiada frecuencia, estos personajes contaban con el beneplácito —o la protección— de las autoridades rurales y con cierta popularidad entre la población rural* (Exequiel Gallo. *Conflictos socio-políticos en las colonias agrícolas de Santa Fe, 1870-1880*. Documento de trabajo N° 87, Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones sociales, Agosto 1973, pág. 23).

2. Cuando hablaba con nosotros, mi madre se refería a su padre y su madre como el nono y la nona. Igual que la mayoría de las madres, extendía en el tiempo el hábito adoptado durante la primera infancia de sus hijos, cuando nombraba a las personas y las cosas como ellos, para no confundirlos.

3. "¡Yo siempre hubiera querido ser hombre para ser libre, como los pájaros, y volar adonde yo quisiera!". Muchas veces le escuché decir esto a mi madre. Desde muy joven ella estuvo convencida de

que ser mujer era una desgracia. Aceptó ese destino bajo protesta y en un momento se rebeló. Sucedió a los pocos años de casarse. Mis dos hermanos mayores eran chicos. Algunos episodios con mi padre y la familia de mi padre la habían amargado y defraudado (esto nunca lo habría contado al grabador) y un día con el pretexto de visitar a sus padres y hermanos, viajó a Estación Clucellas con la secreta decisión de no volver: "Agarré a los chicos y me fui". Había salido de una trampa para caer en otra, y estaba resuelta a liberarse pero la nona Josefa la convenció de que volviera. No apeló a deberes consagrados, lealtad al juramento matrimonial y esas cosas, porque sabía que mi madre había atravesado esa interdicción y el argumento no servía ("Mamá era astuta, sabía que con eso no me iba a convencer", decía mi madre riendo cuando recordaba aquellas cosas). La nona le pidió sentido común y lealtad maternal: "Vos hacés abandono de hogar. Te van a quitar a tus hijos y al fin los que más van a sufrir van a ser ellos...". Con eso fue suficiente. Mas tarde, durante una de las charlas con la nona y consciente de que no tenía escapatoria, mi madre tuvo un arrebato de impotencia furiosa contra la vida: "¡Ah, por qué en lugar de nacer mujer no nací un perro! Por qué no me pariste muerta!" (siempre lo repetía con los dientes apretados, interpretando el sentimiento de la joven que había sido). Después de persignarse y rogar el perdón de la Virgen por el desatino de mi madre, la nona Josefa le advirtió: "¡No digas nunca eso Camila. Dios te puede castigar en lo quemás querés, te puede castigar en tus hijos...!". Mi madre se calló, pero reservó su derecho a recordar la invectiva y repetirla en anécdota, palabra por palabra, hasta su vejez.

Indice

Palabras preliminares, por Fernando Devoto	pág. 3
Introducción	pág. 7
Primo Francisco Rivolta	pág. 11
Luis Bellini	pág. 63
Camila Cugino de Priamo	pág. 79

**Esta publicación se imprimió
en la Imprenta de la Facultad
de Filosofía y Letras de la
Universidad de Buenos Aires.**